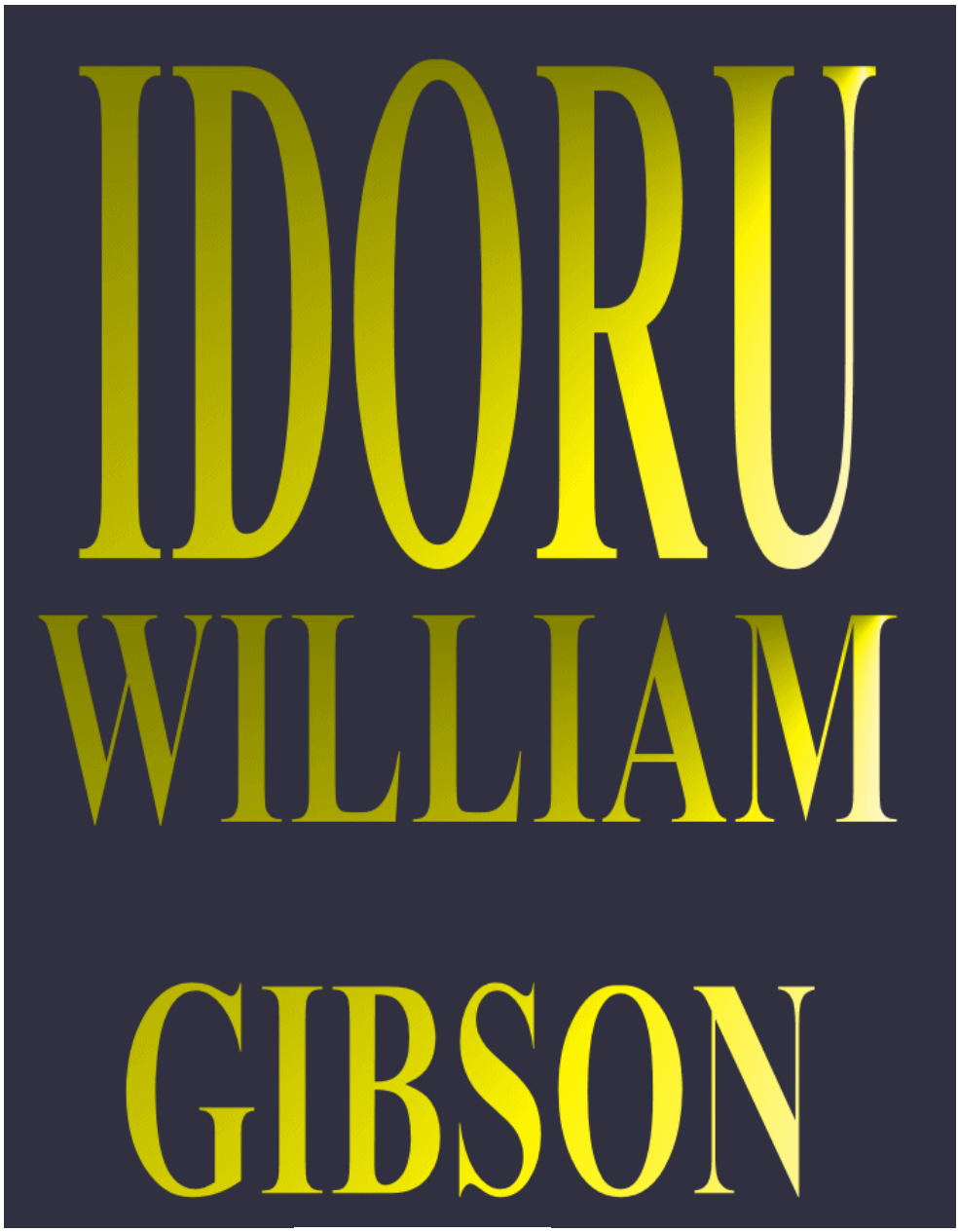
Idoru
WILLIAM GIBSON



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Para Claire

Agradecimientos

Sogho Ishii, director japonés, me introdujo en la Ciudad Amurallada de Kowloon mediante las fotografías de Ryuji Miyamoto. Fue idea de Ishii que hiciéramos allí una película de ciencia ficción. Nunca la hicimos, pero la Ciudad Amurallada siguió acosándome, a pesar de que yo sólo conocía de ella lo que había podido captar a través de las impresionantes imágenes de Miyamoto. A la postre estas imágenes proporcionaron casi toda la textura del Puente de mi novela *Luz virtual.*

El arquitecto Ken Vineberg hizo que fijara mi atención en un artículo sobre la Ciudad Amurallada publicado en *Architectural Review,* donde por primera vez oí hablar de *City of Darkness* [Ciudad de la oscuridad], el espléndido informe elaborado por Greg Girard y lan Lambrot (Watermark, Londres, 1993). John Jarrold tuvo la amabilidad de hacerme llegar un ejemplar desde Londres.

Todo lo que sé del tema de la amputación de dedos de los pies se lo debo a las criminales memorias de Mark Brandon «Chopper» Read (*Chopper from the Inside,* Sly Ink, Australia, 1991). Read es mucho más asustadizo que Blackwell y tiene incluso peor oído.

Speed Tribesde Karl Taro Greenfeld (HarperCollins, Nueva York, 1994) alimentó copiosamente mis sueños sobre los trastornos que un vuelo transoceánico -en este caso entre Estados Unidos y Japón- iba a provocar en Laney.

Stephen P. («Plausibility») Brown me acompañó en la elaboración del original, comentando diariamente, a veces con más frecuencia, y siempre con tacto y sensatez, detalles y pormenores, cuando le enviaba por fax un caótico caudal de fragmentos inconexos que él debía interpretar como partes integrantes de la futura obra. Sus constantes palabras de ánimo y su paciencia, prácticamente infinita, fueron esenciales para la composición de este libro.

Mis editores de los dos lados del Atlántico también demostraron mucha paciencia, y se lo agradezco.

1. El Cubo K de la Muerte

Después de Slitscan, Laney oyó que Rydell, guardia de seguridad nocturno del Château, hablaba de otro trabajo. Rydell era un tipo grande y tranquilo de Tennessee con una sonrisa entre triste y tímida, gafas de sol baratas y un walkie-talkie atornillado permanentemente a la oreja.

-Paragon-Asia Dataflow - dijo Rydell hacia las cuatro de la mañana. Los dos estaban sentados en unos enormes sillones viejos. Las vigas de hormigón, encima de ellos, habían sido pintadas a mano para que parecieran de roble claro. Las sillas, como todos los demás muebles del vestíbulo del Château, eran tan grandes que todo el que se sentaba en ellas parecía construido en una escala más pequeña.

-¿De verdad? -preguntó Laney, aunque no creía que alguien como Rydell pudiera saber dónde había trabajo.

-Tokio, Japón -insistió Rydell, y sorbió su bebida helada con el canuto de plástico-. El tipo que conocí en San Francisco el año pasado. Yamazaki. Trabaja para ellos. Dice que necesitan un informático competente para llevar una red.

Llevar una red. Laney, a quien gustaba verse como investigador, reprimió un suspiro.

-¿Trabajo con contrato?

-Supongo. No lo dijeron.

-No creo que me guste la vida en Tokio.

Rydell removió con el canuto la espuma y el hielo en el fondo de la alta copa de plástico, como si estuviera buscando un premio oculto.

-No me dijo lo que tienes que hacer. -Rydell levantó los ojos. - ¿Has estado alguna vez en Tokio?

-No.

-Ha de ser un sitio interesante, después del terremoto y todo aquello. -El walkie-talkie zumbaba y tictaqueaba. - Ahora tengo que salir y echar una mirada a la puerta de los bungalows. ¿Quieres venir?

-No -dijo Laney-. Gracias.

Rydell se puso de pie y estiró automáticamente las arrugas de los pantalones caqui. Llevaba un cinturón trenzado de nylon negro del que colgaban diversos artilugios enfundados, todos negros, una camisa blanca de manga corta y una corbata negra curiosamente inmóvil.

-Dejaré el número en tu casilla -dijo.

Laney vio que el guardia de seguridad cruzaba el piso de terracota y las varias alfombras para desaparecer más allá de los paneles brillantes y oscuros de la mesa de recepción. En otro tiempo había tenido algo en las redes de cable, le habían dicho a Laney. Un tipo simpático. Perdedor.

Laney permaneció sentado allí hasta que la luz del amanecer llegó bordeando los altos ventanales arqueados y se pudo oír el leve repiqueteo de la cuchillería taiwanesa que llegaba de la

caverna oscura del comedor. Voces de inmigrantes, en algún dialecto de la alta estepa que el Gran Kan sin duda habría entendido. Los ecos resonaban en el suelo cubierto de mosaico, en las altas vigas que en otro tiempo habían asistido sin duda al advenimiento del linaje de Laney,

la ecología de la celebridad y el terrible e inviolable orden de aquella cadena alimentaria.

Rydell dejó en la casilla de Laney una hoja plegada con membrete del Château. Un número de Tokio. Laney la encontró allí el día siguiente por la tarde, junto con una estimación actualizada de la minuta final de los abogados.

Lo recogió todo y se lo llevó a la habitación, que ya ni siquiera podía soñar con pagar.

Una semana después estaba en un ascensor de Tokio, la cara reflejada en un espejo con vetas de oro mientras subía a la tercera planta del agresivo e indescriptible edificio O My Golly, para ser admitido en el Cubo K de la Muerte, aparentemente un bar sobre un tema de Franz Kafka.

Desde el ascensor se entraba en un largo espacio anunciado en metal grabado al aguafuerte: La Metamorfosis. Hombres en camisa blanca se habían quitado las chaquetas y se habían aflojado las corbatas oscuras; y estaban sentados junto a una barra de acero artificialmente corroída, bebiendo; los respaldos de las sillas eran de resina marrón y quitinosa. Mandíbulas insectoides se curvaban sobre la cabeza de los bebedores, como guadañas.

Laney avanzó hacia la luz parda y el sordo murmullo de conversación. No entendía japonés. Las paredes, más o menos transparentes, repetían un motivo de élitros y abdómenes bulbosos, extremidades marrones como escarpias dobladas, a intervalos regulares. Caminó más de prisa hacia una escalera curva, moldeada como carapachos de lustroso color marrón.

Los ojos de unas prostitutas rusas lo siguieron desde las mesas de delante del bar, inexpresivas como

muñecas en aquella luz de coleóptero Las Natachas estaban en todas partes, muchachas trabajadoras enviadas desde Vladivostok por el Kombinat Una cirugía plástica rutinaria les había impuesto la belleza dura de una línea de montaje Barbies eslavas Una operación más simple les había implantado un dispositivo de rastreo, para beneficio de los traficantes

La escalera conducía a La Colonia Penitenciaria, una discoteca, desierta a esa hora, unos pulsos de silenciosa iluminación roja marcaban los pasos de Laney a través de la pista de baile Del techo colgaba una máquina extraña Cada uno de los brazos articulados, que recordaban un anticuado equipo dental, terminaba en unas puntas de acero afilado Plumas, pensó, que recuerdan vagamente el relato de Kafka Sentencia de culpabilidad, grabada en la espalda desnuda del condenado El molesto recuerdo de los ojos en blanco que no veían. Tiró de la máquina hacia abajo Se adelantó

Una segunda escalera, estrecha, más empinada, y entro en El Proceso, de techo bajo y oscuro Paredes coloi antracita Unas llamas pequeñas se movían detrás del cristal azul Vaciló, envuelto en oscuridad, y dio un paso atrás

-Colín Laney, ¿es él?

Australiano Enorme Estaba de pie detrás de una mesa pequeña, la espalda encorvada como un oso La cabeza rasurada tenia una forma extraña Y había otra figura, mucho más pequeña, sentada allí Japonés, con una camisa de manga larga a cuadros, abotonada en un cuello demasiado holgado Parpadeó mirando a Laney a través de unas lentes circulares

-Siéntese, Mister Laney -dijo el hombre grande.

Y Laney vio que le habían arrancado la oreja izquierda, de la que sólo le quedaba un muñón alargado

*

Cuando Laney trabajaba para Slitscan, su supervisora se llamaba Kathy Torrance La más pálida de todas las rubias pálidas Una palidez casi translúcida, ciertas incidencias de la luz no

sugerían sangre sino un fluido del color del heno en verano En el muslo izquierdo tenía la impresión, absolutamente índiga, de algo retorcido y multibarbado, un pictoglifo bárbaro y costoso Era visible todos los viernes, cuando Kathy adoptó la costumbre de ir a trabajar en shorts

Kathy decía siempre que la fama era con mucho lo peor que podía tocarle a uno Minada, pensó Laney, por generaciones de colegas

Kathy apoyo los pies en el borde de un pupitre Llevaba unas pequeñas y cuidadas reproducciones de botas vaqueras, fuertemente abrochadas en el tobillo, con una hebilla en el empeine Laney le miro las piernas, la tensa curva que iba desde el borde de los calcetines de lana hasta los flecos de los téjanos El tatuaje parecía algo de otro planeta, un signo o un mensaje de las profundidades del espacio, grabado a fuego y dejado allí para que la humanidad lo interpretara

Laney preguntó a Kathy qué significaba el tatuaje Ella desenvolvió un mondadientes con olor a menta Unos ojos, que él sospechó que eran grises, lo miraron a través de las lentillas teñidas de verde

-Ya no hay nadie realmente famoso, Laney ¿No te has dado cuenta?

-No

-Quiero decir *realmente* famoso Ya no queda mucha fama, no en el sentido de antes No la suficiente para ir por el mundo

-¿Fama en el sentido de antes?

-Nosotros somos los media, Laney Nosotros *hacemos* esas estúpidas celebridades Es la rutina del me pongo yo, te quitas tú Vienen a nosotros para que les

demos vida. -Empujó concisamente el pupitre con los pies. Dobló las piernas, los tacones de las botas contra las nalgas, las blancas rodillas tapándole la boca. Se balanceó sobre el pedestal de la silla sueca articulada.

-De acuerdo -dijo Laney volviendo a su monitor-, pero eso es todavía fama, ¿o no?

-Pero ¿es real?

Él la miró.

-Aprendimos a imprimir papel moneda con esa sustancia -dijo ella-. Moneda de nuestro reino. Ahora nos encontramos con que hemos impreso demasiado; hasta el público lo sabe. Se ve en las encuestas.

Laney movió la cabeza, quería que lo dejara seguir con su trabajo.

-Excepto -dijo ella apartando las rodillas para que él pudiera ver que lo decía- cuando decidimos destruir a alguien.

Detrás de ella, más allá del eslabón anodizado de la Jaula, más allá de la estructura rectangular de cristal que filtraba hasta la última brizna de contaminación, el cielo sobre Burbank estaba perfectamente limpio, como un circuito integrado de pintura azul celeste instalado por el contratista del universo.

La oreja izquierda del hombre tenía en los bordes una tela de color rosa, tersa como cera. Laney se preguntó por qué no habrían intentado una reconstrucción.

-Voy a recordar... -dijo el hombre leyendo en los ojos de Laney.

-¿Recordar qué?

-No olvidar. Siéntese.

Laney se sentó en algo que parecía vagamente una silla, una construcción de tubos negros y hexcel laminado. La mesa era redonda y tenía aproximadamen

te el tamaño de un volante de coche. Una llama votiva lamía el aire detrás del cristal azul. El

japonés de la camisa a cuadros y las gafas de montura metálica parpadeó con furia. Laney observó cómo el hombre alto se sentaba; otra débil silla desapareció bajo una alarmante mole de luchador de sumo.

-Ha superado el jet lag, ¿no es así?

-Tomé pildoras. -Recordó el silencio del ASA, la falta de movimiento aparente.

-Pildoras -dijo el hombre-. ¿Hotel adecuado?

-Sí -dijo Laney-. A punto para la entrevista.

-Entonces, de acuerdo -añadió el hombre mientras se frotaba vigorosamente la cara con las manos cubiertas de cicatrices. Cuando las bajó, miró fijamente a Laney como si lo viera por primera vez. Laney apartó los ojos y se fijó en el atuendo del hombre, una especie de uniforme de nanopore diseñado para alguien más pequeño pero aun así muy corpulento. No tenía un color definido en la oscuridad de El Proceso. Abierto desde el cuello hasta el esternón. Estirado sobre una masa anormal. Un atlas de cicatrices, con una sorprendente gama de formas y texturas, rastreaba y atravesaba la carne expuesta-. Entonces, ¿de acuerdo?

Laney evitó mirar las cicatrices.

-Estoy aquí para una entrevista profesional.

-¿Quiere una entrevista?

-¿Es usted el entrevistador?

-¿Entrevistador? -La ambigua mueca reveló una ostensible prótesis dental.

Laney se volvió al japonés de gafas circulares.

-Colin Laney.

-Shinya Yamazaki -dijo el hombre, y le extendió la mano-. Usted y yo hemos hablado por teléfono.

-¿Va hacerme usted la entrevista?

Una ráfaga de parpadeos.

-Lo siento, no -dijo el hombre. Y luego-: Yo estudio sociología existencial.

-No entiendo -dijo Laney.

Los dos hombres delante de él no dijeron nada. Shinya Yamazaki pareció incómodo. El tipo con una sola oreja miró hoscamente.

-Usted es australiano, ¿no es así? -preguntó Laney al hombre con una sola oreja.

-Tazzie -le corrigió el hombre-. Apoyo al Sur en Apuros.

-Vamos al asunto -sugirió Laney-. Paragon-Asia Dataflow. ¿Los conoce usted?

-Bribones contumaces.

-Cosa del país -dijo Laney-. Profesionalmente, quiero decir.

-Está claro. -El hombre levantó las cejas, una de ellas bisectada por el retorcido cable rosa de una cicatriz. - Entonces, Rez. ¿Qué piensa de *él?*

-¿Se refiere usted a la estrella de rock? -preguntó Laney después de luchar con un problema básico de contexto.

Un movimiento de cabeza. El hombre miró gravemente a Laney.

-¿De Lo/Rez? ¿El grupo musical?

Mitad irlandés, mitad chino. Una nariz rota, nunca reparada. Ojos verdes alargados.

-¿Qué *pienso* de él?

En el sistema de valores de Kathy Torrance, al cantante le estaba reservado un desdén especial. Ella siempre lo había considerado un fósil viviente, el enojoso residuo de una época pretérita, menos desarrollada. Era a un mismo tiempo famoso e insignificante, y según ella dueño también de una fortuna a la vez caudalosa e insignificante. Kathy veía la fama como un fluido sutil, un elemento universal, como el flogisto

de los antiguos, algo esparcido uniformemente en todo el universo durante la creación, pero ahora a punto de manifestarse, en circunstancias específicas, en ciertos individuos y sus carreras. A los ojos de Kathy, Rez había durado demasiado tiempo. Monstruosamente demasiado tiempo. Esto afectaba a la unidad de la teoría de Kathy. El cantante desafiaba el correcto orden de la cadena alimentaria. Tal vez no había ningún organismo suficientemente grande para devorarlo, ni siquiera Slitscan. Y mientras Lo/Rez, el grupo musical, seguía produciendo sobre una base tediosamente regular, en diferentes medios técnicos, el cantante se negaba con obstinación a destruirse a sí mismo, a asesinar a alguien, a actuar activamente en política, a admitir un interesante problema de abuso de drogas o una arcana adicción sexual; en una palabra, a hacer algo digno de iniciar una nueva línea en Slitscan. Él brillaba, acaso débil pero persistentemente, fuera del alcance de Kathy Torrance. Esta circunstancia, Laney siempre lo había pensado, era la verdadera razón de que ella lo odiara tanto.

-Bien -dijo Laney, después de pensar un rato, y movido por el impulso de dar una respuesta veraz -. Recuerdo cuándo compré el primer álbum. Y cuándo salió.

-¿Título? -El hombre de una sola oreja se puso aún más serio.

-*Lo Rez Skyline* -dijo Laney, dando gracias a todos los pequeños detalles sinápticos que lo habían ayudado a recordar-. Pero no puedo decirle cuántos han sacado desde entonces.

-Veintiséis, sin contar las compilaciones -dijo Mister Yamazaki ajustándose las gafas.

Laney sintió las pildoras que había ingerido, las destinadas a amortiguar los efectos del vuelo, y que

ahora estaban deshaciéndose dentro de él como un inestable andamiaje farmacológico. Las paredes de El Proceso parecieron estrecharse.

-Si no me explica usted de qué vamos a hablar -le dijo al hombre de una sola oreja-, me vuelvo al hotel. Estoy cansado.

-Keith Alan Blackwell -contestó el aludido extendiendo la mano. Laney dejó que tomara la suya y se la estrechara. La palma del hombre era al tacto como una pieza de una máquina de atletismo-. Keithy. Vamos a tomar unas copas y a hablar un poco.

-En primer lugar, dígame usted si es o no es de Paragon-Asia Dataflow -sugirió Laney.

-La firma en cuestión no es más que una máquina con un par de líneas codificadas en una habitación interior de Lygon Street -dijo Blackwell-. Un maniquí, pero usted lo puede llamar *nuestro* maniquí, si eso hace que se sienta mejor.

-No lo veo claro -respondió Laney-. Me hacen volar hasta aquí para una entrevista profesional, y ahora me dicen que la compañía implicada en la entrevista ya no existe.

-Sí *existe* -dijo Keith Alan Blackwell-. Está en la máquina de Lygon Street.

Llegó una camarera. Lucía un mono uniforme de algodón gris y algunos moretones cosméticos.

-Un doble. Kirin. Frío. ¿Qué quiere usted, Laney?

-Café helado.

-Coke Lite, por favor -dijo el que se había presentado como Yamazaki.

-Estupendo -dijo el desorejado Blackwell, tétricamente, cuando la camarera desapareció en la oscuridad.

-Les agradecería que me explicaran qué hacemos aquí -dijo Laney. Vio que Yamazaki estaba garabateando frenéticamente en la retícula de un cuaderno pequeño; la pluma luminosa destellaba en la penumbra-. ¿Anota usted lo que hablamos? -preguntó Laney.

-Perdone, no. Tomo apuntes del vestido de la camarera.

-¿Por qué? -preguntó Laney.

-Perdone -dijo Yamazaki, ocultando lo que había escrito y cerrando el cuaderno. Guardó cuidadosamente la pluma en un hueco al costado del cuaderno-. Me dedico a estudiar esas cosas. Tengo la costumbre de registrar manifestaciones efímeras de la cultura popular. El vestido de la camarera plantea una cuestión: ¿refleja meramente el tema de este club o representa una respuesta más profunda al trauma del terremoto y la reconstrucción subsiguiente?

2. Lo Rez Skyline

Se reunieron en un claro de la selva.

Kelsey había cuidado de la vegetación: grandes y anchas hojas a lo Douanier Rousseau, orquídeas de dibujos animados veteadas con unos supuestos colores tropicales (que a Chia le recordaban la pequeña cadena de tiendas de cosmética que vendía productos «orgánicos» coloreados, totalmente desconocidos en la naturaleza). Zona, la única telepresente que había visto algo parecido a una selva auténtica, había preparado el audio, aportando cantos de aves, bichos invisibles pero con voces que se acercaban y alejaban y un extraño ruido vegetal que sugería ingeniosamente no el paso de una serpiente pero sí de alguna curiosa, esquiva y peluda criatura de garras blandas. La luz se filtraba a través del alto dosel verde, desmasiado disneyesca según Chia, aunque no había ninguna necesidad de «luz» en un sitio donde no había nada más.

La calavera azteca de Zona ardía incorpórea y azul, mientras los fantasmas de las manos azules flameaban como palomas en una luz estroboscópica. -Decididamente, esta puta, la descorporeizada, ha conseguido engañarlo.

Unas estilizadas y zigzagueantes ráfagas de luz se elevaban con un énfasis deliberado alrededor de la calavera de neón.

Chia se preguntó qué habría querido decir realmente Zona. ¿Era el término «esta puta» un producto de la traducción simultánea, o significaba efectivamente algo que uno puede decir, y dice, en mexicano?

-Estamos esperando la confirmación de Tokio -les recordó Kelsey.

El padre de Kelsey era un abogado de Houston especializado en asuntos fiscales; algo de su particular verborrea de hombre de negocios lo llevaba a involucrar a su hija cuando se acercaba la hora de la reunión; tenía también una habilidad para *esperar* que a Chia le parecía irritante, sobre todo tal como se manifestaba a través de la figura de ninfa y ojos de platillo de alguna vieja ánima. Para Chia era algo más que evidente: Kelsey *no* le parecía real, ¿iba a ser siempre así? (Chia se presentaba normalmente como una versión sólo apenas refinada, eso creía ella, de lo que el espejo le decía que era en realidad. Con menos nariz, tal vez. Labios un poco más llenos. Pero eso era todo. Casi.)

-Exactamente -dijo Zona mientras en las cuencas de los ojos le giraban furiosamente unos diminutos calendarios de piedra-. *Esperamos.* Mientras *él se* acerca cada vez más a su destino. Nosotras esperamos. Si mis chicas y yo esperáramos así, las Ratas nos barrerían de las avenidas. - Zona era, según ella misma, la jefa de la banda de las *chilangas* armadas con cuchillos. No la más insignificante de Ciudad de México, posiblemente, sino bastante activa en cuestiones de tierras e impuestos. Chia no estaba segura de que ella lo creyera, pero esto alimentaba algunas actitudes interesantes en las reuniones.

-¿De verdad? -La figura de ninfa de Kelsey se estiró hasta alcanzar una dignidad élfica, pestañeando con incredulidad. - En ese caso, Zona Rosa, ¿por qué

no vas tú misma a *Tokio* y averiguas lo que ocurre realmente? O sea, *¿dijo* efectivamente Rez que se iba a casar con ella, o no? Y de paso averigua si ella *existe* o no, ¿de acuerdo?

Los calendarios se detuvieron de pronto.

Las manos azules desaparecieron.

La calavera pareció retroceder hasta una distancia infinita, pero manteniéndose siempre perfecta y nítidamente enfocada.

Un viejo truco, pensó Chia. Maniobra de distracción.

-Sabes que no puedo hacerlo -dijo Zona-. Tengo responsabilidades aquí. María Conchita, la Rata jefa, ha establecido que...

-Eso no nos interesa, ¿de acuerdo? -Kelsey se lanzó de cabeza; la figura de ninfa se convirtió en una mancha pálida y borrosa sobre la alta maraña verde, y fue a caer exactamente debajo del dosel, con un rayo de sol que acariciaba un pómulo inimaginable. - ¡Zona Rosa está cubierta de mierda! -gritó, no precisamente con voz de ninfa.

-No os peleéis -dijo Chia-. Esto es *importante.* Por favor.

Kelsey descendió al instante.

-Entonces tienes que ir -dijo.

-¿Yo?

-Sí, tú -dijo Kelsey.

-No puedo -dijo Chia-. ¿A Tokio? ¿Cómo voy a hacerlo?

-En avión.

-Nosotros no tenemos dinero como tú, Kelsey.

-Tienes un pasaporte. Lo sabemos. Tu madre te consiguió uno cuando se encargaba de la custodia. Y sabemos que tú, dicho en palabras amables, te mueves entre dos aguas, ¿no es así?

-Sí...

-Entonces, ¿cuál es el problema?

-¡Tu padre es un importante abogado fiscal!

-Lo sé -dijo Kelsey-. Y vuela de acá para allá, por todo el mundo, ganando dinero. Pero ¿sabes qué gana además de eso, Chia?

-¿Qué?

-Puntos de viajero asiduo. Puntos de viajero asiduo *Pez gordo*. En la compañía aérea Air Magellan.

-Interesante -dijo la calavera azteca.

-Tokio -dijo la pequeña ninfa.

Mierda, pensó Chia.

La pared frente a la cama de Chia estaba decorada con una ampliación láser en seis por seis de la portada de *Lo Rez Skyline*, primer álbum de la banda. No la que le darían a uno si lo comprara hoy, sino la original, la que hicieron para aquella primera y crucial edición con el sello indie de Dog Soup. Tras sacarla del archivo del club en la semana de ingreso, Chia encontró un sitio cerca del mercado que podía imprimirla en ese tamaño tan grande. Todavía era su favorita, y no simplemente, como sugería su madre con excesiva frecuencia, porque en él todos parecieran aún muy jóvenes. A su madre no le gustaba que los miembros de Lo/Rez fueran casi tan viejos como ella. ¿Por qué Chia no hacía música con gente de su misma edad?

-Por favor, madre, ¿quién?

-Chrome Koran, por ejemplo.

-Eso es basura, madre.

Chia sospechaba que la percepción del tiempo que tenía su madre difería de la suya en términos radicales y misteriosos. No simplemente porque un mes no era para la madre de Chia un período demasiado

largo, sino porque el «ahora» de ella era algo reducido y literal. Su madre, pensaba Chia, era gobernada por las novedades. Alimentada por cable. Un presente sincronizado a cada instante con el informe de tráfico de un helicóptero.

El «ahora» de Chia era digital, cómodamente elástico, una evocación instantánea sustentada por un sistema global que ella nunca se había molestado en comprender.

Lo Rez Skyline se había puesto a la venta, si se puede decir así, una semana (bueno, seis días) antes de que Chia naciera. Estaba convencida de que entonces aún no habían llegado copias duras a Seattle, pero le gustaba creer que incluso en esos días había allí gente que escuchaba a los visionarios de PacRim, que ponían en la red sonidos nuevos de conjuntos indie tan oscuros, incluso, como Dog Soup de Taipeh. Con toda seguridad que los acordes iniciales de «Premonición de positrones» habían volcado las moléculas del aire real de Seattle en algún sitio, en la habitación de alguien, en el momento fatídico en que ella estaba naciendo. Ella lo sabía, en cierto modo, como sabía que «Stuck Pixel», apenas una canción, cuando Lo la tocaba yendo de un lado a otro con una guitarra de segunda mano, tenía que haber estado sonando *en algún sitio* en el momento en que su madre, que entonces hablaba muy poco inglés, eligió el nombre de Chia por algo que aparecía en el canal de Telecompras; la caricia fonética de estas sílabas la impacto allí, en la recuperación posnatal, como una óptima y agradable combinación de sonidos italianos e ingleses; a la niña, ya entonces pelirroja, le pusieron después el nombre de Chia Pet McKenzie (en cierto modo, Chia lo supo después, para asombro de su padre, un canadiense que en aquellos momentos no estaba allí).

Estos pensamientos le llegaron durante la oscuridad previa a la alarma, poco antes de que el parpadeo infrarrojo del reloj tartamudeara en silencio indicándole a la galería halógena que iluminara a Lo/Rez en toda su gloria Dog Soup. Rez con la camisa abierta (pero de manera absolutamente irónica) y Lo con la mueca de una sonrisa y un mostacho prototípico que no había crecido del todo.

Hi, muchachos. La buscan, tanteando. Introducen los infrarrojos en las sombras. Zap: Espressomatic. Zap: calefactor espacial cúbico.

Debajo de la almohada, la forma poco familiar de un pasaporte, como el estuche de un viejo juego, plástico duro de color azul marino y textura de piel artificial, con el sello y el águila estampados en oro. La carpeta de plástico flexible color beige guardaba los billetes que había recibido de la agencia de viajes.

Era el momento de irse.

Chia tomó aliento. Le pareció que la casa de su madre hacía lo mismo, pero como si estuviera ensayándolo: los huesos de madera chirriaron en la fría mañana de invierno.

El taxi llegó a la hora prevista, pero aun así mágicamente, y no hizo sonar el claxon, exactamente como se lo habían pedido. Kelsey había explicado cómo se hacían estas cosas. Del mismo modo, Kelsey, mientras preguntaba animadamente a Chia acerca de los pormenores de su vida, había ideado una coartada para su inminente ausencia: diez días en San Juan con Hester Chen, cuya acaudalada madre, enemiga de las máquinas, tenía tanto miedo a las radiaciones electromagnéticas que vivía sin teléfono, en un castillo de techo de barro y paredes de madera, sin nada de electricidad.

-Dile que estás siguiendo un curso sobre medios de comunicación antes de que recibas los papeles de tu nuevo colegio -dijo Kelsey- Le gustará

Y la madre de Chía, que tenía la sensación de que Chía pasaba demasiado tiempo arreglándose y mirándose, así lo hizo

Chía le tenia verdadero cariño al amable Hester, que parecía enterado de lo que pretendía Lo/Rez, aunque en cierto modo sin estar tan fundamentalmente motivado como alguien habría podido imaginar En realidad Chía ya había probado los placeres del retiro insular de la señora Chen Pero la madre de Hester los había obligado a llevar viseras especiales de béisbol, de tejido impermeable, de este modo sus jóvenes cerebros no se sumergerian tan insistentemente en la invisible sopa de los media

Chía se había quejado ante Hester de que las viseras los hacían parecer cargadores

-No seas racista, Chía

-No lo soy

-Clasista, entonces

-Es una cuestión de *estética*

Y ahora en el taxi recalentado, con su única bolsa en el asiento junto a ella, Chía se sintió culpable de esa decepción La madre dormía allí, detrás de las ventanas a oscuras, cubiertas de escarcha, bajo el peso de sus treinta y cinco años y la colcha florida que Chía había comprado en Nordstrom's Cuando Chía era pequeña, la madre se hacía una larga trenza en cuyo extremo poma pequeños trozos de turquesa, abalone y hueso tallado, como la mágica cola de un animal mítico, y la sacudía para que ella intentara alcanzarla Y la casa también parecía triste, como si lamentara que ella se fuese, la pintura blanca se desprendía de los paneles de cedro, pintados de

gris hacía ya noventa años Chía se estremeció ¿Y si no volvía?

-¿Adonde? -dijo el conductor, un negro con una llamativa chaqueta de nylon y una vieja gorra de visera

-A SeaTac -dijo Chía, y se arrellanó apoyando los hombros contra el asiento

Más allá del viejo Lexus, los vecinos miraban desde los bloques de cemento a lo largo de la calzada

Los aeropuertos eran lugares fantasmales a primera hora de la mañana Había allí un vacio que podía apoderarse de uno, algo triste y desierto Pasillos y gente que bajaba por ellos Ella nunca se había visto, y no se volvería ver, en una cola detrás de otra gente Llevaba la bolsa sobre el hombro v el pasaporte y el billete de avión en la mano Tuvo ganas de tomar otra taza de café Había dejado una en la habitación, en la Espressomatic Tendría que haberla vaciado y limpiado, pues ahora se pondría mohosa mientras ella estaba fuera

-¿Si? -El hombre del mostrador llevaba una camisa de rayas, una corbata con el logo de Air Magellan repetido de arriba abajo en diagonal v una placa de jade verde Chía se preguntó a qué se parecía el labio inferior del hombre cuando lo estiraba hacia fuera Ella nunca haría eso, decidió, si tuviera un labio así Le entregó el billete El hombre suspiró contrariado y sacó el billete de la carpeta de plástico, dándole a entender que eso tendría que haberlo hecho ella

Chía observó cómo pasaban un escáner por su billete

-Air Magellan uno-cero-cinco a Narita, regreso en económica

-Muy bien -dijo Chía, intentando ayudar Él no pareció apreciarlo

-¿Documento de viaje?

Chía le entregó el pasaporte. Él lo miró como si no hubiera visto ninguno antes, suspiró y lo metió en una ranura en el mostrador. La ranura tenía labios móviles de aluminio, y alguien los había cubierto con cinta transparente, ahora despegada y sucia. El hombre miraba un monitor que Chia no alcanzaba a ver. A lo mejor le decía que no podía salir. Pensó en el café que tenía en la Espressomatic. Aún estaría caliente.

-Veintitrés D -dijo el hombre cuando de otra ranura salió una tarjeta de embarque. Recogió el pasaporte y se lo entregó a Chia, junto con el billete y la tarjeta-. Puerta cincuenta y dos, sala azul.

¿Algo que declarar?

-No.

-Los pasajeros que han pasado por seguridad pueden ser sometidos a un muestreo no agresivo de ADN -recitó el hombre, atropelladamente, pues sólo era una formalidad reglamentaria.

Chia metió el pasaporte y el billete en un bolsillo interior del anorak. Conservó en la mano la tarjeta de embarque. Se puso a buscar la sala azul. Para encontrarla tuvo que bajar unas escaleras y tomar uno de esos trenes que son como un ascensor que se desplaza lateralmente. Media hora más tarde pasaba por seguridad, y miraba los sellos que le habían puesto en las cremalleras de la bolsa. Parecían anillos de caramelo rojo. Con eso no había contado; pensó buscar un monitor de pago en la sala de espera e informar al club. Cuando iba a Vancouver a visitar a su tío nunca le sellaban el equipaje, pero aquéllos no eran realmente vuelos internacionales, al menos desde el Acuerdo.

Cuando iba en una plataforma móvil hacia la puerta 52 vio una luz azul que parpadeaba encima de ella.

Varios soldados, y una pequeña barricada. Los soldados ponían en fila a la gente a medida que llegaban por la plataforma móvil. Llevaban uniformes de campaña y no parecían mucho mayores que los muchachos del último colegio donde ella había estudiado.

-Mierda -oyó decir a la mujer que tenía delante, una rubia con un peinado alto. Grandes labios rojos, varias capas de máscara, hombros almohadillados y prominentes, diminuta minifalda, botas de vaquero blancas. Como aquella cantante country, Ashleigh Modine Cárter, que tanto le gustaba a su madre. Una especie de trasto, pero con dinero.

Chia salió de la plataforma de goma y se puso en la cola detrás de la mujer que se parecía a Ashleigh Modine Cárter.

Los soldados tomaban muestras de cabello y marcaban los pasaportes de la gente. Chia supuso que estaban comprobando que uno era realmente quien decía que era, pues el pasaporte incluía una muestra de ADN, convertida en una especie de código de barras.

Una pequeña banda de plata analizaba las muestras, activaba las puntas de los mechones y luego los cortaba. Pronto tendrían la colección de puntas de cabellos más importante del mundo, pensó Chia. Ahora le tocaba el turno a la rubia. Allí había dos jóvenes soldados, uno para manejar el mecanismo de muestreo y otro para decirte maquinalmente que si habías llegado allí era porque estabas de acuerdo con todo, y que por favor exhibieras el pasaporte.

Chia observó cómo la mujer entregaba el pasaporte y en el mismo momento se volvía en cierto modo fogosa y exuberante, como una bombilla que se enciende, con una ancha sonrisa para el soldado; éste

empezó a parpadear, tragó saliva y casi dejó caer el pasaporte. Sonriendo, lo metió en una pequeña consola junto a la barricada. El otro soldado levantó la banda de plata. Chia vio que la mujer alzaba el brazo y estiraba un mechón, presentando la punta. Toda la operación duró tal vez ocho segundos, incluida la devolución del pasaporte, y el primer soldado seguía sonriendo cuando ya le había tocado el turno a Chia.

La mujer se alejó tras cometer lo que a Chia le pareció con toda seguridad un delito federal. ¿Debía decírselo al soldado?

No dijo nada, y ya estaban devolviéndole el pasaporte. Se encaminó hacia la puerta 52. Miró alrededor buscando a la mujer, pero no la vio.

Chia observó los avisos que iban apareciendo sucesivamente en la pared, hasta que llamaron a los pasajeros a embarcar en fila.

El asiento 23E seguía vacío cuando Chia esperaba el despegue, chupando una pastilla de menta que la azafata le había dado. El único asiento vacío del avión, pensó. Si no venía nadie a ocuparlo, se dijo, podría levantar el brazo del asiento y echarse. Trató de emitir un campo mental

negativo, una vibración que impidiera que alguien se acercara en el último minuto y se sentara allí. Zona Rosa estaba en eso, era parte de todo ese asunto de las artes marciales y la banda de chicas. Chia no entendía cómo alguien podía creer seriamente que iba a funcionar.

Y no funcionó, pues allí por el pasillo llegaba la rubia, ¿y no era un guiño de reconocimiento lo que Chia acababa de ver?

3. Casi un civil

Fue un miércoles por la noche cuando Laney vio por última vez a Kathy Torrance; el tatuaje no había sido visible. Ella se encontraba allí, en la Jaula, gritando mientras él limpiaba la taquilla; vestía un blazer Armani de pana con una falda que ocultaba la marca del espacio exterior. En el escote abierto de la blusa blanca, de corte masculino, se veía una sola hilera de perlas. Era su uniforme. La habían llamado para que explicase la ausencia de un subordinado.

Laney sabía que Kathy gritaba porque tenía la boca abierta, pero las sílabas arrebatadoras no lograban traspasar la barrera siseante, sin fisuras, del generador de ruido blanco aportado por unos abogados. Le habían recomendado que lo llevara consigo todo el tiempo mientras estuviera en las oficinas Slitscan. No debía hacer declaraciones. El, por su parte, con toda seguridad que no las iba a oír.

Más tarde Laney se preguntaría exactamente cómo ella había podido dominarse. ¿Alguna reelaboración de la teoría de la celebridad y la naturaleza del precio que costaba, del papel de Slitscan en todo eso, de la incapacidad de Laney para trabajar allí? ¿O Kathy sólo había tenido en cuenta la traición de él? Pero él no lo había oído; en una caja de cartón ondulado que todavía olía levemente a naranjas mexicanas sólo

había metido las cosas que de verdad quería. La libreta, ahora rota, inservible, que había utilizado en sus años de colegio. Un frasco térmico con el logo de Nissan County casi despegado. Notas que había tomado sobre papel y que registraban la política de la oficina. El fax manchado de café de una mujer con la que había dormido en Ixtapa, alguien cuyas iniciales ahora no podía descifrar y cuyo nombre había olvidado. Fragmentos incoherentes de uno mismo que irían a parar a un contenedor en el garaje del edificio. Pero Laney no había dejado nada allí, y Kathy seguía gritando.

Ahora, en el Cubo K de la Muerte, Laney imaginó que ella había dicho que nunca volvería a trabajar en aquella ciudad, y ciertamente así parecía. La deslealtad al jefe es una mancha especialmente negativa en la ficha de cualquiera, y tal vez más aún en aquella ciudad, cuando el acto mismo había nacido de lo que en otro tiempo habían llamado escrúpulos.

Ahora la palabra le parecía especialmente ridicula.

-Ha sonreído. -Blackwell lo miró desde el otro lado de la pequeña mesa.

-Falta de serotonina.

-Alimento -dijo Blackwell.

-No tengo hambre.

-Se necesita para la carga de carbono -dijo Blackwell, poniéndose de pie y desplazando una considerable cantidad de espacio.

Laney y Yamazaki se pusieron en marcha y siguieron a Blackwell fuera del Cubo K de la Muerte y descendieron hasta el edificio O My Golly. Dejaron atrás la iluminación color cucaracha y entraron en el abismo cromo y neón de Roppongi Dori. Aun había allí un hedor a fruta y pescado podridos en esa noche helada y húmeda, aunque un poco amortiguado por la dulzura azu

carada del combustible chino; los vehículos zumbaban más allá, en la autopista. Pero el persistente rumor del tránsito era reconfortante, y Laney comprendió que le convenía estar de pie, moviéndose.

Si seguía moviéndose, tal vez averiguaría lo que pensaban Keith Alan Blackwell y Shinya Yamazaki.

Blackwell, encabezando la marcha, cruzó un paso elevado para peatones. La mano de Laney rozó una irregularidad en la barandilla metálica. Vio que era un pliegue o una muesca accidental en una pequeña etiqueta brillante; una chica con los pechos desnudos le sonrió desde un holograma de color plata, del tamaño de una mano. Cuando la miró desde otro ángulo, pareció que la chica apuntaba al número de teléfono encima de ella. La barandilla estaba toda cubierta de estos pequeños anuncios, aunque había trozos donde los habían arrancado para leerlos después.

La mole de Blackwell atravesó la muchedumbre del otro extremo como un carguero que se abre paso entre una masa movediza de embarcaciones de recreo.

-Hidratos de carbono -le dijo por encima de un hombro montañoso.

Blackwell los condujo por una callejuela, un pasaje estrecho con luz de color, más allá de una clínica veterinaria de servicio nocturno en cuyo escaparate dos cirujanos vestidos de blanco hacían una operación en lo que Laney deseó que fuera un gato. Un pequeño grupo de peatones se había detenido allí y miraba desde el pavimento.

Blackwell penetró de lado en una cueva radiante, donde el vapor se elevaba desde unos fogones detrás de un mostrador de granito artificial.

Laney y Yamazaki lo siguieron mientras el hombre

del mostrador obedecía al australiano y empezaba a servir unos aromáticos platos de caldo marrón.

Laney observó cómo Blackwell levantaba el bol hasta la boca y parecía engullir el grueso de los tallarines, separándolos del resto con una limpia mordedura de los blancos dientes de plástico. Los músculos del cuello se movían con fuerza mientras el hombre deglutía.

Laney se quedó mirándolo.

Blackwell se limpió la boca con el reverso de una mano enorme y sonrosada. Eructó.

-Sírvanos uno de esos biberones de Dry... -Bebió toda la cerveza de un solo trago, estrujando con expresión ausente la sólida lata de acero como si fuera un vaso de papel. - Lo mismo -dijo, alargando el bol al hombre del mostrador.

Laney, de repente hambriento a pesar o a causa de la exhibición de glotonería, miró su propio bol, donde trozos de carne de tono rosado, delgados como papel, flotaban en un mar de tallarines.

Como Yamazaki, Laney comió en silencio, mientras Blackwell ingería otras tres cervezas sin efecto aparente. Cuando Laney se bebió el resto del caldo y dejó el bol en el mostrador, observó detrás un anuncio de algo llamado Auténtico Refresco de Fruta: Manzana Shires. Al principio creyó leer Alison Shires, en otro tiempo objeto de sus escrúpulos.

«Saborea la vida líquida y caliente con Manzana Shires», exhortaba el anuncio.

Alison Shires, que durante los cinco meses que él había pasado en Slitscan le había parecido una muñeca animada, era una chica común, atractiva, que recitaba una lista de virtudes a imaginarios directores de reparto, a agentes, a alguien, a cualquiera.

Kathy Torrance había estado observando la cara de Laney, vuelta hacia la pantalla.

-¿Aún sigues buscando, Laney? ¿Una reacción alérgica a las chicas guapas? Los primeros síntomas son una especie de irritación subyacente, un malestar, una vaga pero persistente sensación de que te están utilizando, de que se están aprovechando de ti...

-Ni siquiera es tan guapa como las dos últimas.

-Cierto. Es casi normal. Casi una civil. Sigúela.

Laney levantó los ojos. -¿Para qué?

-Sigúela. Es posible que al fin quisiera hacerse pasar por camarera o algo parecido.

-¿Crees que es ella?

-Ahí tienes fácilmente otras trescientas, Laney. Un primer paso consiste en cazar las probables.

-¿Al azar?

-Nosotros a eso lo llamamos instinto. Búscala.

Laney activó el cursor; la flecha azul se detuvo casualmente en la órbita sombreada del ojo de la chica. La marcó para un examen más atento, como posible compañera de un actor casado, famoso en términos que Kathy Torrance entendía y aprobaba. Uno que tenía en cuenta los dictados de la cadena alimentaria. No demasiado grande para que lo engullera Slitscan. Pero él o sus agentes habían sido muy cautos hasta ahora. O habían tenido mucha suerte.

Pero se había acabado. A Kathy le había llegado un rumor a través de uno de esos «canales de vuelta» de los que ella dependía, y ahora la cadena alimentaria tenía que seguir su curso.

-Despierte -dijo Blackwell-. Se está quedando dormido encima de su bol. Es hora de que nos diga cómo perdió su último empleo, si es que le vamos a ofrecer otro.

-Café -dijo Laney.

Laney no era un *voyeur*, como él se cuidaba de subrayar. Tenía una peculiar habilidad para las arquitecturas de recolección de datos, y un déficit de concentración, médicamente documentado, que en determinadas circunstancias podía derivar hacia un estado de tensión patológica. Esto hacía de él, que además había estudiado en la división Roppongi de Amos 'n' Andes, un investigador excelente. (No mencionó el Orfanato federal de Gainesville, ni cómo allí habían intentado curarle el déficit de concentración. Ni las pruebas 5-SB ni ninguna otra.)

El dato importante, en términos de idoneidad, era que tenía la intuición de un cazador de modelos de información: las señales que un particular creaba inadvertidamente en la red mientras observaba los asuntos mundanos y aun así indefinidamente múltiples de una sociedad digital. El déficit de concentración de Laney, demasiado leve para registrarlo en una escala, hacían de él un innato zapper de canales, saltando de programa en programa, de base de datos en base de datos, de plataforma en plataforma, de una manera que era, bueno, intuitiva.

Y ésa era realmente la baza cuando se trataba de encontrar trabajo: Laney era el equivalente de un zahori, un rabdomante cibernético. No podía explicar cómo hacía lo que hacía. Simplemente lo ignoraba.

Laney había llegado a Slitscan de DatAmerica, donde había sido asistente de investigación en un proyecto codificado llamado TIDAL. Como un detalle más de la mentalidad de DatAmerica, Laney nunca consiguió averiguar si TIDAL era o no era un acrónimo, o (aunque fuese de modo aproximado) qué significaba TIDAL. Se pasaba el tiempo detectante bloques de datos indiferenciados, buscando «puntos nodales» que podía reconocer gracias a su preparación con un equipo de científicos franceses, todos ellos hábiles jugadores de tenis; pero como ninguno de ellos había mostrado el mínimo interés en explicarle esos puntos nodales, Laney llegó a pensar que lo utilizaban como una especie de guía nativo. Si los franceses querían algo, allí estaba él para buscarlo. Y así, sin más, fue a parar a Gainesville. Hasta que TIDAL, cualquiera que fuera su actividad, cerró sus puertas, y al parecer a Laney ya no le quedó nada que hacer en DatAmerica. Los franceses se marcharon, y cuando Laney trató de hablar con otros investigadores sobre lo que habían estado haciendo, lo miraron como si pensaran que estaba loco.

Cuando se presentó en Slitscan, la entrevistadora fue Kathy Torrance. Laney no sabía que era

jefa de departamento, o que pronto iba a trabajar para ella. Le dijo la verdad sobre él. Casi toda la verdad, en cualquier caso.

Ella era la mujer más pálida que Laney había visto. Pálida hasta parecer translúcida. (Después se enteró de que eso tenía mucho que ver con los cosméticos, y en particular con una línea británica que se enorgullecía de que sus productos pudieran cambiar la dirección de la luz.)

-¿Lleva usted siempre imitaciones malasias de las camisas de Brooks Brothers, Mister Laney?

Laney miró la parte inferior de la camisa, o intentó hacerlo.

-¿Malasia?

-No están mal hechas, pero aún no dominan la tensión del hilo.

-Oh.

-No importa. Un poco de chic prototípico podría provocar cierto revuelo aquí. Puede aflojarse la corbata, en cualquier caso. Insisto, aflójese la corbata.

Y tenga siempre en el bolsillo una colección de rotuladores. Intactos, por favor. Más uno de esos marcadores planos y gruesos, un desagradable tono fluorescente.

-¿Bromea usted?

-Quizás, Mister Laney. ¿Lo puedo llamar Colin?

-Sí.

Ella nunca lo llamó Colin, ni entonces ni nunca.

-Verá que en Slitscan el humor es esencial, Laney. Un medio necesario de supervivencia. Comprobará que aquí el camino más accesible es claramente oblicuo.

-¿Qué quiere decir, Miss Torrance?

-Kathy. Quiero decir difícil de exponer de manera eficaz en un informe. O ante un tribunal.

Yamazaki era un buen oyente. Había parpadeado, había tragado saliva, había movido la cabeza, había estado jugando con el botón superior de su camisa a cuadros, cualquier cosa; todo ello venía a decir de algún modo que había captado el hilo de la historia de Laney.

Keith Alan Blackwell era diferente. Estaba sentado allí, inerte como una masa de carne, sin moverse nunca, salvo cuando levantaba la mano izquierda y se apretaba y retorcía el muñón del lóbulo, lo que le quedaba de la oreja izquierda. Esto lo hacía sin titubeos y sin reparo, y Laney tuvo la impresión de que todo esto lo ayudaba en cierto modo a relajarse. Las manipulaciones de Blackwell enrojecieron levemente el tejido de la cicatriz.

Laney estaba sentado en un banco tapizado, de espaldas a la pared. Yamazaki y Blackwell lo miraban a través de la mesa. Detrás de ellos, por encima de las cabezas uniformemente negras de los bebedores de café Roppongi a última hora de la noche, flotaban las

facciones holográficas del dueño de la cafetería, frente a una impresionante vista crepuscular de los picos andinos cubiertos de nieve. Los labios del dueño eran como salchichas hinchadas y rojas, una parodia racial que en cualquier sitio de Los Angeles sería considerada una bomba incendiaria. Sostenía en alto una taza de humeante café, blanca y levemente icónica, con la mano grande, embutida en un guante blanco, de un Disney primigenio.

Yamazaki tosió con delicadeza.

-Por favor, ¿quiere hablarnos de sus experiencias en Slitscan?

Kathy Torrance empezó por ofrecer a Laney la posibilidad de barrer una red, al estilo de Slitscan.

Verificó el estado de un par de ordenadores de la Jaula, hizo salir de la habitación a cuatro

empleados, invitó a Laney a entrar y cerró la puerta. Sillas alrededor de la mesa, un tablero grande en la pared. Laney miraba mientras ella buscaba en los ordenadores puertos de datos y proyectaba imágenes idénticas de un individuo de pelo largo y rubio, de unos veinticinco años de edad. Perilla y aro de oro en el lóbulo de la oreja. A Laney la cara no le decía nada. Podía ser la de alguien con quien se había cruzado una hora antes en la calle, la cara de un actor de segunda categoría en un culebrón de la tarde, o la cara de un hombre que guardaba en el refrigerador los dedos de sus víctimas.

-Clinton Hulmán -dijo Kathy Torrance-. Peluquero, chef de sushi, periodista de música, extra en películas porno de mediano presupuesto. Esta imagen está arreglada, como era de esperar. -Pulsó varias teclas. Los ojos y la barbilla, en la pantalla de Kathy, se hicieron más pequeños con cada clic.- Probablemente la arregló él mismo, un profesional no hubiera dejado rastros.

-¿Actúa en porno? -Laney sintió lástima, oscuramente, por Hulmán, que sin mentón parecía perdido y vulnerable.

-Lo que a ellos les interesa no es el tamaño de su barbilla -dijo Kathy-. Es ante todo la captación del movimiento, en porno. Muy de cerca. Todos son dobles de cuerpo. Se pueden encontrar fácilmente caras mejores. Pero todavía hace falta alguien que se meta en el hoyo y acabe con los malos, ¿de acuerdo?

Laney la miró por el rabillo del ojo. -Si usted lo dice...

Kathy alargó a Laney unos fonoculares Thomson de goma.

-Venga, con él.

-¿Yo?

-Sí, con él. Busque esos puntos nodales de los que me ha hablado. La imagen es la entrada a todo lo que queremos saber de él. Aburrimiento puro y duro. Datos como un mar de tapioca, Laney. Una planicie interminable de vainilla. Él es tan aburrido como largo el día, y el día es largo. Hágalo. Déme una alegría. Hágalo y se habrá ganado el puesto.

Laney contempló la imagen de Hulmán.

-Usted no me ha dicho lo que tengo que buscar.

-Cualquier cosa que pueda ser de interés para Slitscan. Lo que equivale a decir cualquier cosa que pueda ser de interés para el público de Slitscan, un organismo vicioso, gandul, profundamente ignorante, siempre hambriento de carne caliente. Personalmente me gusta imaginarlo como un hipopótamo joven, del color de una patata hervida, que vive solo, en la oscuridad, en las afueras de Topeka. Tiene ojos y suda constantemente. El sudor le entra en los ojos

que le escuecen. No tiene boca, Laney, ni genitales, y sólo puede expresar sus mudos impulsos de violencia asesina y deseo infantil cambiando de canal con un control remoto universal. Yvotando en las elecciones presidenciales.

-¿SBU?

Yamazaki sacó el cuaderno y empuñó la pluma luminosa. A Laney le pareció que no le importaba, pero pareció que el hombre se encontraba mucho más cómodo. -Strategic Business Unit -dijo-. Una pequeña sala de conferencias. Oficina postal de Slitscan.

-¿Oficina postal?

-Como en California. La gente no tiene mesas propias. Cuando entra, toma un ordenador y un teléfono de la Jaula. Y más periféricos si los necesita. Los SBU son para reuniones, pero a veces es difícil conseguir uno. Las reuniones virtuales son de provecho, sobre todo para temas sensibles. Usted tiene un buzón donde guardar sus cosas. No quiere que los otros vean textos impresos. Y los otros detestan el correo electrónico.

-¿Por qué?

-Porque uno puede haber anotado algo de la red interna, y ese algo puede salir de aquí. En cambio no permitiremos que el cuaderno de usted salga de la Jaula. El día que les falte papel, tendrán una grabación de cada llamada, de cada imagen proyectada, de cada pulsación en el teclado.

Blackwell se inclinó, y la bóveda del cráneo reflejó el color rojo de los tubos de abesto. -Seguridad.

-¿Y tuvo usted éxito, Mister Laney? -preguntó Yamazaki-. ¿Encontró usted los... puntos nodales?

4. Venecia descomprimida

-Cierra la boca ahora -dijo la mujer del 23E, y Chia no había replicado-. La hermana te va a contar una historia.

Chia dejó de mirar la pantalla en el respaldo del asiento, donde había intentado abrirse camino a través del undécimo nivel de una lobotomizada versión aérea de las Guerras de las Calaveras. La rubia miraba adelante, no a Chia. Tenía la pantalla baja y podía utilizar el reverso como bandeja, y acababa de beberse otro vaso de jugo de tomate helado que había pedido al asistente de vuelo. Por alguna razón, los vasos llegaban con trozos de apio, pero la rubia no parecía interesada. Había puesto los cinco trozos de apio en la bandeja, como un niño que construye las paredes de una pequeña casa, o un corral para animales de juguete.

Chia miró los pulgares de la rubia, que descansaban sobre el tablero de Air Magellan, y luego los ojos de pestañas pintadas. Ahora la rubia miraba a Chia.

-Conozco un sitio donde siempre hay luz -dijo la mujer-. Luz por doquier. Sin puntos oscuros. Claro como la niebla, como algo que cae, siempre, cada segundo. Todos los colores. Torres de cimas invisibles, y una luz que cae. Abajo, la gente amontona bares. Bares y clubes y discotecas. Superpuestos como cajas de zapatos. Y no importa lo que una ande, no importa

cuántas escaleras suba, cuántos ascensores utilice, no importa el tamaño de la habitación en la que una entra al fin, la luz la encuentra a una siempre. Es una luz que se filtra por debajo de la puerta, como el polvo. Fina, finísima. Se cuela en una por debajo de los párpados, si una encuentra un modo de echarse a dormir. Pero allí nadie quiere dormir. En Shinjuku, no. ¿No es cierto?

De repente, Chia tuvo conciencia de toda la masa física del avión, de la terrible singularidad de aquel vuelo a través del espacio, de que la estructura aérea vibraba durante la noche helada en algún sitio sobre el océano, ahora lejos de la costa de Alaska, imposible pero cierto.

-No -murmuró Chia, cuando las Guerras de las Calaveras, notando que ella no prestaba atención, la devolvieron a la realidad.

-No -corroboró la mujer-, usted *no*. Lo sé. Pero ellos la hacen a usted. Ellos la hacen a usted. En el centro del mundo.

Yentonces echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y empezó a roncar.

Chia quitó la Guerra de las Calaveras y guardó el tablero en la bolsa del asiento. Tenía la sensación de que había estado gritando. ¿Qué había ocurrido?

El asistente se acercó, echó los trozos de apio en una servilleta, recogió el vaso, limpió la bandeja y la empotró en el respaldo del asiento.

-¿Mi bolsa? -dijo Chia-. ¿En el compartimiento? -Apuntó hacia arriba.

El asistente alzó la tapa, sacó la bolsa y la puso encima de las rodillas de Chia.

-¿Cómo se deshace esto? -Chia palpó los lazos de gelatina roja que sujetaban los apéndices de la cremallera.

El asistente extrajo una pequeña herramienta negra de la funda negra del cinturón. A Chia le

recordó la herramienta con que un veterinario limpiaba las uñas de los perros. El asistente ahuecó la otra mano y recogió las pequeñas bolas en que se convertían los lazos cuando los cortaba.

-¿Puedo utilizarlo? -Chia abrió una cremallera y le mostró el Sandbenders, embutido entre cuatro pares de leotardos enrollados.

-Aquí, no; sólo en negocios o en primera -dijo el asistente-. Pero puede conectarlo con el monitor del asiento, si quiere.

-Gracias -dijo Chia-. Tengo mis cosas.

El ayudante de vuelo siguió pasillo adelante.

Los ronquidos de la rubia se convirtieron en un murmullo mientras el avión basculaba a través de una zona de turbulencia. Chia sacó unas gafas de la bolsa de ropa limpia y las puso junto a ella, entre la cadera y el brazo del asiento. Tomó el Sandbenders, cerró la bolsa y ayudándose con la otra mano y los dos pies la escondió debajo del asiento delantero. Quería salir de allí a toda costa.

Con el Sandbenders sobre los muslos comprobó el estado de la batería. Ocho horas así, si tenía suerte. Pero ahora mismo eso no le preocupaba. Desenroscó el lápiz del puente de las gafas y lo enchufó. Los hilos estaban enredados, como siempre. Tómatelo con calma, se dijo Chia. Una banda de sensores averiada, y ella se pasaría allí toda la noche con un clon de Ashleigh Modine Cárter. Pequeños cascos de plata, estructura con apéndices flexibles; era fácil... Un enchufe para cada uno. Conexión y conexión...

La rubia dijo algo en sueños. Si aquello podía llamarse sueño.

Chia tomó las gafas, se las puso y pulsó el botón rojo.

-Aquí está mi...

Y así era.

Estaba allí, en el borde de la cama de Chia, mirando el póster de *Lo Rez Skyline.* Al fin Lo se dio cuenta. Se acarició el mostacho y sonrió a Chia.

-Eh, Chia.

-¡Eh! -Y reprimió la exclamación por razones de privacidad.

-¿Qué hay de nuevo, chica?

-Estoy en un avión. Me dirijo a Japón.

-¿A Japón? Estupendo. ¿Conoces nuestro disco *Budokan?*

-No tengo ganas de hablar, Lo. -No con un agente de software, en cualquier caso, por muy amable que sea.

-Tranquila. -Él le echó una sonrisa de gata, entornando los ojos, y la imagen dejó de moverse. Chia miraba aquí y allá, se sentía incómoda. Las cosas no tenían la medida correcta, en cierto modo, o tal vez tendría que haber utilizado los paquetes fractales que mezclan todo, ponen polvo en los rincones y esparcen manchas alrededor del conmutador de la luz. A Zona Rosa le parecía lo mejor. Cuando estaba en casa, a Chia le gustaba que la escenificación fuera más limpia que el cuarto. Ahora todo esto hacía que sintiera nostalgia, que echara en falta la vida real.

Chia señaló con la mano la sala de estar, más allá de lo que era quizás la puerta de la habitación de su madre. Apenas si la había encuadrado, y allí no había interioridad, allí no había allí. La sala de estar tenía también ángulos esquemáticos, y los muebles que había importado con un sistema Playmobil anterior al Sandbenders. Un pez de silueta imprecisa nadaba de un lado a otro en una mesita de cristal que había construido a los nueve años. Los árboles que se veían

por la ventana eran aún más viejos: troncos marrón pastel, perfectamente cilindricos; cada uno sostenía una bola de algodón verde ácido de follaje indiferenciado. Si los miraba durante un

tiempo, el Mumphalumphagus aparecería fuera con ganas de jugar, por eso no lo hizo.

Chia se instaló en el sofá de Playmobil y miró programas sueltos por encima de la mesita de cristal. El software del Sandbenders parecía una bolsa de agua pasada de moda, una especie de cantimplora (para aprender a manejarlo había tenido que consultar la enciclopedia *Qué son las cosas).* Era espectacularmente orgánico, pero estaba deteriorado, con diminutas burbujas de agua a través del compacto tejido. Si miraba muy de cerca veía las cosas reflejadas en cada una de las gotitas, unos circuitos que eran como un abalorio o como la piel pectoral de un lagarto, una amplia playa vacía bajo un cielo gris, montañas en • la lluvia, agua de arroyo que cae sobre rocas d.e diferentes colores. A Chia le gustaban los Sandbenders; eran los mejores. THE SANDBENDERS, OREGON, aparecía escrito, ya apenas visible, sobre la tela, como si se hubiera desvanecido casi por completo bajo el sol del desierto. SISTEMA 5.9. (Ella tenía toda la gama, hasta el 6.3. La gente decía que el 6.4 era una locura.)

Junto a la bolsa de agua estaba su trabajo escolar: una libreta de tres anillas que acusaba las indignidades del bolígrafo rojo, tapas cubiertas de signos digitales. Tenía que reformarlo todo antes de empezar en su nuevo colegio, recordó Chia. Demasiado juvenil.

La colección de Lo/Rez, álbumes, compilaciones y singles, todos enfundados, se hacinaban al azar, junto al material de archivo que ella había reunido desde que la admitieron en el club de Seattle. Gracias a un intercambio fortuito con un miembro de Suecia, la cubierta hacía pensar en una lata de conservas litografiada, Rez y Lo miraban con ojos asombrados y borrosos desde la superficie plana, rectangular. El fan sueco había escaneado la obra de arte, las cinco superficies impresas del original, y luego la había metido en una estructura reticular para darle tres dimensiones. El original quizá era nepalés, seguramente ilegal, y Chia se había dado cuenta de que el sello estaba invertido. Zona Rosa anhelaba tener una copia, pero de momento todo lo que ella había ofrecido era un juego de deleznables spots de televisión para el quinto concierto en la catedral de México. Los spots no eran en verdad tan deleznables y Chia no estaba preparada para el cambio. Había un documental itinerante oscuramente brasileño, producido en apariencia por una compañía subsidiaria del Globo. Chia lo quería, y México y Brasil tenían la misma dirección.

Chia pasó un dedo cubierto de mercurio por los discos apilados, y pensó en el Rumor. Antes ya había habido rumores, ahora había rumores, siempre habría rumores. Había circulado el rumor de que Lo y una modelo danesa se iban a casar, lo que probablemente era cierto, aunque ellos nunca lo dijeron. Y siempre había rumores sobre Rez y muchos otros. En realidad eran *gente.* La modelo danesa era gente, lo que no impedía que a Chia le pareciera una birria. El rumor era otra cosa.

Eso era exactamente lo que quería averiguar con ese viaje a Tokio.

Chia eligió *Lo Rez Skyline.*

La Venecia virtual que su padre le había enviado cuando ella cumplió trece años parecía un libro viejo y polvoriento con tapas de piel, piel marrón convertida en ciertas zonas en delicado ante, el equivalente digital de la tela de algodón en una máquina repleta de

pelotas de golf. Se hallaba junto al archivo de color gris que contenía una copia de la sentencia del divorcio y el acuerdo sobre la custodia.

Chia tiró de Venecia, la abrió. El pez destelló fuera de fase, pues el sistema activó una subrutina.

Venecia descomprimida.

En pleno invierno, la Piazza era monocroma, las fachadas eran como mapas de mármol, de pórfido, de granito pulido, de jaspe, de alabastro (los nombres de ricos minerales rodaban en el menú de visión periférica) . La ciudad de leones alados y caballos dorados. La hora ausente de un gris y perpetuo amanecer.

Allí Chia podía estar sola, o recorrer la ciudad con el Maestro de Música.

Su padre, en una llamada telefónica desde Singapur, para desearle un feliz cumpleaños, le había dicho que Hitler, durante su primera y única visita a Venecia, había abandonado a sus acompañantes para recorrer las calles, en esas mismas horas del alba, tal vez loco, y trotando como un perro.

Chia, que sólo tenía una vaga idea de quién era Hitler, y sólo por referencias en algunas canciones, comprendió el mensaje. Las piedras de la Piazza se le deslizaron bajo los pies como una seda cuando levantó un dedo plateado y se adentró de prisa en el laberinto de puentes, agua, arcos, paredes.

Ella no tenía idea de lo que significaba todo aquello, ni el cómo o el porqué del lugar, pero encajaba perfectamente en sí mismo y en el espacio que ocupaba, el agua y la piedra integradas impecablemente en una misteriosa unidad.

La más complicada pieza de software que haya existido alguna vez, y ya llegaban los primeros acordes de «Premonición de positrones».

5. Puntos nodales

Clinton Emory Hulmán, veinticinco: peluquero, chef de sushi, comentarista de música, extra de porno, activo proveedor de cultivos proscritos de tejido fetal a tres de los más endomórficos miembros de Dukes of Nuke 'Em, cuyo disco «Gulf War, Baby» ocupaba la decimoctava posición con una mención *en Billboard,* y se podía oír constantemente en Yo (corazón) América, y varios estados islámicos ya habían presentado sus protestas.

Kathy Torrance miró como si estuviera preparada para sentirse complacida.

-¿Y el tejido fetal, Laney?

-Bien -dijo Laney, poniendo los fonoculares junto al ordenador-. Pienso que ésa puede ser la parte buena.

-¿Por qué?

-Porque tiene que ser iraquí. Insistieron mucho. No quieren ninguna otra cosa.

-Está usted contratado.

-¿De verdad?

-Tiene que relacionar las llamadas a Ventura con los cargos por estacionamiento en el garaje de Beverly Centér Aunque será una lástima perderse ese número cómico sobre «Gulf War babies».

-Espere un momento -dijo Laney-. Usted lo sabía.

-Es la última parte del programa del miércoles. -Kathy cerró el ordenador sin preocuparse por la desajustada barbilla de Clint Hulmán.- Pero ahora tengo una oportunidad de ver cómo trabaja usted, Laney. Usted es un ganador. Estaba casi segura de que ahí podía haber algo, en esa mierda de los puntos nodales. Algunos de los movimientos de usted no tenían sentido lógico pero he estado observando cómo hurga usted, con frialdad, en algo que tres avezados investigadores tardaron un mes en descubrir. Usted lo hizo en menos de media hora.

-Parte de eso era ilegal -dijo Laney-. Uno accede a sitios de DatAmerica supuestamente inaccesibles.

-¿Sabe usted lo que es un acuerdo de obligado secreto, Laney?

Yamazaki dejó de examinar el cuaderno. -Muy bien -dijo, probablemente a Blackwell-. Eso está bien.

Blackwell se movió, y el armazón de la silla crujió protestando. -Pero no aguantó mucho; ¿cuánto tiempo estuvo allí?

-Poco más de seis meses -dijo Laney.

Seis meses podían ser mucho tiempo, en Slitscan.

Laney empleó la mayor parte de su primera mensualidad en alquilar un micro en un garaje retroacoplado de la Broadway Avenue en Santa Mónica. Compró camisas como las que llevaba la gente de Slitscan, y conservó la camisa malasia para dormir. También compró unas buenas gafas de sol y se cercioró de que nunca le asomara en el bolsillo de la camisa otra cosa que un rotulador

de fieltro.

La vida en Slitscan tenía una cierta y precisa calidad. Los colegas de Laney no mostraban más que una estrecha banda de emociones. Cierto tipo de humor era muy valorado, como decía Kathy, pero había pocas risas. La respuesta esperada era un contacto ocular, un movimiento de cabeza, una sonrisa apenas insinuada. Allí se destruían vidas, y a veces se reconstruían, se destrozaban carreras o se renovaban de un modo inesperado y surreal. De hecho, el negocio de Slitscan consistía en una ritual cesión de sangre, y esa sangre era un fluido alquímico: celebridad en su forma más cruda, más pura.

La habilidad de Laney en localizar datos clave en desechos aparentemente aleatorios de información incidental le ganó la envidia y la admiración reticente de los investigadores más experimentados. Pronto se convirtió en el preferido de Kathy y casi se sintió complacido cuando descubrió que se decía que eran amantes.

No lo eran, ni lo habían sido excepto aquella vez que estuvieron en la casa de ella en Sherman Oaks, y no fue una buena idea. Ninguno de los dos quería repetirlo.

Pero Laney todavía seguía afinando, enfocándose, aprovechando todo cuanto se manifestaba como habilidad, como buen toque. Y a Kathy le gustaba eso. Con los fonoculares puestos y conectado a las desoladas extensiones de DatAmerica a través de una línea de Slitscan, se sentía cada vez más a gusto. Iba a donde Kathy le sugería que fuera. Descubría los puntos nodales.

A veces, cuando se quedaba dormido en Santa Mónica, se preguntaba vagamente si habría un sistema más grande, un campo con mayores perspectivas. Tal vez DatAmerica tenía sus propios puntos nodales, incorrecciones informáticas que podían conducir a otro tipo de verdades, otro modo de saber, oculto en las más profundas capas grises de la información. Pero se necesitaba que alguien hiciera la pregunta adecuada. Él no tenía idea de cuál podía ser la pregunta, si es que la había, pero en cierto modo dudaba que un SBU de Slitscan la hiciera alguna vez.

Slitscan había nacido de los sistemas de programación «reality» y los tabloides de red de fines del siglo xx, pero había entre ellos tanta diferencia como entre un corpulento bípedo carnívoro y sus torpes antecesores, que habían habitado aguas poco profundas. Slitscan era la forma madura, pues disponía de franquicias globales. Con los ingresos de Slitscan se habían pagado satélites completos y se había levantado el edificio de Burbank en el que él trabajaba.

Slitscan era una imagen tan popular que se había convertido en algo semejante a la vieja idea de una red. Estaba flanqueada y protegida por firmas periféricas y derivativas, todas designadas para devolver el observador al núcleo central, el conocido y cruento altar al que un mexicano, compañero de trabajo de Laney, llamaba Espejo Humeante.

Era imposible trabajar en Slitscan sin sentir que uno era parte de la historia o, como diría Kathy Torrance, que uno *reemplazába a la* historia. Slitscan en sí mismo, sospechaba Laney, podía ser uno de esos puntos nodales más grandes que él imaginaba a veces, una peculiaridad informática que se abría a una estructura increíblemente más profunda.

En esa búsqueda de puntos nodales menores que Kathy le pedía que localizara en DatAmerica, Laney ya había influido en el curso de unas elecciones municipales, en el mercado de patentes de genes, en las leyes sobre el aborto del estado de Nueva Jersey y en un movimiento proeutanasia (o culto al suicidio, según se mire) llamado Cese a Medianoche, sin mencionar la vida y las carreras de varias docenas de celebridades de diversa índole.

No siempre para lo peor, como los actores del espectáculo habrían deseado. El segmento de Kathy sobre los Dukes of Nuke 'Em, exponiendo que la banda prefería sobre todo el tejido fetal iraquí, hizo que el grupo lanzara inmediatamente un disco de platino (lo que había resultado en juicios y ejecuciones públicas en Bagdad, pero él pensaba ante todo que allí la vida era muy dura).

Laney nunca había sido personalmente un aficionado de Slitscan, y sospechaba que esto lo había favorecido cuando solicitó el puesto de investigador. En cualquier caso, no opinaba bien del espectáculo. Lo aceptaba, cuando pensaba en él, como parte de la realidad común. La existencia de

Slitscan explicaba cómo se fabricaba cierto tipo de noticias. Slitscan era donde él trabajaba.

Slitscan le permitió hacer algo para lo que tenía un talento genuino: dejar de pensar en términos de causa y efecto. Incluso ahora, al intentar explicarse ante el atento Mister Yamazaki, le era difícil descubrir un claro nexo de responsabilidad. Los ricos y los famosos, había dicho una vez Kathy, rara vez eran así por accidente. Se podía ser lo uno o lo otro, pero casi nunca, por accidente, ambas cosas.

Las celebridades que no eran famosas ni ricas, eran alguna otra cosa, y Kathy las veía como cruces con las que tenía que cargar: los asesinos en masa, por ejemplo, o los padres de una última víctima. En ellos no había madera de estrella (aunque ella siempre había contado con los asesinos, intuyendo que al menos tenían el potencial adecuado).

Lo que Kathy quería era otro tipo de celebridades, por eso hacía que Laney y hasta un total de otros treinta investigaran los aspectos más privados de la vida de aquellos que eran deliberada pero al menos moderadamente famosos.

Alison Shires no era nada famosa, pero sí lo era el hombre con el que Laney comprobó que ella tenía entonces una relación de amor.

Y Laney empezó a ver más claro.

Alison Shires *sabía*, de algún modo, que él estaba allí observando. Como si sintiera que estaba mirando desde arriba; en el conjunto de datos que reflejaban la vida de ella, una vida cuya superficie estaba integrada por todos los bits que conformaban las actividades de Alison Shires tal como estaba registrado en el tejido digital del mundo.

Laney vio que en la pantalla empezaba a formarse un punto nodal sobre la imagen de la mujer.

Alison Shires se iba a matar.

6. DESH

Chia había programado el Maestro de Música para que tuviera afición a los puentes. El Maestro aparecía en una Venecia virtual cada vez que ella cruzaba un puente a velocidad moderada. Era un hombre joven y delgado con ojos de color azul celeste y una debilidad por las chaquetas largas, flotantes.

En su versión beta, el Maestro de Música había protagonizado una acción «mira y siente», cuando los abogados de un venerable cantante británico denunciaron que los diseñadores del aparato lo habían escaneado como un hombre mucho más joven. Esta versión fue retirada, y todas las posteriores, incluida la de Chia, fueron ya cuidadosamente genéricas. (Kelsey le dijo que lo más importante era que le habían cambiado un ojo, pero ¿por qué sólo uno?)

Chia lo introdujo en Venecia en su segunda visita, para que la acompañara y le proporcionase variedad musical; programar las apariciones de los momentos en que cruzaba los puentes había resultado ser una buena idea. En Venecia había infinidad de puentes; algunos no eran otra cosa que un pequeño arco con escalones de piedra que cubrían canales sumamente estrechos. Allí estaba el Puente de los Suspiros, que Chia evitó porque le parecía triste y deprimente, y el Puente de los Puños, que le gustaba sobre todo por

el nombre, y tantos otros. Y estaba el Rialto, enorme y jorobado y fantásticamente viejo, donde su padre le dijo que los hombres habían inventado la banca, o un tipo particular de banca. (Su padre trabajaba para un banco, y por este motivo había tenido que vivir en Singapur.) Ahora Chia aminoró el paso y empezó a subir por la pendiente escalonada del Rialto; el Maestro de Música se movía junto a ella mientras la chaqueta le flameaba ruidosamente en la brisa.

-DESH -dijo él, activado por la mirada de Chia-, la Diatonic Elaboration of Static Harmony. También conocida como el acorde mayor descendente. «Música para cuerda», de Bach, 1730. El protocolo de «Un matiz más blanco del pálido», de Harum, 1967.

Si ella lo hubiera mirado a los ojos ahora habría oído los mensajes de él, sin dirección y al volumen correcto. Después, más sobre DESH, y más mensajes. Lo tenía con ella para que la acompañara, no para que le diera una conferencia. Pero para él sólo había conferencias, aparte de las imágenes icónicas, que eran más o menos rubias y estilizadas y mejor que cualquier ser humano. Conocía todo lo que se podía conocer sobre música, y absolutamente nada más.

Chia no sabía cuánto tiempo había estado en Venecia, en esa visita. Todavía era ese minuto antes del amanecer que ella inmovilizaba, pues le gustaba por encima de todo.

-¿Sabes algo sobre músicajaponesa? -preguntó ella.

-¿Qué clase de música exactamente?

-Qué gente la escucha.

-¿Música popular?

-Eso creo.

Él hizo una pausa, y se volvió con las manos en los bolsillos del pantalón; la trinchera flotaba descubriendo el forro.

-Podríamos empezar con una música llamada *enka* -dijo-, aunque quizá no le guste. -Así eran los agentes de software, sabían lo que le gustaba a uno.- Las raíces del pop japonés contemporáneo vinieron después, con la invención de algo llamado «sonidos de grupo». Fue un fenómeno mimético, flagran teniente comercial. Con influencias de un pop occidental sumamente aguado. Muy blando y monótono.

-Pero ¿tienen realmente cantantes que no existen?

-Los ídolos de la canción -dijo él subiendo por la joroba del puente-. Los *idoru.* Algunos de ellos son enormemente populares.

-¿Se mata la gente por ellos?

-No sé. Es posible, supongo.

-¿Se casa la gente con ellos?

-No que yo sepa.

-¿Qué hay de Rei Toei? -Sin saber si era así como se pronunciaba.

-Me temo que no la conozco -dijo él con un ligero sobresalto, como siempre que le preguntaban por una música aparecida después de su propio lanzamiento. Esto hacía que Chia lo compadeciera, lo que sin duda era ridículo.

-No importa -dijo ella, y cerró los ojos.

Se quitó las gafas.

Después de Venecia, el avión le pareció más estrecho y de techo más bajo, un tubo claustrofóbico repleto de asientos y gente.

La rubia despertó y miró a Chia acercando la cara. Ahora se parecía mucho menos a Ashleigh Modine Cárter, pues se había quitado la mayor parte del maquillaje.

De pronto, la rubia se rió. Era una risa lenta, modular, como por etapas, cada una de ellas gobernada por un titubeo o una cierta cautela.

-Me gusta ese ordenador -dijo ella-. Parece que lo hubieran construido los indios o algo así.

Chia se volvió hacia el Sandbenders. Cerró el conmutador rojo.

-Coral -dijo-. Eso es turquesa. Lo que parece marfil es el interior de una especie de nuez. Renovable.

-¿El resto es plata?

-Aluminio -dijo Chia-. Fundieron las latas viejas que encontraron en la playa e hicieron moldes de arena. Estos paneles son de micarta, o sea, lienzo con resina.

-No sabía que los indios pudieran construir ordenadores -dijo la mujer alargando la mano para tocar el borde curvado del Sandbenders. Hablaba con una voz titubeante, clara, como de niño. La uña del dedo que reposaba encima del Sandbenders era de un rojo brillante, la laca estaba cuarteada y sucia. Un estremecimiento, y la rubia retiró la mano.

-Bebí demasiado. Y con tequila dentro, también. Vitamina T lo llama Eddie. No fui *mala,* ¿verdad?

Chia meneó la cabeza.

-Nunca puedo recordar si he sido mala.

-¿Sabe cuánto falta para Tokio? -preguntó Chia; todo lo que se le ocurrió decir.

-Nueve horas fácilmente -dijo la rubia, y suspiró-. Los subsónicos agotan, ¿no es así? Eddie me reservó plaza en un super, viaje de negocios, pero luego dijo que había habido algún problema con el billete. Eddie recibe todos los billetes de un sitio de Osaka. Una vez viajamos con Air

France, primera clase; el asiento se convierte en una cama y la cubren a una con un pequeño edredón. Y tienen un bar abierto ahí mismo y dejan las botellas fuera, y champán y la mejor comida. -El recuerdo no parecía animarla.- Y dan perfumes y maquillajes en los estuches originales, de Hermés. Piel auténtica, también. ¿Por qué va usted a Tokio?

-Oh -dijo Chia-. Oh. Bien. Mi amigo. Para ver a mi amigo.

-Es muy extraño. ¿Sabe usted? Desde el terremoto.

-Pero ahora ya lo han reconstruido, ¿no?

-Seguro, pero lo hicieron muy deprisa, con esa nanotécnica tan rápida. Eddie estuvo allí antes de que se posara el polvo. Me dijo que se podía *ver* cómo crecían esas torres, en una noche. Las habitaciones amontonadas como panales, y las paredes elevándose una tras otra. Me dijo que era como ver una vela que se consume, pero al revés. Algo horrible. No tiene sentido. Las máquinas son demasiado pequeñas para verlas. Pueden meterse en el cuerpo de una, ¿sabe usted?

Chia sintió aquí un hilo de pánico. -¿Eddie? -preguntó con la esperanza de cambiar de tema.

-Eddie es como un hombre de negocios. Después del terremoto se fue a Japón a ganar dinero. Dice que entonces la infra, infra, la *estructura* era muy abierta. Dice que merecía la pena, pues llegabas y te ponías a buscar, de prisa, antes de que se cerrara y se endureciera de nuevo. Y se cerró *alrededor de* Eddie, como si él fuera un implante o algo parecido, y así ahora él es parte de la infra, infra...

-Infraestructura.

-La estructura. Sí. Así ahora él está enchufado a la máquina. Es un señor, dueño de esos clubs, y tiene negocios en música y vídeos y otras cosas.

Chia se inclinó hacia adelante, sacó su bolsa de debajo del asiento delantero y puso a un lado el Sandbenders. -¿Vive usted allí, en Tokio?

-Parte del tiempo.

-¿Le gusta?

-Es... yo..., bueno... *Misterioso,* ¿me entiende? No se parece a ningún otro sitio. Allí ocurrió aquella cosa gigantesca, y después ellos lo arreglaron con algo que era tal vez aún más gigantesco, un cambio aún mayor, y todo el mundo va por ahí diciendo que no ocurrió nunca, que no ocurrió nada. Pero ¿sabe usted qué?

-¿Qué?

-Mire un mapa. Un mapa de antes. Un montón de detalles *no están donde estaban.* Ni siquiera cerca. Bien, algunas cosas sí, el palacio, esa autopista y ese gran Ayuntamiento de Shinjuku, pero casi todo el resto lo hicieron más tarde. Echaron toda la basura del terremoto al agua, como a un vertedero, y ahora están construyendo encima también. Nuevas islas.

-Me permite -dijo Chia-, tengo mucho sueño. Voy a ver si duermo ahora.

-Mi nombre es Maryalice. Todo junto, en una palabra.

-El mío es Chia. -Cerró los ojos y trató en vano de echar hacia atrás el respaldo del asiento.

-Un nombre bonito -dijo Maryalice.

Chia creyó oír el DESH del Maestro de Música por encima del ruido de los motores, que ahora ya no era tanto un ruido como una parte de ella misma. Aquel matiz más blanco de algo, pero nunca había llegado a verlo con claridad.

7. La vida cálida y húmeda en Alison Shires

-Ella va a intentar quitarse la vida -dijo Laney.

-¿Por qué? -Kathy Torrance sorbió el exprés. Un lunes por la tarde en la Jaula.

-Porque lo sabe. Se da cuenta de que la estoy observando.

-Eso es imposible, Laney.

-Ella lo sabe.

-Tú no la estás «observando». Tú estás examinando los datos que ella genera, como los datos que generan todas nuestras vidas. Eso no puede saberlo.

-Lo sabe.

La taza blanca cayó con un clic sobre el platillo.

-Pero ¿cómo puedes saber que lo sabe? Examinas sus registros telefónicos, qué cosas prefiere ver y cuándo, la música que oye. ¿Cómo puedes saber que se da cuenta?

El punto nodal, quiso decir él. Pero no lo dijo.

-Creo que trabajas demasiado, Laney. Cinco días de descanso.

-No, prefiero...

-No puedo permitir que te quemes. Conozco los síntomas, Laney. Permiso por vacaciones, paga íntegra, cinco días.

Kathy añadió una prima de viaje. Laney fue envíado a la agencia local de Slitscan y alojado en un hotel cavado en lo alto de una montaña rocosa encima de Ixtapa; unas grandes esferas de piedra se alineaban sobre el lustroso hormigón del vestíbulo con paredes de cristal. Detrás del cristal unas iguanas miraban al personal de recepción con una calma antigua; las escamas verdosas brillaban sobre las ramas polvorientas de color marrón.

Laney conoció a una mujer que decía que editaba lámparas para una casa de diseño de San Francisco. Un martes por la noche. Él había estado tres horas en México. Unas copas en el bar del vestíbulo.

Laney le preguntó qué significaba eso, editar lámparas. Hacía poco había observado que las únicas gentes que tenían títulos específicos trabajaban en cosas que a él no le habrían gustado. Si la gente le preguntaba qué hacía, contestaba que era analista cuantitativo. No intentaba explicar los puntos nodales, o las teorías de Kathy Torrance sobre la celebridad.

La mujer añadió que su compañía producía muebles y accesorios en series limitadas, lámparas sobre todo. La manufactura efectiva venía de varios sitios diferentes, principalmente del norte de California. Industria de casas de campo. Un fabricante podía comprometerse por contrato a hacer doscientos soportes de granito, otro a lacar doscientos tubos de acero en un tono azul muy concreto. La mujer sacó un cuaderno y le mostró unos bocetos muy coloreados. Eran cosas finas, erizadas de puntas, que le hicieron pensar en insectos africanos que había visto en el canal Naturaleza.

¿Las diseñaba ella? No. Eran diseñadas en Rusia, en Moscú. Ella era la editora. Seleccionaba los proveedores de componentes. Supervisaba la fabricación, el transporte a San Francisco, el montaje en lo

que en otro tiempo había sido una fábrica de conservas. Si los documentos de diseño especificaban algo que no podían suministrarle, buscaba un nuevo proveedor o negociaba un compromiso en material o fabricación.

Laney le preguntó a quiénes vendían. A gente que quería cosas que otra gente no tenía, dijo la mujer. ¿O que no les gustaban a otra gente? Eso también, añadió ella. ¿Disfrutaba con ese trabajo? Sí. En general le gustaban las cosas que diseñaban los rusos, y no tanto quienes las fabricaban. Lo que más le gustaba, le dijo, era la sensación de traer al mundo algo nuevo, ver cómo los bocetos llegados de Moscú se materializaban en la planta de la antigua fábrica de conservas.

Allí permanecen un día, dijo la mujer, y puedes verlas, y tocarlas, y comprobar si son buenas o no.

Laney lo pensó un rato. La mujer parecía muy tranquila. Las sombras se alargaron un rato sobre el hormigón brillante .

Laney tocó las manos de la mujer.

Y las tocas, y compruebas si son buenas o no.

Antes del amanecer, la editora de lámparas dormía en la cama de Laney; él contemplaba la curva de la bahía desde el balcón de la suite; la luna era algo lechoso, translúcido, a punto de desaparecer.

Durante la noche, en el Distrito Federal, en algún sitio del este había habido ataques con cohetes, y hasta con agentes químicos, decían algunos. El último episodio de una de aquellas oscuras e ininterrumpidas batallas que eran el trasfondo del mundo.

Los pájaros se despertaban en los árboles de alrededor, un ruido que conocía de Gainesville, de las mañanas en el orfanato.

*

Kathy Torrance se declaró satisfecha con la recuperación de Laney. Parecía descansado, dijo ella.

Laney se encaminó a los mares de DatAmerica sin hacer ningún comentario, sospechando que un próximo permiso podría llegar a ser permanente. Ella lo miró como un experimentado artesano puede mirar una herramienta valiosa que está mostrando los primeros síntomas de fatiga.

Ahora, el punto nodal era diferente, aunque él no tenía palabras para describir el cambio. Comprobó los incontables fragmentos acerca de Alison Shires que habían llegado durante su ausencia, buscando los orígenes de lo que había estado pensando. Recuperó la música que Alison había escuchado mientras él estaba en México, poniendo cada canción en el orden que ella había elegido. Entonces vio que sus opciones se habían hecho más sólidas; Alison había encontrado un nuevo proveedor, Upful Groupvine, cuyo producto, irrenunciablemente positivo, era el equivalente musical del canal Nuevas Noticias.

Mediante una indización cruzada de los acreedores de Alison en los registros de proveedores y tiendas, Laney elaboró una lista de todo lo que ella había adquirido durante la última semana. Paquete de seis cuchillas, abridor de cajas de cartón Tokkai. ¿Tenía ella un abridor de cajas de cartón Tokkai? Entonces recordó la advertencia de Kathy de que en esa parte de la investigación era muy probable que se produjera una transferencia seria; la intimidad del investigador con el investigado podía conducir entonces a una pérdida de perspectiva.

-Con frecuencia lo más fácil es identificar las pequeñas compras, Laney -le dijo Kathy-. Somos una especie inclinada a comprar en las tiendas. Empiezas a consumir otra marca de guisantes congelados porque la persona investigada también lo hace; compruébalo.

El suelo del apartamento de Laney estaba terraplenado contra la inclinación original del garaje. Él dormía al fondo, en una cama neumática para invitados que había comprado a través del canal Telecompras. No tenía ventanas. Las regulaciones exigían una fuente luminosa, y una luz solar reconstituida penetraba a través de un panel en el techo, pero él rara vez estaba allí durante las horas del día.

Laney estaba sentado en el resbaladizo borde del colchón neumático, imaginando a Alison Shires en el apartamento de la Fountain Avenue. Más grande que el suyo, lo sabía, pero no mucho. Ventanas. El alquiler había sido pagado, comprobó finalmente Slitscan, por el actor casado que era amante de Alison. A través de una serie decididamente intrincada de subterfugios, pero en cualquier caso pagado. «El fondo de reptiles», lo llamaba Kathy.

Laney podía retener en su mente la historia de Alison Shires como un solo objeto, como el modelo, perfectamente detallado, de algo ordinario pero milagroso, iluminado por la intensidad del foco con que él la observaba. No la conocía personalmente, ni había hablado con ella, pero en cambio conocía más aspectos suyos, así creía, que cualquier persona de antes o después. Los maridos no conocían así a sus mujeres, ni las mujeres a sus maridos. Los espías podían aspirar a conocer así el objeto de su obsesión, pero nunca lo conseguían.

Hasta el día en que despertó después de medianoche, con la cabeza a punto de estallar. Hacía demasiado calor, de nuevo una avería en el aire acondicionado. Florida. La camisa con la que dormía, pegada a la

espalda y los hombros. ¿Qué estaría haciendo ella ahora?

¿Estaría mirando, despierta, las difusas líneas de luz que se reflejaban en el techo, mientras escuchaba Upful Groupvine?

Kathy sospechaba que él podía sufrir una crisis. Laney se miró las manos. Podían ser las de cualquier hombre. Las miró como si nunca las hubiera visto.

Laney recordó el 5-SB en el orfanato. El sabor persistía mientras lo inyectaban. Metal oxidado. El placebo no tenía sabor.

Dejó la cama. El Kitchen Korner lo detectó y despertó. La puerta de la refrigeradora se deslizó a un lado. Una vieja hoja de lechuga asomaba sombríamente a través de las varillas del estante blanco. Una botella de Evian, medio vacía, en otro. Laney ahuecó las manos sobre la lechuga, deseando sentir algo que irradiase de la decadencia de la hoja, una sutil fuerza vital, orgones, partículas de una energía desconocida para la ciencia.

Alison Shires iba a matarse. Laney sabía que ella lo había visto. Lo había visto de algún modo en los datos incidentales que generaba en su comedido paso por el mundo de las cosas.

-Eh, tú -dijo de pronto la refrigeradora-, me has dejado abierta.

Laney no contestó.

-Está bien, *¿quieres* dejarme abierta, colega? Ya sabes que interfiere en la descongelación automática...

-Cállate. -Las manos de Laney estaban ahora mejor. Más frescas.

Laney permaneció allí hasta que las manos se le enfriaron, entonces las retiró y con las puntas de los dedos se apretó las sienes, oportunidad que la refrigeradora aprovechó para cerrarse sin ningún otro comentario.

Veinte minutos después estaba en el tren subterráneo, en dirección a Hollywood, con una chaqueta sobre la camisa malasia arrugada. Figuras aisladas en los andenes de las estaciones, estiradas lateralmente en perspectiva, bajo la ráfaga de aire que el tren levantaba al pasar.

-¿No estamos hablando aquí de una decisión consciente? -Blackwell se sobó lo que le quedaba de la oreja derecha.

-No -dijo Laney-. No sé lo que estaba pensando.

-Intentaba salvarla. A la chica.

-Fue una sensación como de algo que se suelta de golpe. Una cinta de goma. Fue como la fuerza de la gravedad.

-Eso es lo que parece -dijo Blackwell- cuando uno toma una decisión.

En algún sitio, bajando la colina desde la salida del tren en Sunset, dio con un hombre que regaba el césped, un rectángulo quizá dos veces el tamaño de una mesa de billar, iluminado con el resplandor medicinal de una cercana luz callejera. Laney vio que el agua burbujeaba en los tallos perfectamente uniformes de plástico verde brillante. El césped de plástico estaba separado de la calle por barrotes verticales de acero que sostenían hileras de alambre afilado. La casa del hombre, a duras penas más grande que el rectángulo de césped, era una reliquia de otros tiempos, cuando esa ladera estaba cubierta de casitas y cenadores. Había otras como ella, ocultas entre las diversas fachadas con balcones de condominios y complejos de apartamentos, diminutas propiedades que

ya se alzaban allí cuando la zona aún no se había incorporado a la ciudad. En el aire flotaba un aroma de naranjas, pero él no pudo verlas.

El hombre que regaba el césped alzó los ojos, y Laney vio que era ciego; los rombos negros de unas unidades de vídeo, conectadas directamente al nervio óptico, le ocultaban los ojos. Nunca sabías adonde miraban.

Laney siguió adelante, dejándose llevar como si algo lo guiara a través de las calles dormidas, el perfume ocasional de un árbol en flor.

Se oyeron unos frenos distantes en Santa Mónica.

Quince minutos después Laney estaba delante del edificio de Fountain Avenue donde ella vivía. Miró hacia arriba. Quinto piso. 502.

El punto nodal.

-¿No quiere hablar de eso?

Laney levantó la mirada de su copa vacía y se encontró con los ojos de Blackwell por encima de la mesa.

-Realmente nunca se lo he dicho a nadie -replicó, y era verdad.

-Vamos a dar un paseo -dijo Blackwell, y se puso de pie, irguiendo el cuerpo sin esfuerzo aparente, como si fuera un globo de helio. Laney se preguntó qué hora podía ser, allí o en Los Angeles. Yamazaki se estaba ocupando de la cuenta.

Salió junto con ellos de Amos 'n' Andes. Fuera había una llovizna neblinosa; la acera era un agitado torrente de paraguas negros. Yamazaki sacó un objeto negro no más grande que una tarjeta comercial, algo más grueso, y lo dobló con fuerza entre los pulgares. Un paraguas negro floreció bajo la niebla. Yamazaki

se lo alargó a Laney. La curva del mango negro parecía seca, hueca y un poco caliente.

-¿Cómo se pliega?

-No hay que hacerlo -explicó Yamazaki-. Se tira. -Abrió otro para él. Blackwell, sin pelo, todo envuelto en un microporo, era evidentemente inmune a la lluvia.- Por favor, continúe con su informe, Mister Laney.

A través de un hueco entre dos torres distantes, Laney vislumbró el costado de otro edificio más alto. Vio allí unas caras enormes, vagamente conocidas, contorsionadas en un drama inexplicable.

El acuerdo de obligado secreto que Laney había firmado debía cubrir todos los casos en que Slitscan utilizase sus conexiones con DatAmerica en lo que pudiera interpretarse como violaciones

de la ley. Tales incidencias, de acuerdo con la experiencia de Laney, eran tan frecuentes que resultaban constantes, al menos en ciertos niveles avanzados de investigación. Como él ya había trabajado antes para DatAmerica, nada de todo esto le pareció sorprendente. DatAmerica no era tanto un poder como un territorio; en muchos aspectos era como una ley implícita.

La prolongada vigilancia de Alison Shires por parte de Laney había provocado ya incontables violaciones criminales; una de ellas le había proporcionado los códigos que abrían la puerta de entrada al vestíbulo del edificio, activaban el ascensor, abrían la puerta del apartamento en la quinta planta y desactivaban la alarma de seguridad que garantizaría automáticamente una respuesta armada si ella hiciera estas cosas sin marcar dos dígitos más. Esto último estaba pensado como un seguro contra la endémica invasión de los

hogares, un delito que consistía en abordar por sorpresa a los inquilinos en los garajes y obligarlos a entregar los códigos de entrada. El código de Alison Shires consistía en un número formado por el mes, el día y el año de su nacimiento, algo que cualquier servicio de seguridad desaconsejaba enérgicamente. Su código de control era 23, la edad que tenía un año antes, cuando se había instalado allí y se hiciera suscriptora.

Laney recitó en voz baja estos números mientras miraba el edificio. La fachada de ochenta pisos apuntaba a una posible idea sobre la restauración Tudor. Todo aparecía nítida e íntegramente detallado en esos primeros momentos de un amanecer en Los Angeles.

23.

-Así -supuso Blackwell-, usted entró. Pulsó los números de los códigos y, zas, ya está usted dentro. -Los tres esperaban para cruzar una bocacalle. Zas.

En el vestíbulo cubierto de espejos no se oía ningún ruido. Una docena de imágenes de Laney se reflejaron en los muros mientras él cruzaba una alfombra nueva y entraba en el ascensor, que olía a algo floral. Allí utilizó nuevamente parte del código. Subió al quinto piso. La puerta se abrió. Más alfombras nuevas. Debajo de la capa fresca de esmalte crema, las paredes del pasillo mostraban las diminutas irregularidades de un revoque anticuado.

502.

-¿Qué crees que estás haciendo? -dijo Laney en voz alta, aunque no sabía ni iba a saber nunca si hablaba consigo mismo o con Alison Shires.

El redondel de una antigua mirilla de seguridad lo miró desde la puerta, tapada en parte por una catarata de pintura pálida.

El teclado numérico estaba incrustado en el marco de acero de la puerta, no exactamente a la altura de la mirilla. Los dedos de Laney marcaron la secuencia.

23.

Pero Alison Shires, desnuda, abrió la puerta antes de que actuara el código. Upful Groupvine sonó alegremente detrás de ella cuando Laney le aferró las muñecas ensangrentadas. Yvio en sus ojos lo que entonces y siempre tomó por una mirada de simple reconocimiento, no de culpa.

-Esto no funciona -dijo ella, como si se refiriera a un aparato menor, y Laney oyó un gemido dentro de él, un ruido que no había vuelto a oír desde que era niño. Tenía que mirarle las muñecas, pero no podía. Avanzaba de espaldas a ella, acercándose a tientas a un sillón de mimbre.

-Siéntate -dijo él, como si le hablara a un niño rebelde, y ella se sentó. Le soltó las muñecas. Corrió hacia lo que suponía que tenía que ser un cuarto de baño. Allí había toallas y una especie de cinta.

Y se vio a sí mismo arrodillado junto a ella, donde estaba sentada, los dedos rojos encogidos sobre las palmas rojas, como si meditase. Laney le enrolló una toalla pequeña alrededor de la muñeca izquierda y la cubrió con la cinta, un producto flexible *de* color beige concebido para proteger ciertas zonas durante la aplicación de cosméticos con aerosol. Él lo sabía por los datos

sobre lo que ella compraba.

¿Se volvían morados los dedos de Alison bajo la capa de color rojo? Laney alzó la cabeza. El mismo reconocimiento. Un pómulo teñido de sangre.

-No lo hagas -dijo él.

-Está bajando.

Laney envolvió el antebrazo derecho de Alison, sujetando el rollo de cinta con los dientes.

-No di con la arteria.

-No te muevas -dijo Laney, y se incorporó de un salto, tropezó con sus propios pies y se golpeó la frente contra algo que reconoció, justo antes de que se rompiera la nariz, como una obra de la editora de lámparas. Le pareció que la alfombra se sacudía y lo abofeteaba como en un juego.

-Alison...

Ella adelantó un tobillo hacia la cocina.

-Alison, ¡siéntate!

-Lo lamento -creyó oírle decir Laney, y de pronto sonó el disparo.

Blackwell levantó los hombros suspirando, con un ruido que Laney pudo oír por encima del tráfico. Las gafas de Yamazaki reflejaban el color pastel de las paredes cubiertas de anuncios de neón, con un fulgor más deslumbrante que Las Vegas: todas las superficies iluminadas y en movimiento.

Blackwell miró a Laney. -Por aquí -dijo finalmente, y tras doblar una esquina, entró en una relativa oscuridad y una zona de orines. Laney lo siguió, Yamazaki detrás de él. Al final del estrecho pasaje emergieron en el país de las hadas.

Allí no había tubos de neón. La luz venía de unas torres que se alzaban por encima de ellos. Unos austeros rectángulos de cristal esmerilado, del tamaño de grandes tarjetas de felicitación, estaban cubiertos de ideogramas negros, y cada signo era una diminuta estructura, como una antigua caseta de baño en una playa olvidada. Las fachadas en miniatura, agrupadas a un lado del callejón empedrado, sugerían un espectáculo menor en una secreta feria urbana. Cedro plateado por la edad, papel aceitado, alfombras; nada que situase el lugar en el tiempo, excepto el hecho de que las señales eran eléctricas.

Laney miró. Una calle construida por duendes.

-Golden Street -dijo Keith Alan Blackwell.

8. Narita

Chia bajó del avión detrás de Maryalice, que se había tomado un par de aquellas bebidas de vitaminas y luego había acaparado uno de los lavabos durante veinte minutos mientras manipulaba los postizos y se pintaba los labios y las pestañas. Chia no podía decir gran cosa del resultado, que no se parecía tanto a Ashleigh Modine Cárter como a algo que Ashleight Modine Cárter había aplastado mientras dormía.

Cuando Chia se puso de pie, sintió que tenía que ordenarle a su cuerpo todo lo que necesitaba hacer. Piernas: moveos.

Había tenido unas cuantas horas más para dormir. Había vuelto a meter el Sandbenders en la bolsa, y ahora ponía un pie después de otro, mientras Maryalice, delante de ella, caminaba tambaleándose y deslizándose a lo largo del estrecho pasillo en unas botas blancas de vaquero.

Parecía que nunca iban a terminar de salir del avión, pero ahora estaban allí respirando el aire del aeropuerto en un pasillo, bajo enormes logotipos que Chia había conocido durante toda su vida, todas aquellas compañías japonesas, y todo abarrotado de gente que se movía en una dirección.

-¿Tiene usted algo que declarar? -le preguntó Maryalice.

-No -dijo Chia.

Maryalice dejó que Chia pasara delante de ella por el puesto de control; Chia entregó al policía japonés el pasaporte y la tarjeta bancaria inteligente que Zona Rosa había obligado a Kelsey a aceptar, pues en cualquier caso todo era idea de Kelsey. En teoría el montante de la tarjeta era todo lo que había en la tesorería del club de Seattle, pero Chia sospechaba que Kelsey terminaría por pagar la cuenta, y que probablemente le importaba poco.

El policía extrajo el pasaporte de Chia de la ranura del mostrador y se lo devolvió. No se había molestado en examinar la tarjeta inteligente. -Dos semanas estancia máxima -dijo, y le dedicó una inclinación de cabeza.

La puerta de cristal esmerilado se abrió para ella. Allí había mucha gente, bastante más que en SeaTac. Tenían que haber llegado muchos aviones a la vez para que toda aquella gente estuviera esperando el equipaje. Chia se apartó y dejó pasar un pequeño robot cargado con maletas. Tenía unas ruedas de goma de color rosa y grandes ojos de tira cómica que movía a los lados morosamente mientras se abría paso entre la multitud.

-Ya está, ha sido fácil -dijo Maryalice, detrás de ella.

Chia se volvió a tiempo para ver que Maryalice aspiraba larga y profundamente, contenía la respiración y luego exhalaba. Movía los ojos de un lado a otro, como si le doliera la cabeza.

-¿Sabe usted qué camino debo seguir para tomar el tren? -preguntó Chia. Llevaba mapas en el Sandbenders, pero ahora no tenía ganas de sacarlos.

-Por aquí -dijo Maryalice.

Maryalice se adelantó entre la gente; Chia la seguía

con la bolsa bajo el brazo. De pronto se encontraron delante de un carrusel con una rampa por

la que se deslizaban las maletas, entrechocándose y balanceándose; pasaban por delante de la gente y luego se alejaban.

-Aquí hay una -dijo Maryalice, atrapando una maleta negra y gritando con una alegría tan forzada que hizo que Chia la mirase-. Y... *otra.* -Era igual que la primera, sólo que ésta tenía una pegatina de Nissan County, la tercera atracción más grande de California.- ¿No le importaría llevármela, querida? Mi espalda no puede soportar los viajes largos en avión. -Y alargó a Chia la maleta con la pegatina. No pesaba; posiblemente estaba medio llena de ropa. Pero era demasiado grande para ella; tenía que inclinarse hacia un costado para que la maleta no rozara el suelo.

-Gracias -dijo Maryalice-. Aquí tiene. -Yentregó a Chia un trozo de papel arrugado, adhesivo por detrás, con un código de barras.- Es el control. Ahora tenemos que ir por aquí...

Abrirse paso entre la multitud arrastrando la maleta de Maryalice resultaba aún más duro. Chia tenía que concentrarse para no tropezar con los pies de otra gente y para no golpearlas, y entonces se dio cuenta de que había perdido a Maryalice. Echó una mirada alrededor, esperando ver los postizos de cabello moviéndose por encima de la multitud; casi todos lo llevaban más corto que Maryalice, pero a Maryalice no se la veía en ningún sitio.

TODOS LOS PASAJEROS TIENEN QUE PASAR POR LA ADUANA.

Chia observó cómo el anuncio cambiaba a japonés y luego volvía a aparecer en inglés.

Bueno, ése era el camino. Se puso en fila detrás de un hombre con una chaqueta de piel roja; en la espalda llevaba escrito con letras grises de felpa «Colisión de Conceptos». Chia se quedó mirando las letras e imaginó conceptos en colisión, lo cual, supuso, era un concepto en sí mismo, pero luego pensó que quizá se trataba del nombre de una compañía que reparaba coches, o uno de esos esloganes que los japoneses lanzaban en inglés, los únicos que casi parecían significar algo, aunque no era así.

-El siguiente.

Introdujeron la maleta de «Colisión de Conceptos» en una máquina del tamaño de una cama doble, pero más alta. Un agente con casco-vídeo iba leyendo la información que salía de los escáners, y otro policía que recogía el pasaporte lo metía en la máquina y hacía pasar los equipajes. Chia dejó que agarrase la maleta de Maryalice y la lanzara sobre la cinta transportadora. Luego le alargó la bolsa. -Ahí dentro hay un ordenador. ¿Lo detecta el escáner? -El policía no pareció oírla. Ella vio cómo la bolsa entraba en la máquina detrás de la maleta de Maryalice.

El hombre del casco, ojos ocultos, movía la cabeza a uno y otro lado cuando accedía a menús que él mismo activaba con la mirada.

-Talón de equipajes -dijo el policía, y Chia recordó lo que tenía en la mano. Lo entregó, y de repente le pareció muy extraño que a Maryalice se le hubiera ocurrido darle la maleta. El policía pasó el talón por un escáner.

-¿Hizo usted personalmente este equipaje? -le preguntó el hombre del casco. Él no podía Averia directamente, pero ella supuso que alcanzaba a leer la información acumulada en el pasaporte, y probablemente también la veía a ella en el monitor. Los aeropuertos estaban llenos de cámaras.

-Sí -dijo Chia, pensando que esto era más fácil que intentar explicar que la maleta pertenecía a Maryalice. Trató de leer la expresión de los labios del hombre; pero era difícil decir si expresaban algo.

-¿Lo preparó usted?

-Sí... -dijo Chia, esta vez con menos convicción.

El casco se movió bruscamente.

-El siguiente -dijo.

Chia fue al otro extremo de la máquina y recogió la bolsa y la maleta negra.

Otra pared de cristal esmerilado: estaba en una sala más grande, bajo un techo más alto, anuncios más grandes, pero la gente no menos apretada. Quizá no era tanto un problema de hacinamiento en Tokio, sino de Japón en general: más gente, más apretada.

Una de aquellas carretillas robotizadas para equipajes pasó junto a ella. Se preguntó cuánto costaría alquilar una. Podía instalarse encima del equipaje, tal vez, decirle al robot adonde quería ir, y luego sencillamente echarse a dormir. Sólo que no estaba segura de tener sueño. Se pasó la maleta de la mano izquierda a la mano derecha, preguntándose que haría si no encontraba a Maryalice en los próximos, digamos, cinco minutos. Estaba harta de aeropuertos y de espacios entre ellos, y ni siquiera sabía a ciencia cierta dónde iba a dormir esa noche, e incluso si *era* de noche.

Chia levantó los ojos con la esperanza de descubrir alguna clase de horario cuando una mano le aferró la muñeca derecha. Miró la mano, vio un reloj de oro y los gruesos eslabones de un brazalete de oro; los eslabones estaban conectados con el reloj mediante pequeñas cadenas de oro.

-Esta maleta es mía.

Los ojos de Chia recorrieron la mano hasta el largo puño de una camisa muy blanca y luego hasta la manga de una chaqueta negra. Ojos claros en una cara alargada; las mejillas, vistas en escorzo, parecían modeladas con un instrumento. Por un instante Chia pensó que era el Maestro de Música, que vagaba por el aeropuerto. Pero el Maestro de Música nunca llevaba un reloj semejante, y el cabello del hombre, de un rubio más oscuro, estaba peinado hacia atrás, largo y como mojado, desde la ancha frente. No parecía feliz.

-La maleta es de Maryalice -dijo Chia.

-¿Se la entregó a usted? ¿En Seattle?

-Me pidió que se la llevara.

-¿Desde Seattle?

-No -dijo Chia-. Allí atrás. Ella iba sentada a mi lado en el avión.

-¿Dónde está Maryalice?

-No sé -dijo Chia.

El hombre vestía un traje negro, de chaqueta larga, abotonado. Como algo de una vieja película, pero de aspecto nuevo y caro. Parecía no haberse dado cuenta de que seguía sujetando la muñeca de Chia; ahora la soltó.

-*Yo* se la llevaré -dijo-. La vamos a encontrar.

Chia no sabía qué hacer. -Maryalice quería que se la llevara *yo.*

-Ya lo hizo. Yo la llevaré ahora. -Se la arrebató.

-¿Es usted el amigo de Maryalice? ¿Eddie?

El hombre torció la boca.

-Algo así -dijo.

El coche de Eddie era un Daihatsu Graceland con el volante en el lado incorrecto. Chia lo sabía porque Rez había conducido uno en un vídeo, sólo que aquél tenía un baño, mármol negro y grandes grifos de oro en forma de peces tropicales. La gente opinaba que era una manera lamentable de gastar el dinero, una de las cosas realmente feas que podías hacer

si tenías demasiado. Chia lo había discutido con su madre. Ésta decía que no tenía mucho sentido pensar en lo que una podría hacer si tuviera demasiado dinero, porque la mayoría de la gente nunca tenía ni siquiera suficiente. Aseguraba que era mejor tratar de averiguar qué

significaba con exactitud la palabra «suficiente».

Pero Eddie tenía uno, un Graceland, todo negro y cromo. Por fuera parecía una especie de cruce entre un RV y una de esas limusinas Hummer largas y *cuneiformes.* Chia no podía imaginar que abundaran en el mercado japonés; allí todos los coches parecían pequeños losanges color caramelo. El Graceland era un vehículo puro y simple, diseñado para el tipo de ciudadano norteamericano que prefería no comprar productos importados. Referido a los coches, este criterio reducía definitivamente las posibilidades. (La madre de Hester Chen tenía uno de esos coches canadienses, realmente horribles, que cuestan una fortuna pero que están garantizados al menos durante ochenta años; se suponía que esto era mejor para la ecología.)

Por dentro, el Graceland era en su totalidad de terciopelo color borgoña, adornado con diamantes y pequeñas piezas de cromo en las junturas. Era tal vez la cosa más sorprendente que Chia había visto, y sospechaba que Maryalice pensaba también así, pues Maryalice, sentada junto a ella, explicaba que era una cuestión de «imagen», que Eddie era propietario de un local muy popular, llamado Whiskey Clone, de música country, y por eso se había comprado el Graceland, y además había empezado a vestirse como lo hacían en Nashville. Maryalice pensaba que ese *look* le quedaba bien, eso decía.

Chia asintió. Eddie conducía, y hablaba en japonés

a través de un fonoparlante. Habían encontrado a Maryalice en un pequeño bar, muy cerca del área de llegada. Era el tercero en el que miraban. Chia tuvo la sensación de que Eddie no estaba muy contento de ver a Maryalice, pero a Maryalice no parecía preocuparle.

Fue idea de Maryalice pasear a Chia por Tokio. Dijo que el tren estaba demasiado lleno y en cualquier caso era caro. Dijo que quería hacer un favor a Chia, porque le había llevado la maleta. (Chia notó que Eddie había metido una maleta en el portaequipajes del Graceland, pero en cambio había puesto junto al asiento del conductor la que tenía la pegatina de Nissan County.)

Ahora Chia no escuchaba realmente a Maryalice; era de noche y estaba muy cansada, y el coche atravesaba aquel enorme puente que parecía de neón, y no obstante con muchos carriles de tráfico, y los diminutos coches parecían sartas de cuentas brillantes, todos deslumbrantes y nuevos. Había pantallas que quedaban atrás borrosamente, altas y estrechas, con grafías japonesas que saltaban aquí y allá en algunas, y con gente en otras, rostros que sonreían cuando vendían algo.

Y entonces una cara femenina: Rei Toei, la idoru con la que Rez quería casarse. Y nada más.

9. Fuera de Control

-Rice Daniels, Mister Laney. Fuera de Control. -Apretó una tarjeta contra el lado opuesto del plástico arañado que separaba la sala llamada Visitantes de quienes le habían dado ese nombre. Laney había tratado de leerla, pero el intento había concluido con un atroz pinchazo de dolor entre los ojos. En cambio había mirado a Rice Daniels entre lágrimas de dolor: pelo negro, corto, gafas de sol muy ajustadas con pequeños cristales ovales, una montura negra que le envolvía la cabeza como una abrazadera quirúrgica.

En Rice Daniels no había absolutamente nada fuera de control.

-La serie -dijo-, «Fuera de Control». ¿No incluiría los media? Fuera de control: el borde afilado del periodismo de contrainvestigación.

Laney había intentado cautelosamente tocar la cinta que le cubría el puente de la nariz: un movimiento erróneo.

-¿Contrainvestigador?

-Usted es un cuanto, Mister Laney. -Un analista cuantitativo. En realidad no lo era, pero en términos técnicos la descripción le pareció adecuada.- Al servicio de Slitscan.

Laney no respondió.

-La chica fue el foco de una vigilancia a fondo.

Slitscan tenía mucho interés. Usted sabe por qué. Ahí podría encontrarse una prueba de la culpabilidad de Slitscan en la muerte de Alison Shires.

Laney se miró los zapatos ahora sin cordones.

-Ella misma se quitó la vida -dijo.

-Pero nosotros sabemos por qué.

-No -dijo Laney contactando de nuevo con los óvalos negros-, yo no. No exactamente. -El punto focal. Protocolos de otro ámbito.

-Va a necesitar ayuda, Laney. Es posible que tenga que enfrentarse a una acusación de asesinato. Incitación al suicidio. Querrán saber por qué estaba allí.

-Yo se lo diré.

-Nuestros productores se las arreglaron para que me adelantara, Laney. No fue fácil. Ahora ahí fuera hay un equipo de control de Slitscan que espera hablar con usted. Si no los enfrenta lo removerán todo. A usted lo dejarán al margen, pues tienen que salvar el espectáculo. Lo pueden hacer, con suficiente dinero y los abogados idóneos. Pero pregúntese a sí mismo: ¿quiere *dejar que* lo hagan?

Daniels aún mantenía su tarjeta comercial apretada contra el plástico. Laney la miró y vio que alguien había garabateado algo desde el otro lado, en letras pequeñas, desiguales, de modo que pudo leerlo de izquierda a derecha:

USTEDLOHIZO

-Nunca oí hablar de Fuera de Control.

-Nuestro piloto de una hora de duración está en funcionamiento mientras hablamos, Mister Laney. -Una pausa mesurada.-Todos estamos emocionados.

-¿Por qué?

-Fuera de Control no es para nosotros sólo una serie, sino es un paradigma absolutamente nuevo. Una nueva manera de hacer televisión. Ese argumento (la historia de Alison Shires) es *precisamente* lo que nosotros queremos producir. Nuestros productores son gente que quieren *devolver algo* al público. Lo han hecho bien, están consolidados, se han puesto a prueba a sí mismos; ahora quieren devolver algo, restablecer un grado de honradez, una nueva oportunidad para obtener una nueva perspectiva. -Los óvalos negros se acercaron un poco más al plástico garabateado.-Nuestros productores son los productores de «Polis en problemas» y «Una moda tranquila y deliberada».

-¿Una qué?

-Informes objetivos de violencia premeditada en la industria global de la moda.

-¿Contrainvestigación? -La pluma de Yamazaki se movió sobre el cuaderno.

-Era un espectáculo *sobre* espectáculos como Slitscan -dijo Laney-. Supuestas injurias. -No había taburetes en el bar, que medía unos tres metros de largo. La gente tenía que estar de pie. Aparte del barman, en una especie de kabuki, el sitio era para ellos. Por la sencilla razón de que lo llenaban, básicamente. Era quizá la más pequeña estructura comercial autónoma que Laney hubiera visto, y parecía haber estado allí siempre, como una reliquia de la antigua Edo, una ciudad de sombras y diminutas callejuelas oscuras. Las paredes estaban cubiertas de postales descoloridas; el uniforme color sepia había desaparecido bajo una capa de nicotina y humos culinarios.

-Ah -dijo Yamazaki al fin-, un «metatabloide».

El barman estaba asando dos sardinas en una plancha. Las removió con dos varitas de acero, las transfirió a un plato diminuto, las aderezó con una especie de escabeche incoloro y translúcido y se las presentó a Laney.

-Gracias -dijo Laney. El barman bajó las cejas afeitadas.

A pesar de la modesta decoración, el bar tenía docenas de botellas de buen whisky, cada una de ellas con una etiqueta de papel marrón escrita a mano: el nombre del propietario en japonés. Yamazaki había explicado que tú comprabas una y ellos te la guardaban. Blackwell estaba en el segundo vaso del equivalente local del vodka on the rocks. Yamazaki seguía con Coke Lite. Laney tenía delante de él una dosis intacta de whisky de Kentucky, surrealistamente caro; estaba muy cansado y se preguntaba vagamente qué le pasaría si en efecto se decidía a bebérselo.

-Cierto -dijo Blackwell, apurando el vaso, mientras el hielo chocaba contra sus prótesis-, lo mismo que te sacan a ti ponen a esos otros bastardos.

-Así fue, básicamente -dijo Laney-. Ellos tenían su propio equipo legal esperando para hacerlo, y otro equipo para trabajar en el acuerdo de obligado secreto que yo había firmado con Slitscan.

-Y el segundo equipo tenía el trabajo más ambicioso -dijo Blackwell, mostrando el vaso vacío al barman, que lo ocultó con toda discreción y con la misma discreción colocó otro de recambio, como por encantamiento.

-Eso es verdad -dijo Laney. Se dio cuenta de que parecía aprobar las líneas generales de la propuesta de Rice Daniels, aunque no sabía dónde se estaba metiendo. Pero en él había algo que no quería que Slitscan diera un paso atrás: aquel único disparo desde la cocina de Alison Shires. (Producido, habían subrayado los polis, por un dispositivo de fabricación rusa: un cartucho, un tubo para alojarlo y el mecanismo de disparo más simple posible; esos artilugios habían sido diseñados pensando casi exclusivamente en los suicidios; no había manera de dar en el blanco a

más de cinco centímetros de distancia. Laney había oído hablar de ellos, pero no había visto ninguno con anterioridad; por alguna razón los llamaban Especiales de la Noche del Miércoles.)

Y Slitscan daría un paso atrás, él lo sabía; si se les antojaba, eliminarían la secuencia de Alison, y todo iría a parar al fondo del mar, donde quedaría cubierto, casi instantáneamente, por el constante aluvión de datos de todo el mundo.

Y la vida de Alison Shires, tal como él la había conocido, en toda su terrible y trivial intimidad, quedaría allí para siempre, olvidada y por último irreconocible.

Pero si él continuaba trabajando en Fuera de Control, la vida de ella podría convertirse, retrospectivamente, en algo distinto, y no sabía muy bien, sentado en la pequeña silla de la sala de visitantes, qué podría ser eso.

Pensó en el coral, en los arrecifes que crecían alrededor de portaaviones hundidos; tal vez ella se convertiría en una cosa así, en un misterio sepultado bajo la superestructura cada vez más exfoliada de una suposición, o incluso de un mito.

En la sala de visitantes le pareció que ésa podría ser una manera de estar muerto, pero un poco menos muerto. Y se la deseó a ella.

-Sácame de aquí -pidió a Daniels, que sonrió bajo la abrazadera quirúrgica, arrancando triunfalmente la tarjeta del plástico.

-Quieto -le dijo Blackwell, poniendo una mano enorme, decorada con cicatrices de color rosa y plata, encima de la muñeca de Laney-. Aún no se ha tomado ni siquiera la bebida.

Laney había conocido a Rydell cuando el equipo de Fuera de Control lo instaló en una suite del Château, aquel antiguo simulacro de un original aún más antiguo, excentricidades de hormigón apresadas entre las brutalidades de un par de edificios comerciales, especialmente nefandos, del último año del siglo anterior. Los edificios reflejaban la angustia milenaria de ese año, aunque la refractaban mediante un aire de histeria, aún más misteriosa, extrañamente amortiguada, que parecía en cierto modo más personal e incluso menos atractiva.

La suite de Laney, mucho más grande que el apartamento de Santa Mónica, era como una vivienda de los años veinte que se estiraba siguiendo el balcón largo y estrecho que daba a Sunset. Desde éste se divisaba un balcón más ancho en la planta de abajo, y la diminuta franja circular de césped que era todo lo que quedaba de los jardines originales.

Laney pensó que era una elección extraña, teniendo en cuenta la situación. En un primer momento pensó que le habrían buscado algo más corporativo, más fortificado, con más cables, pero Rice Daniels había explicado que el Château tenía muchas ventajas. Era una buena elección en términos de imagen, porque humanizaba a Laney; parecía básicamente una vivienda, algo con paredes y puertas y ventanas, donde cabía imaginar que un huésped vivía algo parecido a una vida, lo que no ocurría en modo alguno con los sólidos edificios geométricos que eran los hoteles para respetables hombres de negocios. Además tenía mucho que ver con el *star system* de Hollywood, y también con la tragedia humana. Allí habían vivido

estrellas, en el cénit del viejo Hollywood, y después algunas estrellas habían muerto allí. Fuera de Control planeaba presentar la muerte de Alison Shires como una tragedia de acuerdo con una venerable tradición hollywoodense, pero una tragedia provocada por Slitscan, una entidad muy contemporánea. Además, explicaba Daniels, el Château era mucho más seguro de lo que parecía a primera vista. Y en ese momento Laney ya había sido presentado a Berry Rydell, el guardia de seguridad nocturno.

Daniels y Rydell, le parecía a Laney, se habían conocido antes de que Rydell empezara a trabajar en el Château, aunque no se sabía cómo. Rydell parecía sentirse extrañamente cómodo con los trabajos de la industria informaticorrecreativa, y en cierto momento, cuando se encontraron a solas, preguntó a Laney quién lo representaba.

-¿Qué quiere decir? -había dicho Laney.

-Tiene un agente, ¿no es así?

Laney contestó que no.

-Es mejor que se busque uno -había dicho Rydell-. No encontrará alguien que le guste, pero esto es el negocio del espectáculo, ¿de acuerdo?

Ciertamente era el negocio del espectáculo, hasta tal punto que muy pronto Laney se preguntó si no se había equivocado. En aquella suite habían estado reunidas dieciséis personas, durante cuatro horas, y él sólo había estado fuera del calabozo durante seis horas. Cuando por fin se fueron, Laney se sorprendió de la amplitud de la suite, al tratar de abrir erróneamente varias puertas en busca del dormitorio. Cuando lo encontró, se arrastró hasta la cama y se quedó dormido con las ropas que Rydell le había comprado en Beverly Center por encargo de ellos.

*

Él pensó que lo podía hacer allí mismo, en ese bar de Golden Street, respondiendo así a la pregunta de qué estaba haciendo el whisky con su jet lag. Pero ahora, al terminar el resto del trago, sintió que estaba entrando en uno de esos cambios periódicos, tal vez no tan relacionado con la bebida como con alguna química interna de fatiga y desplazamiento.

-¿Rydell estaba contento? -preguntó Yamazaki.

A Laney le pareció una pregunta extraña, pero recordó que Rydell había mencionado a un japonés, alguien a quien había conocido en San Francisco, y ése era, por supuesto, Yamazaki.

-Bueno -explicó Laney-, no me pareció tremendamente desgraciado, pero se lo veía un poco abatido, podría decirse. En realidad no lo conozco muy bien.

-Una verdadera lástima -dijo Yamazaki-. Rydell es un hombre valiente.

-¿Qué pasa con usted, Laney? -dijo Blackwell-. ¿Se considera un hombre valiente? -La cicatriz que le atravesaba la ceja como un gusano se retorció en un nuevo grado de concentración.

-No -dijo Laney-, yo no.

-Pero usted se enemistó con Slitscan por lo que le hicieron a la chica, ¿no es así? Usted tenía un empleo, tenía para comer, tenía un sitio donde dormir. Todo eso se lo proporcionaba Slitscan, pero perjudicaron a la chica, y usted decidió devolverles la pelota. ¿Es cierto?

-Nada es nunca así de simple -dijo Laney.

Cuando le hablaba Blackwell, Laney se sentía de pronto ante otro tipo de inteligencia, algo que seguramente el hombre ocultaba en la vida normal.

-No -dijo Blackwell-, no lo es, ¿verdad? -Una mano grande, grabada y sonrosada, como un animal torpe, empezó a hurgar en el bolsillo del pecho donde

Blackwell tenía el microporo. Mostró un objeto metálico, pequeño, gris, que puso sobre la barra del bar.

-Bien, esto es un clavo -dijo Blackwell-, galvanizado, cuatro centímetros. Yo he clavado manos de hombres en bares como éste, con clavos como éste. Y algunos de ellos eran verdaderos bastardos. -En la voz de Blackwell no había ni un atisbo de amenaza.- Y algunos de esos a quienes les clavé una mano, empuñaron con la otra una navaja de afeitar, o unos alicates puntiagudos. -El dedo índice de Blackwell se tocó distraídamente una cicatriz de aspecto enojoso debajo del ojo derecho, como si le hubiera entrado algo allí y ahora se le deslizara por el pómulo.- Para tener una ventaja, ¿de acuerdo?

-¿Alicates?

-Bastardos -dijo Blackwell-. Entonces hay que matarlos. Bien, ésa es una forma de valentía, Laney. Lo que quiero decir es: ¿por qué ha de ser eso tan diferente de lo que usted intentaba hacerle a Slitscan?

-Lo único que quería era que ellos no la dejaran caer. Que no dejaran que ella se fuera al fondo. Que no quedara olvidada. No pensaba en el daño que le ocasionaría a Slitscan, ni siquiera si se le ocasionaba algún daño. Yo no pensaba tanto en una venganza como en una manera de... que ella siguiera con vida.

-Hay otros hombres a los que les clavas una mano a la mesa y se sientan y te miran. Lo que llamamos un hombre duro. ¿Cree que usted es uno de ésos?

Laney apartó la mirada de Blackwell para fijarla en el vaso vacío, y luego nuevamente en Blackwell; el barman movió el vaso, como si fuera a llenarlo de nuevo, pero Laney lo cubrió con la mano.

-Si me clava la mano a la barra, Blackwell -y aquí extendió la otra mano, plana, con la palma hacia abajo, sobre la madera oscura con marcas circulares en el

barniz-, gritaré, ¿se entera? Yo no sé qué tiene entre manos. Es posible que esté loco. Pero si hay algo que decididamente no soy es un héroe de acuerdo con la idea de alguien. No lo soy ahora, y no lo era entonces cuando estaba en Los Ángeles.

Blackwell y Yamazaki se miraron. Blackwell apretó los labios, e inclinó levemente la cabeza. -Entonces mejor para usted -dijo-. Creo que puede ser el hombre adecuado para el trabajo.

-Nada de trabajo -dijo Laney, pero dejó que el barman le sirviera un segundo whisky-. No quiero oír hablar de ningún trabajo hasta que sepa quién me contrata.

-Yo soy jefe de seguridad de Lo/Rez -dijo Blackwell-, y debo mi vida a ese estúpido bastardo. Me habría pasado los últimos cinco años en las entrañas del maldito estado de Victoria si no hubiera sido por él. Aunque antes me habría cortado la cabeza, puede estar seguro.

-¿La cinta? ¿Confían en usted?

-Rydell habló bien de usted, Mister Laney. -Yamazaki movió el cuello sobre la camisa de cuadros.

-No conozco a Rydell -dijo Laney-. Era simplemente el guardia de seguridad de un hotel que yo no podía pagarme.

-Rydell tenía buen olfato para la gente, creo -dijo Yamazaki. Y después a Blackwell-: ¿Lo/Rez? ¿Tienen problemas?

-Rez -dijo Blackwell-va contando por ahí que quiere casarse con esa artista japonesa que, maldita sea, ¡no *existel* Y él sabe que no existe, y dice que *no tenemos jodida imaginación.* Ahora escúcheme. -Y Blackwell extrajo de una zona imprecisa de su atuendo un rectángulo de superficie especular con un orificio circular en el ángulo superior. La enorme mano mostró

algo no mucho más grande que una tarjeta.- Alguien ha cazado a nuestro muchacho, ¿oís? Se ha metido dentro de él. No sé cómo, ni quién. Aunque personalmente apostaría por el jodido Kombinat. Esos bastardos rusos. Pero usted, amigo mío, usted va a hacer ese trabajo nodal para nosotros, en nuestro Rez, y lo va a averiguar. *Quién.*

Y el rectángulo, con un pequeño y conciso ruido, quedó en pie, atravesado sobre el mostrador, y Laney vio que era un diminuto cuchillo de carnicero, con remaches redondos de acero en el pulcro mango de palisandro.

-Y cuando lo haya hecho -dijo Blackwell-, echaremos de aquí a esos jodidos.

10. Whiskey Clone

El club de Eddie se encontraba en lo alto de algo parecido a un edificio de oficinas. Chia no imaginaba que en Seattle hubiera clubs de música en las plantas superiores de semejantes edificios, pero no estaba segura. Se había quedado dormida en el Graceland, y sólo despertó cuando Eddie cruzó la entrada del garaje y entró en algo vagamente parecido a una noria, o al tambor de un revólver de otro tiempo, con la diferencia de que allí las balas eran coches. Miró a través de las ventanillas cuando el coche los elevó con un balanceo, se detuvo y Eddie volvió a ponerlo en marcha y buscó un hueco vacante que podía estar en cualquier sitio, si no fuera porque todos los coches eran grandes y negros, aunque ninguno tan grande como el Graceland.

-Ven con nosotros y refréscate un poco, querida -dijo Maryalice-. Pareces destrozada.

-Tengo que hacer -dijo Chia-. Tengo que encontrar a mi amigo, vivo con él...

-Se comprende -dijo Maryalice; se deslizó sobre el terciopelo y abrió la puerta. Eddie salió del coche, llevando consigo la maleta con la pegatina de Nissan County. Aún no parecía muy contento. Chia recogió la bolsa y siguió a Maryalice. Juntos entraron en un ascensor. Eddie apretó una palma contra la silueta de

una mano inscrita y habló en japonés. El ascensor contestó algo, la puerta se cerró y empezaron a subir. De prisa, parecía, y continuaban subiendo.

Estar en un ascensor no parecía bueno para mejorar el estado de ánimo de Eddie. Tenía que luchar por mantenerse en pie, junto a Maryalice, y Chia pudo verle un pequeño músculo en tensión, en la articulación de la mandíbula, cuando Eddie la miró. Maryalice se limitó a devolverle la mirada.

-Te tienes que alegrar -le dijo Maryalice-. Ya está hecho.

El pequeño músculo se aceleró. -Ése no fue el trato -dijo Eddie-. Ése no fue el acuerdo.

Maryalice arqueó una ceja. -A ti siempre te gustó un poco de innovación.

Eddie miró a Maryalice y a Chia, y enseguida, rápidamente, de nuevo a Maryalice.

-¿Llamas innovación a esto?

-Y también tenías sentido del humor -dijo Maryalice cuando el ascensor se detuvo y se abrió la puerta. Eddie miró y salió, seguido de Chia y Maryalice-. No te preocupes por él -comentó Maryalice-. A veces se pone así.

Chia no estaba segura de lo que le esperaba, pero no era al menos lo que estaba viendo. Una destartalada habitación llena de cajas de embalaje y un banco de monitores de seguridad. El techo bajo era de esos azulejos de fibra que se sujetan con pequeñas tiras metálicas; la mitad de las tiras había desaparecido, de modo que hilos y cables descendían desde un espacio oscuro y polvoriento. Había un par de pequeñas lámparas de mesa; una de ellas iluminaba una pila de envases usados de tallarines instantáneos y una taza para café llena de cucharitas blancas de plástico. Un japonés, vestido con una camiseta negra en la que se leía «Whiskey Clone», estaba sentado en una silla giratoria observando los monitores, sirviéndose una bebida caliente de un termo grande con flores color rosa en los lados.

-Eh, Calvin -dijo Maryalice, o así pareció sonar.

-Hola -dijo el hombre.

-Calvin es de Tacoma -dijo Maryalice cuando Chia observó que Eddie, llevando todavía la maleta, cruzaba la habitación y desaparecía por una puerta.

-El jefe parece contento -dijo el hombre en un tono que no sonaba más japonés que el de Maryalice. Bebió un sorbo del vaso del termo.

-Sí, sí -dijo Maryalice-. Le alegra mucho verme, está fuera de sí.

-Ya se le pasará. -Otro sorbo. El hombre miró a Chia por encima del letrero. Las letras de «Whiskey Clone» eran del tipo que ellos utilizaban en un escenario, cuando querían que pensaras que el entorno era tradicional.

-Ésta es Chia -la presentó Maryalice-. La conocí en SeaTac. -Y Chia recordó que había dicho que la conoció en el avión, lo que la hizo pensar en el muestreo del ADN y los postizos de cabello.

-Me alegra oír que sigue aquí -dijo el hombre-. Quiero decir que hay algún modo de salir de esta porquería.

-Bueno, Calvin -dijo Maryalice-, tú lo conoces, te gusta Tokio.

-Seguro. En Redmond yo tenía un cuarto de baño tan grande como todo el apartamento de aquí, y eso que no era un cuarto de baño muy grande. Quiero decir que tenía una ducha. No bañera o algo por el estilo.

Chia miró las pantallas que había detrás del hombre. Había allí mucha gente, pero no podía decir qué estaban haciendo.

-Parece una buena noche -dijo Maryalice, mirando las pantallas.

-Simplemente aceptable -dijo él-. De aceptable a regular.

-No hables así -dijo Maryalice-. Ya sabré cómo cuidarme.

Calvin sonrió. -Pero tú eres una buena chica, ¿no es así, Maryalice?

-Perdón -dijo Chia-, ¿puedo utilizar un puerto de datos?

-En la oficina de Eddie hay uno -dijo Maryalice-. Pero es posible que ahora él esté al teléfono. ¿Por qué no vas allí, al cuarto de baño -y señaló otra puerta, cerrada- y te lavas? Pareces un poco consumida. Mientras tanto Eddie terminará y tú podrás llamar a tu amigo.

El cuarto de baño tenía una vieja pila de acero y un inodoro muy nuevo y muy complicado, con al menos doce botones encima de la cisterna, todos con rótulos en japonés. El asiento de polímero se elevó un poco al recibir el peso de Chia, que casi volvió a enderezarse. No pasa nada, se dijo a sí misma para darse confianza, es simplemente tecnología extranjera. Cuando terminó, eligió al azar uno de los botones de control, del que salió un aerosol superfino de agua caliente y perfumada que la hizo jadear y dar un salto hacia atrás. Se secó los ojos con el reverso de la mano, luego se inclinó a un lado y pulsó otro de los botones: el agua inundó el inodoro con un ruido de chorro de aire que le recordó el viaje en avión.

Mientras se lavaba las manos y luego la cara en la pila tranquilizadora, de aspecto común, utilizando jabón líquido azul claro suministrado por un aparato que parecía un dinosaurio de un solo ojo, notó que el ruido desaparecía y empezaba uno nuevo. Miró atrás

y vio un anillo de luz purpúrea que oscilaba en algún sitio debajo del asiento del inodoro. Rayos ultravioleta, supuso ella, para esterilizarlo.

En la pared había un cartel de los Dukes of Nuke 'Em, el horrible grupo musical. Todos estaban transpirados y tenían los ojos en blanco, sonreían, y al batería le faltaban los dientes de delante. El cartel estaba escrito en japonés. Chia se sorprendió de que hubiera alguien en Japón metido en una cosa así, pues grupos como el de los Dukes odiaban todo lo que pudiera parecerías

norteamericano. Pero Kelsey había estado muchas veces en Japón, con el padre de ella, y había dicho que nunca se sabía lo que los japoneses iban a hacer de cualquier cosa.

Allí no había nada con lo que uno pudiera secarse las manos. Chia sacó una camiseta de la bolsa y la utilizó como toalla. Cuando se agachó para guardar la camisa, vio algo que no reconoció, pero en ese momento Calvin empujó la puerta de detrás.

-Disculpe -dijo Calvin.

-Está bien -dijo Chia, cerrando la cremallera de la bolsa.

-¿Es cierto? -preguntó él, espiando por encima del hombro y volviéndose luego hacia Chia-. ¿Es cierto que usted conoció a Maryalice en SeaTac?

-En el avión -dijo Chia.

-¿No es usted parte de esto?

Chia se estiró, confundida. -¿Parte de qué?

Él la observó por debajo de la visera de su gorra negra.

-Entonces tiene que salir de aquí. Quiero decir inmediatamente.

-¿Por qué? -preguntó Chia, aunque no le pareció una mala idea.

-Nada que le interese. -Se oyó un ruido detrás.

Calvin se sobresaltó.

- No pasa nada. Ella está tirándole cosas. Aún no se han puesto serios. Vamos. -Ytomó la bolsa y la levantó. Ahora él andaba deprisa, y ella tenía que apresurarse para seguirlo. Pasaron por delante de la puerta cerrada de la oficina de Eddie, por delante del banco de pantallas (donde ella creyó ver gente que bailaba y llevaba sombreros de cowboy, pero nunca estaba segura).

Calvin puso la mano sobre la placa sensora de la puerta del ascensor. -La llevará hasta la planta del garaje -dijo. De la oficina de Eddie llegó un ruido como de un vaso que se rompe-. Gire a la izquierda, unos siete metros más allá hay otro ascensor. No pase por el vestíbulo; tenemos cámaras allí. El botón de abajo la lleva al subterráneo. Tome un tren. -Calvin le entregó la bolsa.

-¿Cuál? -preguntó Chia.

Maryalice gritó. Algo parecía haberla lastimado de verdad.

-No importa -dijo Calvin, y rápidamente añadió algo en japonés. El ascensor respondió, pero él ya se había ido, cerrando la puerta, y Chia ya estaba bajando, mientras la bolsa parecía iluminársele en los brazos.

El Graceland de Eddie seguía allí cuando la puerta se abrió, una voluminosa cuña entre aquellos otros coches negros. Chia encontró el segundo ascensor que Calvin le había dicho que tomara; la puerta abollada estaba cubierta de arañazos. Dentro, los botones eran comunes, y el aparato no hablaba, y la llevó hacia abajo, hasta unas avenidas radiantes como el día, llenas de gente, hasta las escaleras rodantes y las plataformas y los niveles magnéticos y los sempiternos logotipos allá en lo alto.

Chia estaba por fin en Tokio.

11. Derrumbamiento de edificios nuevos

La habitación de Laney estaba en lo alto de una estrecha torre con paredes de azulejos blancos. En sección transversal era un trapezoide y databa del boom de los ochenta, los años de la Burbuja. El hecho de que hubiera resistido el gran terremoto era una prueba de la destreza de los constructores; el hecho de que hubiera sobrevivido a la reconstrucción era una prueba de la misteriosa y complicada situación jurídica y de la lucha incesante entre dos de las organizaciones criminales más antiguas de la ciudad. Yamazaki se lo había explicado en el taxi, mientras volvían de New Golden Street.

-No sabíamos exactamente si le gustaban a usted los edificios nuevos -dijo.

-¿Se refiere usted a los edificios nanotecno? -Laney había estado luchando por mantener los ojos abiertos. El conductor llevaba unos inmaculados guantes blancos.

-Sí. A algunas personas les molestan.

-No lo sé. Tengo que ver uno.

-Los puede ver desde el hotel, creo.

Y efectivamente pudo. Ya había observado en las maquetas la contraposición brutal de los edificios, pero no había advertido la peculiaridad de las texturas, un organicismo aerodinámico. -Son corno las pinturas neoyorquinas de Giger -había dicho Yamazaki, pero Laney no había entendido la referencia.

Ahora estaba sentado en el borde de la cama, contemplando con la mente en blanco esos milagros de la nueva tecnología, tan triviales y tan siniestros como acostumbraban ser tales milagros, pero sobre todo inquietantes: las más grandes estructuras habitadas del mundo. (La estructura de contención de Chernobil era más grande, pero allí nunca vivió nada humano.)

El paraguas que Yamazaki le había dado se plegó y se encogió hasta desaparecer.

El teléfono empezó a sonar. Él no lo encontraba.

-El teléfono -dijo Laney-. ¿Dónde está?

Una luz roja, sincronizada con el ring-ring, empezó a parpadear desde un rectángulo plano de cedro blanco, alojado en una bandeja negra a un lado de la cama. Laney alargó la mano. Tocó con el pulgar un diminuto rectángulo de nácar.

-¡Oiga! -dijo alguien-. ¿Es Laney?

-¿Quién llama?

-Rydell. Desde el Cháteau. Hans me deja utilizar el teléfono. -Hans era el director nocturno.-¿Es un buen momento? ¿Estás desayunando?

Laney se frotó los ojos, volvió a mirar los edificios nuevos. -Seguro.

-Llamé a Yamazaki -dijo Rydell-. Tenía tu número.

-Gracias -dijo Laney, bostezando-, pero yo...

-Yamazaki dijo que tú tienes el código.

-Creo que sí -dijo Laney-. Gracias. Supongo que debo...

-Slitscan -dijo Rydell-. Todo sobre el Château.

-No -dijo Laney-, eso ha terminado.

-Laney, ¿conoces a una tal Katherine Torrance? Está ahora en Sherman Oaks, en la misma suite que

tú tenías, junto con unas dos furgonetas de equipo sensor. Hans calcula que están intentando leer lo que estuviste haciendo allí, un informe o algo parecido. Laney miró las torres. Parte de una fachada parecía moverse.

*

-Pero Hans dice que en cualquier caso no hay manera de clasificar las moléculas residuales en esas habitaciones. El sitio ha presenciado muchas historias. -¿Kathy Torrance? ¿De Slitscan? -No como ellos decían, pero han recogido todos esos datos, y los datos siempre dicen demasiadas cosas, y abajo, *en* el garaje, Ghengis vio los decals en algunas de las cajas, cuando las estaban descargando. Son unas veinte, sin contar los gophers. Han ocupado dos suites y cuatro habitaciones individuales. Todo en secreto. -Pero ¿qué se proponen?

-Ese asunto de los sensores. Intentan averiguar lo que tú hiciste en la suite. Y uno de los conserjes los vio instalando una cámara.

Toda la fachada de uno de los edificios nuevos parecía moverse, desplazarse ligeramente. Laney cerró los ojos, se sujetó el puente de la nariz con dos dedos y descubrió una leve huella de dolor. Abrió los ojos. -Pero yo nunca vi nada.

-Aun así. -Rydell parecía ofendido.- Simplemente pensé que tenías que saberlo, eso es todo.

Era evidente ahora que a la fachada le ocurría algo. -Lo sé. Gracias. Lo siento.

-Cualquier cosa que averigüe te la haré saber -dijo Rydell-. De todos modos, ¿cómo es ahí?

Laney estaba observando un punto de luz refleja que se deslizaba a través de la distante estructura, un movimiento como de osmosis o la contracción secuencial de los palpos de una criatura marina. -Es extraño.

-Apuesto a que es interesante -dijo Rydell-. Disfruta tu desayuno, ¿de acuerdo? Seguiré en contacto.

-Gracias -dijo Laney, y Rydell colgó.

Laney dejó el teléfono en la bandeja lacada y se tendió sobre la cama, completamente vestido. Cerró los ojos, sin querer ver los edificios nuevos. Pero éstos seguían allí, en la oscuridad y en la luz, debajo de sus párpados. Y mientras miraba, los edificios se fueron deslizando, derritiendo y fundiéndose con los laberintos de la ciudad vieja.

Laney se deslizó con ellos.

12. Mitsuko

Chia utilizó un puerto de datos público en el nivel más profundo de la estación. El Sandbenders envió el número que le habían dado para Mitsuko Mimura, la «secretaria social» del club de Tokio (en el club de Tokio todo el mundo parecía tener un título solemne) . Los altavoces del Sandbenders emitieron una soñolienta voz de chica, en japonés. La traducción fue instantánea: -¡Hola! ¿Sí? ¿Puedo ayudarla?

-Soy Chia McKenzie, de Seattle.

-¿Sigue usted aún en Seattle?

-Estoy aquí. En Tokio. -Aumentó la escala del mapa del Sandbenders.- En una estación de metro llamada Shinjuku.

-Sí. Muy bien. ¿Viene ahora hacia aquí?

-Me gustaría mucho. Estoy realmente cansada.

La voz empezó a explicarle el recorrido.

-Está bien -dijo Chia-, recurriré a mi ordenador. Dígame sólo la estación a la que tengo que ir. -La encontró en el plano, puso una marca.- ¿Cuánto tardaré en llegar?

-Entre veinte y treinta minutos; depende de cómo los trenes vayan de cargados. Yo la esperaré allí.

-No tiene que hacerlo -dijo Chia-. Sólo tiene que darme su dirección.

-Las direcciones japonesas son difíciles.

-No se preocupe -dijo Chia-. Me parece que ya sé dónde estoy. -El Sandbenders, operando con la compañía telefónica de Tokio, había empezado a mostrarle la latitud y la longitud de Mitsuko Mimura. En Seattle eso sólo funcionaba con números comerciales.

-No -dijo Mitsuko-. Tengo que ir a recibirla. Soy la secretaria social.

-Gracias -dijo Chia-. Estoy en camino.

Con la bolsa colgada del hombro y parcialmente abierta para poder seguir las instrucciones verbales del Sandbenders, Chia pasó por una escalera mecánica, cruzó dos niveles, compró un billete con la tarjeta de crédito y encontró la plataforma. Todo estaba realmente repleto de gente, tanto como el aeropuerto, pero cuando el tren llegó, ella dejó que la multitud la empujara y la metiera en el vagón más próximo; resistirse habría sido más difícil.

Cuando el tren arrancó, Chia oyó cómo el Sandbenders decía que estaban saliendo de la estación de Shinjuku.

El cielo era de un tono nacarado cuando Chia emergió de la estación. Edificios grises, anuncios de neón en colores pastel, un paisaje urbano punteado con formas vagamente desconocidas. En todas partes había docenas de bicicletas, de aspecto frágil: estructuras de tubos de papel mezclado con fibra de carbono. Chia dio un paso atrás cuando un enorme y aturquesado camión de basuras pasó rugiendo junto a ella; las manos del conductor, con guantes blancos, se

pudieron ver sobre el volante. El camión se alejó, y Chia vio una chica japonesa que vestía una minifalda a cuadros y una chaqueta negra de ciclista. La chica sonrió. Chia la saludó con la mano.

*

La habitación de Mitsuko estaba en la segunda planta, sobre la parte trasera del restaurante de su padre. Chia podía oír un constante golpeteo que venía de abajo, y Mitsuko le explicó que se trataba de un robot dedicado a la preparación de alimentos, que cortaba y rebanaba ingredientes.

La habitación era más pequeña que el dormitorio de Chia en Seattle, pero en cambio mucho más limpia, muy pulcra y ordenada. Así era Mitsuko, con una afilada diagonal cobriza en el flequillo negro y zapatos de doble suela. Tenía trece años, uno menos que Chia.

Mitsuko le había presentado a su padre, que vestía una camisa blanca de manga corta y corbata, y estaba supervisando a tres hombres de monos azules y guantes blancos que limpiaban el restaurante con mucha energía y decisión. El padre de Mitsuko había asentido con la cabeza, había sonreído, había dicho algo en japonés y había vuelto a lo que estaba haciendo. Cuando subía, Mitsuko, que no hablaba mucho inglés, le explicó a Chia que le había dicho a su padre que ella, Chia, era parte de un programa de intercambio cultural, con cortas estancias en casas particulares, algo relacionado con la escuela.

Mitsuko tenía en la pared de la habitación el mismo póster, la foto original de la portada del álbum de Dog Soup.

Mitsuko bajó y volvió con una tetera y una caja cubierta que contenía rollos de pan de California y un surtido de cosas menos conocidas. Agradecida por la familiaridad del pan de California, Chia comió de todo menos el rollo que tenía encima un erizo de mar color naranja. Mitsuko la elogió por su habilidad con los palillos. Chia dijo que ella era de Seattle y que allí se usaban mucho los palillos.

Ahora las dos utilizaban unos auriculares inalámbricos sujetos con pinzas a las orejas. La traducción era generalmente fluida, sin cortes, excepto cuando Mitsuko hablaba un argot japonés demasiado reciente, o cuando insertaba palabras inglesas que conocía pero no podía pronunciar.

Chia quería preguntarle por Rez y la idoru, pero siguieron hablando de otras cosas. Después Chia se quedó dormida, sentada en el suelo con las piernas cruzadas, y Mitsuko tuvo que arreglárselas de alguna manera para ponerla sobre una colchoneta que había sacado de algún sitio, pues allí fue donde Chia despertó tres horas más tarde.

En la estrecha ventana de la habitación había una plateada luz de lluvia.

Mitsuko apareció con otra tetera y dijo algo en japonés. Chia buscó su auricular y se lo puso.

-Tendrías que estar agotada -tradujo el auricular. Luego Mitsuko dijo que no iría a la escuela para poder pasar todo el día con Chia.

Bebieron el té casi incoloro en pequeñas tazas de cerámica. Mitsuko explicó que vivía allí con el padre, la madre y un hermano, Masahiko. La madre estaba fuera, visitando a unos parientes de Kioto. Mitsuko dijo que Kioto era muy bonito, y que Chia debería ir a visitarlo.

-Estoy aquí por mi club -dijo Chia-. No puedo hacer vida de turista. Tengo que averiguar algunas cosas.

-Comprendo -dijo Mitsuko.

-¿Entonces es cierto? ¿Se va a casar realmente Rez con una agente de software?

Mitsuko pareció sentirse incómoda. -Yo soy la secretaria social -dijo-. Eso tienes que hablarlo con Hiromi Ogawa.

-¿Quién es?

-Hiromi es la presidenta de nuestro club.

-Estupendo -dijo Chia-. ¿Cuándo hablo con ella?

-Estamos preparando un local para la reunión. Pronto estará a punto. -Mitsuko parecía sentirse todavía incómoda.

Chia decidió cambiar de tema. -¿Cómo es tu hermano? ¿Qué edad tiene?

-Masahiko tiene diecisiete años -dijo Mitsuko-. Es un fetichista patológico del tecno con déficit social. -Estas últimas palabras fueron pronunciadas como si fueran una sola, expresando un concepto que puso a prueba el léxico de los auriculares. Chia se preguntó por un instante si merecía la pena utilizar el Sandbenders, cuyas funciones de traducción actualizaban automáticamente todo lo que ella le pedía.

-¿Un qué?

-Otaku -dijo Mitsuko cuidadosamente en japonés. El sistema de traducción volvió a pronunciar torpemente la larga sarta de palabras.

-¡Oh! -dijo Chia-. Nosotros también los tenemos. Incluso los llamamos con la misma palabra.

-Me imagino que en América no son como aquí -dijo Mitsuko.

-Bien -dijo Chia-, eso es cosa de *chicos*, ¿verdad? En mi último colegio los tipos otaku estaban en ello, como muñecos animados de plástico, simulaciones militares y trivialidades. Se lo pasan bien con trivialidades. -Observó cómo Mitsuko escuchaba la traducción.

-Sí -dijo Mitsuko-, pero tú dices que esos chicos van al colegio. Los nuestros no van al colegio. Estudian *online*, y eso está mal, pues no les cuesta nada hacer trampas. Después, cuando se tienen que someter a una prueba, quedan en evidencia, y fracasan, pero a ellos ya no les importa. Es un problema social.

-¿Tu hermano es uno de ésos?

-Sí -dijo Mitsuko-. Vive en la Ciudad Amurallada.

-¿Dónde?

-Un dominio multiuso. Es su obsesión. Como una droga. Tiene un cuarto allí. Rara vez sale. Vive en la Ciudad Amurallada todas las horas en que está despierto. Y en sueños también, me parece.

Chia intentó obtener más información sobre Hiromi Ogawa antes de la reunión de mediodía, pero los resultados fueron ambiguos. Ella era mayor, tenía diecisiete años (como Zona Rosa) y había estado en el club al menos durante cinco años. Posiblemente tenía exceso de peso (aunque esto se debía decir en un código intercultural para chicas, no de manera abierta) y ayudaba a elaborar iconos. Pero en líneas generales Chia no estuvo de acuerdo con la idea que Mitsuko tenía de sus obligaciones, y de su propia posición, y de la posición de Hiromi.

Chia detestaba la política de club, y empezaba a sospechar que allí podría llegar a constituir un verdadero problema.

Mitsuko sacó su ordenador. Era una de esas unidades soft, transparentes, coreanas, que parecían una bolsa plana de gelatina blanca con un montón de hilos de colores. Chia abrió la cremallera de la bolsa y sacó el Sandbenders.

-¿Qué es eso? -preguntó Mitsuko.

-Mi ordenador.

Mitsuko estaba claramente impresionada.

-¿Es de Harley-Davidson?

-Fue construido por los Sandbenders -dijo Chia, recogiendo los anteojos y los guantes-. Son una comuna instalada en la costa de Oregón. Hacen estos ordenadores y también software.

-¿Es norteamericano?

-Claro que sí.

-No sabía que los norteamericanos hicieran ordenadores -dijo Mitsuko.

Chia metió los dedos en los guantes y apretó las tiras de las muñecas.

-Estoy a punto para la reunión -dijo.

Mitsuko rió nerviosamente.

13. Reconocimiento del carácter

Yamazaki telefoneó justo antes de mediodía. El día era sombrío y nublado. Laney corrió las cortinas para no tener que ver los edificios nanotecnos con aquella luz.

Estaba viendo el programa NHK sobre gimnasia rítmica con cinta. La estrella, dedujo, era una niña con trenzas y un vestido azul con un anticuado cuello de marinero. Parecía un poco bizca, tal vez a causa de la concentración. Los topes de las cintas eran de madera; los más grandes parecían pesados.

-Hola, Mister Laney -le dijo Yamazaki-. ¿Se siente mejor ahora?

Laney observó que los topes de madera se convertían en una imagen borrosa morada y amarilla cuando la niña dio un impulso de experta a la cinta cuidadosamente enrollada. El comentarista acercó el micro de mano para captar el zumbido de la cinta y luego dijo algo en japonés.

-Mejor que ayer -comentó Laney.

-Están preparándolo todo para que pueda acceder a los datos que envuelven... a nuestro amigo. Es un proceso complicado, y estos datos han sido protegidos de muchas maneras. No hay una estrategia única. | Los métodos con los que se ha protegido su vida privada son cada vez más complejos.

-¿Lo sabe «nuestro amigo»?

Una pausa. Laney miró las imágenes de gimnasia rítmica. Se le ocurrió que Yamazaki estaría parpadeando.

-No, él no.

-Aún no sé para quién voy a trabajar. ¿Para él? ¿Para Blackwell?

-El patrón de usted es Paragon-Asia Dataflow, Melbourne. A mí también me ha contratado.

-¿Y Blackwell?

-Blackwell ha sido contratado por una corporación secreta que maneja una parte de los ingresos de nuestro amigo. En el curso de la carrera de nuestro amigo se ha construido una estructura para optimizar ese flujo y minimizar las pérdidas. Ahora esa estructura es una entidad corporativa autónoma.

-Gestión -dijo Laney-. Una gestión que les da miedo pues no impediría que él pudiese hacer algún disparate. ¿Es eso?

La madera morada y amarilla empezó a exhibir la primera de las oscilaciones que eventualmente harían que se detuviera.

-Esa manera de llevar los negocios me es todavía extraña, Mister Laney. Me cuesta mucho captar esas cosas.

-¿A qué se refería Blackwell anoche cuando dijo que Rez quería casarse con una chica japonesa que no era real?

-Idoru -dijo Yamazaki.

-¿Qué?

-«ídolo de la canción.» La chica se llama Rei Toei. Es un «constructum», una combinación de agentes de software, la creación de unos diseñadores informáticos. Creo que se parece a lo que en Hollywood llaman un «synthespian».

Laney cerró los ojos un momento. -Entonces ¿cómo se casará con ella?

-No lo sé -dijo Yamazaki-. Pero él ha declarado muy en contra de su voluntad que eso era lo que intentaba.

-¿Puede decirme para qué lo contrataron?

-Inicialmente, creo, pensaron que yo podría explicarles en qué consiste la idoru: la atracción que ejerce en el público y en consecuencia, tal vez, la atracción que podría ejercer en él. Además, creo como Blackwell que se negaban a aceptar que esto no era el resultado de una conspiración. Ahora quieren que lo instruya a usted en el trasfondo cultural de la cosa.

-¿Quiénes son ellos?

-Hoy no puedo ser más concreto.

El tope de madera empezó a bambolearse. Laney vio algo que parecía terror en los ojos de la chica.

-¿No cree que es una conspiración?

-Intentaré responderle esta noche. Mientras tanto, hasta que tenga acceso a los datos, por favor estudie estos...

-¡Eh! -Laney protestó cuando la chica de la gimnasia rítmica fue sustituida por un logotipo desconocido: un caricaturizado bulldog de aspecto bonachón con un collar erizado de clavos, metido hasta el musculoso cuello en un gran cuenco de sopa.

-Dos vídeos documentales sobre Lo/Rez -dijo Yamazaki-. Están en el sello de Dog Soup, que al principio era una pequeña marca independiente en el este de Taipeh. Editaron los primeros discos de la banda. Después Lo/Rez compró Dog Soup y utilizó la marca para lanzar material menos comercial de otros artistas.

Laney miró enfadado al sonriente bulldog; echaba de menos a la chica con trenzas.

-¿Como documentales sobre ellos mismos?

-No era necesario que el grupo musical aprobase los documentales. No son documentos corporativos de Lo/Rez.

-Bueno, supongo que deberíamos estar agradecidos.

-Bienvenido. -Yamazaki colgó.

El POV virtual se puso a zumbar, girando alrededor de un clavo en el collar del perro: visto de cerca era una resplandeciente pirámide acerada. Mientras tanto las nubes envolvieron la alta fachada triangular y dejaron a la vista el anuncio de Universal Copyright Agreement.

Laney lo miró el tiempo suficiente para ver que el vídeo estaba formado por trozos y piezas de promoción del grupo musical.

-Publicidad artística -dijo, y se metió en el cuarto de baño a descifrar los mandos de la ducha.

Los seis primeros minutos del vídeo los perdió duchándose y limpiándose los dientes. Ya había visto cosas como ésas, vídeos de arte, pero nunca les había prestado mucha atención. Después de ponerse el albornoz blanco, se dijo a sí mismo que era mejor que lo intentara. Yamazaki parecía capaz de interrogarlo acerca del vídeo.

¿Por qué la gente hacía esas cosas? No había argumento, ni estructura visible; unos cuantos

fragmentos, siempre los mismos, se repetían todo el tiempo a diferentes velocidades...

En Los Ángeles había canales enteros dedicados a esas cosas, y programas de debates caseros con brujas desnudas que se sentaban delante de enormes pinturas de la diosa que habían hecho en sus garajes. Era algo que se podía *mirar.* La lógica de esos diseños, supuso él, era que si hacías uno podías en cierto modo recuperar el medio. Tal vez se suponía que era algo

así como chapotear en el agua, una actividad humana simplemente repetitiva, que proporcionaba, por un momento al menos, una ilusión de paridad con el mar. Pero para Laney, que había pasado muchas horas en los dominios más profundos entre los datos subyacentes de los media, aquello era absolutamente inútil. Y tedioso también, aunque él suponía que allí ese tedio estaba pensado en cierto modo para que fuera dominado, otra manera de retroceder.

¿Por qué otro motivo habría seleccionado y editado alguien todos estos fragmentos de Lo y Rez, el guitarrista chino y el cantante medio irlandés, que decían estupideces en docenas de spots de televisión, la mayoría de ellos probablemente pensados para que se los tradujera? Saludos y bienvenidas parecían ser el tema principal. «Nos sentimos felices de estar aquí, en Vladivostok. ¡Hemos oído que tenéis un nuevo gran acuario!» «¡Os felicitamos por vuestras elecciones libres y vuestra afortunada campaña de erradicación del dengue!» «¡Siempre hemos amado a Londres!» «¡Nueva York, eres... *pragmática!»*

Laney exploró los restos del desayuno y encontró una tostada fría, mordisqueada, bajo un plato de acero. En la tetera aún quedaba un resto de café. No quería pensar en la llamada de Rydell o en lo que ésta podía significar. Estaba seguro de que Rydell se había puesto de acuerdo con Slitscan, con los abogados de Slitscan.

«¡Singapur, eres preciosa!», dijo Rez, y Lo continuó con un «¡Hola, ciudad de los leones!».

Laney tomó el mando a distancia e intentó acelerar la imagen. No. ¿No tenía voz? No. Yamazaki lo había guardado para que él lo viera. Pensó desconectar la consola, pero tuvo miedo de que pudieran saberlo.

Ahora estaba tomando velocidad, los cortes eran

más frecuentes, el conjunto más libre de contenido, un torbellino chirriante. La sonrisa de Rez empezaba a tener un aspecto siniestro, algo con temario propio que saltaba, sin cambios, de uno a otro fragmento.

De repente, todo se desvaneció y dio paso a sombras reforzadas, a primeros planos con brillo rococó. Se oyó un ruido de cristalería. La imagen tenía una peculiar calidad achatada que Laney ya había conocido en Slitscan, obra de diminutas cámaras de solapa.

¿Un restaurante? ¿Un club? Alguien estaba sentado frente a la cámara, detrás de una falange de botellas verdes. La oscuridad y la cinta diminuta impedían distinguir los rasgos de la gente. Después Rez se inclinó hacia adelante, reenfocado. Saludó a la cámara con un vaso de vino tinto.

-Si un día pudiéramos dejar de hablar de música, y de la industria, y la política de todo eso, creo que probablemente os diría que es más fácil desear y conseguir la atención de decenas de millones de absolutos extraños que aceptar el cariño y la lealtad de las personas más próximas.

Alguien, una mujer, dijo algo en francés. Laney supuso que era la que tenía la cámara.

-Cálmate, Rozzer. Ella no entiende la mitad de lo que dices. -Laney se echó hacia adelante. La voz había sido la de Blackwell.

-¿No entiende? -Rez retrocedió, hasta quedar desenfocado.- Porque, si entendiera, creo que le hablaría de la soledad de ser mal comprendido. ¿O es la soledad que nace del miedo a permitir que nos comprendan?

Y la cara borrosa del cantante se congeló en la pantalla. Una fecha y el sello de la hora. Dos años antes y las palabras «mal comprendido».

Sonó el teléfono.

-¿Sí?

-Blackwell dice que hay una oportunidad. El programa ha sido adelantado. Puede acceder ahora mismo. -Era Yamazaki.

-Bueno -dijo Laney-. Con este primer vídeo no creo que llegue muy lejos.

-¿Un nuevo significado artístico propuesto por Rez? No se preocupe; lo proyectaremos de nuevo en la pantalla para usted, más adelante.

-Estoy más tranquilo -dijo Laney-. ¿Es el segundo de la misma calidad?

-El segundo documental está estructurado de manera más convencional. Entrevistas a fondo, detalles biográficos, BBC, hace tres años.

-Magnífico.

-En estos momentos Blackwell se encamina hacia el hotel. Adiós.

14. El club de Tokio

El entorno que el club de Mitsuko había erigido para la reunión recordó a Chia los grabados japoneses que había visto en una visita escolar al museo de Seattle; estaba iluminado con una luz pardusca que parecía atravesar varias capas de un viejo barniz. En la lejanía había colinas con árboles retorcidos; las ramas eran como cursos rápidos e irregulares de tinta negra. Acompañada de Mitsuko, Chia caminó hacia una casa de madera con aleros muy inclinados que le pareció familiar. Era el tipo de casa en la que los ninjas penetran furtivamente a oscuras para despertar a una heroína dormida y decirle que todo no era como ella pensaba, que su tío estaba aliado con el perverso señor de la guerra. Comprobó que estaba apareciendo en una pequeña ventana periférica; dio un poco más de profundidad a sus labios.

Al acercarse a la casa vio que todo había sido construido de acuerdo con los archivos del club, de modo que el entorno estaba hecho efectivamente con material de Lo/Rez. Se lo advertía ante todo en los paneles de papel y madera de las paredes, donde difusos fragmentos de imágenes, mayores que en la vida real, iban y venían con la aleatoriedad orgánica del sol y las sombras en las hojas: el pómulo de Rez y medio par de gafas oscuras, la mano de Lo templando el mástil de una

guitarra. Pero estas imágenes cambiaron, fueron sustituidas por un zumbido como de alevilla, y aún habría más, a lo largo de todo el trayecto hasta la más precisa resolución, la estructura digital. Chia no estaba segura de que aquello se pudiera hacer con paquetes fractales en la cantidad y de la calidad debidas, o si se necesitaba un ordenador especial. El Sandbenders producía algunos efectos parecidos, sobre todo cuando presentaba software de la misma procedencia.

Las pantallas se apartaron cuando Chia y Mitsuko, sentadas con las piernas cruzadas, entraron en la casa. Se detuvieron limpiamente, todavía sentadas, flotaron a unos ocho centímetros del tatami (que Chia no quiso enfocar después de ver que estaba tejido con partes filmadas de conciertos: distraía demasiado). Era una bonita manera de hacer una entrada. Mitsuko vestía el kimono y la prenda de cinturón, ancho, todo el atuendo tradicional, sólo que en el tejido había algo animado de baja resolución. Chia vestía el conjunto de cazadora Silke-Marie Kolb y mallas negras, aunque detestaba pagar por ropas de diseño virtual que ni siquiera te dejaban tener o copiar. Para esta compra había recurrido, no obstante, a la tarjeta de Kelsey, que la había ayudado a sentirse mejor.

Allí había siete chicas, todas en kimono, todas flotando por encima del tatami, todas esperando. Sólo la que estaba sentada aparte, en la cabecera de la mesa imaginaria, era un robot. No un robot real, sino una criatura delgada, con piel de color cromo, como una masa de mercurio constreñida en la forma de una chica. La cara era tersa, sólo en parte modelada, sin ojos, con dos hileras rectas de pequeños orificios donde tendría que estar la boca. Era Hiromi Ogawa, y Chia pensó inmediatamente que tenía exceso de peso.

El kimono de Hiromi estaba cubierto de animados fragmentos color sepia con entrevistas de los músicos.

Las presentaciones duraron un rato, y todos los que estaban allí tenían seguramente un título, pero Chia dejó de prestar atención después de la presentación de Hiromi, aunque saludó cuando consideró que tenía que hacerlo. No le gustaba que Hiromi se presentara así en la primera reunión.

Era descortés, pensó, y sin duda deliberado, y el problema que habían tenido con el espacio parecía hacerlo aún más deliberado.

-Es un honor para nosotros darte la bienvenida, Chia McKenzie. Nuestro club confía poder proporcionarte toda la ayuda necesaria. Estamos orgullosos de ser una parte del actual éxito de Lo/Rez en todo el mundo, así como de su música y su arte.

-Os doy las gracias -dijo Chia, y se sentó al comprobar que el silencio se prolongaba.

Mitsuko se aclaró la voz. Oh, ay, pensó Chia. Era el momento de hablar.

-Os doy las gracias por la ayuda que me habéis ofrecido. Gracias por vuestra hospitalidad. Si alguna de vosotras va alguna vez a Seattle, encontraremos algún modo de alojarla. Pero gracias sobre todo por vuestra ayuda, pues mi club está realmente preocupado a propósito de esa historia de que Rez quiere casarse con una agente de software, y como hay que suponer que lo dijo cuando estuvo aquí, hemos pensado... -Chia tuvo la sensación de que se estaba precipitando, lo que fue confirmado por otra señal de Mitsuko, que volvió a aclararse la voz.

-Sí -dijo Hiromi Ogawa-, eres bienvenida, y ahora Tomo Oshima, la historiadora de nuestro club, nos favorecerá con un detallado y preciso informe de nuestra trayectoria, cómo, desde unos inicios sencilíos pero sinceros, hemos llegado a ser hoy el club más activo, más respetado de Japón.

Chia no podía creerlo.

La chica que estaba junto a Hiromi, a la derecha de Chia, saludó con una reverencia y empezó a recitar la historia del club en lo que Chia interpretó inmediatamente como el más horrible y aburrido de los informes. Las dos chicas, compañeras de colegio y de habitación, excelentes amigas y colegas leales, habían descubierto una copia del álbum de Dog Soup en un arcón en Akihabara. Regresaron al colegio con la copia, la escucharon y se convirtieron inmediatamente en seguidoras del grupo. Cómo sus compañeros de clase se burlaban de ellas, hasta el punto de que les robaron y escondieron el preciado álbum... Y más y más. Chia sentía ya ganas de gritar, pero no podía hacer otra cosa que seguir sentada allí. Echó mano a un reloj y lo puso en la cara del robot, allí donde tendrían que estar los ojos. Nadie más podía verlo, pero ella se sintió un poco mejor.

Ahora estaban celebrando la primera convención japonesa de Lo/Rez, y en las paredes de papel blanco relampagueaban las imágenes, chicas en téjanos y t-shirts bebían Coca-Cola en el salón de actos de un hotel del aeropuerto de Osaka; al fondo se veían algunas personas, evidentemente padres.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, junto al reloj rojo colocado en la cara metálica y vacía de Hiromi Ogawa, Tomo Oshima dijo para concluir: -Así llegamos al presente y la histórica visita de Chia McKenzie, representante del club de Seattle, hermano nuestro, en el estado de Washington. Y ahora espero que ella nos honre narrando la historia de su club, cómo fue fundado, y las muchas actividades con que han difundido la música de Lo/Rez...

Se oyó una suave salva de aplausos. Chia no se movió, pues no sabía a ciencia cierta si la aplaudían a ella o a Tomo Oshima.

-Lo siento -dijo Chia-. Nuestro historiador lo dejó todo a punto, pero se perdió cuando en el aeropuerto pasaron mi ordenador por un enorme escáner.

-Lamentamos muchísimo oír una cosa así -dijo el robot plateado-. ¡Qué desgracia!

-Sí -dijo Chia-, pero se me ocurre que así tenemos más tiempo para comentar lo que me ha traído aquí, ¿de acuerdo?

-Nosotros esperábamos...

-Que nos ayudarías a entender todo el asunto de Rez, ¿verdad? Lo sabemos. Nos alegramos de que lo hagas. Pues estamos realmente preocupadas por ese rumor. Parece como si hubiera empezado aquí, y esa Rei Toei fuera un producto local; por eso si hay alguien que puede decirnos lo que está ocurriendo eres tú.

El robot plateado no dijo nada. Parecía tan inexpresivo como siempre, pero Chia apartó el reloj.

-Para eso estoy aquí -dijo Chia-. Para averiguar si es verdad que él quiere casarse con ella.

Chia se sintió incómoda. Las siete chicas observaban el tatami evitando establecer contacto ocular con ella. Chia quería mirar a Mitsuko, pero pensaba que sería demasiado evidente.

-Nosotros somos un club *oficial* -dijo Hiromi-. Tenemos el honor de trabajar estrechamente con integrantes reales del grupo. El rumor que has mencionado preocupa también a los publicistas de Lo/Rez, y nos han pedido que los ayudemos a evitar que siga propagándose.

-¿Propagarse? ¡Ha estado en la red durante una semana!

-Es sólo un rumor.

-Entonces tendrían que negarlo.

-Eso daría más fuerza al rumor.

-El comunicado decía que Rez había declarado estar enamorado de Rei Toei, y que se iba a casar con ella. Era una larga cita. -Chía estaba cada vez más segura de que allí fallaba algo. Ella no había recorrido una distancia tan larga para una cosa así; habría sido mejor quedarse en el apartamento de Seattle.

-Nosotras creemos que el comunicado original fue un engaño. No sería el primero.

-¿Vosotras creéis? ¿No significa eso que no lo sabéis con seguridad?

-Nuestras fuentes dentro de la organización nos aseguran que no es causa de preocupación.

-Control circular -dijo Chia.

-¿Quieres decir que los empleados de Lo/Rez nos mienten?

-Mira -dijo Chia-, yo estoy tan metida en la banda como cualquier otra persona. He seguido todo ese camino, ¿de acuerdo? Pero la gente que trabaja para ellos es simplemente gente que trabaja para ellos. Si Rez se presenta en un club una noche, toma el micro y dice que está enamorado de esa idoru y jura que se va a casar con ella, los de relaciones públicas dirán lo que consideren que deben decir.

-Pero tú no tienes pruebas de que ocurriera algo semejante. Sólo una declaración anónima, una supuesta transcripción de algo que grabaron en un club de Shinjuku.

-Monkey Boxing. Lo comprobamos; existe.

-¿De verdad? Tal vez deberíais ir allí.

-¿Por qué?

-Porque ya no hay ningún club que se llame Monkey Boxing.

-¿No?

-En Shinjuku los clubes tienen una vida muy corta. No hay ningún Monkey Boxing. -En la traducción del ordenador afloraba la desafiante satisfacción de Hiromi.

Chia miró la cara tersa y plateada. Maldita ramera. ¿Qué hacer? ¿Qué haría Zona Rosa si estuviera en el lugar de Chia? Algo simbólicamente violento, decidió Chia. Pero eso no era su estilo.

-Gracias -dijo Chia-. Sólo queríamos asegurarnos de que no era verdad. Lamento que el diálogo haya seguido ese camino, pero teníamos que estar seguros. Si vosotras decís que no ha pasado nada, nosotros lo aceptaremos. Todos nos preocupamos por Rez y el resto del grupo, y sabemos que vosotras también. -Chia añadió una reverencia que pareció sorprender a Hiromi.

Ahora quien vacilaba era el robot. No había esperado que Chia tomara ese camino. -Nuestros

amigos de la organización Lo/Rez están muy preocupados de que ese infundio sin sentido afecte la percepción que el público tiene de Rez. Eres consciente de que siempre ha habido una tendencia a presentarlo como el miembro más creativo pero menos estable del grupo.

Esto último, al menos, era verdad, aunque el tipo de inestabilidad de Rez era francamente leve comparado con el de la mayoría de sus precursores en la cultura pop. Nunca lo habían detenido, nunca había pasado una noche en la cárcel. Pero aún así era el que más probabilidades tenía de encontrarse en dificultades. Todo esto había sido siempre parte de su encanto.

-Seguro -respondió Chia, saboreando la incertidumbre que sin duda estaba provocando en Hiromi-. Y trataron de descalificar a Lo como un ser aburrido, el hombre práctico; pero nosotras sabemos que eso tampoco es verdad. -Subrayó la frase con una sonrisa.

-Sí -dijo Hiromi-, por supuesto. Pero tú estás satisfecha, ¿no es así? ¿No vas a explicar a tu club que todo esto fue resultado de una broma y que a Rez le parece bien?

-Si tú quieres -dijo Chia-, claro que sí. Y si con eso queda zanjado el asunto, voy a matar tres días más en Japón.

-¿Matar?

-Es una forma de hablar -dijo Chia-. Significa tomarse tres días de vacaciones. Mitsuko dice que tengo que ver Kioto.

-Kioto es muy bonito.

-Allí me dirijo -dijo Chia-. Gracias por organizar este entorno para nuestra entrevista. Es realmente bueno, y si lo conserváis, me gustaría acceder a él más tarde con el resto de mi club. A lo mejor, cuando vuelva a Seattle, podemos reunimos todos aquí, presentar nuestros clubes.

-Sí... -Evidentemente, Hiromi no sabía qué pensar de la actitud de Chia.

Está demasiado preocupada, se dijo Chia.

-Tú lo sabías -dijo Chia-. Tú sabías que ella lo iba a hacer.

La cara de Mitsuko era de un rojo subido. Miraba al suelo, con su ordenador portátil sobre las rodillas.

-Lo siento. Fue decisión suya.

-La acorralaron, ¿lo entiendes?, y le dijeron que se deshiciera de mí, que echara tierra encima.

-Ella se comunica en privado con la gente de Lo/ Rez. Es uno de los privilegios que tiene.

Chia seguía conectada.

-Ahora tengo que hablar con mi club. ¿Puedes dejarme sola unos minutos? -Sintió lástima por Mitsuko, pero todavía estaba enojada.- No estoy enojada *contigo,* ¿de acuerdo?

-Prepárate -dijo Mitsuko.

Cuando Mitsuko cerró la puerta, Chia comprobó que el ordenador Sandbenders seguía conectado. Volvió a ponerse los anteojos y seleccionó la central del club de Seattle.

Nunca lo consiguió. Zona Rosa estaba esperando para impedírselo.

15. Akihabara

Una nube gris y baja pesaba sobre la ciudad toda gris. Unos nuevos edificios se veían a través de las ventanas con cortinas de lazo, teñidas de limo en una escala decreciente.

Dejaron atrás un anuncio de Apple Shires, un camino empedrado que conducía a un país infantil en holograma, en el que danzaban y cantaban sonrientes botellas de zumo. Laney había superado el jet lag, en una versión más suave pero también más barroca. Algo compuesto de un penetrante sentido de culpa y una sensación de alejamiento físico de su propio cuerpo, como si las señales sensoriales llegaran con retraso, estropeadas, después de una travesía excesivamente larga por algún otro país que él mismo nunca había conocido.

-Pensé que nos íbamos a ocupar de todo eso cuando nos deshiciéramos de los neurópatas siberianos -dijo Blackwell. Estaba vestido totalmente de negro, lo que parecía reducir en cierto modo su volumen. Llevaba un atuendo suelto, parecido a una túnica, de algodón negro, con múltiples bolsillos alrededor de un ancho dobladillo. Laney opinaba que tenía un vago aspecto japonés, en una versión medieval. Algo que un carpintero podía vestir-. Doblados como las patas traseras de un perro. Los cazaríamos recorriendo los estados del Kombinat.

-¿Neurópatas?

-Llenan de bazofia la cabeza de Rez. Cuando está de gira, es un hombre vulnerable. Combinación de estrés y aburrimiento. Las ciudades empiezan a parecer iguales. Una habitación de hotel tras otra. Es un síndrome, eso es lo que es.

-¿Adonde vamos?

-A Akihabara.

-¿Adonde?

-Adonde vamos. -Blackwell consultó un enorme cronómetro con una esfera muy elaborada y una pulsera de acero que parecía haber sido diseñada para cumplir una segunda función como nudillos de metal.- Tuve que esperar un mes antes de que me dejaran intentarlo, hacer lo que hacía falta. Entonces lo llevamos a una clínica de París, y nos dijeron que lo que esos bastardos le habían estado inoculando le había convertido el sistema endocrino en un desayuno para cerdos. Lo pondremos bien, al final, pero no había necesidad de que ocurriera.

-¿Pero se ha deshecho de ellos? -Laney no tenía idea de lo que Blackwell estaba diciendo, pero creyó que lo mejor era mantener la ilusión de una conversación.

-Les dije que los iba a hacer pasar, con la cara por delante, a través de una pequeña trituradora de madera de la marca Honda que había comprado, si no había más remedio -dijo Blackwell-. No fue necesario. Aun así les mostré la trituradora. Al final me libré de ellos con un toque más bien moderado.

Laney miró la nuca de la cabeza del chófer. La conducción por la derecha le preocupaba. Tenía la sensación de que en el asiento del conductor no había nadie. -¿Cuánto tiempo dice usted que trabajó para Lo/Rez?

-Cinco años.

Laney pensó en el vídeo, la voz de Blackwell en el club a oscuras. Dos años antes. -¿Adonde vamos?

-Estaremos allí, tenemos tiempo.

Entraron en una zona de calles más estrechas, de edificios informes, vagamente decadentes, cubiertos de anuncios apagados. Representaciones gigantescas de plataformas de los media que Laney no reconocía. Algunos de los edificios mostraban aún los daños causados por el terremoto. Bloques del tamaño de una cabeza, de una sustancia pardusca, vitrea, emergían de las grietas que surcaban una fachada en diagonal, como un juguete barato mal reparado por un gigante torpe.

-Ciudad Eléctrica -le dijo Blackwell-. Te llamaré -añadió dirigiéndose al chófer, que asintió con la cabeza de una manera que sorprendió a Laney por no ser precisamente japonesa. Blackwell abrió la puerta y se apeó con la misma inverosímil gracia que Laney había observado antes, mientras el coche volvía a alzarse apreciablemente. Laney se deslizó sobre el asiento de terciopelo gris y se sintió cansado y apático.

-En cierto modo, yo esperaba un destino más alto -le dijo a Blackwell. Era verdad.

-No espere más -dijo Blackwell.

El edificio con grietas y bultos gomosos de color pardo se abría a un mar blanco y pastel de aparatos de cocina. El techo era bajo y surcado por tuberías y conductos de aspecto precario. Laney siguió a Blackwell a lo largo del pasillo central. En los pasillos de uno y otro lado se veían algunas figuras, pero él no tenía manera de saber si eran vendedores o posibles clientes.

Al final del pasillo central había una vieja escalera mecánica, los dientes rectilíneos de acero cortantes y relucientes estaban desgastados en los bordes de los escalones. Blackwell seguía andando. Levitando por

delante de Laney, continuaba trepando mientras parecía que los pies apenas se le movían. Laney iba penosamente tras él.

Subieron a un segundo nivel; éste exhibía una gama menos consistente de productos: pantallas de pared, consolas de inmersión, reclinatorios automatizados con módulos de masaje que emergían de los soportes como cabezas de gigantescas figuras mecánicas.

Caminaron a lo largo de un pasillo con paredes de cartón corrugado, Blackwell con las manos cubiertas de cicatrices metidas en los bolsillos del atuendo de ninja. Entraron en un laberinto de placas embreadas de color azul brillante y tuberías suspendidas en lo alto. Instrumentos poco conocidos. El termo abollado de un trabajador aparecía de pie en medio de un juego de herramientas desplegado sobre un soporte de aluminio con patas. Blackwell apartó a un lado la última placa embreada. Laney se agachó y entró.

-Lo hemos tenido abierto durante la hora pasada, Blackwell -dijo alguien-. No ha sido fácil.

Blackwell dejó que la placa embreada volviera a su sitio. -Tuvimos que ir a recogerlo al hotel.

El espacio, recubierto de placas embreadas de color azul en tres de los lados, era dos veces más grande que la habitación de hotel que tenía Laney, pero estaba considerablemente más ocupado. Había gran cantidad de hardware: una colección de consolas negras conectadas entre sí en un laberinto blanco de distintos envases, bloques de espuma, plástico corrugado y placas burbuja. Dos hombres y una mujer esperaban. Era la mujer que había hablado. Cuando Laney seguía adelante, hundido hasta los tobillos en el material de los envases, éstos crujían, estallaban y le resbalaban bajo las suelas de los zapatos.

Blackwell dio una patada. -Podían haberlo recogido.

-Nosotros no estamos aquí para eso -dijo la mujer. A Laney le pareció por el acento que quizá era del norte de California. Llevaba el pelo corto con flequillo, y algo en ella le recordó a los que trabajaban en Slitscan. Como los dos hombres, uno japonés y otro pelirrojo, vestía pantalones

téjanos y una abultada chaqueta de

nylon.

-Un trabajo endemoniado y encargado con poco

tiempo -dijo el pelirrojo.

-*Sin* tiempo -lo corrigió el otro, y definitivamente era de California. Llevaba el pelo peinado hacia atrás y sujeto en lo alto en una pequeña cola de caballo a lo samurai.

-¿Para qué les pagan? -preguntó Blackwell.

-Nos pagan para viajar -dijo el pelirrojo.

-Si quieren viajar de nuevo será mejor que recen para que éstas funcionen. -Blackwell miró las consolas cableadas.

Laney vio una mesa plegable de plástico junto a la pared del fondo. Era de un color rosa brillante. En ella había un ordenador gris y unos fonoculares. Unos cables extraños iban hasta la consola más próxima: cintas planas de diferentes colores. Sobre la pared del fondo se extendía una capa de carteles viejos; exactamente detrás de la mesa color rosa había un ojo femenino de noventa centímetros de ancho; la pupila, impresa con láser, tenía el tamaño de la cabeza de Laney.

Laney avanzó hacia la mesa, a través de los envases de espuma, deslizando los pies, como si estuviese esquiando.

-Vamos a hacerlo -dijo-. Veamos lo que ha conseguido.

16. Zona

Zona Rosa tenía un lugar secreto, un país excavado en lo que una vez había sido una red corporativa.

Era un valle plagado de piscinas en ruinas, cubierto de cactus y flores rojas de Navidad. Los lagartos posaban como jeroglíficos sobre mosaicos troceados.

En el valle no había casas, aunque secciones de una pared derruida daban un poco de sombra, y rectángulos herrumbrosos de metal corrugado descansaban en línea oblicua sobre montantes de madera carcomidos por los años. A veces había cenizas de un fuego de cocina.

A primera hora de la noche ya estaba allí.

-¿Zona?

-Alguien te está buscando. -Zona en una ajada chaqueta de piel sobre una camiseta blanca. En aquel sitio se presentaba como un collage rápido, fragmentos arrancados de películas, revistas, periódicos mexicanos: ojos negros, pómulos aztecas, infinidad de marcas de acné, el cabello negro enredado como humo. Mantenía baja la resolución, nunca permitía que la enfocaran entera.

-¿Mi madre?

-No. Alguien con recursos. Alguien que sabe que estás en Tokio. -En las afiladas punteras de las botas negras llevaba polvo claro del valle. Los descoloridos

téjanos negros tenían cremalleras de cobre a lo largo de las costuras exteriores, desde el talle hasta los tobillos.- ¿Por qué estás vestida así?

Chia recordó que Zona todavía presentaba como modelo el atuendo de Silke-Marie Kolb. -Era una reunión. Muy formal. Buenas oportunidades. Adquirí esto con la tarjeta de Kelsey.

-¿Adonde ibas cuando lo compraste?

-A donde voy ahora. A Mitsuko.

Zona frunció las cejas. -¿Qué otras compras has hecho?

-Ninguna.

-¿Nada?

-Un billete de tren subterráneo.

Zona castañeteó los dedos y un lagarto escapó de debajo de una piedra. Le trepó por la pierna hasta la mano caritativa. Cuando lo acarició con los dedos de la otra mano, la coloración cambió. Le rascó la cabeza, y el lagarto se le deslizó por la pierna y luego desapareció detrás de una hoja de la herrumbrosa techumbre. -Kelsey está asustada, tan asustada que me ha pedido ayuda.

-¿Asustada de qué?

-Alguien contactó con ella a raíz de tu billete. Intentaban hablar con el padre de ella, porque los puntos utilizados en la compra eran de él. Pero el hombre está de viaje. En cambio, hablaron con Kelsey. Creo que la amenazaron.

-¿Con qué?

-No sé. Pero ella les dio tu nombre y el número de la tarjeta.

Chia pensó en Maryalice y Eddie.

Zona Rosa sacó una navaja del bolsillo de la chaqueta y se acurrucó en un estante de piedra rosada. Unos dragones dorados se retorcían en las profundidades

abismales de las cachas rosadas de la navaja. Zona apretó un botón niquelado y apareció una hoja con dragones grabados; tenían la espina dorsal arqueada y parecían crueles. -Ella, tu Kelsey, no tiene pelotas.

-Ella no es *mi* Kelsey, Zona.

Zona tomó un trozo de una rama de corteza verde y empezó a sacar unas tiras con el filo de la navaja automática. -Ella no durará una hora en mi mundo. -En una visita anterior, Zona había contado a Kelsey historias de la guerra con las Ratas, batallas campales libradas en terrenos cubiertos de basuras y en los parques de vastos proyectos urbanos abarrotados de coches. ¿Cómo había empezado aquello? ¿A raíz de qué? Zona nunca lo dijo.

-*Yo* tampoco.

-Entonces, ¿quién te busca?

-Mi madre lo haría, si supiera que estoy aquí...

-Quien le metió miedo a Kelsey no fue tu madre.

-Si alguien conociera el número de mi asiento en el vuelo podría averiguar el número del billete y seguirme la pista, ¿verdad?

-Si disponen de ciertos medios, sí. Sería ilegal.

-Desde ahí podrían llegar hasta Kelsey...

-Desde ahí pasan a los ficheros de clientes asiduos de Air Magellan, que utiliza medios muy eficaces.

-En el avión iba una mujer... Se sentaba a mi lado. Después tuve que cargar con su maleta, y ella y su amigo me invitaron a ver Tokio... -¿Llevaste su maleta? -Sí.

-Cuéntame esa historia. Todo. ¿Cuándo viste por primera vez a esa mujer?

-En el aeropuerto, SeaTac. La policía estaba tomando muestras de ADN no agresivas, y yo la vi haciendo una maniobra extraña... -Chia empezó a contar la historia de Maryalice y todo lo demás, mientras Zona Rosa permanecía sentada y pelaba y afilaba la vara con expresión adusta.

-Que se joda tu madre -dijo Zona Rosa, cuando Chia terminó el relato. La traducción reprodujo un tono de asombro o de repugnancia; Chia no estaba segura.

-¿*Qué?* -La confusión de Chia era total.

Zona la miró a lo largo de la vara pelada.

-Un modismo. *Modo de hablar*. Muy rico y complicado. No tiene nada que ver con tu madre. -Bajó la vara e hizo algo con la navaja; la hoja se plegó con un triple clic. El lagarto que ella había ajustado antes acudió deslizándose por el estrecho borde de piedra, tan adherido a ella que parecía bidimensional. Zona lo levantó y lo introdujo en otra configuración de colores.

-¿Qué haces?

-Un criptografiado más duro -dijo Zona, y se puso el lagarto en la solapa de la chaqueta, donde la criatura se aferró como un prendedor, los ojos convertidos en diminutas esferas de ónice-. Alguien te busca. Probablemente ya saben dónde estás. Debemos procurar que nuestra conversación quede a salvo.

-¿Puedes hacerlo, con él? -El lagarto movió la cabeza.

-Tal vez. El es nuevo. Pero ésos son los mejores. -Apuntó hacia arriba con lavara. Chia volvió los ojos al cielo vespertino teñido con nubes oscuras y rosadas franjas crepusculares. Muy arriba creyó ver un arrebato de alas. Dos cosas que volaban. Enormes. No aviones. Pero de pronto desaparecieron.- Ilegal, en tu país, colombiana. Universos de datos. -Zona puso la punta afilada de la vara en el suelo y la hizo girar entre las palmas de las manos, primero en una dirección,

después en la otra. Chia había visto a un conejo encender fuego de esa manera, una vez, en una vieja película de dibujos animados.- Eres una idiota.

-¿Por qué?

-¿Pasaste una maleta por la aduana? ¿La maleta de una extranjera?

-Sí...

-¡Idiota!

-Yo no soy ninguna idiota.

-Es una contrabandista. Eres irremediablemente ingenua.

Pero tú insististe en enviarme aquí, pensó Chia, y de repente tuvo ganas de gritar.

-Pero ¿por qué me están buscando?

Zona se encogió de hombros.

-En el distrito, un contrabandista cauto no dejaría que una mula se marchara tranquilamente...

Algo plateado y frío se movió rápidamente en algún sitio detrás y debajo del ombligo de Chia, y con él llegó el recuerdo molesto del lavabo de Whiskey Clone, y la punta de un objeto que no había reconocido. En la bolsa. Embutido abajo, entre las camisetas. Cuando había utilizado una para secarse las manos.

-¿Fue un error?

-Es mejor que me vaya. Mitsuko ha ido a preparar un poco de té... -Hablaba demasiado deprisa, se comía las palabras.

-¿Te vas? ¿Estás loca? Tenemos que...

-Lo siento. Adiós. -Se quitó los anteojos y luego se puso a manipular las muñequeras.

La bolsa estaba allí, donde ella la había dejado.

17. Las paredes de la fama

-No teníamos tiempo para hacerlo bien -dijo la mujer, entregando a Laney los fonoculares. Estaba sentado en un banco de plástico de color rosa y tamaño infantil que hacía juego con la mesa-. Si es que hay un modo de hacerlo bien.

-Hay zonas a las que no podemos proporcionar acceso -dijo el americano-japones con cola de caballo-. Blackwell dijo que vosotros teníais experiencia con celebridades.

-Con actores -dijo Laney-. Músicos, políticos...

-Quizá esto le parezca distinto. Más grande. En unos cuantos grados de magnitud.

-¿A qué pueden acceder? -preguntó Laney, poniéndose los fonoculares.

-No sabemos -oyó decir a la mujer-. A medida que entre se irá haciendo una idea de la escala de las cosas. Los espacios pueden contener contabilidad, legislación tributaria, contratos... Nosotros somos sólo un soporte técnico. Él tiene otras personas a las que alguien paga para asegurarse de que ciertas partes sigan siendo lo más privadas posible.

-Entonces, ¿por qué no introducirlas? -preguntó Laney.

Sintió que la mano de Blackwell caía sobre su hombro como un saco de arena. -Después lo hablaré con

usted. Ahora entre ahí y eche una mirada. ¿No le pagamos para eso?

Durante la semana que siguió a la muerte de Alison Shires, Laney había utilizado el informe de «Fuera *de* Control» de DatAmerica para acceder de nuevo al entorno de datos personales de la mujer. El punto nodal había desaparecido y había tenido lugar una sutil reducción. No tanto una disminución como un reajuste, una condensación.

Pero la mayor diferencia era simplemente que ella ya no generaba datos. No había actividad crediticia. Le habían cancelado la cuenta en Upful Groupvine. Cuando se ejecutó el testamento y se saldaron varios asuntos económicos, los datos empezaron a ordenarse en un curso nítidamente rectilíneo. Laney pensó en la difunta amortajada, en ataúdes y lápidas, en las largas y rectas avenidas de los cementerios en los días en que a la muerta se le había permitido tener una casa propia. El punto nodal se había formado donde ella había vivido, mientras había vivido, en el interfaz caótico, proliferando de continuo junto con el mundo común pero interminablemente múltiple. Ahora ya no había un interfaz.

Él había mirado, pero sólo brevemente, y con mucha cautela, para ver si el actor de Alison Shires no estaba ordenándolo todo. Allí no había nada claro, pero él pensaba que el programa «Fuera de Control» tendría que haber ejercido una vigilancia más escrupulosa.

Los datos de ella estaban muy quietos. Sólo un leve movimiento metódico en el núcleo: algo relacionado con el mecanismo legal responsable de la ejecución del testamento.

*

Un catálogo de cada uno de los muebles en el dormitorio de un hostal de Irlanda. Un subcatálogo de los productos suministrados, en la cómoda de nogaljunto a la cabecera: cepillo de

dientes, pasta de dientes, analgésicos, tapones de algodón, máquina de afeitar, gel de afeitar. Alguien los revisaría periódicamente, repondría lo que faltase. (El último huésped se había llevado el gel pero no la máquina.) En el primer catálogo había unos potentes prismáticos, montados en un trípode, que funcionaban también como cámara digital.

Laney accedió a la memoria del catálogo, descubriendo que la función de grabación había sido utilizada exactamente una vez, el día en que se activó la garantía del fabricante. Ahora la garantía llevaba dos meses sin efecto, y la única imagen registrada era una vista, desde un balcón con cortinas blancas, de lo que Laney tomó por el Mar de Irlanda. Había una inverosímil palmera, una valla eslabonada, una doble línea de ferrocarril que brillaba débilmente, una amplia playa color marrón grisáceo y luego el mar gris y plata. Más cerca del mar, en parte separado por el borde de la imagen, había un fortín bajo y tosco de piedra, como un torreón truncado. Las piedras eran del color de la playa.

Laney intentó abandonar el dormitorio, el hostal, y se vio rodeado de registros, arqueológicamente exactos, de la restauración de cinco grandes estufas de cerámica en una vivienda de Estocolmo. Eran como gigantescas piezas de ajedrez, torres de ladrillo recubiertas de cerámica elaboradamente esmaltada, profusamente moldeada. Con una altura de 4,5 metros, llegaban hasta el techo y en una de ellas habrían tenido cabida fácilmente hasta cinco hombres de pie. Había un registro de la numeración, el desmontaje, la limpieza, la restauración y el nuevo montaje de cada uno de los ladrillos de cada estufa. No había

manera de acceder al resto, pero las proporciones de las estufas le hicieron pensar a Laney que la casa era muy grande. Buscó en el registro de las estufas y examinó el precio final de la obra; de acuerdo con los índices actuales, superaba varias veces el salario anual que había cobrado en Slitscan.

Laney volvió a la posición inicial, a través de puntos de recesión, en busca de una vista más amplia, alguna estructura, pero sólo había paredes, ingentes masas de información meticulosamente ordenada, y recordó a Alison Shires y la aprehensión que sintió cuando los datos murieron con ella.

-Las luces están encendidas -dijo Laney, quitándose los fonoculares-, pero no hay nadie en casa. -Comprobó el reloj del ordenador: había pasado allí poco más de veinte minutos.

Blackwell lo observaba melancólicamente, instalado en un asiento moldeado por inyección, como un Buda vestido de negro. Las cicatrices de las cejas tenían nuevas configuraciones de preocupación. Los tres técnicos miraban atentamente, las manos en los bolsillos de las chaquetas.

-Bien, ¿cómo va eso? -preguntó Blackwell.

-No estoy seguro -dijo Laney-. No parece que esté haciendo algo.

-No hace nada, *pero* hace cosas -declaró Blackwell-, como usted sabría si pudiera orquestar esa maldita seguridad.

-Muy bien -dijo Laney-. Entonces, ¿dónde desayuna?

Blackwell pareció incómodo. -En la suite.

-La suite, ¿dónde?

-En el Hotel Imperio. -Blackwell miró inquisitivamente a los técnicos.

-¿Qué Imperio, exactamente?

-Aquí. En este maldito Tokio.

-¿Aquí? ¿Está él en Tokio?

-Mire fuera -dijo Blackwell. La mujer de pelo castaño se encogió de hombros dentro de la chaqueta de nylon y entró de cabeza sacudiendo las piernas dentro del styrofoam, los otros dos detrás de ella. Cuando se alejaron de las placas embreadas, Blackwell se levantó del asiento-. No

crea que puede utilizarme...

-Le digo que no me parece que eso vaya a funcionar. El hombre no está ahí.

-Ésa es la maldita *vida* que tiene.

-¿Cómo pagó el desayuno?

-Firmó con el número de la suite.

-¿Está la suite a su nombre?

-Por supuesto que no.

-¿Dice que tiene que comprar algunas cosas en el curso del día?

-Alguien *compra* para él, ¿no son ellos?

-¿Ypaga con...?

-Con una tarjeta.

-Pero no a su nombre.

-Exacto.

-Así, si alguien mirara los datos de las operaciones nunca podría relacionarlos directamente con él, ¿no es eso?

-No.

-Porque usted está operando, ¿correcto?

-Sí.

-Entonces él es invisible. Para mí. No puedo verlo. No está allí. No puedo hacer lo que usted quiere que haga. Es imposible.

-¿Y qué hay del resto?

Laney dejó los fonoculares sobre el teclado. -No una persona. Es una corporación.

-¡Pero usted lo tiene *todo!* ¡Esas malditas casas! ¡Los pisos! ¡La pared de piedra donde los jardineros ponen las malditas flores! ¡Todo, todo!

-¡No sé quién es! No puedo distinguirlo de todo el resto. No deja las huellas que yo más necesito en mis esquemas.

Blackwell se mordió insistentemente el labio superior. Laney oyó la prótesis desplazada que golpeaba contra los dientes.

-He de tener una idea de quién es él en realidad -dijo Laney.

El labio volvió a emerger, mojado y brillante. -Cristo -dijo Blackwell-. Un problema peliagudo. -Tengo que verlo.

Blackwell se limpió la boca con el reverso de la mano. -¿La música? -Levantó las cejas esperanzado.-En cualquier caso hay vídeos.

-Yo *tengo* un vídeo, gracias. Podría ser realmente útil si consiguiera verme con él.

Blackwell se tocó el muñón de la oreja. -Si se ve con él, ¿cree que podría acceder a esos nodos, hacer lo que Yama está intentando?

-No lo sé -dijo Laney-. Puedo probar. -¡Maldición! -dijo Blackwell. Se deslizó sobre el styrofoam, apartó con un brazo una placa embreada, habló con los técnicos que estaban esperando, se volvió a Laney-. De vez en cuando tengo que volver junto a mis compañeros de Jika Jika. Hacer que las cosas sigan ordenadas allí. Esos malditos no se mueven. -La mujer con flequillo asomó la cabeza.- Pon todo eso en la furgoneta -le dijo Blackwell-. Que esté a punto para cuando lo

necesitemos.

-No tenemos furgoneta, Keithy -dijo la mujer. -Compra una -dijo Blackwell.

18. El otaku

Una cosa rectangular, blanda al tacto pero dura por dentro, cuando Chia la levantó de un tirón. Guardada en una bolsa de plástico azul y amarillo de la tienda libre de impuestos en SeaTac, sellada chapuceramente con gran cantidad de lustrosa cinta marrón. Pesada. Compacta.

-¡Hola!

Chia, agachada sobre la bolsa abierta, estuvo a punto de caer de espaldas al oír la voz y ver la imagen de ese chico, al que en un primer instante tomó por una chica ya no muy joven, con el cabello peinado con raya al medio y que le llegaba hasta los hombros.

-Soy Masahiko. -Sin traductor.

Vestía una voluminosa túnica oscura, vagamente militar, abotonada arriba, en el cuello holgado. Viejos pantalones grises que eran como bolsas a la altura de las rodillas. Zapatillas de papel blanco, sucias.

-Mitsuko preparó té. -Señaló la bandeja, la tetera de cerámica, dos tazas.- Pero tú estabas conectando.

-¿Está ella aquí? -Chia volvió a meter la cosa rectangular en la bolsa.

-Salió -dijo Masahiko-. ¿Puedo ver tu ordenador?

-Chia se quedó mirándolo, confundida.

-¿Ordenador?

-Es un Sandbenders, ¿no?

Ella sirvió un poco de té, que aún humeaba. -Sí. ¿Quieres té?

-No -dijo Masahiko-. Sólo tomo café. -Se arrodilló sobre el tatami, junto a la mesa baja, y pasó con admiración la punta de un dedo por el borde del Sandbenders.- Precioso. He visto un pequeño tocadiscos de la misma marca. Es una especie de culto, ¿no?

-Una comuna. Gente tribal. En Oregón.

El pelo del muchacho era negro, largo y lustroso, y lo llevaba muy peinado, pero Chia alcanzó a ver un diminuto trozo de tallarín instantáneo, del tipo fino y enroscado que se vendía en tazones de ramen.

-Lo siento; cuando Mitsuko volvió yo estaba conectada. Ella pensará que he sido descortés.

-Tú vienes de Seattle. -Afirmación, no pregunta.

-¿Eres hermano de ella?

-Sí. ¿Por qué estás aquí? -Los ojos eran grandes y oscuros; la cara, alargada y pálida.

-Tu hermana y yo estamos en Lo/Rez.

-¿Has venido porque él se quiere casar con Rei Toei?

Té caliente chorreó por la barbilla de Chia. -¿Te dijo ella eso?

-Sí -dijo Masahiko-. En la Ciudad Amurallada, algunas personas trabajaban en el diseño de la cantante. -Estaba absorto en el estudio del Sandbenders, dándole vueltas. Tenía unos dedos largos y pálidos, con uñas penosamente raídas.

-¿Dónde está eso?

-En Netside -dijo él, echándose el pelo hacia atrás, sobre un hombro.

-¿Qué dicen de ella?

-Concepto original. Casi radical. -Él pulsó las teclas.- Esto es muy bonito...

-¿Aprendiste inglés allí?

-En la Ciudad Amurallada.

Chia tomó otro sorbo de té, y luego dejó la taza.

-¿Tienes café?

-En mi habitación -dijo él.

La habitación de Masahiko, al final de una pequeña escalera de hormigón y detrás de la cocina del restaurante, había sido probablemente una despensa. Era una pesadilla de muchacho, el tipo de habitación que Chia conocía por los hermanos de amigas suyas; el piso y la cama hacía ya mucho tiempo que habían desaparecido bajo ropas sucias, envoltorios, revistas japonesas con las portadas arrugadas. En un rincón había envases vacíos de espuma; las etiquetas holográmicas parpadeaban desde detrás de un único cono de halógeno. Un pupitre o mesa formaba un segundo nivel, más alto, construido con algún material reciclado, quizá laminas de envases de zumo rotos. Allí estaba su ordenador, un cubo negro sin rasgos distintivos. En un estante más estrecho había un microondas azul claro, envases de ramen sin abrir y media docena de pequeños cuencos de acero llenos de café.

Uno de éstos, recién pasado por el microondas y caliente, estaba en la mano de Chia. El café era fuerte, azucarado, muy cremoso. Ella estaba sentada junto a él, en la cama en desorden, con una chaqueta acolchada doblada detrás de ella como una almohada.

Aunque allí olía a chico, a ramen y a café, él parecía muy limpio, ahora que estaban tan cerca, y tenía la vaga idea de que en general los japoneses eran gente aseada. ¿Les gustaba bañarse? La idea hizo que Chia tuviera ganas de tomar una ducha.

-Me gusta mucho. -Alargó la mano para tocar de nuevo el Sandbenders, que había traído de arriba y

había puesto sobre la mesa de trabajo, frente al cubo negro, apartando un montón de cucharas de plástico, plumas y un sinfín de objetos anónimos de plástico y metal.

-¿Qué te parece si trabajamos con el tuyo? -Apuntó hacia el ordenador con el diminuto cuenco de café.

Dijo algo en japonés. Gusanos y puntitos de neón pastel iluminaron las caras del cubo, reptaron, se agitaron, se extinguieron.

Las paredes, desde el suelo hasta el techo, estaban cubiertas con sucesivas capas de carteles, hojas volantes y archivos de gráficos. En la pared delante de ella, encima y detrás del ordenador negro, colgaba un pañuelo grande, cuadrado, un tejido sedoso serigrafiado con un mapa o diagrama en rojo y negro y amarillo. Cientos de bloques irregulares o compartimientos, unidades de algo, aparecían distribuidos alrededor de un espacio central, un rectángulo vertical, irregular, negro.

-La Ciudad Amurallada -dijo él, siguiendo los ojos de ella. Luego, inclinándose hacia adelante, señaló con un dedo un punto determinado-. Aquí estoy yo. En el octavo nivel.

Chia apuntó al centro del diagrama. -¿Qué es esto?

-El agujero negro. En el original, algo así como un escape de aire. -La miró.- Tokio también

tiene un agujero negro. ¿Lo has visto?

-No -dijo ella.

-Es el palacio. No tiene luces. Desde un edificio alto, de noche, el palacio imperial es un agujero negro. Una vez, al mirarlo, vi brillar una antorcha.

-¿Qué le ocurrió en el terremoto?

Él arqueó las cejas. -Bueno, eso no lo mostraron. Ahora todo está como antes. Eso dijeron al menos. -Sonrió, pero sólo con las comisuras de los labios.

-¿Adonde fue Mitsuko?

Él se encogió de hombros.

-¿Dijo cuándo iba a volver?

-No.

Chia pensó en Hiromi Ogawa, y también en alguien que había telefoneado preguntando por el padre de Kelsey. ¿Hiromi? Luego estaba aquella cosa, lo que fuera, que tenía en la bolsa, ahora en la habitación de Mitsuko. Se acordó de Maryalice cuando se puso a gritar desde detrás de la puerta hacia la oficina de Eddie. Zona tenía razón, parecía. -¿Conoces un club llamado Whiskey Clone?

-No. -Él acarició los pulidos contornos de aluminio del Sandbenders.

-¿Y Monkey Boxing?

Él la miró, meneó la cabeza.

-Probablemente no sales mucho, ¿no es así?

Él no apartó los ojos. -En la Ciudad Amurallada.

-Quiero ir a ese club, Monkey Boxing. Sólo que tal vez ya no tenga ese nombre. Está en un sitio llamado Shinjuku. Yo estuve en esa estación, antes.

-Ahora los clubes no están abiertos.

-Cierto. Yo sólo quiero que me indiques dónde está. Luego ya me las arreglaré para volver.

-No. Tengo que regresar a la Ciudad Amurallada. Tengo obligaciones. Busca la dirección de ese sitio y yo le explicaré a tu ordenador cómo ir.

El Sandbenders podía encontrar el camino, pero Chia ya había decidido no ir sola. Mejor con un chico que con Mitsuko, y en cualquier caso la vinculación de Mitsuko con el club podía ser un problema. Pero, ante todo, ella quería salir de allí. Las noticias de Zona le habían abierto los ojos. Alguien sabía que ella estaba allí. ¿Y qué pasaba con el objeto que tenía en la bolsa?

-Te gusta, ¿verdad? -Chia señaló el Sandbenders.

-Sí -dijo él.

-El software es aún mejor. Tengo un emulador que puede instalar en tu ordenador un Sandbenders virtual. Llévame a Monkey Boxing y es tuyo.

-¿Has vivido siempre aquí? -preguntó Chia cuando iban hacia la estación-. En esta zona, quiero decir.

Masahiko no contestó. Chia pensó que la calle hacía que se sintiera incómodo. Tal vez el simple hecho de estar fuera. Se había cambiado los pantalones grises por otros negros, igualmente holgados, sujetos a la altura de los tobillos con polainas negras de nylon, elásticas en los lados, encima de zapatos negros de piel. Todavía llevaba la túnica negra, pero con la adición de un gorro negro de piel, terminado en una punta corta, que ella tomó por un posible componente de un viejo uniforme escolar. Si la túnica era demasiado grande para él, el gorro era en cambio demasiado pequeño. Lo llevaba inclinado hacia adelante, en ángulo, con el pico hacia abajo.

-Yo vivo en la Ciudad Amurallada -dijo Masahiko.

-Mitsuko me contó. Eso es como un dominio multiusuario.

-La Ciudad Amurallada no se parece a nada.

-Dame la dirección cuando yo te dé el emulador. Lo averiguaré. -La acera se arqueaba sobre un canal de hormigón que llevaba agua de color grisáceo. Le recordó a Venecia. Se preguntó si aquello habría sido en otro tiempo una corriente.

-No tiene dirección -dijo él.

-Eso es imposible -replicó Chia.

Él no dijo nada.

Chia pensó en lo que iba a encontrar cuando abriera la bolsa de la tienda SeaTac. Algo plano y rectangular, gris oscuro. Tal vez uno de esos extraños

objetos plásticos que llevan metal dentro. En un extremo había hileras de pequeños orificios; el otro tenía formas complicadas, en metal, y era de un plástico diferente. No parecía haber manera de abrirlo, no se veía ninguna costura. Ninguna marca. Cuando lo sacudió no hizo ningún ruido. Tal vez hubiera podido reconocerlo en el diccionario icónico *Qué son las cosas,* pero ella no había tenido tiempo. Masahiko estaba abajo cambiándose cuando ella cortó el plástico azul y amarillo con la navaja de Mitsuko, una navaja del ejército suizo con un número de serie. Había estado buscando en la habitación un sitio donde esconderlo. Todo demasiado limpio y ordenado.

Finalmente, al oír que él subía las escaleras volviendo de la cocina, lo había puesto de nuevo en la bolsa. Y ahora estaba allí mientras entraban en la estación, junto con el Sandbenders, debajo del brazo. No era quizá una actitud inteligente, pero ella no lo sabía.

Chia utilizó la tarjeta de Kelsey para pagar los billetes de los dos.

19. Arleigh

Un fax remitido por Rydell esperaba a Laney cuando Blackwell lo dejó en el hotel. Estaba escrito en papel con membrete, de color gris, caro a juzgar por su aspecto, lo que contrastaba abiertamente con el cuerpo del fax propiamente dicho, que había sido enviado desde unos almacenes de oportunidades de Sunset, abiertos las veinticuatro horas del día, llamados Lucky Dragón. El sonriente Lucky Dragón, echando humo por las fosas nasales, estaba centrado debajo del logotipo plateado del hotel, algo que a Laney le hizo pensar en el malvado sombrero élfico de Droopy. Aparte de lo que pudiera ser, los decoradores del hotel tenían mucho cariño por el dragón. Era un motivo repetitivo en el vestíbulo, y Laney estaba contento de que, al parecer, aún no hubiera llegado a las habitaciones de los huéspedes.

Rydell había escrito el fax a mano con un rotulador de grosor medio, en mayúsculas de imprenta escrupulosamente nítidas. Laney lo leyó en el ascensor.

Iba dirigido a C. LANEY, HUÉSPED:

CREO QUE ELLOS SABEN DÓNDE ESTÁS. ELLA Y EL DIRECTOR DE DÍA TOMARON CAFÉ EN EL VESTÍBULO Y ÉL NO DEJÓ DE MIRARME. ÉL PUDO CONTROLAR EL TELÉFONO FÁCILMENTE. HABRÍA SIDO MEJOR QUE NO TE HUBIERA

LLAMADO ALLÍ. LO SIENTO, EN CUALQUIER CASO, DESPUÉS ELLA Y LOS OTROS LO COMPROBARON RÁPIDAMENTE, ORDENARON QUE LOS TÉCNICOS LO EMPAQUETARAN. UN TÉCNICO DIJO A GHENGIS EN EL GARAJE QUE ALGUNOS SE DIRIGÍAN A JAPÓN Y QUE ÉL ESTABA CONTENTO DE NO ESTAR ENTRE ELLOS. VIGILA, ¿DE ACUERDO? RYDELL.

-Está bien -dijo Laney, y recordó que una noche había ido al Lucky Dragón, en contra del consejo de Rydell, porque no podía dormir. En casi todos los bloques esperaban apostadas unas prostitutas biónicas de horrible aspecto, pero por lo demás no parecía demasiado peligroso. Alguien había pintado un mural en memoria de J. D. Shapely en un lado del Lucky Dragón, y la dirección había tenido la buena idea de dejarlo allí, integrando culturalmente el local en la vida real de la Franja durante las veinticuatro horas del día. Allí uno podía comprar un burrito, un billete de lotería, baterías, tests para diversas enfermedades. Se podían enviar faxes, y también mensajes por correo electrónico y correo de voz. Laney había llegado a pensar que eran probablemente los únicos almacenes en muchos kilómetros a la redonda que vendían cualquier cosa que cualquier persona pudiese *necesitar* realmente alguna vez; todos los demás vendían cosas que a uno ni siquiera le habían pasado por la imaginación.

Laney releyó el fax, mientras iba pasillo adelante, y utilizó la clave de la tarjeta para abrir la puerta.

Encima de la cama había un cesto de mimbre con ropa blanca y cosas poco conocidas. Al examinarlas de cerca, comprobó que eran sus calcetines y su ropa interior, recién lavada y planchada, y envuelta en pequeñas fundas de papel con la etiqueta de Elf Hat.

Abrió la estrecha puerta del armario, cubierta con un espejo, activó una luz instalada dentro y descubrió sus camisas colgadas en perchas, incluida aquella de la que Kathy Torrance se había

reído. Parecían nuevas, flamantes. Palpó uno de los puños levemente almidonado. Luego examinó el fax de Rydell. Imaginó que Kathy Torrance iba directamente hacia él, en un ASA, desde Los Angeles. Descubrió que no era capaz de imaginarla dormida. Nunca la había visto dormida y en cierto modo parecía que era algo que a ella no le gustaba. En el vuelo misterioso, silencioso y tranquilo de la nave supersónica, Kathy había estado mirando el vacío gris de la ventana, o la pantalla del ordenador.

Pensando en él.

En la pantalla de detrás de Laney se oyó un sonido suave y monótono, y él dio un salto poniéndose de pie. Se volvió y vio el logo de la BBC. El segundo vídeo de Yamazaki.

Ya había recorrido un tercio del camino cuando llamaron a la puerta. Rez iba por un sendero estrecho en algún lugar de la jungla, vestía uniforme caqui descolorido por el sol y sandalias con suela de yute. Mientras avanzaba cantaba algo, una pequeña melodía sin letra, y a cada momento ensayaba nuevos tonos y modulaciones. El pecho desnudo le brillaba con el sudor, y cuando la camisa se le desplazaba a un lado, se podía ver el borde de un tatuaje I Ching. Llevaba una caña de bambú que sacudía a medida que andaba, golpeando las enredaderas colgantes. Laney tenía la secreta sospecha de que la melodía sin letra se había convertido después en un éxito mundial, pero no podía asegurarlo. Llamaron de nuevo a la puerta.

Laney se levantó, fue hacia la puerta, apretó el botón del portero automático.

-¿Sí?

-¿Hola? -Una voz de mujer.

Laney activó la pantalla del tamaño de una tarjeta instalada en el marco y vio una mujer de pelo oscuro. Flequillo. La de la tienda de aparatos. Laney abrió la puerta.

-Yamazaki opina que debemos hablar -dijo ella.

Laney observó que la mujer llevaba un traje negro con falda ajustada y medias oscuras.

-¿No tenía que ir a comprar una furgoneta? -preguntó él, y retrocedió para dejarla entrar.

-Ya lo hice. -La mujer cerró la puerta detrás de ella.-Cuando la máquina de Lo/Rez decide tirar el dinero en algo, lo tira. Normalmente donde no debe. -La mujer miró la pantalla, donde Rez seguía caminando, aplastando las moscas que se le posaban en el cuello y el pecho, identificado con el papel.- ¿Trabajo a domicilio?

-Yamazaki.

-Arleigh McCrae -dijo ella, sacando una tarjeta de un pequeño bolso negro. Debajo del nombre había cuatro números de teléfono y dos direcciones, ninguna de ellas física-. ¿No tiene usted una tarjeta, Mister Laney?

-Colin. No. No tengo.

-Ellos se las pueden hacer. Aquí todos tienen tarjetas.

Laney se puso la tarjeta en el bolsillo de la camisa.

-Blackwell no me dio ninguna. Ytampoco Yamazaki.

-Fuera de la organización Lo/Rez, quiero decir. Es como no llevar calcetines.

-Tengo calcetines -dijo Laney, señalando el cesto encima de la cama-. ¿Le gustaría ver un documental de la BBC sobre Lo/Rez?

-No.

-Creo que no podría desconectar. Él lo notaría.

-Intente bajar el volumen. A mano. -La mujer le mostró cómo.

-Toda una especialista -comentó Laney.

-Con una furgoneta. Yequipo por valor de muchos millones de yenes que no parece que le importe mucho. -Ella se sentó en una de las dos pequeñas butacas, y cruzó las piernas.

Laney ocupó la otra butaca. -No es culpa suya. Usted *me* facilitó el acceso, magnífico. Pero no es la clase de datos con la que yo puedo trabajar.

-Yamazaki me dijo lo que se supone que usted es capaz de hacer -dijo ella-. No le creí.

Laney la miró. -En eso yo la puedo ayudar. -En el lado interno de la pantorrilla de la mujer había tres soles sonrientes, negros, como grabados en madera.

-Están entretejidos en las medias. Fabricación catalana.

Laney levantó los ojos. -Espero que no me pida que explique qué espera de mí la gente que me paga -dijo-, pues no puedo, no lo sé.

-No se preocupe -dijo ella-. Simplemente trabajo aquí. Pero precisamente ahora me pagan por determinar cómo podemos ayudarlo y conseguir que haga todo eso que se supone es *capaz* de hacer.

Laney miró la pantalla. Ahora, un concierto, y Rez baila, micrófono en mano.

-Usted conoce este vídeo, ¿verdad? ¿Le preocupa realmente ese asunto chino-celta de que habló en aquella entrevista?

-Usted no lo ha visto desde entonces, ¿no es así?

-No.

-No es nada fácil determinar qué preocupa realmente a Rez.

-Pero ¿cómo puede haber un misticismo chino-celta cuando chinos y celtas no tienen una historia común?

-Porque Rez es mitad chino y mitad irlandés. Y si hay algo que le preocupa...

-¿Sí?

-Es Rez.

Laney miró entristecido la pantalla cuando el cantante fue sustituido por un primer plano de Lo tocando, las manos en la guitarra de caja negra. Antes, un venerable guitarrista británico con un maravilloso traje de tweed había manifestado que ellos no esperaban que el siguiente Hendrix saliera del pop taiwanés, pero la verdad era que tampoco habían esperado la aparición del primero, ¿no es así?

-Yamazaki me contó la historia. Lo que le ocurrió a usted -dijo Arleigh McCrae-. Hasta cierto punto.

Laney cerró los ojos.

-El espectáculo nunca salió al aire, Laney. Fuera de Control lo impidió. ¿Qué ocurrió entonces?

Laney se había propuesto desayunar junto a la pequeña piscina oval del Cháteau, más allá de los sencillos bungalows de chilla que según Rydell habían sido construidos más tarde. Era el único momento del día que él sentía como propio, o había sentido hasta que llegó Rice Daniels, cosa que usualmente ocurría cuando él estaba terminando una tercera taza de café, antes de dar buena cuenta de los huevos y el bacon.

Daniels cruzaría el pavimento de terracota hasta la mesa de Laney con un paso que sólo se podía comparar con el movimiento de un resorte. En privado Laney gustaba atribuirlo al consumo de drogas, de lo cual no había visto prueba alguna, y ciertamente el mayor exceso público de Daniels parecía consistir en

tomar múltiples tazas de café exprés, descafeinado, con unas rodajas de corteza de limón. Le gustaban los trajes holgados de color beige y las camisas sin cuello.

Sin embargo, esa mañana en particular Daniels no había estado solo, y Laney había detectado una falta de temple en el acostumbrado resorte; cierta agresiva irritabilidad y la sensación de que las gafas de aspecto lamentable le apretaban la cabeza más que de costumbre. Además de él llegó un hombre de cabello gris con un traje marrón oscuro de corte occidental; la nariz afilada, curtida por el viento, emergía de unas enormes gafas de sol negras. Calzaba botas negras de cocodrilo y llevaba en la mano una cartera, al parecer cubierta de polvo, de piel de vaca oscurecida por el tiempo; le habían remendado el asa con lo que a Laney le pareció un alambre de embalar.

-Laney -dijo Rice Daniels, acercándose a la mesa-, éste es Aaron Pursley.

-No se ponga de pie, hijo -dijo Pursley, a pesar de que Laney no lo había intentado-. Fella le traerá enseguida el desayuno. -Uno de los camareros mongoles llegaba ahora por el lado de los bungalows. Pursley dejó la maltrecha cartera y tomó una de las sillas metálicas pintadas de blanco. El camarero sirvió huevos a Laney. Laney firmó la nota, añadiendo el quince por ciento como propina. Pursley se puso a remover el contenido de la cartera. En los dedos de ambas manos llevaba media docena de pesados anillos de plata, algunos adornados con turquesas. Laney no podía recordar cuándo había visto por última vez a alguien que transportaba tanto papel.

-Usted es el abogado -le dijo Laney-. En la televisión.

-También en la vida real, hijo. -Pursley aparecía en

«Polis en problemas» y anteriormente se había hecho famoso como defensor de clientes célebres. Daniels no se había sentado, y permanecía de pie detrás de Pursley, ahora con el cuerpo encorvado en una postura imprecisa, las manos en los bolsillos de los pantalones.- Aquí estamos -dijo Pursley. Sacó un manojo de papel azul-. No deje que los huevos se enfríen.

-Tome asiento -dijo Laney a Daniels. Daniels pareció sobresaltarse detrás de sus gafas.

-Vamos a ver -dijo Pursley-, usted estuvo en un orfanato federal, en Gainesville, se dice aquí, desde los doce a los diecisiete años.

Laney miró los huevos en la mesa.

-Correcto.

-Durante ese tiempo, participó en varios ensayos con drogas. ¿Era usted un sujeto experimental?

-Sí -dijo Laney; los huevos parecían haberse desplazado, alejándose, o haberse convertido en la imagen de una revista ilustrada.

-¿Lo hizo usted voluntariamente?

-Había recompensas.

-Voluntariamente -dijo Pursley-. ¿Tomó usted alguna vez 5-SB?

-No nos decían qué nos daban -dijo Laney-. A veces nos daban un placebo en lugar de droga.

-No confunda el 5-SB con un placebo, hijo, aunque creo que usted lo sabe.

Era cierto, pero Laney no se inmutó.

-¿De acuerdo? -Pursley se quitó las grandes y pesadas gafas. Tenía los ojos, fríos y azules, alojados en una intrincada topografía de arrugas.

-Probablemente, sí -respondió Laney.

Pursley se golpeó el muslo con el manojo de papeles azules.

-Bien, ahí lo tiene. Es casi seguro que lo hizo. Bien,

¿usted no sabe que esa sustancia terminó afectando a muchos de los sujetos?

Daniels se quitó las gafas y empezó a frotarse el puente de la nariz. Tenía los ojos cerrados.

-La sustancia tiende a convertir a los hombres en candidatos fijos a homicidas -dijo Pursley, poniéndose de nuevo las gafas y metiendo los papeles en la cartera-. Aparece al cabo de años, a veces. La emplean contra los media, los políticos... Por eso es ahora una de las sustancias más ilegales, en cualquier condenado país que a uno se le ocurra. La droga que hace que los pueblos quieran cazar y matar a los políticos. Bien, muchacho, eso es lo que va a ser. -Sonrió secamente.

-Yo no -dijo Laney-, no soy uno de ésos.

Daniels abrió los ojos. -No importa -dijo-. Lo que importa es que Slitscan puede contrarrestar todo nuestro material explotando la posibilidad, por remota que sea, que usted significa.

-¿Ve usted, hijo? -dijo Pursley-, ellos simplemente descubrieron que usted seguía una determinada línea de trabajo porque tenía esa predisposición, espiar a gente famosa. Usted no les dijo nada de todo esto, ¿verdad?

-No -dijo Laney-. No lo hice.

-Está bien -dijo Pursley-. Ellos declararán que lo contrataron porque era bueno en el trabajo, pero la verdad es que usted era *demasiado* bueno.

-Pero ella no era famosa -dijo Laney.

-Pero *él* lo es -dijo Rice Daniels-, y ellos dirán que usted lo perseguía. Dirán que todo fue idea de usted. Se lavarán las manos, hablarán de los nuevos métodos de monitorizar los análisis cuantitativos. Y nadie, Laney, nadie nos creerá.

-Eso en cuanto a las proporciones del problema

-dijo Pursley, poniéndose de pie. Echó mano a la cartera-. ¿El bacon era auténtico?

-Ellos dicen que sí -dijo Laney.

-Maldición -dijo Pursley-, estos hoteles de Hollywood son vía rápida. -Extendió la mano. Laney se la estrechó.- Ha sido muy agradable hablar con usted, hijo.

Daniels ni siquiera se molestó en decir adiós. Y dos días después, al repasar la lista de gastos, Laney observó que la factura estaba a su nombre, y que todo había comenzado con un servicio completo de café, huevos revueltos y bacon, y el quince por ciento de propina.

Arleigh McCrae lo miraba fijamente.

-¿Lo saben ellos? -preguntó-. ¿Lo sabe Blackwell?

-No -dijo Laney-; en cualquier caso, esa parte no.

Alcanzó a ver el fax de Rydell, doblado junto a la cabecera de la cama. Ellos tampoco lo sabían.

-¿Qué ocurrió entonces? ¿Qué hizo usted?

-Descubrí que yo estaba pagando a algunos de los abogados que habían contratado para mí. No sabía qué hacer. Pasaba mucho tiempo sentado allí fuera, junto a la piscina. Era agradable, realmente. No pensaba en nada concreto. ¿Entiende lo que quiero decir?

-Es posible -dijo ella.

-Entonces uno del servicio de seguridad del hotel me habló de este trabajo.

Ella movió lentamente la cabeza.

-¿Qué? -dijo él.

-No importa -dijo ella-. Usted no es muy distinto del resto. Lo más probable es que encaje perfectamente.

-¿Dónde?

Ella miró su reloj: acero inoxidable con esfera negra y pulsera negra de nylon. -En Dinner's a las ocho, pero Rez llegará tarde. Sale a dar un paseo y tomar un trago. Yo procuraré decirle todo lo que sé.

-Si usted quiere... -dijo Laney.

-Me pagan para que lo haga -respondió ella, poniéndose de pie-. Y probablemente eso comporta acarrear grandes piezas de electrónica, subiendo y bajando escaleras mecánicas.

20. Monkey Boxing

Entre las estaciones había un estremecimiento gris más allá de las ventanas del tren silencioso. No como de superficies que se deslizan a toda velocidad, sino como si vibrara allí una materia concreta a un ritmo crítico, instantes antes de la aparición de una nueva entidad.

Chia y Masahiko habían encontrado dos asientos, entre un trío de niñas con faldas de cuadros y un hombre de negocios que leía un grueso cómic japonés. En la portada aparecía una mujer con los pechos como bolas de bramante, pero cónicas, los pezones como los ojos saltones de una víctima de tira cómica. Chia observó que el artista había dedicado mucho más tiempo a dibujar el bramante, exactamente cómo estaba dispuesto y anudado, que los pechos propiamente dichos. La mujer, con la cara empapada de sudor, intentaba huir de alguien o algo cortado por el borde de la portada.

Masahiko se desabrochó los dos botones superiores de la túnica y sacó un objeto cuadrado, negro y rígido, de unos quince centímetros, no más grueso que un cristal de ventana. Lo limpió con los dedos de la mano derecha hasta que aparecieron unas líneas de luz coloreada. Aunque esas líneas eran más tenues allí en el tren, desdibujadas por la luz fluorescente, Chia reconoció el objeto cuadrado: el panel del ordenador que había visto en la habitación de Masahiko.

Masahiko estudió la información que aparecía en el monitor, la actualizó y frunció el ceño desaprobando el resultado.

-Alguien ha estado preocupándose por mi dirección -dijo-, y en la de Mitsuko...

-¿El restaurante?

-Nuestras direcciones de usuarios.

-¿Qué busca?

-No sé. No estamos conectados.

-Sólo a través de mí.

-Habíame del Sandbenders -dijo Masahiko guardando el panel de control y abotonándose la túnica.

-Empezó con una mujer que era diseñadora de interfaces -dijo Chia, contenta de cambiar de tema-. El marido era joyero y murió a causa de ese debilitamiento de la corriente nerviosa, antes de que descubrieran cómo remediarlo. Pero también era un verde convencido, y detestaba la manera como se hacía la electrónica para los particulares, un par de pequeños circuitos integrados y unas plaquetas dentro de las carcasas de plástico. Las carcasas eran simplemente reclamos para el ojo, ganchos para la venta, decía él, hechas para arrojarlas a la basura si nadie las reciclaba, y generalmente nadie lo hacía. Así, antes de ponerse enfermo, acostumbraba deshacer el hardware, el de la diseñadora, y a poner las piezas reales en cajas que fabricaba en la tienda. Hay que decir que construyó una sólida caja de bronce para una unidad de disco óptico con incrustaciones de ébano y esculpió las superficies de control en marfil, turquesa y cristal de roca. Ideó más cosas, sin duda alguna, y fue evidente que a mucha gente le gustaba, era como

tener la música o la memoria, lo que fuera, en algo que parecía estar *ahí*... Ya la gente le

gustaba tocarlo todo: el metal, una piedra lisa... Y una vez que tenías la caja, cuando los fabricantes lanzaban un nuevo modelo, bueno, si la electrónica era algo mejor, simplemente tirabas la vieja y ponías la nueva en tu caja. Así seguías teniendo el mismo objeto, simplemente con mejores funciones.

Los ojos de Masahiko estaban cerrados, y él parecía mover la cabeza levemente, aunque tal vez sólo por las sacudidas del tren.

-Y resultó que a algunas personas también les gustaba *eso, y* mucho. Empezó a recibir encargos de esas cosas. Uno de los primeros fue el encargo de un teclado, y las teclas fueron recortadas de un viejo piano, con las letras y los números en plata. Pero entonces el hombre se puso enfermo...

Masahiko abrió los ojos, y ella vio que él no sólo había escuchado sino que estaba impaciente por oír más.

-Así, cuando él ya estaba muerto, la diseñadora de software empezó a pensar en todo eso, pues quería hacer algo que convirtiera lo que había estado haciendo en una cosa diferente. Luego vendió sus acciones en todas las compañías para las que trabajaba y compró unas tierras en la costa, en Oregón...

Y el tren llegó a Shinjuku, y todos se pusieron de pie, encaminándose a las puertas; el hombre de negocios cerró el cómic de los pechos y se lo puso debajo del brazo.

Chia se echó hacia atrás para mirar el edificio más extraño que hubiera visto nunca. Tenía la forma de un anticuado robot, una figura humana simplificada; las piernas y los brazos en alto eran de plástico transparente sobre una estructura de metal. El torso de ladrillo, en rojo, amarillo y azul, estaba dispuesto de acuerdo con esquemas muy simples. Escaleras convencionales, escaleras mecánicas, plataformas deslizantes serpenteaban a través de los miembros huecos, y columnas de humo blanco emergían a intervalos regulares de la boca rectangular de la cara del monstruo. Detrás, el cielo era todo gris, plomizo.

-Tetsujin Building -dijo Masahiko-. Ahí no estaba Monkey Boxing.

-¿Qué es ese edificio?

-El Osaka Tin Toy Institute -contestó él-. Monkey Boxing está en esa dirección. -Se puso a consultar los hormigueantes botones del panel. Masahiko apuntó hacia la calle, más allá de un restaurante de fast-food llamado California Reich; el logo comercial era una estilizada palmera de acero inoxidable encima de unas cruces retorcidas, como esas que los chicos se dibujaban en las manos en la clase de historia europea. Entonces el profesor se había mofado abiertamente, pero Chia no podía recordar que los chicos dibujaran alguna vez una palmera. En cualquier caso, dos de ellos se habían puesto a discutir sobre cómo se suponía que había que dibujar las partes retorcidas de la cruz, a la izquierda o a la derecha, y uno de ellos había lanzado al otro un fogonazo, como los que lanzaban siempre con aquellas cámaras de flash desechables, y el profesor había tenido que llamar a la policía.

-Novena planta Wet Leaves Fortune Building -dijo él. Salió del ascensor y se encontró en un espacio abarrotado de gente. Chia lo siguió, preguntándose cuánto tiempo iba a durar el jet lag, y cómo se suponía que debía separar esa fatiga del simple hecho de estar cansada.

Tal vez lo que ahora sentía Chia era lo que el programa de ciencias políticas de su último colegio llamaba impacto cultural. Le parecía que cada cosa, cada pequeño detalle de Tokio, era diferente, capaz de producir una especie de presión, algo que le lastimaba los ojos, como si se le estuvieran cansando de tener que advertir todas las diferencias: un pequeño árbol de la acera cubierto con una especie de chaqueta de mimbre, el color aguacate-neón de un teléfono público, una chica de aspecto serio con gafas redondas y una camiseta gris en la que se leía «Vagina libre». Chia había mantenido los ojos muy abiertos para captar todas estas cosas, como si acabaran de procesarlas para ella, pero ahora tenía los ojos cansados y las diferencias empezaban a crecer. Al mismo tiempo sintió que, tal vez, si miraba de manera adecuada, podía hacer que todo aquello

volviera a Seattle, a una zona del centro de la ciudad por la que acostumbraba pasear con su madre. Nostalgia. La correa de la bolsa se le clavaba en el hombro cada vez que bajaba el pie izquierdo.

Masahiko giró en una esquina. Parecía que en Tokio no había callejones detrás de las grandes avenidas, los sitios donde la gente arrojaba las basuras, y tampoco almacenes. Sin embargo había calles pequeñas, y otras más pequeñas detrás, pero nadie podía adivinar lo que iba a encontrar allí: un puesto de reparación de zapatos, una lujosa peluquería, una chocolatería, un quiosco de revistas donde descubrió un ejemplar del mismo inquietante cómic de la mujer envuelta en bramante de arriba abajo.

Otra esquina y se encontraron de nuevo en lo que ella tomó por una calle importante. En cualquier caso, allí había coches. Chia observó que uno entraba por una rampa y desaparecía. Sintió una punzada en la cabeza. ¿Y si aquél fuera el camino que conducía al

club de Eddie, el Whiskey Clone? En cualquier caso, el local estaba en aquella zona, ¿verdad? ¿Cómo era de grande la plaza de Shinjuku? ¿Y si el Graceland se detenía ahora junto a ella? ¿Y si Eddie y Maryalice estuvieran buscándola?

Cruzaron la rampa en la que había desaparecido el coche. Miraron dentro y vieron que era una especie de estación de servicio.

-¿Dónde es? -preguntó ella.

-En Wet Leaves Fortune -dijo él, señalando hacia arriba.

En las esquinas de cada planta había logos cuadrados en relieve, altos y estrechos. El edificio era más o menos como todos los demás, aunque el de Eddie parecía más grande. -¿Cómo entramos ahí?

Misahiko la condujo hasta una especie de vestíbulo, una arcada en la planta baja ocupada por tiendas que parecían establos. Demasiadas luces, espejos, cosas para vender, todo revuelto. Entraron en un ascensor estrecho que olía a humo añejo. Él dijo algo en japonés y la puerta se cerró. El ascensor les cantó una melodia pegadiza. Masahiko parecía irritado.

En la novena planta la puerta se abrió y se encontraron frente a un hombre cubierto de polvo con una cinta negra alrededor de la cabeza, encima de los ojos. El hombre miró a Chia.

-Si es usted la de la revista -dijo-, se ha adelantado tres días. -Se quitó la cinta de la cabeza y se secó la cara con ella. Chia no estaba segura de si era japonés o no, o qué edad podía tener. Los ojos eran pardos, espectacularmente sanguinolentos bajo unas cejas pobladas, y la cinta sujetaba el cabello negro peinado hacia atrás y surcado por hebras grises.

Detrás de él había un bullicio y una confusión persistentes, hombres que gritaban en japonés. Uno de

ellos empujaba una carretilla de plástico naranja, llena de cables enrollados, veteados de yeso, fragmentos de plástico pintados de rojo y oro. Parte de un techo suspendido se soltó con un estruendo de alambres que golpearon el suelo. Más gritos.

-Busco el Monkey Boxing -dijo Chia.

-Querida -dijo el hombre-, llega usted un poco tarde. -Vestía un mono negro, con las mangas cortadas a la altura de los codos; los brazos al descubierto mostraban unos círculos burbujeantes y líneas azules, una especie de decoración seudoprimitiva. Se limpió los ojos y miró de soslayo a Chia.- ¿Es usted de la revista de Londres?

-No -dijo Chia.

-No -asintió él-. Incluso para ellos parece usted un poco joven.

-¿Es esto Monkey Boxing?

Otra sección del techo se vino abajo. El hombre cubierto de polvo la miró. -¿De dónde dijo usted que era?

-De Seattle.

-¿Oyó hablar de Monkey Boxing en Seattle?

-Sí...

El hombre sonrió débilmente. -Es curioso: oír hablar de Monkey Boxing en Seattle... Está usted en el escenario del club, querida.

-Soy Chia McKenzie...

-Jun. Yo soy Jun, querida. Propietario, diseñador, DJ. Pero ha llegado usted demasiado tarde. Lo siento. Todo lo que quedaba de Monkey Boxing se lo llevan en esas carretillas. Escombros, nada más. Como cualquier otro sueño roto. Mientras duró fue estupendo, y aún mejor durante parte de tres meses. ¿Oyó hablar de nuestro Templo Shaolin? ¿Toda aquella historia del monje guerrero? -Suspiró de una manera extraña.- Era el *cielo.* Cada instante. Los camareros de Okinawa llevaron la cabeza rasurada, después de las tres primeras noches, y empezaban a vestir las ropas color naranja. Yo me excedí. Fue una *visión,* ¿comprende usted? Pero ésa es la naturaleza del mundo fluido, ¿no es así? Estamos en el dominio del agua, después de todo, y uno intenta ser filosófico. Pero ¿quién es su amigo? Me gusta ese pelo...

-Masahiko Mimura -dijo Chia.

-Me gusta esa túnica negra -dijo el hombre-. Mishima y Dietrich en la misma nuez, si se hace bien.

Masahiko arrugó el entrecejo.

-Si ya no existe el Monkey Boxing -dijo Chia-, ¿qué va a hacer ahora?

Jun se volvió a poner la cinta en la cabeza. Parecía menos complacido. -Otro club, pero no quiero ocuparme del diseño. Ahora van a decir que lo he saldado. Supongo que sí. Seguiré dirigiendo el local, un bonito sueldo y un apartamento con él, pero el concepto... -Se encogió de hombros.

-¿Estaba usted aquí la noche en que Rez dijo que quería casarse con la idoru?

La ceja se le plegó detrás de la cinta. -Tuve que firmar *acuerdos* -dijo Jun-. ¿No es usted de la revista?

-No.

-Si no hubiera venido aquella noche, supongo que todavía estaríamos en pie y funcionando. Y en realidad él no era lo que nosotros buscábamos. Habíamos tenido a María Paz, que acababa de romper con su novio, el monstruo de las relaciones públicas, y los periodistas acudían como moscas. Aquí hay una prensa gigantesca, ¿lo sabía usted? Y habíamos tenido a Blue Ahmed de Chrome Koran y la prensa apenas le hizo caso. Sin embargo, para Rez y sus amigos la prensa no fue un problema. Enviaron a ese agente fornido que

parece como si hubiera estado utilizando su cara como un machete. Vino a mí y dijo que Rez había oído hablar del local y quería venir con unos cuantos amigos, y si podíamos preparar una mesa con un poco de intimidad... Bien, realmente, tuve que pensar: *¿quién* es Rez? Luego llamaron, por supuesto, y yo dije plenamente de acuerdo, y pusimos tres mesas juntas en la parte de atrás, incluso un cordón morado en el sitio de los invitados, arriba.

-¿Y vino? ¿Rez?

-Ciertamente. Una hora después estaba aquí. Sonriendo, dando la mano, firmando para quien se lo pedía, aunque no había demasiada demanda, realmente. Cuatro mujeres con él, y otros dos hombres, sin contar el guardaespaldas. Un traje negro muy bonito. Yohji, pero quizá malo de llevar. Para Rez, quiero decir. Había salido a comer, eso parecía. Tomó unas copas. Algunas risas,

¿me sigue? -Se volvió y dijo algo a uno de los operarios; el hombre llevaba unos zapatos que parecen calcetines de piel negra.

Chia, que no tenía idea de lo que había sido realmente Monkey Boxing, imaginó a Rez sentado a una mesa con otra gente, detrás de un cordón morado, y en primer plano una multitud de japoneses haciendo lo que los japoneses hacían en un club como ése. ¿Bailar?

-De repente, nuestro muchacho se incorpora y se encamina al lavabo. El gigantesco guardaespaldas hace como si también se levantara para seguirlo, pero nuestro muchacho le indica que desista. Grandes carcajadas en la mesa; el gigantesco guardaespaldas no está muy satisfecho. Dos de las mujeres deciden ponerse de pie, quieren ir con él; él no está de acuerdo, les dice que no se muevan, *más* carcajadas. No obstante, nadie prestaba mucha atención. Cinco minutos después yo fui a la cabina, con una pareja de norte-africanos *sumamente* inexpertos; tenía que juzgar a la multitud, congraciarme con ella, averiguar cuándo debía olvidarla. Pero entonces él pasó entre ellos, y sólo uno o dos lo notaron, y no dejaron de bailar.

-¿Qué clase de club era ése, donde nadie dejaba de bailar por Rez?

-Así pensaba yo, y de repente él se aparece delante de mí. Amplia sonrisa. Ojos divertidos, aunque no juraría que era por algo que había hecho en el lavabo, usted ya sabe lo que quiero decir.

Chia meneó la cabeza. ¿Qué quería decir?

-¿Y qué me parecía, dijo con la mano en mi hombro, si él le hablaba a la multitud? Dijo que había estado pensando en algo durante mucho tiempo, y ahora lo había decidido y quería decírselo a la gente. Yel fornido guardaespaldas estaba allí, meramente *materializado*, queriendo saber si había algún problema. En absoluto, dijo Rez, dándome una palmada en el hombro, pero repitiendo que iba a hablar con la multitud.

Chia miró los hombros de Jun, preguntándose cuál de ellos había recibido la palmada de la mano real de Rez.

-Y lo hizo -dijo Jun.

-Pero *¿qué dijo?* -preguntó Chia.

-Un sinfín de cosas, querida. Evolución y tecnología y pasión; la necesidad humana de encontrar belleza en el orden emergente; su propia acuciante necesidad de llegar a lo último con alguna muñeca de software. Bolas. Todo. -Empujó hacia arriba con el pulgar la cinta de la cabeza, que se le volvió a caer.- Y por eso, por abrir la boca en mi club, Lo hizo que ese maldito de Rez comprara mi club. Y también me compró a mí, y he firmado *acuerdos*, pero no hablaré de eso con ninguno de ustedes. Y ahora, si usted y su encantador amigo me lo permiten, querida, tengo trabajo.

21. Predador

En el cruce más próximo al hotel había un hombre con zancos. Vestía un traje de papel blanco con capucha, una máscara de gas y un par de tableros rectangulares de anuncios. Sobre los tableros aparecían mensajes en japonés mientras él desplazaba el cuerpo a un lado y a otro para mantener el equilibrio. Corrientes de peatones fluían alrededor y delante de él.

-¿Qué es eso? -preguntó Laney, señalando al hombre con zancos.

-Una secta -dijo Arleigh McCrae-. «Nueva Lógica.» Dicen que el mundo llegará a su fin cuando el peso planetario de todo el tejido nervioso humano alcance un número específico.

Un número larguísimo, con muchos dígitos, fue apareciendo.

-¿Es ése el número? -preguntó Laney.

-No -dijo ella-, eso es la última estimación del peso total actual. -Ella había vuelto a su habitación en busca de la chaqueta que llevaba ahora, mientras Laney se cambiaba de calcetines y ropa interior y se ponía una camisa azul. Como no tenía corbata, Laney se abotonó la camisa hasta el cuello antes de ponerse la chaqueta. Se preguntó si en aquel mismo hotel se alojaría alguien que trabajara para Lo/Rez.

Laney vio los ojos del hombre a través de la visera

transparente, al pasar. Una mirada de adusta paciencia. Los zancos eran del tipo que los trabajadores utilizaban para colocar techos, una aleación de acero articulada.

-¿Qué se supone que ocurrirá cuando haya suficiente tejido nervioso?

-Un nuevo orden. Ellos no hablan de eso. Rez estuvo interesado en la secta, al parecer. Intentó conseguir una audiencia con el fundador.

-¿Y?

-El fundador no quiso. Dijo que Rez se ganaba la vida con la manipulación del tejido nervioso humano, y que eso lo hacía intocable.

-¿Se puso triste Rez?

-Según Blackwell, no. Dijo que la negativa parecía haberle dado ánimo.

-¿No es él animoso, normalmente? -Laney se apartó para eludir una bicicleta que alguien hacía rodar en la dirección opuesta.

-Digamos que las cosas que molestan a Rez no son las cosas que molestan a la mayoría.

Laney observó que una furgoneta de color gris oscuro circulaba junto a ellos. Las ventanillas tenían cristales especulares y las placas de la matrícula estaban enmarcadas en tubos centelleantes de neón.

-Creo que nos siguen -dijo Laney.

-Mejor para nosotros. Yo quería un coche con esos sensores de aceras, todos cromados, que hacen que parezca un pez de colores, pero tuve que decidirme por el modelo común. Va a donde tú

vas. Yestacionar en esta zona es probablemente un reto más difícil que cualquier otra cosa que esperen de ti esta noche. Ahora -dijo ella-, por aquí.

Escaleras estrechas, empinadas, con paredes de

mosaico de un alarmante color rosa y nodulos centelleantes. Laney vaciló, y entonces vio un anuncio, las letras formadas por cientos de diminutas piezas oblongas de tono pastel: LE CHICLE**.** Siguiendo escaleras abajo, perdió de vista la furgoneta.

Un bar temático: goma de mascar, pensó Laney, y enseguida: me estoy aficionando demasiado a todo esto. Pero todavía evitó tocar la pared de goma de mascar mientras bajaba detrás de Arleigh.

Entraron en un local de grises y rosados grumosos, que representaban el producto no mascado; unos signos arcaicos del país de procedencia adornaban las paredes de goma. Serigrafía sobre acero. Cartón enmarcado y viejo, hábilmente iluminado. Iconos de goma. Bazokajoe visto de frente, una figura desconocida para Laney pero con toda seguridad inconfundible de ahora en adelante.

-¿Vienes aquí con frecuencia? -preguntó Laney cuando echaban mano a unas banquetas con cojines bulbosos de un rosa chillón de chicle burbuja. El bar estaba cubierto de miles de envoltorios rectangulares de goma de mascar.

-Sí -dijo ella-, pero sobre todo porque siempre hay poca gente. Y para no fumadores, que aquí es todavía algo extraordinario.

-¿Qué es Black Black? -preguntó Laney, mirando el cartel enmarcado de un estilizado automóvil de los años cuarenta que se adelantaba por la apenas sugerida calle de una ciudad. A un lado de Black Black había unas letras en una especie de Art Déco japonés.

-Goma. Aún puedes comprarla -dijo ella-. Todos los taxistas mascan lo mismo. Tiene gran cantidad de cafeína.

-¿La goma?

-Aquí venden bolsas de nicotina líquida.

-Creo que prefiero una cerveza.

Cuando la camarera, en unos diminutos shorts plateados y un rosado jersey de angora, recogió los pedidos, Arleigh abrió el bolso y sacó una libreta. -Esto son topografías lineales de las estructuras a las que hoy podrías acceder más rápidamente. -Pasó la libreta a Laney.- Están en un formato llamado Árbol Real 7.2.

Laney examinó una serie de imágenes: formas geométricas, abstractas, vistas en una perspectiva lineal.

-No sé leerlas -dijo.

Ella le espetó lo que estaba pensando: -¿De verdad fuiste adiestrado por DatAmerica?

-Fui adiestrado por un puñado de franceses aficionados al tenis.

-El Árbol Real es de DatAmerica. El mejor software de análisis cuantitativo. -Arleigh cerró la libreta y la puso de nuevo dentro del bolso.

Laney se sirvió la cerveza. -¿Has oído hablar alguna vez de una cosa llamada tidal?

-¿Tidal?

-Un acrónimo, tal vez.

-No. -Ella levantó la taza china y sopló dentro como un niño.

-Era otra herramienta de DatAmerica, o el comienzo de una. No creo que llegara al mercado. Pero así fue como aprendí a encontrar los puntos nodales.

-De acuerdo -dijo ella-. ¿Qué son los puntos nodales?

Laney miró las burbujas en la superficie de la cerveza. -Es como ver cosas envueltas en nubes -dijo-; pero las cosas que ves están realmente ahí.

Ella le soltó otra vez lo que pensaba: -Yamazaki me aseguró que no estabas loco.

-No es cuestión de estar loco. Se trata de cómo llego a procesar un input de ancho espectro y bajo nivel. Cómo reconozco modelos.

-¿Y por eso te contrató Slitscan?

-Ellos me contrataron cuando demostré que eso funciona. Pero no puedo hacerlo con el tipo de información que tú has mostrado hoy.

-¿Por qué no?

Laney levantó su cerveza. -Porque es como intentar echar un trago con un banco. No es una persona. El banco no bebe. No hay sitio donde pueda *sentarse.* -Bebió.- Rez no genera modelos que yo pueda leer, porque todo lo que hace está en un nivel diferente. Es como examinar un informe anual para indagar los hábitos personales del presidente de la junta. De ahí no sale nada. Visto desde fuera, es como eso del Árbol Real. Si entro en una zona específica, no sé nada de cómo están relacionados los datos con el resto de esa zona, ¿lo ves? Tiene que ser *relacional.* -Repiqueteó con los dedos sobre los envoltorios laminados de chicle.-En algún sitio de Irlanda. Un hostal desde el que se ve una playa. Allí no hay nadie. Registros: cosas para el cuarto de baño, pasta de dientes, espuma de afeitar...

-He estado allí -dijo ella-. Se encuentra en una hacienda que compró a un músico más bien viejo, un irlandés. Es precioso. Como Italia, en cierto modo.

-¿Crees que él llevará allí a la idoru, cuando se casen?

-Nadie tiene idea de lo que quiere decir cuando afirma que quiere «casarse con ella».

-Luego un apartamento en Estocolmo. Enorme. Grandes estufas en cada habitación, hechas de ladrillos de cerámica vitrificada.

-Eso no lo conozco. Tiene viviendas en todas partes, muchas de ellas en secreto. Hay otra casa de campo en el sur de Francia, una casa en Londres, apartamentos en Nueva York, París, Barcelona... Yo estaba organizando la oficina catalana, reformando todo el material, y también la de España, cuando surgió el asunto de la idoru. No he vuelto desde entonces.

-Pero ¿tú lo conoces? ¿Lo habías conocido?

-Rez es el ombligo del mundo en el que yo trabajo, Laney.

-¿Qué hay de Lo?

-Tranquilo. Mucho. Brillante. Mucho. -Ella frunció el entrecejo.- No creo que a Lo lo haya afectado alguna vez algo semejante. Parecería que para él la carrera de músico fuera un hecho singular no relacionado con nadie más.

-¿Ni siquiera con su compañero, que decide casarse con una agente de software?

-Lo me contó una vez una historia sobre un empleo que había tenido. Trabajó para un vendedor de sopa de Hong Kong, un furgón en la calle. Dijo que el furgón había estado funcionando durante más de cincuenta años, y el secreto consistía en que nunca limpiaban la caldera. De hecho, nunca habían dejado de cocinar la sopa. Era la misma sopa de pescado que habían estado vendiendo durante cincuenta años, pero nunca era la misma, porque cada día le añadían nuevos ingredientes, de acuerdo con lo que podían adquirir. Él decía que esto podía aplicarse a su carrera de músico, y a él le gustaba que fuera así. Blackwell dice que si Rez se pareciera más a Lo, Rez estaría aun en prisión.

-¿Por qué?

-Blackwell estaba cumpliendo una condena de seis años, en una cárcel australiana de máxima seguridad, cuando se presentó Rez para dar un concierto. Sólo Rez. Lo y los otros pensaron que era demasiado peligroso. Les habían avisado que podía haber un

secuestro. Las autoridades de la cárcel se negaron a asumir responsabilidades, y querían que esto constara por escrito. Rez firmó todo cuanto le pusieron delante. El personal de seguridad renunció inmediatamente. Él se presentó con dos guitarras, un micro inalámbrico y un sistema de amplificación muy básico. Durante el concierto se produjo un motín. Aparentemente fue orquestado por un grupo de prisioneros italianos de Melbourne. Cinco de ellos encerraron a Rez en la lavandería de la prisión, que eligieron porque no tenía ventanas y era fácil de defender. Dijeron a Rez que lo matarían si no conseguían que los dejaran en libertad. Hablaron de cortarle al menos un dedo para demostrar que no bromeaban. O posiblemente alguna parte más íntima, aunque esto tal vez fue simplemente para ponerlo nervioso, y así ocurrió. -Arleigh señaló el jersey de angora rosa de la camarera.- Blackwell, que evidentemente se había irritado sobremanera por la interrupción del concierto, con el que había disfrutado mucho, apareció en la lavandería unos cuarenta minutos después de que Rez fuera hecho prisionero. Ni Rez ni los italianos lo vieron llegar, y con toda seguridad no lo esperaban. -Hizo una pausa.- Blackwell mató a tres de ellos, con un tomahawk. Les metió la punta en la cabeza: un, dos, tres, dijo Rez, así. Nada de alboroto.

-¿Un tomahawk?

-Una especie de hacha con una hoja estrecha y una escarpia en el lado opuesto. Llega lejos y alcanza una fuerza terrorífica; con un poco de práctica la precisión es considerable. Blackwell dice que no hay nada mejor. Los otros dos escaparon, aunque parece que murieron en las luchas posteriores al motín. Yo pienso que Blackwell o sus «compañeros» los mataron, pues nunca fue acusado del asesinato de los otros tres. El único testigo superviviente fue Rez, a quien Blackwell escoltó hasta la barricada que los guardias habían levantado en el patio de gimnasia. -Sirvieron el sake, y tras una pausa, ella continuó:-Los abogados de Rez necesitaron tres meses para cambiar la sentencia por una cuestión técnica. Desde entonces han estado siempre juntos. -¿Qué hacía allí Blackwell?

-Matar -le dijo ella-. ¿Sabes lo que es un «stand-over»? -No.

-Es un concepto genuinamente australiano. Me inclino a pensar que sólo pudo aparecer en una cultura integrada al principio por presidiarios, pero mis amigos australianos no lo aceptan. El «standover» es un hombre solitario, un predador que se ceba en otros criminales más afortunados que él, a menudo sumamente peligrosos. Los captura y los retiene. Para obtener dinero.

-¿Qué quieres decir?

-Los tortura hasta que le dicen dónde está el dinero. Y a menudo son operadores francamente serios, con gente pagada para cuidarlos, específicamente para prevenir ese tipo de cosas...

-¿Los tortura?

-El término exacto es «amputador de dedos de los pies». Cuando le dicen lo que quiere saber, los mata. Y de repente Blackwell estaba allí, sin hacer ruido, sencillamente, muy serio, con un chaquetón enorme de algodón plastificado como los que llevan los ganaderos. Detrás de él se veía el borroso anuncio norteamericano y los tonos grises y rosados de la goma; un ancho sombrero de copa le ocultaba el cuero cabelludo.

-Arleigh, querida, tú no tomarías mi nombre en vano, ¿verdad?

Pero Blackwell le dedicó una sonrisa.

-Estoy explicando los antecedentes de tu carrera a Mister Laney, Blackwell. Sólo había llegado a la escena del salón de masaje, y ahora tú lo has echado a perder.

-No importa. Dinner's ha cambiado de dirección, y estoy aquí para recogerte. Cambio de escenario también. Espero que no te importe.

-¿Adonde ha ido? -preguntó Arleigh, como si aún no estuviera preparada para marchar.

-Al Western World -dijo Blackwell.

-Y yo aquí sin enterarme -dijo ella.

22. Chico Gomi

Ahora los trenes estaban más abarrotados, sólo había espacio para viajar de pie, apretados unos contra otros, y en cierto modo allí las reglas del contacto ocular eran diferentes, aunque ella no sabía cómo. La bolsa con el Sandbenders estaba pegada a la espalda de Masahiko. Él miraba de nuevo el panel de control, sosteniéndolo como un viajero podría sostener un periódico estratégicamente doblado.

Volvían al restaurante del padre de Mitsuko, y de repente ella se quedó sin saber para qué. Había hecho lo que Hiromi no quería que hiciera. Ya cambio no tenía sino una idea vagamente desagradable de Rez como alguien capaz de ser muy aburrido. ¿Y dónde la dejó a ella? Había continuado el viaje y había usado la tarjeta de Kelsey para pagar el tren y luego otro tren de vuelta. Y Zona había dicho que alguien la estaba buscando; si usaba la tarjeta podían dar con ella. Tal vez había una manera de pagar con dinero, pero lo dudaba.

Nada de esto había seguido el camino que ella había pensado, en Seattle, pero entonces no podía imaginar que iba a conocer a alguien como Maryalice. O Eddie, e incluso Hiromi.

Masahiko miró al panel de control. Chia vio que los puntos y las líneas cambiaban.

El objeto que Maryalice había metido en la bolsa. Justamente allí, bajo el brazo. Tendría que haberlo dejado en el apartamento de Mitsuko. O tirarlo, pero entonces ¿qué diría ella si aparecía Eddie o Maryalice? ¿Qué pasaría si estaba lleno de drogas?

Por una cosa así, en Singapur colgaban a la gente, allí mismo en el paseo. El padre de ella no estaba de acuerdo y decía que era una de las razones por las que nunca la invitaba. También lo ponían en la televisión, de modo que era realmente difícil no verlo, y él no quería que ella lo viera. Ahora ella se preguntaba qué distancia habría entre Singapur y Tokio. Le habría gustado llegar allí y mantener los ojos cerrados hasta estar en el apartamento de su padre, y no volver a poner la televisión, simplemente estar allí con él y oler su loción de afeitar y poner la cara sobre una áspera camisa de lana, aunque imaginaba que en Singapur no se llevaban esas camisas, pues hacía mucho calor. En cualquier caso habría permanecido con los ojos cerrados, y le habría escuchado mientras él hablaba del trabajo, de los agentes que recorrían los mercados del mundo, arriba y abajo, como dragones invisibles, casi tan rápidos, proporcionando beneficios a comerciantes como su padre...

Masahiko se volvió, desplazando accidentalmente la bolsa, cuando el tren se detuvo en una estación, no la de ellos. Una mujer con una bolsa de compra amarilla dijo algo en japonés. Masahiko sujetó a Chia por la muñeca y tiró de ella hacia la puerta abierta.

-Ésta no es la estación donde tenemos que bajar...

-¡Vamos, vamos! -Hacia la plataforma. Allí había un olor diferente; algo químico y fuerte. Las paredes no estaban demasiado limpias. En el techo de cerámica había un mosaico roto.

-¿Qué ocurre? ¿Por qué hemos bajado aquí?

El la llevó hasta un rincón, entre la pared de mosaico y una máquina expendedora de monedas. -En el restaurante hay alguien que te está esperando. -Masahiko le miró la muñeca, como sorprendido de ver que estaba sujetándola, y la soltó al instante.

-¿Cómo lo sabes?

-La Ciudad Amurallada. Han estado indagando, hace pocos minutos.

-¿Quiénes?

-Los rusos.

-¿Los rusos?

-Aquí hay muchos del Kombinat, desde el terremoto. Están relacionados con el gumi.

-¿Qué significa gumi?

-Mafia lo llamáis vosotros. Yakuza. Mi padre tiene un acuerdo con el gumi local. Por necesidad, para poder tener el restaurante. Agentes del gumi le hablaron de ti.

-¿La mafia de la zona donde tú vives es rusa? -Detrás de la cabeza, sobre el costado de la máquina, aparecía el logotipo animado de algo llamado Apple Shires.

-No. Esa zona es un reducto de yamaguchi-gumi. Mi padre los conoce. Dijeron a mi padre que los rusos habían preguntado por ti, y eso no es bueno. Comúnmente no garantizan la seguridad de nadie. Los rusos no son de fiar.

-Yo no conozco a ningún ruso -dijo Chia.

-Ahora tenemos que irnos.

-¿A dónde?

Masahiko la condujo a lo largo de la plataforma abarrotada de gente, hacia la esacalera mecánica. Los cientos de paraguas plegados habían mojado el pavimento. Tiene que estar lloviendo ahora, pensó Chia.

-Cuando la Ciudad Amurallada advirtió que alguien se interesaba en nuestras direcciones, la de mi hermana y la mía, envió un amigo a que recogiera mi ordenador.

-¿Por qué?

-Porque yo tengo responsabilidades. Con la Ciudad Amurallada. Procesamiento distribuido.

-¿Tienes un MUD en tu ordenador?

-La Ciudad Amurallada no está en todas partes -dijo él cuando entraron en la escalera mecánica-. Mi amigo tiene mi ordenador. Y él sabe quiénes son los hombres que te están esperando.

Masahiko dijo que lo llamaban Chico Gomi.

Era muy pequeño, y llevaba unos enormes pantalones de trabajo con al menos una docena de bolsillos. Los pantalones estaban sujetos con tirantes color naranja de ocho centímetros de ancho, sobre un andrajoso jersey de algodón con las puntas de las mangas enrolladas. Los zapatos rosados parecían de bebé, aunque más grandes. Ahora estaba encaramado en una silla de aluminio y los zapatos de bebé no llegaban al suelo. El pelo parecía esculpido con una espátula; se alzaba en resplandecientes remolinos y hoyos en los que uno podía pincharse la mano. Así era como pintaban el pelo de J. D. Shapely en los murales de Pioneer Square, y Chia había oído en la escuela que aquello tenía algo que ver con toda la movida de Elvis, aunque no podía recordar exactamente qué.

Ahora él estaba hablando con Masahiko en japonés, sobre las condiciones de esa arcada de juegos. Chia hubiera querido utilizar el traductor, pero para eso tendría que abrir la bolsa, encontrarlo, poner el Sandbenders en funcionamiento. Y Chico Gomi recia contento sabiendo que ella no entendía lo que hablaban.

Chico Gomi estaba bebiendo una lata de algo llamado Pocari Sweat, y fumando un cigarrillo. Chia observaba cómo el humo azul flotaba en capas, iluminado por el resplandor de las máquinas de juego. Allí había cáncer, y en Seattle lo habrían arrestado. El cigarrillo que Chico Gomi tenía en

los labios parecía de fábrica: un perfecto rollo blanco con una embocadura marrón. Chia los había visto en algunas películas viejas, las que aún no habían recuperado para borrarlas digitalmente; pero fuera de las películas sólo había conocido los que se vendían en las calles de Seattle, aunque también podías comprar un poco de tabaco y rectángulos de papel de liar. En el colegio, algunos chicos lo hacían.

Seguía lloviendo. A través de la ventana de la arcada Chia alcanzó a ver otra arcada, más allá de la calle, una de esas con máquinas de las que salían bolas plateadas. El neón y la lluvia y las bolas plateadas se movían en la misma dirección, y ella se preguntaba de qué estarían hablando Masahiko y Chico Gomi.

Chico Gomi tenía el ordenador de Masahiko en una bolsa de plástico a cuadros con símbolos rosados de International Biohazard. Lo había puesto encima de una mesa pequeña, junto a la lata de Pocari Sweat. ¿Qué era un Pocari? Ella imaginaba una especie de cerdo salvaje, de pelo hirsuto y colmillos salientes, como los que había visto en el canal Naturaleza.

Chico Gomi dio una chupada y la punta del cigarrillo enrojeció. Miró a Masahiko a través del humo y dijo algo. Masahiko se encogió de hombros. Delante de él había un pequeño cuenco de café exprés, calentado con microondas, y Chia tenía una Coke Lite. En Tokio no había dónde sentarse si uno no compraba algo, y comprar una bebida era más rápido que comprar algo para comer. Y más barato. Sólo que ella no

pagaba. Chico Gomi sí, pues ni él ni Masahiko querían que utilizase la tarjeta de Kelsey.

Chico Gomi estaba hablando de nuevo.

-Quiere hablar contigo -dijo Masahiko.

Chia se inclinó, abrió la cremallera de la bolsa, encontró los auriculares. Como sólo tenía dos, le dio uno a Chico Gomi, se puso el otro en la oreja y activó el aparato. Chico Gomi se puso el suyo.

-Yo soy de la Ciudad Amurallada -dijo-. ¿Me entiendes?

-Un MUD, ¿verdad? Un multiuso.

-No en el sentido que tú piensas, pero casi. ¿Por qué estás en Tokio?

-Para saber algo más de por qué Rez quiere casarse con la idoru, Rei Toei.

Chico Gomi asintió. Ser un otaku suponía interesarse mucho por la información: él lo sabía bien, como aficionado.

-¿Tienes tratos con el Combine?

Chia sabía que él había dicho *Kombinat*, y el traductor había desfigurado la palabra; Chico Gomi se había referido al gobierno de la mafia rusa.

-No -dijo Chia.

-Y has venido a ver a Mitsuko porque...

-Mitsuko es la secretaria social del club del grupo Lo/Rez en Tokio; yo pertenezco al club de Seattle.

-¿Cuántas veces conectaste con ella, desde el restaurante?

-Tres veces. -El modelo Silke-Marie Kolb. La reunión. Zona Rosa.- Pagué el software de la presentación; Mitsuko y yo organizamos la charla, conecté con Seattle.

-¿Pagaste el software con tu tarjeta?

-Sí. -Chia miró primero a Chico Gomi y luego a Masahiko. Entre ellos y detrás, la lluvia. La interminable y ruidosa cascada de pequeñas bolas de plata, a través del cristal, más allá de la calle. Los jugadores, encorvados en taburetes, manipulaban el flujo de metal. La expresión de Masahiko

era indescifrable.

-El ordenador *de* Masahiko guarda ciertos aspectos de la Ciudad Amurallada -dijo Chico Gomi-. Se tomaron medidas para eliminarlos por motivos de seguridad. Cuando fue evidente que las direcciones de los usuarios Masahiko y su hermana estaban despertando una inusitada atención, me enviaron a mí para que recogiera la máquina. A menudo cambiamos hardware. Yo trafico con equipos de segunda mano. Por eso me llaman Chico Gomi. Tengo mis propias llaves para entrar en la habitación de Masahiko. El padre lo sabe y no le preocupa. Llegué y recogí el ordenador. Cerca hay una pequeña zona de recreo. Desde allí se ve el restaurante. Crucé la calle y estuve hablando con los chicos, con los Oakland Overbombers.

-¿Cómo?

-Los Oakland Overbombers, un grupo de monopatín. El nombre lo tomaron de un club de fútbol de California. Les pregunté si había ocurrido allí algo insólito. Me dijeron que habían visto un vehículo muy grande, una hora antes...

-Un Graceland.

-Un Daihatsu Graceland. Aquí hay menos que en América, creo.

Chia se mostró de acuerdo. Sintió que algo frío se le retorcía de pronto en el estómago. Creyó que iba a vomitar.

Chico Gomi estaba inclinado a un lado con el cigarrillo, ahora corto, y aplastó la punta encendida dentro de un pequeño bol cromado en una consola de juego. Chia se preguntó para qué serviría el bol realmente, pero supuso que Chico Gomi se había visto

obligado a dejar el cigarrillo allí, pues de lo contrario se habría quemado los dedos. -El Graceland se detuvo cerca del restaurante. Dos hombres bajaron...

-¿Qué aspecto tenían?

-De agentes gumi.

-¿Japoneses?

-Sí. Entraron en el restaurante. El Graceland esperó. Volvieron al cabo de quince minutos, subieron al Graceland y se fueron. Apareció el padre de Masahiko. Miró en todas direcciones, examinando la calle. Sacó un teléfono de un bolsillo y habló con alguien. Volvió al restaurante. -Chico Gomi miró la bolsa.- Yo no quería quedarme en la zona de recreo con el ordenador de Masahiko. Dije al jefe de los Overbombers que después le daría otro teléfono si no se iba de allí y me telefoneaba tan pronto como viera más actividad. Como de todos modos los Overbombers no estaban haciendo nada, el jefe aceptó. Me fui. Veinte minutos después me telefoneó para decirme que había llegado una furgoneta Honda de color gris. El conductor era japonés, pero los otros tres parecían extranjeros. Él pensaba que eran rusos.

-¿Por qué?

-Porque son muy altos, y van vestidos de una manera que él asocia con el Combine. Aún están allí.

-¿Cómo lo sabes?

-Si se marchan, él me llamará. Quiere el nuevo teléfono.

-¿Puedo conectar desde aquí? Tengo que hablar con Air Magellan para que cambie mi reserva. *Quiero irme a casa.* -Y dejó el paquete de Maryalice en la papelera que vio detrás de Chico Gomi.

-No debes conectar -le dijo Masahiko-. No debes usar la tarjeta. Si lo haces, darán contigo.

-Pero ¿qué otra cosa podría hacer? -dijo Chia, con una voz que la sorprendió, pues sonaba como de otra mujer-. ¡Quiero irme *a casa!*

-Déjame ver la tarjeta -dijo Chico Gomi. Chia la tenía en el anorak, con el pasaporte y el billete de vuelta a casa. La sacó y se la dio. El abrió un bolsillo de sus pantalones de trabajo y extrajo un pequeño dispositivo rectangular que parecía envuelto en capas de raída cinta de plata. Introdujo la tarjeta de Chia en una ranura y miró a través de lo que parecía la ventanilla de una máquina de fax-. Tarjeta intransferible y que no sirve para obtener dinero. Además es muy fácil de localizar.

-Mi amiga está casi segura de que ellos han conseguido el número -dijo Chia, pensando en Zona.

Chico Gomi empezó a golpear con el canto de la tarjeta en el borde del Pocari Sweat.

-Hay un sitio donde puedes utilizarla sin que te descubran -dijo. Tap tap-. Desde allí Masahiko podría acceder a la Ciudad Amurallada. -Tap tap.- Y tú podrías telefonear a casa.

-¿Qué sitio es ése?

-Un hotel de amor. -Tap.- ¿Sabes lo que es?

-No -dijo Chia.

Tap.

23. Aquí, en Western World

Al salir de las fauces de mosaico rosado de Le Chicle y penetrar en la lluvia incipiente, Laney vio que el discípulo de Nueva Lógica estaba todavía sobre sus zancos, en el mismo sitio, con los dos tableros iluminados en el atardecer. Cuando Blackwell abrió la puerta de una minilimus para Arleigh, Laney miró hacia atrás los números del tablero, y se sorprendió de lo mucho que había crecido el peso combinado de tejido nervioso humano en todo el planeta.

Laney subió detrás de ella, mirándole de nuevo los soles de las medias, tres de ellos, de tamaño decreciente a lo largo de la pantorrilla. Blackwell cerró la puerta, luego abrió la de delante, que tendría que ser la del lado del conductor, y subió también al coche, un movimiento que sugirió simultáneamente el deslizamiento de una bola de mercurio y el asentamiento de más de cien kilos de hormigón. El coche basculó y se inclinó a un lado hasta que, después de varias sacudidas, consiguió acomodar el peso de Blackwell.

Laney vio que el ala del sombrero negro de Blackwell estaba caída hacia atrás, pero no alcanzaba a ocultar un entrecruzamiento de finos pliegues rojos que le decoraban la nuca.

El conductor podría ser el mismo que los había llevado a Akihabara. Se adentró en el tráfico. La lluvia

arreciaba y se encharcaba, arrastrando las imágenes reflejas de los anuncios de neón fuera de la perpendicular y estirándolas en líneas serpenteantes que atravesaban la calzada y la acera.

Arleigh McCrae olía a perfume, y esto hizo desear a Laney que Blackwell no estuviera allí, y que ellos dos estuvieran yendo a un sitio distinto de aquel al que iban ahora, cualquiera que fuese, y en otra ciudad, y que una buena parte de los últimos siete meses de su vida no hubiera ocurrido, o hubiera sido distinta, tal vez incluso desde los tiempos en que trabajaba con los franceses y DatAmerica, pues cuando la situación se complicó, empezó a resultar deprimente. -No estoy seguro de que te guste el sitio -dijo ella. -¿Cómo es eso?

-No pareces el tipo al que le pueda gustar. -¿Por qué no?

-Puedo equivocarme. A muchas personas les gusta. Creo que hay que tomarlo como una broma muy elaborada... -¿Qué es?

-Un club. Restaurante. Una *ambientarían.* Si llegamos allí sin Blackwell, dudo que nos dejen entrar. O incluso admitir que es allí.

Laney recordó el restaurante japonés de Brentwood al que lo había llevado Kathy Torrance. Ni el propietario ni el gerente eran japoneses japoneses. El tema del local parecía ser un imaginario país del este de Europa. Estaba decorado con arte popular, y todos los que trabajaban allí vestían trajes nativos de ese país, y en algún caso una especie de uniforme carcelario gris metálico y grandes zapatos negros. Todos también lucían el mismo corte de pelo, rapado a los lados de la cabeza, y las mujeres llevaban grandes trenzas dobles, enrolladas en lo alto como rodetes de

queso. El primer plato de Laney tenía toda clase de pequeñas salchichas, las más pequeñas que había visto nunca, y una especie de col escabechada a un lado, y no se podía decir por el sabor que procediese de ese o cualquier otro sitio, pero tal vez eso era lo que se pretendía. Y después habían vuelto al apartamento de Kathy, decorado como una lujosa versión de la Jaula de Slitscan.

Y eso tampoco había funcionado, y a veces se preguntaba si no la habría puesto aún más furiosa cuando él se pasó a Fuera de Control.

-¿Laney?

-Lo siento... ¿Le gusta a Rez ese sitio?

Pasaron por delante de bosques ambientales de paraguas negros que esperaban en una bocacalle.

-Creo que sólo le gusta como alojamiento -dijo ella.

El Western World ocupaba las dos plantas superiores de un edificio de oficinas que no había sobrevivido del todo al terremoto. Yamazaki había podido decir que representaba una respuesta al trauma y la consiguiente reconstrucción. En los días (algunos decían horas) inmediatamente posteriores al desastre, habían nacido de improviso un bar y una discoteca en las antiguas oficinas de una empresa que tenía acciones en clubes de golf. El edificio, declarado estructuralmente poco sólido, había sido precintado a la altura de la planta baja por obreros del servicio de emergencia, pero aun así se podía entrar a través de las plantas inferiores, que estaban en ruinas. Todo aquel que se animara a escalar once tramos de escaleras de hormigón, levemente agrietadas, llegaba al Western World, una respuesta atrevidamente atípica (pero según algunos misteriosamente crucial) al cataclismo que había matado a ochenta y seis mil de los treinta y seis millones de habitantes de la región. Un periodista belga, pugnando por describir la escena, había dicho que recordaba un cruce entre una masiva vigilia permanente, una noche de desarrollo gradual para al menos una docena de subculturas desconocidas de antes del desastre, los cafés del mercado negro en el París ocupado y la idea que Goya tenía del baile en grupo (suponiendo que Goya hubiera sido japonés y hubiera fumado metanfetamina, que, junto con infinitas cantidades de alcohol, era la sustancia preferida en el Western World de los primeros tiempos). Fue, decía el belga, como si la ciudad, en su convulsión y su desgracia, hubiera generado espontánea y necesariamente ese minúsculo universo del alma, unas pocas ventanas intactas cegadas con pintura negra. Nadie quería ver la ciudad destrozada. Cuando empezó la reconstrucción, el local ya se había convertido en un punto de referencia dentro de la historia psíquica de Tokio, un secreto a voces, una leyenda urbana.

Pero ahora, explicaba Arleigh, mientras subían el primero de aquellos once tramos de escalera, era definitivamente una operación comercial, el edificio dañado había sobrevivido con la ayuda del Club Penthouse, no autorizado, que era el único inquilino. Si es que en verdad seguía sin estar autorizado, pero ella lo dudaba.

-Aquí no hay mucho campo -dijo mientras subía-, no para cosas como ésas. Todo el mundo conoce el Western World. Yo creo que han acordado, en algún sitio, muy en silencio, que lleven el local como si aún no tuviera autorización, porque eso es lo que la gente quiere y por lo que paga.

-¿De quién es el edificio? -preguntó Laney, observando cómo Blackwell subía delante de ellos, metido

en un chaquetón de ganadero con mangas de color negro mate, como si se hubiera vestido para un funeral. Toda la escalera estaba iluminada con tubos de neón bioluminescentes.

-Según los rumores, de uno de los dos grupos que no se ponen de acuerdo sobre quién es el propietario.

-¿Mafia?

-El equivalente local, pero un poco diferente. Antes del terremoto, la situación legal de los inmuebles era confusa, ahora es más bien secreta.

Laney, mirando hacia abajo al pasar por uno de los tubos luminosos, observó en los escalones regueros endurecidos de algo que recordaba el ámbar verde.

-En la escalera hay algo -dijo él.

-Orina -dijo Arleigh.

-¿Orina?

-Solidificada, orina biológicamente neutra.

Laney subió los siguientes escalones en silencio. Empezaban a dolerle las piernas. ¿Orina?

-Las tuberías no funcionaban después del terremoto -dijo ella-. La gente no podía utilizar los retretes. Y empezó a mear escaleras abajo. Horrible, según todas las referencias, por más que algunos lo recuerden con nostalgia.

-¿Es sólido?

-Aquí hay un producto, unos polvos, que parece sopa instantánea. Una especie de enzima. Lo venden sobre todo a madres con niños pequeños. Las criaturas tienen que orinar, no te da tiempo a llevarlas al retrete; orinan en una taza de papel o en un tetrabrik de zumo vacío. Entonces viertes dentro un poco de esa sustancia en polvo y, zas, ya se ha solidificado. Es neutro, inodoro, completamente higiénico. Lo tiras a la basura, es material de relleno.

Pasaron bajo otro tubo, y Laney vio pequeñas estalactitas que colgaban de los bordes de un escalón. -La gente utilizaba esa sustancia...

-En cantidad. Continuamente. Al final tuvieron que empezar a serrar los extremos...

-¿Lo hacen todavía...?

-Por supuesto que no. Pero conservaron la Gruta.

Otro tramo de escalera. Otro tubo de neón con una fantasmal luz submarina.

-¿Qué hacían con la sustancia sólida? -preguntó Laney.

-Prefiero no saberlo.

Laney emergió de la Gruta sin aliento, con los tobillos doloridos. Penetró en un espacio de paredes negras, con una luz azul y postes dorados. Después de los frescos de orina, químicamente congelados, el Western World decepcionaba. Un bloque desvencijado de oficinas con sillones desiguales y bares indescriptibles. En el suelo, a media distancia, había algo. Miró. Un tanque. Americano, pensó, un tanque viejo.

-¿Cómo lo subieron hasta aquí? -preguntó a Arleigh, que se disponía a entregar el chaquetón negro a alguien. ¿Y por qué el suelo no se ha hundido?

-Es resina -le dijo ella-. Escultura de membrana. Estereolitografía. Otaku: lo traen en secciones y las juntan.

Blackwell se había librado del chaquetón, dejando al descubierto una prenda que recordaba una chaqueta pero que parecía tejida con aluminio ligeramente deslustrado. Había allí tela suficiente para hacer una colcha doble. Blackwell avanzó a través de sillones y mesas bajas, siempre con la misma espontánea decisión, seguido de Laney y Arleigh.

-Es un tanque Sherman -dijo Laney, recordando un CD-ROM de Gainesville sobre la historia de los vehículos blindados. Arleigh no parecía haberlo oído. Pero probablemente ella nunca se había entretenido con un CD-ROM. En el tiempo que había pasado en el Orfanato federal había llegado a enterarse de lo que eran las plataformas muertas de los media.

Si Arleigh estaba en lo cierto, y el Western World era ahora una especie de atracción turística, Laney se preguntaba qué habría sido de las multitudes de los primeros días, cuando las aceras estaban cubiertas por quince centímetros de cristales rotos.

La gente sentada en los sillones, inclinadas sobre las mesas bajas en las que reposaban las bebidas, no se parecía a ninguna de las que había visto hasta entonces en Tokio. Allí había una cierta y definida distancia, y un contacto ocular prolongado podía ser interesante en algunos casos, peligroso en otros. Uno tenía la impresión nítida de que la masa combinada de tejido nervioso humano estaba allí cargada de extraños colorantes. ¿O acaso los habían preseleccionado de algún

modo buscando una combinación de inmovilidad facial e intensidad visual?

-Laney -dijo Blackwell, poniéndole una mano en el hombro y volviéndole la cabeza. Laney se encontró ante la mirada de un par de ojos verdes, rasgados-, éste es Rez. Rez, Colín Laney. Está trabajando con Arleigh.

-Bienvenido al Western World -dijo Rez, sonriendo, y los ojos se le deslizaron desde Laney hasta Arleigh-. Buenas noches, Miz McCrae.

Laney observó entonces algo que conocía de otros encuentros con celebridades, en Slitscan: esa fluctuación mental binaria entre imagen y realidad, entre la cara que aparece en un medio y la cara que está delante de uno. Él había comprobado que siempre parecía haber una aceleración, una alternancia, hasta que las dos se unían en cierto modo, y la amalgama

resultante se convertía en una nueva idea. (Alguien de Slitscan le había dicho que el reconocimiento de la celebridad era regido por una zona concreta del cerebro, pero él nunca había sabido a ciencia cierta si se trataba o no de una broma.)

Aquéllas habían sido celebridades domesticadas, las mismas con las que Kathy ya había tenido que convivir. En el edificio (pero nunca en la Jaula) había registros de la vida pública. Pero Rez no estaba domesticado, y negociar con él era mucho más duro, aunque Laney se había interesado en él sólo porque Kathy lo odiaba profundamente.

Ahora Rez tenía un brazo alrededor de Arleigh, y gesticulaba con el otro en la relativa oscuridad, más allá del tanque Sherman, diciendo algo que Laney no podía oír.

-Mister Laney, buenas noches. -Era Yamazaki, con una chaqueta deportiva a cuadros que no armonizaba con sus hombros estrechos. Laney parpadeó. -Yamazaki.

-Ha estado con Rez, ¿verdad? Bien, muy bien. Hay una mesa preparada para la cena. -Yamazaki metió dos dedos en el cuello abotonado, demasiado grande, de la camisa blanca, barata de aspecto, y tiró de él como si le apretara.- Me pareció que los intentos de identificar puntos nodales aún no habían tenido éxito. -Tragó saliva.

-En los registros corporativos no hay información personal.

Rez se encaminó ahora hacia un punto detrás del tanque.

-Venga -dijo Yamazaki y enseguida bajó la voz-. Un acontecimiento extraordinario. Ella está aquí. Cena con Rez. Reí Toei.

La idoru.

24. Hotel Di

Ahora en un diminuto taxi con Masahiko y Chico Gomi, Masahiko delante, en lo que tendría que ser el lado del conductor, Chico Gomi detrás de él. Chico Gomi tenía tantos bolsillos en sus pantalones de trabajo, y guardaba tantas cosas en ellos, que le costó bastante acomodarse. Chía nunca había subido a un coche tan pequeño, menos aún un taxi. Masahiko tenía las rodillas dobladas, casi pegadas al pecho. El conductor llevaba guantes blancos de algodón y un sombrero como los que lucían los taxistas en las películas de los años cuarenta. En los respaldos había pequeñas piezas de encaje blanco almidonado, sujetas con presillas, para apoyar la cabeza.

Ella pensó que el taxi era tan pequeño porque Chico Gomi iba a pagar en efectivo, y quería dar a entender claramente que no tenía mucho.

Al fin salieron de la lluvia y *se* adentraron en esa disparatada, impresionante supercarretera de múltiples niveles y aspecto anticuado; los huesos de acero estaban cubiertos con sucias vendas de Kevlar, y ahora pasaban por delante de las plantas medias de unos altos edificios -tal vez el Shinjuku de nuevo, pues allí estaba aquel Tin Toy Building, pensó ella, vislumbrado a través de un hueco, pero lejos y desde otra dirección-, y de pronto en una ventana, captado tan deprisa que no estaba segura de haberlo visto, había un hombre desnudo, con las piernas cruzadas sobre una mesa de oficina, la boca tan abierta como podía, como en un grito mudo.

Entonces ella empezó a distinguir otros edificios, a través de cortinas de lluvia, demasiado iluminados, aun de acuerdo con los patrones locales, como las atracciones de Nissan County en un anuncio de la televisión; elementos del parque temático emergían de unas estructuras más indefinidas, sin marcas ni luces. Cada radiante edificio tenía un letrero bien visible: HOTEL REY MIDAS, con corona y cetro centelleantes, DUCHA DE LA **LIBERTAD,** con montañas verdiazules flanqueando una cascada de luz dorada. Al menos seis más en rápida sucesión. Después Chico Gomi dijo algo en japonés. El conductor respondió bajando la bandera.

El coche se balanceó al entrar por una rampa. Desde la curva de la rampa, en el brillo uniforme y desagradable de las corrientes de sodio, ella vio un cruce bajo la lluvia, un cruce como otro cualquiera, sin coches a la vista, donde la hierba tosca, descolorida, aparecía mojada y desordenada sobre una empinada pendiente. Un sitio como aquél podría estar fácilmente en las afueras de Seattle, en las afueras de cualquier ciudad, y Chia suspiró con nostalgia.

Chico Gomi le echó una mirada de soslayo, ocupado en registrar algún otro bolsillo, aparentemente *dentro de* los pantalones. Sacó al fin de algún sitio un fajo de papel moneda sujeto con una banda elástica de color negro. En el resplandor fugaz de las luces de otra carretera Chia observó cómo quitaba la banda de plástico y tomaba tres billetes. Eran más grandes que los norteamericanos, y en uno de ellos vio el logotipo, confortablemente familiar, de una compañía muy conocida. Chico Gomi escondió los tres billetes en la manga del suéter y se dispuso a guardar el resto.

-Pronto estaremos -dijo, retirando la mano y ajustándose de nuevo los tirantes.

-¿Dónde?

El coche se desvió a la derecha y se detuvo. Alrededor de ellos el aire era un extraño resplandor blanco, fantasmal, que caía con la lluvia hasta el hormigón manchado de grasa, en el

que aparecían nítidamente dibujadas dos grandes flechas blancas, una junto a otra, apuntando en direcciones opuestas. La que apuntaba en la dirección que ellos seguían señalaba una abertura rectangular en una pared de hormigón pintada de blanco. Desde el borde superior hasta casi el suelo colgaban unas cintas de plástico rosa de unos quince centímetros de ancho, ocultando lo que pudiera haber detrás y recordando a Chia los gallardetes de un baile de colegio. Chico Gomi dio los tres billetes al conductor. Y permaneció sentado pacientemente esperando el cambio.

Chia, con las piernas entumecidas, se agachó para alcanzar la puerta, pero Masahiko se interpuso rápidamente desde delante y la detuvo. -El conductor es quien debe abrir -dijo-. Si abres tú, el mecanismo se rompe, muy caro. -El conductor dio el cambio a Chico Gomi. Chia pensó que éste dejaría propina, pero no lo hizo. El conductor se agachó, tocó algo que ellos no pudieron ver y la puerta se abrió del lado de

Chia.

Chia bajó y se adentró en la lluvia, arrastrando la bolsa, y miró hacia el sitio de donde venía el resplandor blanco: un edificio como una tarta de boda; HOTEL DI decía en letras blancas de neón, enmarcadas por bombillas parpadeantes. Masahiko, ahora junto

a ella, la empujó hacia las cintas de color rosa. Chia oyó que el taxi arrancaba detrás de ella y se alejaba. -Vamos -dijo Chico Gomi penetrando con la bolsa de cuadros a través de las cintas húmedas.

Entraron en una zona de estacionamiento vacía: dos coches pequeños, uno gris, el otro verde oscuro, las placas de las matrículas cubiertas con rectángulos de plástico negro y liso. Cuando Chico Gomi se acercó, una puerta de cristal se abrió deslizándose a un lado.

Una voz incorpórea dijo algo en japonés. Chico Gomi contestó.

-Dale tu tarjeta -dijo Masahiko. Chia sacó la tarjeta y se la entregó a Chico Gomi, que parecía estar haciendo unas cuantas preguntas a la voz.

Chia miró alrededor. Azules pálidos, rosados, grises claros. Un espacio muy pequeño que sugería en cierto modo el vestíbulo de un hotel sin disponer realmente de un sitio donde sentarse. Cuadros ordenados en ciclos en las pantallas de las paredes: interiores de habitaciones de aspecto muy extraño. La voz contestaba a las preguntas de Chico Gomi.

-Quiere una habitación con capacidad óptima de acceso -dijo sosegadamente Masahiko.

Chico Gomi y la voz parecieron llegar a un acuerdo. Él insertó la tarjeta de Chia en una ranura, encima de algo que recordaba una pequeña fuente de agua. La voz le dio las gracias. Apareció una llave, que se deslizó hacia el bol azul. Chico Gomi la recogió y se la entregó a Masahiko. La tarjeta de Chia emergió de la ranura; Chico Gomi la recuperó y se la dio a Chia. Acto seguido entregó a Masahiko la bolsa de cuadros, se volvió y salió. La puerta de cristal se deslizó a un lado.

-¿No viene con nosotros?

-En la habitación sólo se permite la presencia de

dos personas. Él tiene que hacer en algún otro sitio. Vamos. -Masahiko señaló un ascensor, que se abrió cuando ellos se acercaron.

-¿Qué clase de hotel me dijiste que era? -Chia entró en el ascensor. Él entró detrás de ella y la puerta se cerró.

Masahiko se aclaró la voz.

-Hotel de amor -dijo.

-¿Qué hay aquí? -preguntó ella mientras subían.

-Habitaciones privadas -dijo Masahiko-. Para sexo. Se paga por horas.

-Oh -dijo Chia como si eso lo explicara todo.

El ascensor se detuvo y la puerta se abrió. Él salió y ella lo siguió por un estrecho pasillo iluminado con tubos a la altura de los tobillos. Masahiko se detuvo delante de una puerta e introdujo la llave que le habían entregado. Cuando abrieron la puerta, el interior se iluminó.

-¿Has estado antes en un sitio como éste? -preguntó ella, y se sonrojó. No había querido decir eso.

-No -contestó él. Cerró la puerta detrás de ella y examinó las cerraduras. Pulsó dos botones-. Pero la gente que viene aquí a veces quiere conectar. Hay un servicio de réplica que hace muy difícil localizarla. También para telefonear, muy seguro.

Chia miró la cama redonda con pieles de color rosa tapizada con algo que parecía una materia para desecar animales. Las paredes eran rugosas y blancas como la nieve, una combinación que le recordó un local desagradable llamado Ring-Ding.

Se oyó un ruido como de algo que se desgarra, cierre velero. Chia se volvió y vio que Masahiko se quitaba los zapatos negros y las polainas de nylon (por uno de los finos calcetines grises le asomaba un dedo) y se calzaba unas sandalias de papel. Chia le miró los

zapatos mojados, y pensó que sería mejor hacer lo mismo.

-¿Por qué es así este lugar? -preguntó ella arrodillándose para soltarse los cordones.

Masahiko no dijo nada. Chia observó que el símbolo acolchado de Internacional Biohazard de la bolsa de cuadros tenía casi exactamente el mismo color que las pieles de la cama.

Después de descubrir a través de una puerta abierta lo que evidentemente era el cuarto de baño, Chia llevó allí la bolsa y cerró la puerta detrás *de* ella. Las paredes estaban tapizadas con algo negro y brillante, y el suelo era de mosaicos negros y blancos. Una complicada iluminación ambiental se activó de pronto y Chia se encontró rodeada de cantos de aves. El cuarto de baño era casi tan grande como la habitación, con una bañera como una piscina negra en miniatura y algo más que Chia reconoció gradualmente como un inodoro. Recordando el de la oficina de Eddie, puso la bolsa en el suelo y se acercó con suma cautela. Era de color negro y cromo, y tenía brazos y respaldo, una especie de silla muy estilizada. En una pequeña pantalla junto al water se proyectaba el ciclo del servicio, con fragmentos en inglés insertos en el texto japonés. Chia vio aparecer en ella «(A) Placer» y «(B) Superplacer». -Uy, uy- dijo.

Después de estudiar el asiento y la ominosa taza negra, se bajó los pantalones, se colocó estratégicamente encima del water, se agachó con cuidado y orinó sin sentarse. Mientras se lavaba las manos en el lavabo decidió dejar que algún otro huésped hiciera correr el agua, pero entonces oyó que corría por sí sola.

Junto al lavabo había una bolsa de papel satinado de color rosa con las palabras «Bolsa de aseo para adolescentes» impresas en una acaracolada escritura

blanca. Estaba cerrada por arriba con un lazo plateado. Chía la abrió y miró dentro. Había una gran cantidad de diferentes cosméticos y al menos una docena de tipos de condones, todo empaquetado para que pareciera, en mayor o menor medida, un paquete de caramelos.

A la izquierda del espejo de encima del lavabo había una resplandeciente vitrina negra, la única cosa de la habitación que parecía japonesa en el sentido tradicional. Chia la abrió; dentro se encendió una luz mostrando tres estantes de cristal ocupados por modelos de policías, en diferentes tamaños, moldeados en plástico de extraños colores. No llegó a reconocer los otros objetos: bolas nudosas, algo que parecía un chupete, cámaras miniaturizadas con largas barbas. En medio de todo eso, una muñeca de pelo negro en un precioso kimono hecho de papel brillante y tela dorada. Pero cuando trató de levantarla, la peluca y el kimono se integraron en una sola pieza, mostrando otra muñeca, de ojos y boca delicadamente pintados. Chia intentó reponer la peluca y el kimono, y la muñeca se vino abajo, golpeando todo lo que había en el estante. Cerró la vitrina. Después se lavó otra vez las manos.

Cuando volvió a la habitación, Masahiko conectaba su ordenador a una consola negra en un estante cargado de juegos electrónicos. Chia puso la bolsa encima de la cama. Algo tintineó levemente, dos veces, y de pronto la superficie de la cama comenzó a moverse, con lentas ondas osmóticas centradas en la bolsa, que se elevó ligeramente, y cayó...

-Vaya -dijo Chia, y retiró la bolsa de la cama, que después de un tintineo dejó de moverse.

Masahiko echó una mirada a Chia, pero volvió a lo que estaba haciendo con el equipo del estante.

Chia descubrió que la habitación tenía una ventana a la calle, pero estaba detrás de una especie de pantalla. Manipuló los clips que mantenían la pantalla en su sitio, hasta que consiguió moverla a lo largo de una pista oculta. La ventana daba a una zona vallada de estacionamiento junto a un edificio bajo de color beige, con los costados cubiertos de plástico corrugado. Había allí tres camiones, los primeros vehículos que había visto en Japón que no eran nuevos o no estaban llamativamente limpios. Un coche gris, al parecer mojado, emergió de debajo de uno de los camiones y penetró en la oscuridad, debajo de otro. Aún llovía.

-Bien -oyó decir a Masahiko, evidentemente satisfecho-. Vamos a la Ciudad Amurallada.

25. La idoru

-¿Qué quiere decir con que ella está aquí? -preguntó Laney a Yamazaki cuando pasaban por detrás del tanque Sherman. Grumos de barro seco colgaban de las gruesas bandas de acero.

-Mister Kuwayama está aquí -dijo Yamazaki en voz baja-. Es el representante *de* ella.

Laney vio que varias personas estaban ya sentadas a una mesa baja.

Dos hombres. Una mujer. Ella tenía que ser Rei Toei.

Había llegado a imaginarla como una síntesis industrial de las tres últimas docenas de las más conocidas caras femeninas de los media japoneses. Eso era lo que hacían comúnmente en Hollywood, pero la fórmula tendía a ser todavía más rígida en el caso de los agentes de software -*eigenheads*-, y las características eran derivados algorítmicos de una media humana de popularidad demostrada.

Ella no era nada de eso.

Cabello negro, toscamente cortado y brillante, hombros pálidos y desnudos, cuando volvió la cabeza. No tenía cejas, y tanto los párpados como las pestañas parecían haber sido tratados con polvos blancos, que le realzaban las pupilas oscuras.

Y ahora los ojos de ella se encontraron con los de Laney.

Le pareció que cruzaba una línea. En la estructura de la cara de ella, en las geometrías del hueso subyacente, había historias codificadas, de fugas dinásticas, privación, migraciones terribles. Ahora él veía tumbas de piedra en escarpados prados alpinos, dinteles con penachos de nieve. Una recua de peludos caballitos de carga, de aliento teñido de blanco, seguían un sendero por encima de un helado cañón. Las curvas del río, abajo, eran rayas de plata distante. Unas esquilas de hierro resonaban en el crepúsculo azul.

Laney se estremeció. Tenía en la boca un sabor de metal oxidado.

Los ojos de la idoru, mensajeros de un país imaginario, se encontraron con los de él.

-Estamos aquí. -Arleigh junto a él, la mano en su codo. Indicó dos asientos junto a la mesa.-¿Estáis bien? -preguntó en voz baja-. Quitaos los zapatos.

Laney miró a Blackwell, que tenía los ojos fijos en la idoru, con una mueca que parecía de dolor, pero la expresión se desvaneció casi enseguida bajo la máscara de las cicatrices.

Laney hizo lo que se le había pedido, se agachó y se quitó los zapatos, moviéndose como si estuviera bebido, o soñando, aunque sabía que no era ni una cosa ni la otra, y la idoru le sonrió, iluminada desde dentro.

-¿Laney?

La mesa se alzaba en un hueco del suelo. Laney se sentó, acomodando los pies debajo de la mesa y aferrando el cojín con las dos manos.

-¿Qué?

-¿Estás bien?

-¿Bien?

-Parecías... ciego.

Ahora Rez se disponía a sentarse en la cabecera de

la mesa, la idoru a la derecha, alguien más -Laney vio que era Lo, el guitarrista- a la izquierda. Junto a la idoru se sentaba un hombre de cierta edad, con gafas sin montura, cabello negro peinado hacia atrás. Vestía un traje muy simple, al parecer muy caro, de un material negro sin brillo, y una camisa de cuello alto que se abotonaba de una manera complicada. Cuando se volvió para hablar con Rei Toei, Laney vio claramente la luz de la cara de ella reflejada por un instante en las gafas casi circulares.

Arleigh tomó aliento con fuerza. Ella también la había visto.

Un holograma. Algo generado, animado, proyectado. Laney sintió que se le aflojaban las manos en los bordes del cojín.

Pero entonces recordó las tumbas de piedra, el río, los caballitos con sus esquilas.

Nodal.

Una vez Laney preguntó a Gérard Delouvrier, el más paciente de los franceses aficionados al tenis, acerca de TIDAL y por qué lo habían elegido a él, Laney, como primer (y, a la postre, único) beneficiario de los peculiares conocimientos que pensaban impartirle. El no había solicitado el empleo, decía, y no tenía motivos para creer que eso se hubiera hecho público. Le dijo a Delouvrier que había solicitado seguir un curso de servicio.

Delouvrier, de pelo corto, prematuramente gris, y piel sonrosada, se echó hacia atrás en la silla anatómica y estiró las piernas. Parecía estar estudiándose los zapatos de ante con suela de crepé. Luego miró por la ventana: edificios rectangulares de color beige, paisaje anónimo, nieve de febrero. -¿No ves que no queremos enseñarte? Nosotros observamos. Queremos aprender de ti.

Estaban en el centro de investigación de DatAmerica en Iowa. Había un patio interior para Delouvrier y sus colegas, pero éstos se quejaban continuamente del estado del pavimento.

-Pero ¿por qué yo?

Los ojos de Delouvrier parecían cansados. -¿Queríamos ser amables con los huérfanos? ¿Éramos un sorprendente caso de cordialidad en el corazón de DatAmerica? -Se restregó los ojos.- No. A ti te hicieron algo, Laney. A nuestro modo, tal vez, pretendíamos repararlo. ¿Es correcta la palabra «repararlo»?

-No -dijo Laney.

-Es una suerte. Tú estás aquí con nosotros, llevando a cabo un importante trabajo. Aquí, en lowa, es invierno, pero el trabajo sigue adelante. -Ahora miraba a Laney.- Tú eres nuestra única prueba -dijo.

-¿De qué?

Delouvrier cerró los ojos. -Había un hombre, un ciego, que dominaba la eco-localización. Clics de la lengua, ¿comprendes? -Cliqueó con los ojos cerrados.- Como un murciélago. Fantástico. -Abrió los ojos.- Llegaba a percibir el entorno inmediato con mucho detalle. Podía conducir una bicicleta en medio del tráfico. Siempre haciendo clic, clic. El mérito era suyo, absolutamente cierto. Y nunca pudo explicarlo, nunca se lo enseñó a otro... -Entrelazó los largos dedos e hizo crujir los nudillos.- Esperemos que no te ocurra lo mismo.

No pienses en una vaca lila. ¿O era parda? Laney no podía recordarlo. No mires la cara de la idoru. No es carne, es información. Ella es la punta de un iceberg, no, una Antártida de información. Si la mirase a la cara la activaría todo de nuevo: toda ella es un impensable volumen de información. Inducía la visión nodal en

términos que no tenían precedentes; la inducía como relato.

Laney alcanzó ver las manos de la idoru. Observar cómo comía.

La comida era refinada, muchas pequeñas viandas servidas en platos rectangulares, individuales. Cada vez que ponían un plato delante de Rei Toei, y siempre dentro del campo de lo qvie la proyectaba, era velado simultáneamente con una copia impecable: alimento holográfico en un plato holográfico.

Incluso el movimiento de los palillos producía fluctuaciones periféricas en la visión nodal, pues los palillos también eran información, pero nada tan denso como las facciones de la idoru. Cada vez que se retiraba un plato «vacío», reaparecía de nuevo la vianda intacta.

Pero cuando empezaron las fluctuaciones, Laney ya estaba concentrado en su propia comida, la torpeza con que manejaba los palillos, la conversación alrededor de la mesa. Kuwayama, el hombre de las gafas sin montura, contestaba ahora a algo que Rez le había preguntado, aunque Laney no había podido captar la pregunta.

-... el resultado de un conjunto de construcciones a las que llamamos «máquinas desiderantes». -Los ojos verdes de Rez, ahora brillantes y atentos.- No en sentido literal -continuó Kuwayama-, sino como *agregados de deseos subjetivos.* Se decidió que el esquema modular constituyera idealmente una arquitectura de aspiraciones articuladas... -La voz del hombre estaba muy bien modulada; su inglés tenía un acento que Laney no pudo ubicar.

Rez sonrió, mientras se volvía a mirar la cara de la idoru. Lo mismo hicieron los ojos de Laney, automáticamente.

Laney cayó a través de los ojos de la idoru y se encontró con una cara que parecía una estructura de pequeños balcones rectangulares, todo a diferente nivel o con diferente profundidad. Un crepúsculo anaranjado al otro lado de una ventana inclinada con marco de metal. Colores aceitosos en el cielo.

Laney cerró los ojos, los bajó, los abrió. Otro plato, más comida.

-Estás realmente metido en tu plato -dijo Arleigh. Un esfuerzo concentrado con los palillos y consiguió atrapar y tragar algo que era como un diminuto pedazo de tortilla fría. -Estupendo. ¿No quieres un poco de este fugu? Varios tipos de pescado, todos con neurotoxinas. ¿Lo conoces?

-Tú ya has terminado el segundo plato -dijo ella-. ¿Recuerdas la fuente de pescado crudo dispuesto como los pétalos de un crisantemo? -Bromeas -dijo Laney.

-¿Los labios y la lengua quedan un poco entumecidos? Sí, eso es.

Laney se pasó la lengua por los labios. ¿Bromeaba ella? Yamazaki, sentado a su izquierda, se acercó.

-Puede haber un camino para eludir el problema de los datos de Rez. ¿Tiene en cuenta la actividad global de los fans de Lo/Rez? -¿Qué?

-Son muchos fans. Informan sobre todas las apariciones de Rez, Lo y otros músicos implicados. Hay muchos detalles incidentales.

Laney, que en otro tiempo había estudiado la técnica del vídeo, sabía que Lo/Rez era teóricamente un dúo, pero siempre había, al menos, otros dos miembros, a menudo más. Ydesde el principio Rez se había mostrado inexorablemente contrario a las baterías mecánicas; el actual batería, Willy Jude el Ciego, sentado frente a Yamazaki, llevaba años con el grupo.

Después de volver las enormes gafas negras hacia donde estaba la idoru, por encima de las viandas, ahora parecía sentir la mirada de Laney. Las gafas negras, unidades de vídeo, planearon sobre la mesa. -Muchacho -dijo Jude-, Rez está sentado ahí, coqueteando con un gran termo de aluminio.

-¿La ves?

-Los holos son duros -dijo el batería tocándose las gafas con la punta de un dedo-. Lleva mis

chicos a Nissan County, yo llamaré después, llévalos a dar una vuelta. Pero esta señora está en una frecuencia muy extraña, o pasa algo. Todo lo que puedo ver es el proyector y esa especie de emanación ectoplásmica, ¿de acuerdo? Como un resplandor.

El hombre sentado entre Jude y Mister Kuwayama, Ozaki de nombre, miró a Jude y se excusó. -Lo lamentamos muchísimo. Lo lamentamos profundamente. Hace falta un pequeño ajuste, pero no es posible en este momento.

-¡Eh! -dijo Jude-, no es un problema grave. Ya la he visto. He llegado a captar todos los canales de música. Incluido ese en que ella es una princesa mongol o algo parecido, arriba en las montañas.

Laney perdió uno de los palillos.

-El último single -dijo Ozaki.

-Sí -dijo Jude-, es bastante bueno. ¿Lleva esa máscara de oro? Una mierda. -Se metió una porción de maki en la boca y masticó.

26. Hak Nam

Chia y Masahiko estaban sentados frente a frente sobre la alfombra blanca. La única silla de la habitación era un objeto de aspecto frágil con patas de alambre retorcido y un asiento en forma de corazón, tapizado con copos de plástico rosado. Ninguno de los dos quiso sentarse en la cama. Chia tenía el Sandbenders sobre las rodillas y estaba metiendo los dedos en los pulsadores. El ordenador de Masahiko estaba encima de la alfombra, delante de él; tras dejar el panel de control en su sitio, sacó un juego de pulsadores muy compactos de la parte posterior del cubo, junto con dos pequeñas tazas ovales de color negro sujetas a cables ópticos. Otro cable iba desde el ordenador hasta una pequeña abertura en la parte posterior del Sandbenders.

-Muy bien -dijo Chia cuando terminaba de colocarse los pulsadores-, vamos. Tengo que localizar a alguien...

-Sí -dijo él. Tomó las tazas negras, una en cada mano, y se las puso sobre los ojos. Cuando las soltó, ya no se movieron. Parecía bastante incómodo.

Chia levantó las manos y tiró de las gafas hacia abajo, cubriéndose los ojos.

Algo allí en el núcleo se movía a un mismo tiempo en direcciones incompatibles. No era ni siquiera algo que pudiera llamarse una conexión. ¿Conflicto de software? Leve atisbo de luz a través de unos harapos parpadeantes.

Yentonces apareció delante de ella; parecía un edificio, o una biomasa, o la cara de un acantilado que se alzaba en incontables estratos; en ella nada era uniforme o regular. Un gran superficie de balcones chatos, aleatorios, miles de pequeñas ventanas que mantenían fuera una neblina de rectángulos plateados. Estirándose en las dos direcciones hacia la periferia de la visión y arriba, la cresta desigual de la maltrecha fachada, un tubo retorcido en una funda negra, antenas combadas bajo un viñedo de cables. Y más allá de ese límite impreciso, un cielo en el que los colores se desplazaban arrastrándose como gasolina o agua. -Hak Nam -dijo él, junto a ella. -¿Qué es eso?

-La ciudad de la oscuridad. Entre las murallas del mundo.

Chia recordó el pañuelo que había visto en la habitación de Masahiko, detrás de la cocina: el intrincado mapa de una cosa caótica y compacta, diminutos segmentos irregulares de color rojo, negro y amarillo. Y también recordó cómo estos segmentos se movían hacia adelante, hacia una estrecha abertura. -Un MUD, ¿no es así? -Algo parecido a una versión permanente, más grande, del entorno que el club de Tokio había preparado para la reunión, o la selva tropical que Kelsey y Zona habían ideado. Pero en los MUD la gente jugaba, imaginaba personajes. Como hacían los niños pequeños y la gente solitaria.

-No -dijo él-, nada de juegos. -Ahora los dos estaban dentro, acelerando, y la deficiente densidad de la imagen era como un impacto visual continuo, un redoble de tambor óptico.- La calle de Tai Chang. -Paredes garabateadas y serpentinas de mensajes, puertas espectrales que cambiaban de sitio.

Y no estaban solos: allí había otra gente, figuras fantasmales que desfilaban fugazmente, y en todas partes la sensación de ojos...

Fractal sucio, bit podrido, el pasillo invadido por desordenadas oleadas de líneas que titilaban débilmente. -Callejón del Hospicio. -Un giro en redondo. Otro. Ahora subían por un laberinto de escaleras retorcidas, siempre acelerando; Chia tomó aliento y cerró los ojos. Estallido de fuegos artificiales en las retinas, pero la presión había desaparecido.

Cuando abrió los ojos, estaban en una versión mucho más limpia pero no más grande que la habitación de Masahiko detrás de la cocina del restaurante. Allí no había envases vacíos de ramen, ni montones de ropa. Él estaba al lado de Chia, encima de la cama, observando fijamente los modelos que iban apareciendo en el ordenador. Junto a ellos, el Sandbenders de Chia. La gama de texturas era rudimentaria, todo aparecía demasiado terso y lustroso. Chia miró a Masahiko, curiosa por ver cómo se presentaba. Un trabajo básico de escáner, posiblemente del año anterior; Masahiko tenía el pelo más corto y llevaba la misma túnica negra.

En la pared, detrás de los ordenadores había una animada versión del pañuelo estampado; las zonas de rojo, negro y amarillo *se* agitaban levemente. Una brillante línea verde entró desde el perímetro y terminó en unos anillos concéntricos de color verde brillante que irradiaban desde un cuadrado amarillo.

Chia miró a Masahiko, pero éste seguía con los ojos clavados en el panel de control.

Un ruido. Chia miró hacia la puerta, representada por una fibra de madera de aspecto especialmente irreal, y vio que un pequeño rectángulo blanco se deslizaba por debajo de la puerta. Y siguió deslizándose en línea recta hacia ella, a través del suelo, para desaparecer debajo de la cama. Chia alcanzó a ver que el pequeño rectángulo blanco se elevaba, exactamente al mismo ritmo, hasta el borde del edredón y más arriba, deteniéndose cuando estuvo en la posición más adecuada para que pudiera leerse.

El texto estaba escrito en el tipo de letras que usaban en Whiskey Clone, o en uno parecido. Decía «Ku Klux Klan Kollectibles», y después había unas letras y números que no se parecían a ninguna dirección que ella pudiera conocer.

Otro ruido. Chia miró hacia la puerta a tiempo para ver una cosa gris y borrosa que entraba por debajo. Era plana y se movía con rapidez. Ahora estaba encima del pequeño rectángulo blanco, como la sombra de una araña o de un cangrejo, de dos dimensiones y con muchas patas. Se lo zampó y corrió hacia la puerta.

-Soy completamente responsable de lo que pase en la Ciudad Amurallada -dijo Masahiko apartando la vista del panel de control.

-¿Qué eran esas cosas? -le preguntó Chia.

-¿Qué cosas?

-Una cosa como una tarjeta. Se deslizó por debajo de la puerta. Luego otra cosa, como un cangrejo gris, recortado, que se la comió.

-Un anuncio -dijo él-, y un subprograma que presentaba una crítica.

-No presentó ninguna crítica; se lo comió.

-Tal vez a la persona que escribió el subprograma no le gustaban los anuncios. A muchas no les gustan. O no le gustó el que presentaba el anuncio. Razones personales, estéticas, políticas; todas son posibles.

Chia miró alrededor examinando la reproducción de la diminuta habitación de Masahiko. -¿Por qué no tienes un sitio más amplio? -En el mismo instante pensó que él era japonés, y los japoneses estaban acostumbrados a vivir así. En cualquier caso, tal vez era el espacio virtual más pequeño que ella recordaba haber visto, y no parecía que uno más grande resultara más caro, a no ser que una fuera como Zona y quisiera todo un país.

-La Ciudad Amurallada es un concepto de escala. Muy importante. La escala es espacio, ¿no? Treinta y tres mil personas habitaban el espacio original. Dos coma siete hectáreas. Con un total de

catorce plantas.

Aquello no tenía ningún sentido para Chia.

-Tengo que conectar, ¿de acuerdo?

-Por supuesto -dijo él, y señaló el Sandbenders.

Chia buscó en el modelo de dos direcciones a la vez, pero no funcionó; el pez nadaba de acá para allá en la mesa de cristal. Miró entonces a través de la ventana los árboles dibujados y se preguntó dónde estaría el Mumphalumpagus. Llevaba algún tiempo sin verlo. Su padre lo había hecho para ella cuando era muy pequeña, un gran dinosaurio rosa con unas pestañas absurdas.

Chia miró si en la mesa había correspondencia, pero no encontró nada nuevo.

Desde allí podría telefonear. Llamar a su madre. Seguro.

«Hola. Estoy en Tokio, en un "hotel de amor". Me están buscando porque alguien puso un objeto en mi bolsa. Pues bien, ¿qué crees que debo hacer?»

En cambio, intentó acceder a la dirección de Kelsey, pero todo lo que consiguió fue entrar en la tediosa antecámara de mármol y oír una voz, no de Kelsey, que decía que Kelsey Van Troyer no estaba

allí en ese momento. Chia cortó la conexión sin dejar un mensaje. La segunda dirección que probó fue la de Zona, pero el proveedor estaba fuera de servicio. Esto ocurría a menudo en México, y de manera especial en la ciudad de México, donde Zona vivía. Decidió probar suerte con una dirección secreta, que correspondía a un macroordenador en Arizona y nunca estaba fuera de servicio. Chia sabía que a Zona no le gustaba la gente que se limitaba a comparecer en la pantalla. En realidad Zona no quería que la compañía que había construido la página web original, y que luego se había desentendido de todo, descubriera ahora que ella había obtenido y construido su propio país.

Chia preguntó al Sandbenders desde dónde estaba conectando Zona, y el ordenador dijo que desde Helsinki, Finlandia. De modo que no impedía una posible reconexión, al menos eso.

Antes del crepúsculo en el espacio de Zona, como siempre. Chia escaneó el suelo de una piscina seca, en busca de los lagartos de Zona, pero no los vio. Por lo general estaban allí, esperándote, aunque no esta vez.

-¿Zona?

Chia miró, preguntándose si vería esos seres fantasmales, como cóndores, que Zona guardaba. El cielo era hermoso, pero estaba vacío. En un principio aquel cielo había sido la parte más importante de ese entorno, y no se había escatimado dinero. Cielo solemne: profundo y limpio, y una absurda sombra mexicana, de color turquesa. Allí habían llevado a alguna gente para venderles aviones, reactores corporativos, cuando los reactores se encontraban aún en la fase de diseño. Allí había habido una pista de aterrizaje con base de hormigón, pero Zona la había reducido hasta ubicarla en una cañada, y había trazado planos encima de ella. El color local en su totalidad era obra de Zona: los fuegos de cocina y las piscinas vacías y las paredes derrumbadas. Ella había importado archivos de paisajes, tal vez incluso material real que conocía de haberlo visto en algún sitio de México.

-¿Zona?

Algo traqueteó en la altura más próxima; un ruido como de pequeños guijarros sobre una superficie de metal.

-No ocurre nada. Uno de los lagartos. Ella no está aquí ahora.

Se oyó el chasquido de una rama. Más cerca.

-Deja de fastidiar, Zona.

Y Chia cortó la conexión.

El pez de esquema binario nadaba de acá para allá.

Aquello había sido horrible, aunque Chia no sabía muy bien por qué. Aún lo era, en cierto modo. Miró la puerta del dormitorio y se descubrió preguntándose qué encontraría allí si se decidía a entrar. La cama, el cartel de *Lo Rez Skyline*, el agente de Lo saludándola en un estilo descuidadamente amistoso. Pero ¿y si encontraba alguna otra cosa, algo que la estuviera esperando? Aún podía oír el traqueteo en lo alto de la colina. ¿Y si buscaba la puerta tridimensional en el sitio donde tendría que estar la habitación de su madre? ¿Qué ocurriría si la abría y aquélla fuera esa habitación, y allí estuviera esperando, no su madre, sino algo diferente?

Chia se acercó, eso fue todo. Vio su montón de álbumes de Lo/Rez junto a una caja de almuerzo litografiada y una Venecia virtual. Ahora hasta podría contar con el Maestro de Música. Abrió y contempló la Piazza que se descomprimía como si fuera un libro

plegable increíblemente intrincado, con fachadas y columnatas alrededor, una hora antes del amanecer de un día de invierno como luz de fondo.

Alejándose del agua, donde las proas de las góndolas negras se movían como marcas de un perdido sistema de notación musical, Chia levantó el dedo y disparó sobre el laberinto, pensando que el sitio había sido tan extraño, a su manera, como la Ciudad Amurallada de Masahiko. Y en cualquier caso, ¿para qué se suponía que servía todo aquello?

Y sólo al atravesar el tercer puente se dio cuenta de que él no estaba allí.

-¡Eh!

Chia se detuvo. Un escaparate exhibía máscaras de carnaval, realmente antiguas. Piel negra con narices como penes, orificios vacíos en lugar de ojos. Un espejo adornado con crespones amarillentos.

Examinó el Sandbenders para cerciorarse de que no lo había desconectado. Efectivamente, no.

Cerró los ojos y contó hasta tres. Imaginó sentir el suelo alfombrado del Hotel Di. Abrió los ojos.

Al final de la estrecha callejuela veneciana, después de escaleras de mosaicos, donde se abría a una pequeña piazza, una figura poco conocida se alzaba junto a la fuente central.

Chia se quitó los anteojos sin molestarse en cerrar la Venecia virtual.

Masahiko estaba sentado delante de ella, las piernas cruzadas, las tazas negras sobre los ojos. Movía los labios, en silencio, y las manos, por encima de las rodillas, con los pulsadores negros, seguían en el aire la pista de diminutos esquemas digitales.

Maryalice estaba sentada sobre la cama rosada con un cigarrillo aún no encendido en la boca. En la mano tenía una pequeña pistola cuadrada de color

gris, y Chia observó que el rojo reciente de las uñas contrastaba con *el* plástico nacarado del mango.

-Empezamos de nuevo -dijo Maryalice señalando el cigarrillo. Apretó el gatillo, haciendo que de la boca del cañón saltara una pequeña llama dorada-. Tokio. Te lo digo. Funciona siempre.

Comment [CM1]: aui

27. Esa cosa física

Laney estaba en Hombres frente a un urinario de goma negra cuando vio a un ruso que se peinaba delante del espejo.

Al menos parecía goma negra, con unos bordes flexibles. Evidentemente, ellos se encargaban de los trabajos de fontanería, pero Laney se preguntó qué dirían si alguien quería hacer su propia contribución a la Gruta. En el camino hasta allí había observado que uno de los bares estaba rematado en lo alto con una pieza de un material verdoso y translúcido, iluminada desde abajo, y había deseado que no hubieran hecho aquello con lo que habían arrancado del hueco de la escalera.

El banquete había terminado, y era probable que Laney hubiese bebido demasiado sake. Él, Arleigh y Yamazaki habían observado cómo Rez recibía a la nueva versión de la idoru, a la que Willyjude vio como un gran termo plateado. Y Blackwell se tenía que ir acostumbrado a la idea, pues Laney intuía que el guardaespaldas no se había enterado de que ella había estado allí; al menos hasta que se acercó y Rez se lo dijo.

Arleigh había estado hablando con Lo durante la mayor parte del banquete, especialmente sobre bienes raíces. Las diferentes propiedades que poseía en

todo el mundo. Laney había escuchado la mayoría de las ideas de Yamazaki sobre el club de fans adolescentes, y realmente ahí algo se podría hacer, pero primero tenían que explorar el terreno. Blackwell no había hablado con nadie, bebiendo cerveza en lugar de discutir y engullendo como si intentara taponar algo, un agujero en el sistema de seguridad que podía eliminar si lo rellenaba metódicamente con suficiente sashimi. El australiano era todo un artista con los palillos; tuve la impresión de que era capaz de meterte uno en el ojo a cincuenta pasos. Pero el principal espectáculo había sido protagonizado por Rez y la idoru, y en menor medida por Kuwayama, que había conversado largamente con los dos. El otro, Ozaki, parecía ser el individuo que llevaban a todas partes por si hubiera que cambiar las baterías del termo plateado. Y Willyjude era bastante amable, pero con la mínima implicación posible.

Se suponía que la técnica era una buena ayuda para enterarse de los chismes que circulaban en una empresa, y Laney había hecho algunos intentos en esa dirección, pero Ozaki no había dicho más que lo debido. Ycomo Laney no podía ver a Rei Toei sin empezar a deslizarse hacia el modo nodal, había tenido que llevar a cabo sus escuchas nocturnas con los programas visuales de que disponía. Arleigh servía para eso. En la línea de la mandíbula de Arleigh había algo que a Laney le agradaba de manera especial, y recurría a ella con frecuencia.

Laney se subió la cremallera y fue a lavarse las manos; el lavabo estaba hecho del mismo material negro, aparentemente flexible, y observó que el ruso aún seguía peinándose. Laney no tenía manera de saber si el hombre era ruso o no, pero lo pensó por las botas de paracaidista, negras con costuras blancas,

los pantalones con la franja de seda negra en el costado y la chaqueta de piel blanca. O era ruso o tenía alguno de esos empleos que dependían enteramente del Kombinat, la organización mutante de carácter mañoso.

El ruso se peinaba con una concentración tan absoluta que hizo pensar a Laney en una mosca que se estuviera acicalando con las patas delanteras. Era muy alto, y tenía un cráneo voluminoso

que parecía alzarse claramente por encima de las cejas y se estrechaba arriba. A pesar de toda la atención dispensada al peinado, el hombre no tenía realmente mucho pelo, en cualquier caso no en la parte superior, y Laney pensó que aquellos individuos eran los más idóneos para implantes. Rydell le había dicho que había tipos del Kombinat por todo Tokio. Él había visto un documental donde se explicaba que eran tan singular y surrealmente brutales que nadie quería mezclarse con ellos. Luego había empezado a hablarle de dos rusos, agentes de San Francisco, con los que había contactado, pero Laney se había citado con Rice Daniels y un artista del maquillaje, y nunca pudo oír el fin de la historia.

Laney comprobó que no tenía ningún resto de comida en los dientes.

Cuando salió, el ruso aún seguía peinándose.

Vio a Yamazaki parpadeando y como perdido. -Ha vuelto.

-¿Quién ha vuelto?

-Está en las letrinas.

-¿Letrinas?

-Hombres. Los urinarios.

-Lo estuve buscando.

-Y me encontró.

-Mientras comíamos observé que evitaba mirar directamente a la idoru.

-Cierto.

-Sospecho que esa densidad de información es suficiente para un tratamiento nodal...

-Lo ha comprendido.

Yamazaki movió la cabeza. -¡Ah! Pero eso no ocurriría con uno de los vídeos de ella, ni siquiera con una actuación «en directo».

-¿Y por qué no? -Laney había retrocedido hacia la mesa.

-Ancho de banda -dijo Yamazaki-. La versión de esta noche es un prototipo del ancho de banda.

-¿Estamos compensados para una prueba beta?

-¿Puede describir, por favor, la naturaleza de una aprehensión nodal?

-Es algo así como una serie de recuerdos -dijo Laney-, o como recortes de una película. Pero el batería dijo algo que me hizo pensar que sólo estábamos viendo el último vídeo de ella.

Alguien empujó a Laney por detrás e hizo que chocara con la mesa más próxima, rompiendo un vaso. Sintió que el cristal se quebraba bajo su cuerpo y de pronto se encontró mirando hacia abajo, durante un segundo, el tirante de látex gris de una mujer que se puso a gritar explosivamente ya antes de que la mesa cediera. Algo, probablemente la rodilla de la mujer, le golpeó con fuerza un lado de la cabeza.

Laney consiguió ponerse de rodillas, sujetándose la cabeza con las manos, y de pronto recordó un experimento que habían hecho en Gainesville, en la clase de ciencia. Tensión superficial. Vertías pimienta en polvo sobre un vaso con agua. Acercabas la punta de una aguja a la película de pimienta y veías que ésta se adhería a la aguja y luego saltaba desde la aguja a la superficie del agua como una criatura viva. Eso ocurría ahora allí, mientras a él le zumbaba la cabeza,

sólo que ahora la pimienta era la multitud de Western World, y él sabía que la aguja tenía que apuntar a la mesa de Rez.

La parte posterior de una chaqueta de piel blanca... Pero entonces vio que el tanque Sherman,

sin amarras, venía rodando hacia él, enorme e ingrávido, sobre los hombros de la multitud, que retrocedía horrorizada; y las luces se apagaron.

La multitud había estado gritando, pero en la oscuridad el tumulto fue ensordecedor. Laney tuvo que taparse los oídos. O intentarlo, pues alguien tropezó entonces con él. Laney se echó hacia atrás, encogiendo el cuerpo en un nudo fetal y protegiéndose la nuca con las manos.

-¡Eh! -dijo una voz, muy cerca de él-. Ponte en pie. Date prisa. -Era Willy Jude.- Puedo ver. -Le sujetó la muñeca.- Me han tratado con infrarrojos.

Laney permitió que el batería lo ayudara a ponerse de pie.

-¿Qué hay? ¿Qué ocurre?

-No sé, pero ven. Será peor... -Como a una señal, un chillido terrible de dolor animal recorrió la multitud.

-Blackwell apresó a uno -dijo Willy Jude, y Laney sintió que la mano del batería lo sujetaba por el cinturón. Mientras tiraba de él, tropezó. Alguien chocó con él, gritó en japonés. Laney mantuvo las manos en alto intentando protegerse la cara y se dejó llevar por el batería.

De repente se encontraron en un rincón o hueco de relativa calma.

-¿Dónde estamos? -preguntó Laney.

-Por aquí... -Algo golpeó a Laney a la altura de las piernas.- Un taburete -dijo Willy Jude-. Lo siento. -El cristal crujió bajo los pies de Laney.

Una curva de luz verdosa, suspendida en la oscuridad. Unos cuantos escalones más y vio la Gruta. Willy Jude lo soltó. -Aquí puedes ver, ¿no es así? Esa materia bioluminiscente...

-Sí -dijo Laney-. Gracias.

-Mis gafas no la registran. Recibo infrarrojos de los cuerpos calientes, pero no puedo encontrar los escalones. Ayúdame a bajar. -Willy Jude tomó la mano de Laney. Empezaron a bajar la escalera. Un trío de japonesas, vestidas de negro, pasó junto a ellos; dejaron un zapato de tacón alto en la escalera y desaparecieron en el rellano. Laney dio una patada al zapato para apartarlo del camino de Willy Jude y siguió descendiendo.

Cuando al fin pisaron el rellano, Arleigh estaba allí, con una botella verde de champán encima del hombro. En una comisura de la boca, una mancha de sangre, más oscura que la pintura de los labios. Cuando vio a Laney, bajó la botella.

-¿Dónde estabas? -dijo Arleigh. ″

-En los urinarios -dijo Laney.

-Te perdiste el espectáculo.

-¿Qué ocurrió?

-Maldita sea -dijo ella-, mi chaqueta está allí.

-Muévete, adelante, adelante -dijo Willy Jude.

Más escalones, más rellanos, las paredes onduladas de la Gruta se transformaron en hormigón. La multitud seguía precipitándose hacia abajo, pasando junto a ellos, grupos y gente sola, bajando las escaleras demasiado deprisa. Laney se frotó las costillas, donde se había lastimado con el vaso. Le dolía, pero no tenía heridas en la piel.

-Parecían gente del Kombinat -comentó Arleigh-. Unos tipos grandes y repulsivos, mal vestidos. No podría decir si buscaban a Rez o a la idoru. Como si pensaran que podían presentarse allí y hacerlo.

-¿Hacer qué?

-No sé -dijo ella-. Kuwayama tenía al menos una docena de agentes de seguridad en las dos

mesas más próximas. Y es probable que Blackwell rece antes de irse a dormir por presenciar todas las noches una escena semejante. Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, y en ese momento las luces se apagaron.

-Los puso fuera de combate -dijo Willy Jude-. Él puede ver en la oscuridad mejor que yo con estos infrarrojos. No sé cómo lo consigue.

-¿Cómo pudiste salir? -preguntó Laney a Arleigh.

-Luz de flash. En mi bolso.

-Laney...

Miró atrás para ver a Yamazaki, una manga de la chaqueta de cuadros verde fuera del hombro, las gafas sin una lente. Arleigh había sacado un teléfono de su bolso y estaba renegando en voz baja mientras trataba de hacer que funcionara.

Yamazaki los alcanzó en el rellano siguiente. Los cuatro siguieron bajando juntos, Laney todavía aferrado a la mano del batería ciego.

Cuando llegaron a la calle la sombría pandilla que vigilaba la puerta no estaba en ninguna parte. Un policía con una gorra enfundada en plástico hablaba frenéticamente pegando la boca a un micrófono que llevaba en la solapa del gabán. Mientras hablaba, se movía describiendo círculos precisos y gesticulando ostentosamente con un bastón blanco pero sin apuntar a nada. Sirenas extrañas y discrepantes empezaron a converger sobre el Western World, y Laney creyó oír un helicóptero.

Willy Jude soltó la mano de Laney y ajustó los anteojos al nivel lumínico de la calle.

-¿Dónde está mi coche?

Arleigh redujo el volumen del teléfono, que al parecer ahora funcionaba. -Es mejor que vengas con nosotros, Willy. Ahí llega una unidad táctica...

-Nada de eso -dijo Rez, y Laney se volvió para ver al cantante, que ahora salía del Western World y se sacudía una mota blanca de la chaqueta negra-. Esa cosa física. Hemos estado tanto tiempo en el plano virtual que lo hemos olvidado, ¿no es así? ¿Eres tú Leyner? -dijo extendiendo la mano.

-Laney -dijo Laney, y en ese mismo momento la furgoneta verde de Arleigh se detuvo junto a ellos.

28. Cuestión de crédito

Maryalice abrió un cajón de frente curvo en la cabecera de la cama de color rosa. Ahora vestía un traje negro, chaqueta y falda, con grandes rosas de lentejuelas en las solapas estilo Ashleigh Modine Cárter. Sacó un pequeño plato de cristal azul y lo colocó sobre su rodilla.

-Detesto estos sitios -dijo-. Hay muchas maneras de conseguir que el sexo sea repugnante, pero es raro que parezca tan ridículo. -Golpeó la punta gris del cigarrillo haciendo que cayera en el platito azul.-En cualquier caso, ¿cuántos años tienes?

-Catorce -dijo Chia.

-Más o menos lo que yo les dije. Tienes catorce, quince, eso es un hecho, y tú no podías localizarme. Yo sí te podía localizar, ¿verdad? Me tocabajugar a mí. Te engañé. Pero ellos no me creen. Dicen que eres una especie de operadora, dicen que soy simplemente una estúpida, dicen que el Rez ese te envió a SeaTac para que recogieras el aparato. Dicen que eres parte de una organización y yo estoy loca al creer que una criatura podría hacerlo. -Maryalice chupó el cigarrillo, entornando los ojos.- ¿Dónde está? -Miró la bolsa de Chia, abierta sobre la alfombra blanca.- ¿Ahí?

-No se me ocurrió llevármelo. No sabía que estaba ahí.

-Lo sé -dijo Maryalice-. Es lo que yo les dije. Pensé recogerlo en el club.

-No entiendo nada -dijo Chia-. Simplemente me da miedo.

-A veces llevo algo a Eddie. Para regalar en las fiestas del club. Es ilegal, pero no hasta ese punto, ya sabes. En realidad no era droga dura. Pero esta vez él hizo algo más, algo con los rusos, y a mí no me gustaba. Eso es lo que me da miedo, esa cosa. Parece que estuviese viva.

-¿Qué cosa?

-Ésa. Ensambladores, así los llaman.

Chia miró la bolsa. -¿Lo que está en mi bolsa es un ensamblador nanotecno?

-Algo así. Una especie de huevo, o una pequeña fábrica. Los enchufas a una programadora y empiezan a construirse a sí mismos a partir de lo que tienen a mano. Ycuando son bastantes, empiezan a construir cualquier cosa que se te ocurra. Hay una especie de ley que prohibe vender ese material al Kombinat, de modo que ellos quieren tenerlo a toda costa. Pero Eddie encontró una solución. Me reuní con esos dos repelentes tipos alemanes en SeaTac Hyatt. Llegaron allí en avión desde no sé dónde, imaginé que podía ser África. -Maryalice aplastó en el platito azul la punta encendida del cigarrillo, haciendo que oliera todavía peor.- No querían dármelo, porque esperaban a Eddie. Llamadas y más llamadas, de aquí para allá y de allá para acá. Finalmente me lo entregaron. Yo quería guardarlo en la maleta con las demás cosas, pero me puse nerviosa. Me hacía sentir ganas de automedicarme. -Echó una mirada a la habitación. Puso el platito azul con el cigarrillo aplastado en una mesa cuadrada de color negro; manipuló algo y abrió la parte de delante. Era una refrigeradora llena de

pequeñas botellas. Maryalice se agachó y husmeó dentro. El encendedor que parecía una pistola resbaló y cayó de la cama.- No es tequila -dijo Maryalice-. ¿Me podrías decir por qué

alguien iba a llamar a un vodka «El salmón que vuelve»? -Al mismo tiempo apartó una pequeña botella cuadrada con un pez en el costado.- En cualquier caso, sería un japonés. -Miró el encendedor.- De la misma manera que un ruso podría hacer un encendedor que pareciera una pistola.

Chia vio que Maryalice ya no llevaba los postizos. -Cuando los agentes tomaron las muestras de ADN en SeaTac -dijo Chia-, tú metiste en el aparato unas puntas de tus postizos...

Marvalice rompió el precinto de la pequeña botella, la abrió y la vació de un trago.

-Aquellos postizos eran en realidad de mi propio pelo -dijo-. Me crecieron mientras hacía una especie de dieta de salud, ¿comprendes? Cuando toman muestras de cabellos y las transforman. Algunos de esos cambios se mantienen mucho tiempo en el pelo.

Maryalice dejó la botella vacía junto al platito azul. -¿Qué hace ése? -preguntó señalando a Masahiko.

-Está conectando -dijo Chia, incapaz de pensar en ese momento en una manera de explicar lo que era la Ciudad Amurallada.

-Lo sé. Tú has venido hasta aquí para localizar esos sitios, ¿no es así?

-Pero, en cualquier caso, nos encontraste.

-Contacté con una compañía de taxis. Pensé que valía la pena intentarlo. Pero los rusos también lo pensarán, si es que ya no lo han hecho.

-¿Y cómo vas a entrar? Todo está bloqueado.

-Tengo un método para moverse en esos sitios, querida. Y lo conozco muy bien.

Masahiko se quitó las tazas negras que le cubrían los ojos, vio a Maryalice, miró abajo, las tazas, y por último a Chia.

-Maryalice -dijo Chia.

Chico Gomi se presentaba como una copia en tamaño natural de sí mismo, con grandes ojos y el cabello aún más alto.

-¿Quién se bebió el vodka? -preguntó.

-Maryalice -dijo Chia.

-¿Quién es Maryalice?

-Está en la habitación del hotel -dijo Chia.

-Eso ha sido el equivalente de veinte minutos de conexión -dijo Chico Gomi-. ¿Cómo puede haber alguien en tu habitación del Hotel Di?

-Es complicado -dijo Chia. Estaban de nuevo en la habitación de Masahiko en la Ciudad Amurallada. Acababan de restablecer la conexión, ninguno de los laberintos era como la primera vez. Un icono le recordó que había dejado abierta la Venecia virtual, pero ya era demasiado tarde. Quizá una vez que se llegaba ahí resultaba más fácil retroceder. Pero Masahiko había dicho que tenían que hacerlo, rápido, pues había problemas. Maryalice había dicho que no le importaba, pero a Chia no le gustó nada que Maryalice estuviera con ellos en la habitación mientras estaban conectando.

-Tu tarjeta sirve para otros veintiséis minutos -dijo Chico Gomi-. A menos que tu amiga utilice de nuevo el minibar. ¿Tienes una cuenta en Seattle?

-Yo, no -dijo Chia-, sólo mi madre...

-Ya lo hemos comprobado -dijo Masahiko-. El crédito de tu madre no cubriría el alquiler del cuarto más los gastos de conexión. Tu padre...

-¿Mi *padre?*

-Tiene una cuenta de gastos en la firma de Singapur para la que trabaja, un banco mercantil.

-¿Cómo lo sabes?

Chico Gomi se encogió de hombros. -La Ciudad Amurallada. Hemos averiguado algunas cosas. Aquí hay gente que sabe.

-No puedes entrar en la cuenta de mi padre -dijo Chia-. La necesita para trabajar.

-Quedan veinticinco minutos -dijo Masahiko.

Chia se quitó los anteojos. Maryalice se dispuso a sacar otra botellita de la pequeña refrigeradora. -¡No la abras!

Maryalice emitió un pequeño chillido de culpa y soltó la botella.

-Bueno, sólo unas galletas de arroz -dijo.

-Nada -dijo Chia-. ¡Es demasiado caro! ¡Nos estamos quedando sin dinero!

-¡Oh! -dijo Maryalice, parpadeando-. Cierto. Yo no tengo ni un centavo. Eddie me anuló las tarjetas, y seguro que tan pronto como utilice una sabrá exactamente dónde estoy.

Masahiko habló con Chia sin quitarse las gafas. -La cuenta de gastos de tu padre está en línea...

Maryalice sonrió. -Cosa que nos gusta oír, ¿verdad?

Chia se quitó los pulsadores. -Tú tendrás que llevársela -le dijo a Maryalice-, me refiero a esa cosa, nano... Te la voy a entregar, se la llevas, se la das y le dices que todo fue un error. -Se apoyó con las manos y las rodillas en el suelo; allí estaba la bolsa abierta. Hurgó dentro, encontró lo que buscaba, se lo mostró a Maryalice en lo que quedaba de la bolsa azul y amarilla de la tienda de SeaTac. El plástico gris oscuro y las hileras de pequeños orificios hacían que recordara un deformado molinillo de pimienta.-Tómalo. Explícales. Diles que todo fue simplemente una equivocación.

Maryalice sintió miedo. -Déjalo ahí, ¿de acuerdo? -Tragó saliva.- Mira, el problema no es si ha habido o no una equivocación. El problema es que ahora nos van a matar, porque lo sabemos. Y Eddie lo permitirá. Porque tiene que hacerlo. Y porque está cansado de mí, ese enano desagradecido, mugriento y degenerado... -Maryalice sacudió tristemente la cabeza.- Nuestra relación ha terminado, si quieres saberlo.

-Hemos accedido a la cuenta -le dijo Masahiko-. Quédate ahora con nosotros, por favor. Tienes otra visita.

29. El lado malo de ella

La furgoneta de Arleigh olía a monómeros de cadena larga y a electrónica caliente. Los asientos traseros habían sido eliminados para dejar sitio a una colección de consolas negras, cableadas entre sí y calzadas con material de relleno.

Rez se sentó delante, junto al conductor, el californiano-japonés de Akihabara con cola de caballo. Laney estaba frente a la consola, entre Arleigh y Yamazaki, con Willy Jude y el técnico pelirrojo detrás de ellos. A Laney le dolían las costillas, exactamente donde se había golpeado con la mesa, y la cosa parecía empeorar Había comprobado que la punta de su calcetín izquierdo estaba manchada de sangre, pero no sabía a ciencia cierta de dónde procedía e incluso si era suya.

Arleigh tenía el teléfono pegado al oído. -Opción ocho -dijo, evidentemente al conductor, que pulsó el botón junto al panel de mando. Laney vio desfilar fugazmente por la pantalla segmentos de la retícula de Tokio-. Vamos a llevar a Rez con nosotros.

-Llevadme al Imperial -dijo Rez.

-Blackwell manda -dijo Arleigh.

-Déjame hablar con él. -Rez se estiró hacia atrás para acercarse al teléfono.

Giraron a la izquierda y entraron en una calle más

ancha; las luces iluminaron un pequeño grupo que se alejaba a toda prisa del Western World, todos intentando hacer ver que pasaban por allí casualmente, dando un paseo. La zona era indefinida y en líneas generales urbana, y descontados los transeúntes de paso rápido, estaba desierta.

-Keithy -dijo Rez-, quiero volver al hotel. -La terrible luz blanca del helicóptero de la policía pasó por encima de ellos, poniendo en fuga sobre el pavimento unas sombras negras como el carbón. Rez estaba pendiente del teléfono. Dejaron atrás un furgón de comida rápida: un interior fantasmal detrás de cortinas de plástico amarillento. En una pequeña pantalla detrás del mostrador titilaban unas imágenes. Arleigh apartó la rodilla de Laney y apuntó por encima de los hombros de Rez. Tres carros blindados blancos atravesaron rápidamente una bocacalle, las luces azules parpadeando en tórretas rectangulares, y desaparecieron sin hacer ruido. Rez se volvió, pasándole el teléfono a Arleigh.- Keithy está siendo su otro yo. Quiere que vaya a tu hotel y lo espere.

Arleigh tomó el teléfono. -¿Sabe él lo que ocurrió? -¿Los cazadores de autógrafos? -Rez empezó a volverse en el asiento.

-¿Qué le ocurrió a la idoru? -preguntó Laney. Rez lo miró de soslayo. -Si secuestrarais esa nueva plataforma, y yo pensé que era maravillosa, ¿qué tendríais exactamente? -No sé.

-La única realidad de Rei es el ámbito de una creación serial continua -dijo Rez-. Todo *proceso:* infinitamente más que la suma combinada de varias idorus. Las plataformas se hunden debajo de ella, una detrás de otra, y ella se hace más densa y compleja... -Los ojos verdes rasgados parecían volverse más soñadores

a la luz de las fachadas que desfilaban delante de ellos, y entonces el cantante miró afuera.

Laney observó cómo Arleigh se tocaba la comisura agrietada de la boca con una gasa.

-Laney... -Yamazaki, un susurro. Le puso algo en la mano. Unos fonoculares con cables.- Tenemos una base de datos global que controla la actividad de los fans..-.

Le dolían las costillas. ¿Le sangraba la pierna?

-Más tarde, ¿de acuerdo?

La suite de Arleigh era al menos dos veces más grande que la habitación de Laney. Había una sala muy pequeña, separada del baño con puertas francesas de color dorado. Las cuatro sillas de la sala tenían respaldos estrechos y altos, todos rematados por una reproducción en acero del Sombrero del Elfo Malvado. Las sillas eran asombrosamente incómodas; Laney estaba sentado en una de ellas, encorvado hacia adelante, con considerable dolor, las manos en las costillas magulladas. La sangre del calcetín era de él, de una zona pelada de la espinilla izquierda. Se la había cubierto con microporo en el cuarto de baño de Arleigh. Después de dudar de que allí hubiera algo que le aliviara las costillas, se preguntó si podría ayudarlo algún tipo de vendaje elástico.

Yamazaki estaba sentado en la silla de la derecha, reajustándose la manga de la chaqueta con imperdibles dorados, extraídos del costurero de emergencia, en el Sombrero del Elfo Malvado. Laney nunca había visto que alguien utilizara el costurero de emergencia de la habitación de un hotel. Yamazaki se había quitado las gafas maltrechas y ahora estaba trabajando con la chaqueta muy cerca de la cara. Esto lo hacía parecer más viejo, y en cierto modo más sosegado. A la derecha de Yamazaki, el técnico pelirrojo, que se llamaba Shannon, estaba sentado muy erguido y leyendo una revista de diseño.

Rez estaba arrellanado en la cama, apoyado en todos los cojines disponibles, y Willy Jude, sentado a los pies de Rez, exploraba canales con varias unidades de vídeo. Al parecer, el pánico en el Western World aún no era noticia, aunque el batería decía que había captado una alusión tangencial en uno de los canales asociados.

Arleigh estaba de pie, junto a la ventana, apretándose un cubito de hielo, envuelto en un paño, sobre la boca hinchada.

-¿Te dijo más o menos cuándo iba a presentarse? -preguntó Rez desde la cama.

-No -dijo Arleigh-, pero dejó claro que quería que lo esperaras.

Rez suspiró.

-Deja que la gente cuide de ti -dijo Willyjude-. Para eso le pagan.

Laney suponía que todos allí debían esperar, junto con Rez, a que llegara Blackwell. Decidió volver a su habitación. Todo lo que podían hacer era detenerlo.

Blackwell abrió la puerta desde el corredor y se metió en el bolsillo un objeto negro que no parecía una llave de hotel. Tenía en la mejilla derecha una minúscula X de microporo y apoyaba la mano en el mentón.

-Buenas noches, Keithy -dijo Rez.

-Realmente no tienes por qué desmarcarte -dijo el guardaespaldas-. Esos rusos son una banda peligrosa. Hacen pruebas en serie. Si te cazan no las harán contigo. En absoluto. No te gustaría.

-¿Kuwayama y la plataforma?

-Tengo que decírtelo, Rez. -Blackwell se irguió a los pies de la cama.- Te he visto salir con mujeres que

no valdrían para mí ni una pelea de mierda en la oscuridad de la noche, pero ellas eran al menos seres humanos. ¿Oyes lo que *te* digo?

-Sí, Keithy -dijo el cantante-. Sé lo que sientes por ella. Pero te recuperarás. Las cosas son

así, Keithy. El nuevo estilo. El nuevo mundo.

-Yo no sé nada de eso. Mi viejo padre era pintor y vivía en un muelle. Cuando se descubrió mi delito, quedó destrozado. Murió antes de que me sacaran de la División B. Le habría gustado ver que yo me hacía responsable, Rez. Por ti. Por tu seguridad. Pero ahora no sé. Tal vez no le impresionaría tanto. Tal vez me diría que soy un tonto por tener una idea exagerada de él.

Rez se levantó de la cama rápidamente, sorprendiendo a Laney con una gracia de actor, y casi enseguida estaba delante de Blackwell, poniéndole las manos sobre los hombros enormes.

-Pero tú no piensas eso, ¿verdad, Keithy? No lo pensabas en Pentridge. No lo pensabas cuando viniste a buscarme. Y tampoco cuando yo volví a buscarte.

Los ojos de Blackwell brillaron. Iba a decir algo, pero Yamazaki se enderezó de pronto y se puso la chaqueta de sport verde. Estiró el cuello, examinando de cerca los imperdibles que había utilizado para repararla. De repente pareció darse cuenta de que en la suite todos estaban mirándolo. Tosió nerviosamente y volvió a sentarse.

Todos callaron. -Yo estaba fuera de juego -dijo Blackwell, rompiendo el silencio.

Rez palmeó en el hombro a Blackwell.

-Fatigado, lo sé. -Rez sonrió.- ¿Kuwayama? ¿La plataforma?

-¿Tenía allí su propio equipo?

-¿Y nuestros matones?

-Eso es un poco extraño -dijo Blackwell-. El Kombinat, Rez. Dicen que les hemos robado algo. O al menos eso es lo que me dijeron.

Rez parecía desconcertado, pero intentó olvidar todo el asunto. -Llévame al hotel -dijo.

Blackwell miró su enorme reloj de acero. -Todavía estamos limpiando, allí. Otros veinte minutos y lo comprobaré.

Laney lo tomó como una oportunidad; se puso de pie y tras pasai por delante de Blackwell fue hacia la puerta. -Voy a tomar una ducha caliente -dijo-. Me golpeé en las costillas allí arriba. -Nadie dijo nada.- Llamad si me necesitáis. -Abrió la puerta, salió, cerró detrás de él y se encaminó cojeando a lo que esperaba fuera un ascensor.

Así fue. Una vez dentro, se apoyó en la pared cubierta de espejos y pulsó el botón.

Se oyó algo en un tono sosegado, japonés. La puerta se cerró. Laney entornó los ojos. Los abrió, se abrió la puerta. Dio los primeros pasos en una dirección equivocada. Luego buscó la cartera donde había puesto la llave. Seguía allí. Baño, ducha caliente, estos conceptos se hacían más abstractos a medida que se acercaba a la habitación. Dormir. Eso era. Desnudarse y echarse y no ser consciente.

Metió la llave en la cerradura. Nada. Otra vez. Clic. Kathy Torrance, sentada en el borde de la cama. Le sonrió. Señaló las figuras móviles de la pantalla. Una de ellas era Laney, desnudo, con una erección voluminosa que no recordaba haber tenido nunca.

La chica le pareció vagamente conocida, pero fuese quien fuese él no recordaba haberlo hecho con ella. -No te quedes ahí -dijo Kathy-. Tienes que ver esto. -Ése no soy yo -dijo Laney.

-Lo sé -respondió ella, regocijada-. Demasiado grande. Y me gustaría ver cómo lo haces.

30. El etrusco

Chia se puso de nuevo los pulsadores, se ajustó los anteojos y dejó que Masahiko la llevara a su habitación. La misma transición instantánea, el icono de la Venecia virtual iluminado... Chico Gomi estaba allí, y alguien más, aunque al principio Chia no pudo verlo. Ese vaso de cristal sobre la superficie de trabajo que no estaba ahí antes, proyectado con una resolución más alta que el resto: una mancha sucia, de contorno irregular, incrustada en el suelo.

-Esa mujer... -empezó a decir Chico Gomi, pero alguien tosió. Un extraño traqueteo seco.

-Eres una chica interesante -dijo una voz diferente de todas las que Chia había oído hasta entonces, como un ronquido atenuado, fantasmal, compuesto quizá con un repertorio de sonidos secos, débiles, combinados al azar. Una vocal larga podía sonar como alambres al viento, y el clic de una consonante como el chasquido de una hoja seca al golpear contra una ventana-. Mujer joven -dijo la voz nuevamente, y entonces ocurrió algo indescriptible, que quizá pretendía

ser risa.

-Ése es el etrusco -dijo Masahiko-, El etrusco accedió para nosotros a la cuenta de gastos de tu padre. Es muy habilidoso...

Algo apareció durante un segundo. Como una calavera. Por encima del vaso sucio. La boca estirada y petulante. -Una nadería, de verdad...

Chia se dijo que todo era una presentación. Como cuando presentaba Zona: no podías enfocarla. Esto era algo similar, sólo que excesivo. Y con mucho trabajo metido en el audio. Pero a ella no le gustaba.

-¿Me trajiste aquí para que lo conociera? -preguntó a Masahiko.

-Oh, no -dijo el etrusco, *el* «Oh» como una coral polifónica-, sólo pretendía echar un vistazo, encanto? -Otra vez la cosa que parecía una risa.

-La mujer -dijo Chico Gomi-. ¿Preparaste una entrevista con ella en el Hotel Di?

-No -dijo Chia-. Ella inspeccionó todos los taxis, o sea que no eres tan listo como crees.

-Bien dicho. -«Dicho» sonó como un guijarro que cae en una fuente seca de mármol. Chia enfocó el vaso. Un enorme ciempiés yacía enroscado en el fondo, con color de cutícula muerta. Chia vio que tenía unas diminutas manos rosadas...

El vaso desapareció.

-Lo siento -dijo Masahiko-. Él sólo quería conocerte.

-¿Quién es la mujer del Hotel Di? -dijo con voz dura Chico Gomi, aunque los ojos le parecían ahora brillantes y ávidos.

-Maryalice -dijo Chia-. Su novio tiene tratos con esos rusos. La cosa que buscaban estaba allí, en mi bolsa.

-¿Qué cosa?

-Maryalice dice que es un nanoensamblador.

-Imposible -dijo Chico Gomi.

-Díselo a los rusos.

-¿Tienes material de contrabando? ¿En tu propia habitación?

-Tengo algo que ellos quieren.

Chico Gomi hizo una mueca, y desapareció.

-¿Adonde ha ido?

-Eso cambia las cosas -dijo Masahiko-. Tú no me dijiste que tenías material de contrabando.

-¡No preguntaste! No preguntaste por qué me estaban buscando...

Masahiko se encogió de hombros, tranquilo como siempre.

-No sabíamos que estuvieran interesados en ti. El Kombinat quisiera contar con los conocimientos de alguien como el etrusco, por ejemplo. Mucha gente conoce Hak Nam, pero pocos saben cómo se entra. Reaccionamos para proteger la integridad de la ciudad.

-Pero tu ordenador está en la habitación del hotel. Ellos pueden presentarse allí y llevárselo.

-Ya no importa -dijo él-. Ya no trabajo en procesamiento. Otros hacen mis tareas. Chico Gomi quisiera sentirse seguro fuera de la red, ¿me comprendes? Las penas por posesión de contrabando son duras. Chico es especialmente vulnerable, pues trafica con equipos de segunda mano.

-No creo que en este momento tenga que preocuparte la policía. Estamos dispuestos a llamarla. Maryalice dice que esos rusos nos matarán si llegan a encontrarnos.

-Llamar a la policía no sería una buena idea. El etrusco ha accedido a la cuenta de tu padre en Singapur. Eso es un delito.

-Creo que preferiría que me detuvieran a que me mataran.

Masahiko lo pensó un momento. -Ven conmigo -dijo al fin-. Tu visitante está esperando.

-No el ciempiés -dijo Chia-. Olvídalo.

-No -dijo él-, tampoco el etrusco. Ven. Ysalieron de la habitación; atravesaron a toda prisa el laberinto de Hak Nam, subieron unas retorcidas escaleras y recorrieron pasillos, dejando atrás un mundo extraño y compacto que brillaba débilmente...

-¿Qué es este sitio? Un espacio comunitario, ¿verdad? Pero ¿por qué estás tan preocupado? ¿Por qué todo es secreto?

-La Ciudad Amurallada es de la red, pero no está en ella. Aquí no hay leyes, sólo acuerdos.

-No se puede estar en la red y *no* estar en la red -respondió Chia cuando llegaron al tramo final de las escaleras.

-Procesamiento distribuido -dijo él-. Intersticial. Todo empezó con un archivo común.

-¡Zona! -Allí, por encima del irregular paisaje de tejados, extraña y agrandada.

-No toques nada. Hay trampas. Ahora voy. -Tras presentarse de ese modo rápido, fragmentario, Zona avanzó.

A la derecha de Chia, una especie de viejo automóvil volcado sobre un montón de texturas aleatorias; en el parabrisas intacto crecía algo parecido a un árbol de Navidad. Más allá...

Chia imaginó que los tejados de la Ciudad Amurallada eran un vertedero, pero las cosas abandonadas allí eran como objetos soñados, desechables fantasías de sistema binario, formas confusas y texturas deslumbrantes, y el intento de identificarlas y descifrarlas daba una especie de vértigo. Algunas se movían.

De repente, vislumbró un movimiento en el cielo de gasolina. ¿Las criaturas aladas de Zona?

-Fui a tu local -dijo Chia-. No estabas allí, algo...

-Lo sé. ¿Lo viste? -Cuando Zona dejó atrás el árbol de Navidad, en los redondos adornos de plata había

unas negras cavidades oculares que se volvían de dos en dos para seguirla. -No. Creo que lo oí.

-No sé qué es. -La presentación de Zona fue incluso más rápida y más precipitada que de costumbre .-Vine para avisarte. Me dijeron que habías estado en mi local, y que ahora estabas aquí...

-¿Conocías este sitio?

-Alguien de aquí me ayudó a montar mi local. Es imposible venir aquí sin una invitación, ¿me comprendes? Mi nombre está en una lista. Aunque no puedo ir abajo, a la ciudad propiamente dicha, sin alguien que me acompañe.

-Zona, eso complica mi situación. Nos hemos escondido en este hotel horrible, y Maryalice está aquí, al lado...

-La puta que te convirtió en su animal de carga, ¿no? ¿Dónde dices que está?

-En una habitación de este hotel. Ella dice que rompió con el novio, y esa cosa, el nano..., es de él.

-¿El qué?

-Ella dice que es un nanoensamblador.

Las facciones de Zona Rosa se hicieron más nítidas cuando alzó las cejas espesas.

-¿Nanotecnología?

-¿Estaba en tu bolsa? -preguntó Masahiko.

-Envuelto en plástico.

-Un momento -dijo él, y desapareció.

-¿Quién está ahí? -preguntó Zona.

-Masahiko. Es hermano de Mitsuko. Vive aquí.

-¿Adonde fue?

-Volvió al hotel desde donde estamos conectando.

-Esa mierda donde estáis, qué disparate -dijo Zona.

-¡Por favor, Zona, ayúdame! ¡Creo que nunca podré volver a casa!

Masahiko reapareció, con el objeto en la mano pero sin la bolsa de la tienda. -Lo escaneé -dijo-. Identificación inmediata como módulo C-7A de programación biomolecular primaria Rodel van Erp. Es un prototipo. No estamos en condiciones de determinar la posible legalidad del caso, pero el modelo de producción, C-9E, es nanotecnología de primera clase, y está prohibido por la legislación internacional. De acuerdo con la ley japonesa, quien posea ilegalmente un dispositivo de Clase I es condenado automáticamente a cadena perpetua.

-¿Cadena perpetua? -dijo Chia.

-Lo mismo para dispositivos termonucleares -dijo Masahiko en tono conciliador-, gases venenosos y armas biológicas. -Y levantó el objeto escaneado para que Zona lo examinara.

Zona lo miró. -¡A la mierda! -dijo con un sombrío tono de respeto.

31. Cómo funcionan las cosas

-¿Ves cómo funcionan las cosas, Laney? ¿«Al final todo se sabe»? ¿«Puedes correr pero no esconderte»? ¿Conoces estos dichos, Laney? ¿Sabes que algunas cosas se convierten en clichés porque se basan en verdades? Habíame, Laney.

Laney se instaló en uno de los sillones en miniatura, cruzando los brazos sobre las costillas.

-Tienes un aspecto de mierda, Laney. ¿Dónde has estado?

-En el Western World -dijo él. No le gustaba verse haciendo esas cosas en la pantalla, pero descubrió que no podía apartar la vista. Sabía que no era él. Le habían acoplado la cara a algún otro. Pero era su cara. Recordaba haber oído algo sobre los espejos, hacía ya muchos años, que eran en cierto modo antinaturales y peligrosos.

-Así que ahora estás probando en Oriente, ¿no es así?

Kathy, pensó Laney, no sabía dónde él había estado antes ni lo que eso significaba: no habían estado observándolo.

-Ése es aquel tipo -dijo-. Aquel Hulmán del día en que nos conocimos, en nuestra entrevista. Era extra de películas porno.

-¿No crees que está siendo terriblemente duro con ella?

-¿Quién es ella, Kathy?

-Trata de recordar. Si no has olvidado a Clinton Hulmán, Laney...

Laney meneó la cabeza.

-Piensa en el actor, Laney. Piensa un momento en Alison Shires...

-La hija -dijo Laney, sin ninguna duda. -Me parece demasiado. Roza la violación, Laney. Agresión. Pienso que podríamos presentarlo como un caso de agresión.

-¿Por qué iba a hacer ella una cosa así? ¿Cómo ibas a conseguir que lo hiciera? -Laney volvió los ojos de la pantalla a Kathy.- Quiero decir a menos que sea realmente una violación.

-Oigamos la banda sonora, Laney. Observa lo que dices ahí. Indaga en el motivo... -No -dijo él-, no quiero oírlo. -Laney, durante todo el tiempo hablas del padre de ella. Quiero decir: la obsesión es una cosa, pero hablar así de él a través de un jodido cráneo blanco... Laney estuvo a punto de caerse de la silla; no encontraba los controles manuales. Los cables seguían allí. Extrajo los tres primeros. Lo consiguió con el tercero.

-¿Lo vas a poner en el tabulado de Lo/Rez, Laney? ¿Estilo de vida rock and roll? ¿No se suponía que los ibas a tirar por la ventana?

-¿De qué trata, Kathy? ¿Me lo vas a decir?

Ella *le* sonrió. Exactamente la sonrisa que él recordaba de la entrevista. -¿Puedo llamarte Colin?

-Kathy, que te jodan.

Ella rió. -Pudimos llegar a un acuerdo, Laney.

-¿Qué quieres decir?

-Piénsalo como si fuera una entrevista profesional. -Tengo trabajo.

-Te estamos ofreciendo otro, Laney. Puedes hacerlo sin que nadie se entere.

Laney se acomodó en la silla. Dobló el cuerpo tan lentamente como pudo. El dolor le arrancó un grito apenas reprimido.

-¿Qué pasa?

-Las costillas. Me duelen. -Consiguió acomodarse de una manera que pareció aliviarlo.

-¿Te peleaste? ¿Es eso sangre?

-Fui a un club.

-Esto es Tokio, Laney. Aquí no hay peleas en los clubes.

-¿Fue en verdad cosa de ella, la hija?

-Ciertamente. Y se sentirá más que feliz cuando lo cuente en Slitscan, Laney. Inducida a aceptar juegos sexuales por un rufián obsesionado con el famoso y amante padre de ella. El padre, dicho sea de paso, ha entrado en nuestra órbita. Ahora es uno de los nuestros.

-¿Por qué? ¿Por qué iba a hacer ella una cosa así? ¿Porque él se lo pidió?

-Porque -dijo Kathy mirándolo como si pensara que tal vez también se había dañado el cerebro- es aspirante a actriz por derecho propio, Laney. -Lo miró con esperanza, como si él pudiera ponerse a procesar de inmediato.- La gran ocasión.

-¿*Y ésa* será la gran ocasión?

-Una ocasión -dijo Kathy Torrance- es una ocasión. ¿Y sabes una cosa? Me estoy preparando, me estoy preparando a fondo para darte a ti una ocasión. Ahora mismo. Y no sería la primera, ¿no es cierto?

El teléfono empezó a sonar.

-Será mejor que hables tú -dijo ella pasándole el aparato de cedro blanco.

-¿Sí?

-Aquí la base de datos de los fans. -Era Yamazaki.-Tiene que conectar conmigo ahora mismo.

-¿Dónde está?

-En el garaje del hotel. Con la furgoneta.

-Escuche, ahora tengo un problema aquí. ¿Puede esperar?

-¿Esperar? -Yamazaki parecía horrorizado. Laney miró a Kathy Torrance. Ahora vestía una prenda negra, no tan corta como para dejar el tatuaje al descubierto. Llevaba el pelo más corto.

-Conectaré tan pronto como pueda. Mantenga la línea abierta para mí. -Y colgó antes de que Yamazaki llegara a contestar. -¿Qué era eso? -Shiatsu. -Mientes.

-¿Qué quieres, Kathy? ¿Cuál es el trato? -El. Lo quiero a él. Quiero entrar. Quiero saber qué está haciendo. Quiero saber qué cree él que está haciendo, tratando de joder con una pieza de software japonés.

-Casarse -dijo Laney.

La sonrisa desapareció de la cara *de* Kathy. -No me corrijas, Laney. -Tú quieres que lo espíe. -Que investigues. -¡Cojones! -Tú lo quieres.

-Si se tratara de algo que pudiera servirte, me pedirías que me ocupara de él.

La sonrisa volvió a la cara de Kathy. -No tenemos que precipitarnos. -¿Y qué gano yo?

-Una vida. Una vida en la que no estés marcado como un vividor que se cebó en la atractiva hija de

quien lo obsesionaba. Una vida en la que no será de dominio público que pasaste por una serie de desastrosos ensayos farmacéuticos. ¿Tienes bastante?

-¿Y qué hay de ella? La hija. ¿Hace todo eso con Hulmán por nada?

-Tu llamada, Laney. Ponte a trabajar para nosotros, entrégame lo que necesito, ella es una mierda sin suerte.

-¿Tan sencillo? ¿Se conformará con eso? ¿Después de lo que tuvo que hacer?

-Si quiere conservar la esperanza de tener una carrera algún día, sí.

Laney la miró. -Yo no soy eso. Eso es una imagen. Si yo pudiera demostrar que es una imagen, te demandaría.

-¿De verdad? ¿Te lo podrías permitir? Dura años. Y aun entonces podría ser que no ganaras. Tenemos mucho dinero y mucho talento para dedicarlo a problemas como ése, Laney. Lo hacemos continuamente. -Llamaron a la puerta.- Será para mí -dijo Kathy. Se levantó, fue hacia la puerta, activó la pantalla de seguridad. Laney vio parte de la cara de un hombre. Kathy abrió la puerta. Era Rice Daniels, sin gafas de sol-. Rice está ahora con nosotros, Laney -dijo ella-. Tu colaborador ha sido una ayuda estupenda.

-¿No lo hizo Fuera de Control? -preguntó Laney a Daniels.

Daniels le mostró una hilera de dientes muy blancos. -Estoy convencido de que podríamos trabajar juntos, Laney. Espero que no cuestione lo que ha ocurrido.

-Que no cuestione... -repitió Laney.

Kathy volvió desde la puerta y le dio una tarjeta blanca con un número escrito a mano. -Llámame. Mañana antes de las nueve. Deja un mensaje. Sí o no.

-¿Me das una opción?

-Así es más divertido. Quiero que lo pienses. -Kathy se agachó y dio unos golpecitos a Laney en el cuello de la camisa, se volvió y salió. Daniels cerró la puerta detrás de ellos.

Laney siguió sentado, mirando la puerta cerrada, hasta que el teléfono empezó a sonar.

Era Yamazaki.

32. Sin invitación

-Tenemos que atacar -dijo Zona apuntando con un rápido movimiento hacia el modo de muerte de la calavera azteca. Ahora estaban con Masahiko y Chico Gomi en la habitación de Masahiko en la Ciudad Amurallada, lejos del hipnótico caos de los tejados.

-*¿Atacar?* -repitió Chico Gomi con una voz tensa, aunque los ojos le sobresalían brillantes como siempre.- ¿A quién quieres atacar?

-Encontraremos un modo de enfrentar al enemigo -dijo Zona Rosa gravemente-. La pasividad es la

muerte.

Algo que a Chia le pareció una brillante muestra de naranjada asomó debajo de la puerta de Masahiko y se deslizó sobre el pavimento, pero la cosa que era como una sombra se la zampó antes de que ella pudiera verla de cerca.

-Tú -dijo Chico Gomi a Zona Rosa- estás en la ciudad de México. ¡Nada de esto te amenaza, ni física ni legalmente!

-¿Físicamente? -dijo Zona Rosa, volviendo a una versión furiosa de la presentación anterior-. ¿Quieres *físicamente,* hijo de perra? ¡Yo te mataré físicamente! ¿Crees que no puedo hacerlo? ¿Crees que vives en Marte o algo así? ¡Me meto en una aeronave con mis chicas, te localizamos y te cortamos tus huevos japoneses! ¿Crees que no puedo hacerlo? -La navaja automática con hoja en dientes de sierra y dragones en el mango temblaba ahora delante de la cara de Chico Gomi.

-Zona, *por favor -rogó* Chia-. ¡Hasta ahora no ha hecho otra cosa que ayudarme! ¡No lo hagas!

Zona resopló. La hoja de la navaja se fue replegando hasta desaparecer. -No me provoques -dijo a Chico Gomi-. Mi amiga está atrapada en una mierda, y yo tengo un bastardo fantasma en mi página web...

-También está en el software de mi Sandbenders -dijo Chia-. Lo vi en Venecia.

-¿Lo *viste?* -El ciclo de imágenes fracturadas se aceleraró.

-Vi *algo...*

-¿Qué? ¿Qué viste?

-Vi a alguien. Junto a la fuente, al final de la calle. Podía ser una mujer. Tuve miedo. Salí de allí corriendo. Dejé mi Venecia abierta...

-Muéstramelo -dijo Zona-. Yo no pude verlo en mi pantalla. Mis lagartos tampoco, pero se pusieron nerviosos. Los pájaros empezaron a volar bajo, pero no descubrieron nada. ¡Muéstrame esa cosa!

-Pero Zona...

-¡Ahora mismo! -dijo Zona-. Es parte de la mierda en la que estás metida. Tiene que serlo.

-Dios mío -dijo Zona alzando los ojos a San Marcos-. ¿Quién escribió eso?

-Es vina ciudad de Italia -dijo Chia-. En otro tiempo fue un país. Allí se inventó la banca. Eso es San Marcos. Hay un módulo donde se puede ver lo que los venecianos hacen en Pascua, cuando el patriarca expone al público todos esos huesos y cosas, engarzados en oro, partes de santos.

Zona Rosa se santiguó. -Como en México... Allí el agua cubre la parte baja de las puertas, y las calles, ¿es agua?

-Me pareca que mucho de todo esto está ahora *bajo* el agua -dijo Chia.

-¿Por qué tan oscuro?

-Lo mantengo así... -Chia apartó los ojos, examinando las sombras de debajo de la arcada.- Esa Ciudad Amurallada, Zona, ¿qué es?

-Dicen que empezó como un archivo de muerte compartido. ¿Sabes lo que es un archivo de muerte?

-No.

-Es un término viejo. Una manera de impedir que entren ciertos mensajes. Una vez instalado el archivo, es como si esos mensajes no existieran. No llegan a ti. Eso ocurrió cuando la red era nueva, ¿comprendes?

Chia sabía que cuando nació su madre no había redes, o muy pocas, pero, como gustaban de subrayar sus maestros en la escuela, era difícil imaginar una cosa semejante. -¿Cómo pudo convertirse eso en una ciudad? ¿Y por qué está todo apretado por dentro?

-Alguien tuvo la ocurrencia de dar vuelta al archivo de dentro para fuera. No es así como ocurrió todo, ¿entiendes?, sino como se contó la historia: la gente que fundó Hak Nam estaba enojada, porque la red había sido muy libre, podías hacer lo que querías, pero entonces los gobiernos y las compañías tenían ideas diferentes de lo que uno podía y no podía hacer. Así que la gente encontró un camino para arreglar un poco las cosas. Un lugar pequeño, una pieza, como un pañuelo. Hicieron algo así como un archivo de *todo*, de todo lo que no les gustaba, y luego le dieron la vuelta. -Las manos de Zona se movían como las de un conjurador.- Y la gente llevó adelante la idea, hasta el otro lado...

-¿El otro lado de *qué?*

-Eso no es lo que la gente hizo -dijo Zona con impaciencia-, eso es la *historia*. Cómo lo hicieron, no lo sé. Eso es como lo cuentan. La gente fue allí huyendo de las leyes. Para no tener leyes, como cuando la red era nueva.

-Pero ¿por qué lo hicieron así?

-Eso lo sé -dijo Zona-. La mujer que vino a ayudarme a construir mi país me lo dijo. Cerca de un aeropuerto había un sitio, Kowloon, cuando Hong Kong no era China, pero allí se había cometido un error, hace mucho tiempo, y aquel lugar, muy pequeño, con mucha gente, aún pertenecía a China. De modo que allí no había leyes. Un lugar de proscritos. Y cada día se hacinaba más gente; se construía hacia arriba, cada vez más arriba. No había reglas, sólo edificios, sólo gente viviendo en ellos. La policía no se atrevía a entrar allí. Drogas y putas y juego. Pero también gente. Fábricas, restaurantes. Una ciudad. Sin leyes.

-¿Está ahí todavía?

-No -dijo Zona-, la derribaron antes de que todo pasara de nuevo a China. Hicieron un parque de cemento. Pero esa gente, los mismos que dicen que abrieron un agujero en la red, encontraron los datos. La historia de la red. Mapas. Imágenes. La construyeron de nuevo.

-¿Por qué?

-No me preguntes. Pregúntale a ellos. Están todos locos. -Zona estaba escaneando la Piazza.- Esta plaza me da frío... -Chia consideró la idea de ponerle el sol, pero entonces Zona señaló un punto.- ¿Quién es ése?

Chia vio que el Maestro de Música, o algo que se le parecía, venía hacia ellas desde las sombras de los arcos de piedra donde estaban los cafés, un gabán oscuro flameando y que dejaba ver un forro de pulido color plomo.

-Yo tengo un agente de software bastante parecido -dijo Chia-, pero se supone que no estará ahí a menos que yo cruce un puente. Y no pude encontrarlo cuando estuve aquí antes.

-¿No es el que viste?

-No -dijo Chia.

Un aura se erizó alrededor de Zona, que se hizo más alta cuando la espinosa nube de luz ganó en resolución. Planos móviles, superpuestos, como fantasmas de cristales rotos. Insectos iridiscentes en danza.

Cuando la figura del gabán se acercó por el suelo de mosaico, detrás de él nevaba; se veían las huellas de unos pies.

El aura de Zona se erizaba como una amenaza creciente, mientras encima de las capas quebrantadas de luz aparecía una nube de tormenta de huidiza oscuridad. Se oyó un sonido que recordó a Chia uno de aquellos detectores de errores que emitían una luz azul especialmente densa, y luego grandes alas atravesaron el aire, muy cerca: los cóndores colombianos de Zona, criaturas de los puertos de datos. Y desaparecieron. Zona soltó una catarata de palabras en español que bloqueó el sistema de traducción, una maldición larga y líquida.

Detrás de la figura del Maestro de Música, que avanzaba hacia ella, Chia vio cómo las fachadas de la gran plaza desaparecían detrás de cortinas de nieve.

Ahora la navaja de Zona parecía tener el tamaño de una sierra de cadena; la hoja dentada se movía en ondas, como si estuviera viva. Los dragones dorados del mango de plástico enroscaban las colas en la mano de Zona, a través de nubes miniaturizadas de bordado chino.

-Te voy a sacar de aquí -dijo Zona, como si saboreara cada palabra.

Chia vio que el mundo de nieve que había devorado la Venecia virtual se contraía a lo largo de la línea de huellas, y las facciones del Maestro de Música se convertían en las de Rei Toei, la idoru.

-Ya lo tienes -dijo la idoru.

33. Topología

Arleigh lo estaba esperando junto al ascensor, en el nivel quinto, el más bajo del garaje del hotel. Se había vuelto a poner las ropas de trabajo que él le conocía. A pesar del parche de microporo en el labio hinchado, los téjanos y la abultada chaqueta de nylon le daban un aire de resolución y competencia, dos cosas, pensó Laney, que quizá él nunca volvería a tener.

-Tienes un aspecto horrible -dijo ella.

Allí el techo era muy bajo y estaba recubierto con una materia pardusca y lanuda, impermeable al ruido. Unos cables bioluminescentes bajaban del techo, y el olor azucarado de la gasolina pesaba en el aire inmóvil. Unas pulcras hileras de pequeños coches japoneses brillaban como confites húmedos.

-Al parecer Yamazaki lo consideró urgente -le comentó Laney.

-Si no lo haces ahora -dijo ella-, no sabemos cuánto tardaremos en ponerlo en marcha otra vez.

-Entonces lo haremos nosotros.

-No parece ni siquiera que estés en condiciones de andar.

Laney se puso a caminar, con paso inseguro, como haciendo una demostración. -¿Dónde está Rez?

-Blackwell lo ha llevado de vuelta al hotel. El equipo de rastreo no encontró nada. Por aquí. -Arleigh lo condujo a lo largo de una línea de parrillas y vallas quirúrgicamente limpias. Laney vio la furgoneta verde de cara a la pared con todas las puertas abiertas. Estaba detrás de unas vallas rosadas de plástico, rodeada de módulos negros. Shannon, el técnico pelirrojo, estaba haciendo algo en un cubo rojo y negro sobre una mesa plegable de plástico.

-¿Qué es eso? -preguntó Laney.

-Exprés -dijo él, con la mano dentro de la carcasa-, pero creo que la junta se ha movido.

-Siéntate aquí, Laney -dijo Arleigh, indicando el asiento delantero de la furgoneta, al lado del conductor-. Se puede echar hacia atrás.

Laney se encaramó al asiento. -No lo hagas -dijo-. A lo mejor después no puedes despertarme.

Apareció Yamazaki, por encima de los hombros de Arleigh, como deslumhrado. -Ahora, Laney, va a acceder como antes a los datos de Lo/Rez, pero simultáneamente va a acceder a la base de datos de la actividad de los fans. Profundidad de campo. Dimensionalidad. Los datos de los fans proporcionan el grado de personalización que usted necesita. Paralaje, ¿no?

Arleigh alargó los fonoculares a Laney. -Echa una mirada -le dijo-. Si no funciona, al infierno con todo ello. -Yamazaki retrocedió.- De cualquier modo, después iremos y te traeremos el médico del hotel.

Laney apoyó la nuca en el respaldo del asiento y se puso los fonoculares.

Nada. Cerró los ojos. Oyó que los fonoculares se activaban. Abrió los ojos a los mismos datos que había visto antes, en Akihabara. Sin carácter. Todo de una regularidad institucional.

-Aquí llega el club de fans -dijo Arleigh, y de pronto las caras mortecinas se volvieron translúcidas, y las

profundidades de las noticias y comentarios de la red fueron de una desconcertante complejidad orgánica. -Algo... -empezó a decir Laney, pero de repente se encontró otra vez en el apartamento de Estocolmo, con las grandes estufas de cerámica. Sin embargo, esta vez era un sitio concreto, no simplemente un millón de factoides escrupulosamente archivados. Detrás de los paneles de mica de las estufas bailaban sombras de llamas.

Luz de velas. Los suelos eran de planchas de madera, tan anchas como los hombros de Laney, cubiertas con viejas alfombras descoloridas. Algo hizo que mirara hacia la habitación contigua, más allá del sofá de piel cubierto con otros tapetes más pequeños, y le mostró la ventana negra detrás de las colgaduras, donde copos de nieve, muy grandes y adornados, caían con deliberada gravedad al otro lado de las ventanas escarchadas.

-¿Captas algo? -Arleigh. En algún sitio, muy lejos. Laney no contestó; observaba la imagen que se invertía y entraba en un espacio central, donde un alto espejo oval no lo reflejó cuando él pasó por delante. Pensó en los CD-ROM que había explorado en el orfanato: castillos encantados, naves espaciales monstruosamente infestadas, abandonadas en órbita... Un clic aquí. Un clic allá. Ysiempre tenía en cierto modo la sensación de que nunca había captado la maravilla central, lo que debía justificar la búsqueda. Al final concluyó que no estaba allí, que nunca había estado y terminó perdiendo el interés por aquellos juegos.

Pero allí la maravilla central -un clic en el dormitorio- era Rei Toei. Recostada en cojines blancos en lo alto de un mar blanco, la cabeza y los hombros emergían de los encajes envueltos en un resplandor de algodones.

' -Fuiste nuestro invitado anoche -dijo ella-. No pude hablar contigo. Lo siento. La cosa terminó mal, y te hicieron daño.

Laney la miró, esperando a que aparecieran los valles montañosos y las esquilas, pero ella sólo lo miró, no apareció ninguna otra imagen, y él recordó lo que Yamazaki había dicho acerca del ancho de banda.

Laney sintió un pinchazo en el costado. -¿Cómo sabes que me hice daño?

-El informe preliminar de seguridad de Lo/Rez. El técnico Paul Shannon dice que te lastimaste.

-¿Qué haces ahí, Laney? -oyó decir a Arleigh-. ¿Estás bien?

-Yo lo encontré -dijo la idoru-. ¿No es maravilloso? Pero él no había estado aquí desde que completaron la renovación. Así que en realidad él nunca ha estado aquí. En cambio, tú sí has estado aquí antes, ¿no es cierto? Creo que por eso encontré este sitio. -Sonrió. Estaba muy hermosa allí, flotando en aquella blancura. En el Western World Laney no había podido verla realmente.

-Yo accedí a esto ya hace tiempo -dijo-, pero no fue como ahora.

-Pero entonces... se arregló, ¿no es así? Mejoró mucho, pues una de las artesanas que montaron de nuevo las estufas elaboró un informe de todo. Sólo para ella, para sus amigos, pero ya ves lo que hicieron. Estaba en los datos del club de fans. -Ella miró complacida la vela, con franjas horizontales de color crema e índigo, que ardía solitaria en una palmatoria de latón bruñido. Al lado, *en* una mesita de noche, había un libro y una naranja.- Aquí me siento muy cerca de él.

-Yo me siento más cerca de él si vuelves a dejarme fuera.

-¿En la calle? Nieva ahora. Y no estoy muy segura de que ahí haya una calle.

-En el complejo general de datos. Por favor. Así podré hacer mi trabajo...

-Oh -dijo ella, y le sonrió, y él se puso a mirar las complicadas profundidades de los datos.

-¿Laney? -preguntó Arleigh, tocándole el hombro-. ¿Con quién hablas?

-Con la idoru -dijo Laney.

-¿En manifestación nodal? -Yamazaki.

-No. Ella estaba allí, en los datos, no sé por qué. En un modelo de su apartamento en Estocolmo. Dijo que estaba allí porque yo lo había utilizado antes. Entonces le pedí que me trajera aquí...

-¿Dónde? -preguntó Arleigh.

-Donde estoy y puedo ver -dijo Laney, mirando los desmesurados e intrincados cañones, con bifurcaciones que le recordaban el Árbol Real 7.2 de Arleigh, aunque orgánico en cierto modo, cada segmento repleto de comentarios-. Yamazaki tenía razón. Parece que es obra de los fans.

De regreso en los laboratorios de TIDAL, Laney oyó que Gérard Delouvrier lo urgía a *no* enfocar. *Lo que haces es lo contrarío de la concentración, pero aprenderemos a controlarlo.*

Deriva. A través de deltas de antiguas amigas, en distintos grados de romance, vistas personales de Rez o Lo juntos con una mujer cualquiera en cualquier sitio público, cada informe iluminado con la importancia que había tenido el acontecimiento para quien lo puso en la red. Ése era para Laney el aspecto más peculiar de aquellos datos, la perspectiva en la que estos dos aparecían. Humana en cada detalle, pero no tanto. Todo escrupuloso, fanáticamente exacto, tal vez,

pero reordenado en torno al armazón hueco de la celebridad. Él podía *ver* celebridad allí, no como una sustancia primordial, según la idea de Kathy, sino como una cualidad paradójica inherente a la sustancia del mundo. Veía que la cantidad de datos acumulados allí por los fans de la banda era mucho mayor que todo cuanto la banda misma había generado nunca. Y el arte efectivo, la música y los vídeos, era la parte más insignificante.

-Pero éste es mi favorito -oyó Laney decir a la idoru, y entonces observó cómo Rez montaba un escenario en un club abarrotado de gente, todo en rosados psicodélicos, tonos hipersaturados como la carne de un melón tropical en una película de dibujos animados-. Es lo que siento. -Rez alzó un micrófono y empezó a hablar de nuevos modos de ser, de algo que llamó «el matrimonio alquímico».

Y en algún sitio, Arleigh le tocó el brazo y le habló con voz tensa.

-¿Laney? Lo siento. Te necesitamos de nuevo. Mister Kuwayama está aquí.

34. Casino

Chia miró la calle a través de las persianas polvorientas. Estaba lloviendo. Aquello era obra de la idoru. Chia nunca había hecho que lloviera en Venecia, pero no le importaba. Parecía adecuado. Era como en Seattle.

La idoru dijo que ese apartamento se llamaba casino. Chia había visto en la televisión casinos muy diferentes. Este consistía en unas cuantas habitaciones pequeñas de paredes desconchadas y grandes muebles pasados de moda con doradas patas de león. Todo funcionaba con fractales, hasta el punto de que casi se podía oler. Aquí tendría que oler a polvo, pensó Chia, y también a perfume. Ella no había accedido a muchos de esos módulos, las interioridades de Venecia, pues todos le parecían bastante repulsivos. No le transmitían la sensación de encontrarse en la calle.

La cabeza de Zona, sobre la mesa con patas de león, borró un error con un ruido de insecto. Zona había quedado reducida a esa miniatura azul de la calavera azteca, del tamaño de una manzana pequeña. Todo porque Chia le había dicho que cerrara la boca y guardara la navaja automática. Y eso la había molestado y parecía de mal humor, pero Chia no había sabido qué hacer. Le habría gustado oír lo que la idoru tenía que decirles, pero el soy-peligrosa de

Zona se había interpuesto. Yeso fue todo, sólo una representación, pues las gentes no podían lastimarse unas a otras cuando conseguían conectar. En cualquier caso, no físicamente. Yeso con Zona siempre había sido un problema. Todo aquel asunto del macho engreído. Kelsey y los otros se lo tomaban a broma, pero Zona era bastante agresiva, verbalmente, para que sólo lo hicieran a espaldas de ella. Chia nunca había sabido cómo reaccionar; era como si la personalidad de Zona no estuviera dividida, actuando así, alrededor.

Ahora Zona no hablaba, repetía aquel ruido de insecto una y otra vez para recordar a Chia que aún estaba allí y seguía fuera.

No obstante, la idoru hablaba y explicaba a Chia el viejo significado veneciano de la palabra *casino;* no era un edificio gigantesco adonde la gente iba a jugar y a ver espectáculos, sino algo más parecido a lo que Masahiko había dicho de los hoteles de amor. La gente tenía casas en las que vivía, pero iba a los casinos, esos pequeños apartamentos secretos ocultos en las afueras de la ciudad, a reunirse con otra gente. Pero no se habían sentido muy cómodas en ellos, a juzgar por ese ejemplo, aunque la idoru había seguido poniendo en él velas y más velas. La idoru decía que adoraba las velas.

Ahora la idoru tenía el pelo cortado como el Maestro de Música; parecía una chica que pretendía ser un chico. Quizá también le gustaba el gabán de él, pues seguía girando sobre un tacón -que en realidad era el tacón del Maestro de Música- para que se viera el forro.

-He visto muchos lugares nuevos -dijo, sonriendo a Chia-, muchas gentes y cosas diferentes.

-Yo también, pero...

-Él me dijo que todo sería así, pero yo no tenía

idea, realmente. -Un giro.- Después de ver todo esto, ahora soy mucho *más*... ¿No ocurre algo parecido cuando viajas?

La calavera emitió una ráfaga de luz azul y un sonido que era como una ventosidad corta y seca. -¡Zona! -siseó Chia. Luego, atrepellándose, a la idoru-: Yo no he viajado mucho y de momento no creo que me guste, pero aquí hemos venido para ver lo que eres, porque no lo sabíamos, pues tú estás en mi software, y tal vez también en el entorno de Zona, y eso la molesta porque se supone que es un entorno privado. -¿El país con el espléndido cielo? -Sí -dijo Chia-. Se supone que no puedes entrar en él a menos que ella te lo diga.

-No lo sabía. Lo siento. -La idoru parecía triste.-Yo pensaba que podía ir a donde quisiera, menos al sitio de donde tú eres. -¿Seattle?

-La colmena de sueños -dijo la idoru-, ventanas amontonadas contra el cielo. Puedo ver las imágenes, pero no hay un camino. Sé que has venido de allí, pero está *allí...*, ¡y no está allí!

-¿La Ciudad Amurallada? -Tendría que estar, porque era el sitio desde donde ella y Zona conectaban ahora.- Nosotros sólo conectamos a través de la Ciudad. Zona está en México y yo estoy en este hotel, ¿de acuerdo? Y ahora será mejor que volvamos, pues no sé qué está pasando.

La calavera azul se expandió y se convirtió en la forma de Zona, fiera y malhumorada. -Por fin dices algo que merece la pena. ¿Por qué hablas con esa cosa? No es nada, sólo una versión más cara de ese juguete que ella te ha robado. Ahora que la he visto sólo puedo pensar que Rez está loco, ha caído en un engaño patético...

-Pero Rez no está loco -dijo la idoru-. Es lo que *sentimos* juntos. Él me ha dicho que no nos entenderán, sobre todo al principio, y habrá resistencia, hostilidad. Pero nosotros no queremos hacer daño, y Rez cree que con el tiempo nuestra unión sólo puede producir beneficios.

-Tú, zorra sintética -dijo Zona-. ¿Crees que no vemos lo que haces? ¡Tú no eres real! ¡Menos real que esta imitación de una ciudad anegada! ¡Tú eres una criatura ficticia, y ahora quieres sacarle lo que en él es real! -Chia vio la cabeza de tormenta, el aura que empezaba a formarse.- Esta chica cruzó el océano para localizarte, y ahora está en peligro de muerte, y es demasiado estúpida para ver que la causa eres tú.

La idoru miró a Chia. -¿De muerte?

Chia carraspeó. -Es posible -dijo-. No lo sé. Tengo miedo.

Y la idoru desapareció, separándose de la figura del Maestro de Música como un color que no tuviera nombre. El Maestro de Música siguió allí a la luz de veinte velas, con una expresión indescifrable. -Lo siento -dijo él-, pero ¿de qué estábamos hablando exactamente?

-No estábamos hablando -dijo Chia, y se levantó los anteojos. El Maestro de Música, Zona y la habitación de Venecia se desvanecieron. Dos de los dedos de la mano que sujetaba los anteojos lucían anillos de oro unidos a una pulsera de reloj de oro macizo con una fina cadena. Unos ojos pálidos la estaban mirando.

Eddie sonrió.

Chia abrió la boca para gritar, y otra mano, no la de Eddie, pero grande y blanca, con olor a perfume metálico, le tapó la boca y la nariz. Y una mano le apretó el hombro hacia abajo, mientras Eddie retrocedía, dejando que los anteojos cayeran sobre la alfombra blanca.

Aguantando la mirada de Chia, Eddie se llevó un dedo a los labios, sonrió y le susurró que se callara. Luego se apartó y se volvió, de modo que Chia pudo ver a Masahiko sentado en el suelo, con las tazas negras sobre los ojos, moviendo los dedos en los pulsadores.

Eddie sacó algo negro de un bolsillo y se acercó a Masahiko en dos pasos silenciosos, exagerados. Hizo algo con la cosa negra y se inclinó. Chia vio cómo la cosa tocaba el cuello de Masahiko.

De repente, todos los músculos de Masahiko parecieron agitarse a la vez; cayó de costado y quedó tendido sobre la alfombra blanca, retorciéndose con la boca abierta. Se le había caído una de las tazas. La otra le cubría aún el ojo derecho.

Eddie se volvió y miró a Chia.

-¿Dónde está? -preguntó.

35. El banco de prueba del futuro

Shannon ofreció a Laney una taza alta de espuma sintética con un poco de café muy negro y muy caliente. Detrás de él, más allá de las barricadas de color naranja, había un largo Land-Rover blanco con parachoques integrales y ventanas pintadas de verde. Kuwayama esperaba allí, en un traje gris; las gafas sin montura destellaban a la luz verdosa del cable de arriba. Junto a él estaba el conductor vestido de negro.

-¿Qué quiere? -preguntó Laney a Arleigh, probando el café exprés de Shannon. Un sabor amargo en la lengua.

-No lo sabemos -dijo Arleigh-. Pero al parecer Rez le explicó dónde podía encontrarnos.

-¿Rez?

-Eso dijo.

Yamazaki apareció junto al codo de Laney. Había reparado las gafas, o había comprado otras, pero había perdido dos de los imperdibles que le sujetaban la manga de la chaqueta verde. -Mister Kuwayama es el creador de Rei Toei, en cierto modo. Fundador y presidente de Famous Aspect, entidad corporativa de la idoru. Fue quien inició el proyecto. Quiere hablar con usted.

-Pensé que era tan urgente que yo mismo accedí al banco de datos.

-Es urgente -dijo Yamazaki-, pero creo que ahora debería hablar con Kuwayama, por favor.

Laney lo siguió a través de los módulos negros y más allá de las barricadas, y vio que los dos intercambiaban reverencias. -Éste es Mister Colin Laney -dijo Yamazaki-, nuestro investigador especial. -Luego, dirigiéndose a Laney: - Michio Kuwayama, presidente de Famous Aspect.

Nadie habría adivinado que Kuwayama había estado recientemente en el Western World, oculto en la oscuridad, mientras la multitud jadeaba y gritaba. Laney se preguntaba cómo había podido salir de allí. ¿Habrían iluminado a la Idoru como un árbol de Navidad? En los zapatos de Laney había entrado sangre, y se le había adherido a los dedos de los pies. ¿Cuánto había aumentado el peso planetario del tejido nervioso humano desde que él y Arleigh abandonaron el bar de goma de mascar junto con Blackwell? Laney sintió que ahora tenía una mayor conciencia de sí mismo, algo realmente incómodo. -Lo lamento -dijo-. No tengo tarjeta.

-No importa -dijo Kuwayama, en un inglés preciso, de acento extraño. Estrechó la mano de Laney-. Sé que está usted ocupado. Apreciamos que haya tenido tiempo para nosotros. -El empleo del plural hizo que Laney mirara al conductor, que llevaba el mismo tipo de zapatos que Rydell en el Château, negros, flexibles, con suela de goma; pero no parecía que el conductor fuera la otra mitad de aquel «nosotros».-Ahora -dijo Kuwayama a Yamazaki-, si nos disculpa... -Yamazaki se inclinó brevemente y volvió a la furgoneta. Arleigh, simulando que hacía algo con la cafetera exprés, lo miró de reojo. El conductor abrió para Laney la puerta trasera del Land-Rover. Kuwayama subió por el otro lado. Cuando la puerta se cerró, Laney descubrió que estaban solos.

Algo que parecía un gran termo de plata se alzaba montado entre dos asientos, en un estante con abrazaderas almohadilladas.

-Yamazaki informó que usted tuvo dificultades con el ancho de banda durante la cena -dijo

Kuwayama.

-Es cierto -respondió Laney.

-Hemos ajustado el ancho de banda... -Y la idoru apareció entre ellos, sonriendo. Laney vio que la ilusión incluía un asiento para ella, transformando los dos taburetes en los que estaban sentados él y Kuwayama en un tercero.

-¿Encontró usted lo que buscaba cuando me dejó en Estocolmo, Mister Laney?

Laney miró a los ojos a la idoru. ¿Qué poder computerizador había creado algo como aquello, algo que te devolvía la mirada? Recordó frases de la conversación entre Kuwayama y Rez: máquinas desiderantes, agregados de deseos subjetivos, arquitectura de expectativas articuladas... -Empecé -dijo él.

-¿Y qué vio usted que le impidió mirarme durante la cena?

-Nieve -dijo Laney, y se asustó al sentir que empezaba a enrojecer-. Montañas... Pero creo que era sólo un vídeo que ustedes habían hecho.

-Nosotros no «hacemos» vídeos de Rei -objetó Kuwayama-, no en el sentido usual. Emergen directamente de la experiencia en el mundo, a medida que se va produciendo. Son los sueños de Rez si usted quiere.

-Usted también sueña, ¿no es cierto, Mister Laney? -dijo la idoru-. Ahí está su talento. Yamazaki dice que es como ver caras en las nubes, sólo que las caras están efectivamente ahí. Yo no puedo ver caras en las nubes, pero Kuwayama me dice que un día las veré. Es cuestión de plécticos.

-¿Eso dice Yamazaki? No entiendo nada -comentó Laney-. Yo puedo verlas.

-Un talento extraordinario -dijo Kuwayama-. Somos muy afortunados. Y somos afortunados también al contar con Mister Yamazaki, que, aunque ha sido contratado por Mister Blackwell, tiene una actitud receptiva.

-Mister Blackwell no está muy contento con Rez y... -Señaló a la idoru con la cabeza:- A Mister Blackwell le podría molestar que yo esté hablando aquí con usted.

-En cierto modo a Blackwell le gusta Rez -dijo la idoru-. Parece muy preocupado. Pero no comprende que nuestra unión ya ha ocurrido. Nuestro «matrimonio» será gradual, sobre la marcha. Sólo deseamos crecer juntos. Cuando Blackwell y los demás puedan ver que nuestra unión es lo mejor para nosotros, todo se arreglará. Y usted lo puede hacer por nosotros, Mister Laney.

-¿Que puedo hacer?

-Yamazaki ha explicado lo que usted trata de hacer con los datos de los fans de Lo/Rez -dijo Kuwayama-. Pero esos datos no dicen nada, o muy poco, acerca de Rei. Nosotros proponemos la adición de un tercer nivel de información: añadiremos Rei a la mezcla, y el modelo que salga será un retrato de los dos.

Pero tú eres sólo información, pensó Laney, mirando a la idoru. Cantidades de información que fluyen a través de Dios sabe cuántos aparatos. Los ojos oscuros lo volvieron a mirar, con algo que era sobre todo esperanza. -¿Lo hará usted? ¿Nos ayudará, Mister Laney?

-Mire -dijo Laney-, yo sólo trabajo aquí. Lo haré si Yamazaki me lo pide. Si él asume la responsabilidad. Pero quiero que me diga una cosa, ¿de acuerdo?

-¿Qué es lo que quiere saber? -preguntó Kuwayama.

-¿Qué es todo esto? -La pregunta sorprendió a Laney, que no sabía exactamente lo que le iba a preguntar.

Los suaves ojos de Kuwayama lo miraron a través de las gafas sin montura.

-Es sobre el futuro, Mister Laney.

-¿Futuro?

-¿Sabe usted que nuestra palabra para «naturaleza» es de reciente creación? Apenas cien años de vida. Nunca hemos tenido una visión siniestra de la tecnología, Mister Laney. Es un aspecto de la naturaleza, de la unidad. Mediante nuestro esfuerzo la unidad se perfecciona. -Kuwayama sonrió.- Y la cultura popular -dijo- es el banco de prueba de nuestro futuro.

El café exprés que hacía Arleigh era mejor que el de Shannon. Laney, sentado en la parte trasera de la furgoneta verde, miró a Yamazaki por encima del canto de la taza, nuevamente llena de café. -¿Qué cree que está haciendo, Yamazaki? ¿Quiere que los dos nos pongamos a dar vueltas calzando zapatos más pequeños, o qué? A Blackwell le gusta clavar las manos de la gente a las mesas, ¿y usted está haciendo tratos con la idoru y su jefe? -Laney había insistido en que se metieran allí, lejos de los otros. Yamazaki estaba sentado delante de él, parpadeando.

-Yo no soy el que hace tratos -dijo Yamazaki-. Rez y Rei Toei están ahora en contacto casi permanente, y los progresos recientes permiten darle una mayor libertad. Rez la dejó acceder a los datos, todo eso a lo que usted había tratado de acceder. Y lo hizo sin informar a Blackwell. -Se encogió de hombros.- Ahora ella accede también a datos de los fans. Y lo que proponen nos puede ayudar a aclarar el asunto. Blackwell está

más convencido que nunca de que hay una conspiración. El ataque en el club nocturno...

-¿Qué ocurrió?

-No sé. ¿Un intento de secuestro? ¿Querían perjudicar a Rez? ¿Llevarse el hardware periférico de la idoru? Todo se hizo con pasmosa torpeza, aunque Blackwell dice que tiene la marca del Kombinat... ¿Es ésa la palabra, «marca»?

-No sé -dijo Laney-. ¿No cree que Blackwell nos cortará los dedos de los pies si lo hacemos?

-No. Hemos sido contratados por la corporación Lo/Rez...

-¿Paragon-Asia?

-... pero Blackwell está contratado por la Lo/Rez. Si Rez nos dice que hagamos algo, tenemos que hacerlo.

-¿Aun si Blackwell considerara que pone en peligro la seguridad de Rez?

Yamazaki se encogió de hombros. De soslayo y a través de la ventana trasera de la furgoneta, Laney pudo ver que Shannon sacaba el módulo gris que habían traído desde el Land-Rover de Kuwayama. Era dos veces más grande que los módulos negros de Arleigh.

Laney observó cómo Shannon lo empujaba hasta más allá de las barricadas de color naranja.

36. Maryalice

-Por favor, no gritar -dijo el que la sujetaba, y apartó la mano de la boca de ella.

-¿Dónde está? -Los ojos claros de Eddie.

-Allí -dijo Chia, señalando. Podía ver el borde roto del plástico azul y amarillo que asomaba en la bolsa abierta. En ese momento advirtió que Maryalice estaba dormida en la cama rosa, enroscada y con los zapatos de tacón alto todavía puestos, con una almohada pegada a la cara. Encima de la pequeña refrigeradora había varias botellitas vacías.

Eddie sacó una pluma negra y dorada del bolsillo de la chaqueta y se acercó a la bolsa. Se inclinó y utilizó la pluma como una sonda; apartó el plástico y pudo ver.

-Está aquí -dijo.

-¿Está ahí? -La otra mano continuaba sujetando el hombro de Chia, sentada en la alfombra.

-Es esto -dijo Eddie.

-Espera un momento. -La mano soltó a Chia y el hombre, que parecía estar arrodillado detrás de ella, se levantó y se unió a Eddie para mirar en la bolsa. Era más alto que Eddie, y llevaba un traje color canela y unas elegantes botas occidentales. Tenía una cara de huesos grandes, pelo rubio, más claro que el de Eddie, y una marca rojiza, como una lúnula, en la mejilla derecha.

-¿Por qué estás tan seguro?

-Jesús, Yevgeni...

El hombre del traje color canela *se* estiró, miró a Maryalice y se inclinó para quitarle la almohada de la cara.

-Eddie, ¿cómo es que tu mujer está dormida aquí, en la cama?

Eddie vio que era Maryalice. -¡Mierda! -dijo.

-Nos estás diciendo que esto de la chica y tu mujer es accidental. Dices que se conocieron en el avión, que fue sólo un *accidente.* ¿Es un *accidente* que tu mujer esté aquí? A nosotros no nos gustan los accidentes.

Eddie, que observaba a Maryalice, se volvió hacia el hombre. Tenía que ser ruso, se dijo. Luego miró a Chia. -¿Qué hace aquí esta puta? -Como si fuera culpa de Chia.

-Ella nos encontró -dijo Chia-. Dijo que conocía a alguien de la compañía de taxis.

-No -dijo el ruso-, *nosotros* conocemos a alguien de la compañía de taxis. Demasiados accidentes.

-Tenemos que buscarlo, ¿no es cierto? -dijo Eddie-. ¿Por qué quieres complicar las cosas?

El ruso se rascó la mejilla, como si pudiera arrancarse la marca con la mano. -Por favor, consideren -dijo-. Les damos isótopos. Si quieren saber si lo son, pueden probarlo. Ustedes nos dan esto. -Y una afilada punta de bota de vaquero tocó el costado de la bolsa de Chia.- ¿Cómo podemos estar seguros?

-Yevgeni -dijo Eddie, muy sosegado-, sabes que en tratos como éste es indispensable una confianza mutua.

El ruso pensó.

-No -dijo-, base no buena. Nuestra gente rastreó a esta chica hasta gran banda de rock. ¿Para quién trabajas, Eddie? Anoche enviamos gente a hablar con

ellos, y se echaron sobre nosotros como jodidos lobos. Todavía me falta un hombre.

-¡Yo no trabajo para Lo/Rez! -dijo Chia-. ¡Simplemente estoy en el club! ¡Maryalice puso esa cosa en mi bolsa cuando yo dormía, en el avión!

Masahiko gimió, suspiró y pareció que perdía otra vez el sentido. Eddie aún tenía el aturdidor eléctrico en la mano. -¿Estás preparado para otra descarga? -preguntó a Masahiko, muy tenso y enojado.

-Eddie -dijo Maryalice-, eres un mierda desagradecido... -Se sentó al borde de la cama, y sosteniendo el encendedor con las dos manos apuntó a Eddie.

Eddie se puso rígido. Se podía ver que algo le corría por la sangre, petrificándolo. -Alguna base -dijo el ruso.

-Jesús, Maryalice -dijo Eddie-. ¿De dónde lo has sacado? ¿Tienes una idea de lo ilegal que eso es aquí? -De un chico ruso -dijo ella-. Hace agujeros del tamaño de una uva... -Maryalice no parecía exactamente borracha, pero tenía algo en los ojos enrojecidos que le decía a Chia que lo estaba y mucho. Una muy terrorífica clase de borrachera.- ¿Crees que puedes utilizar a la gente, Eddie? ¿Usarla y tirarla a la basura? -Movió los pies a un lado y a otro y se sacó los zapatos. Se levantó, tambaleándose un poco, pero alzó las manos a la altura de los hombros y apuntó con el encendedor pistola, como hacían los polis en la televisión.

Eddie seguía con el aturdidor en la mano. -¡Maryalice, haz que tire esa cosa negra! -la apremió Chia. -¡Déjalo caer! -dijo Maryalice, y pareció disfrutar diciéndolo; era algo que había oído en las películas durante toda su vida, y ahora lo decía ella, y muy seriamente. Eddie obedeció-. Apártalo con el pie. Eso es la otra parte del diálogo, pensó Chia. El aturdidor fue a parar a unos centímetros de la

rodilla de Chía, junto a sus anteojos, caídos en la alfombra y aún conectados al Sandbenders. Entonces pudo ver los dos rectángulos planos sobre las lentes opacas, simples unidades de vídeo; si Zona entrara en el software de los sistemas de Chia y los activara, obtendría una vista de los pies y las medias de Maryalice, de los zapatos de Eddie, de las botas del ruso y tal vez de un lado de la cabeza de Masahiko.

-Desagradecido -dijo Maryalice-, mierda desagradecido. Entra en el cuarto de baño. -Dio media vuelta de modo que el encendedor apuntó a Eddie y al ruso, pero con la puerta del cuarto de baño abierta detrás de ellos.

-Sé que estás muy enfadada.

-Mierda. La mierda va al retrete, Eddie. Entra.

Eddie dio un paso atrás, con las palmas de las manos en alto, un gesto que probablemente consideró una llamada a la razón y la cordura.

El ruso también dio un paso atrás.

-Siete jodidos años -dijo Maryalice-. *Siete.* Cuando te conocí no eras una mierda. Dios. Tú y esas maneras de hablar de hombre importante. Me pones enferma. ¿Quién pagaba el jodido alquiler? ¿Quién te pagaba la comida? ¿Quién te compraba los jodidos trajes, pedazo de mierda seca? Tú y tu presuntuoso móvil y tu imagen, aunque tienes un jodido aparato *más pequeño* que cualquier otro hombre, pues te aseguro, cariño, que *para, joder no* es precisamente grande. -Ahora a Maryalice le temblaban las manos, pero en realidad sólo lo suficiente para hacer que el encendedor pareciera aún más peligroso.

-Maryalice -dijo Eddie-, tú sabes que reconozco todo lo que has hecho por mí, todo lo que has contribuido a mi carrera. No lo olvido ni un minuto, nena, créeme, nunca, y todo esto es sólo un malentendido, nena, no más que un bache en la autopista de la vida,

y ahora sólo tienes que bajar esa jodida pistola y luego nos tomamos unas copas como gente civilizada.

-¡Cierra tu jodida boca! -aulló Maryalice atropellándose con las palabras.

La boca de Eddie se cerró como la de una muñeca. -Siete jodidos años -dijo Maryalice haciendo que pareciese una monodia infantil-, siete jodidos años y dos de ellos aquí, Eddie, dos de ellos aquí, y volando de allá para acá y de acá para allá por ti, Eddie. Yaquí siempre hay *luz*... -Las lágrimas afloraron, rayándole el maquillaje.- En todas partes. No podía dormir con tanta luz, como una neblina sobre la ciudad... Entra en el cuarto de baño. -Maryalice dio un paso adelante, Eddie y el ruso dieron un paso atrás.

Chia se acercó, se inclinó y recogió el aturdidor del suelo, sin saber exactamente por qué. El arma tenía dos dientes cromados en un extremo y un costado estriado, de color rojo. Le sorprendió lo poco que pesaba. Recordó los que los chicos de la escuela fabricaban con cámaras de flash desechables.

-Yesa luz siempre me encuentra -dijo Maryalice-. Siempre, beba lo que beba, tome lo que tome. Me encuentra y me despierta. Es como el polvo, se filtra por todas partes. No hay nada que hacer. Se te mete en los ojos. Ytoda esa claridad cayendo...

Ahora Eddie estaba en el vano de la puerta; el ruso detrás, ya dentro del cuarto de baño. A Chia eso no le gustaba porque no le veía las manos. Se oyó una música ambiental, un canto de aves, cuando el cuarto de baño detectó la presencia del ruso.

-Y me pusiste allí, Eddie. En Shinjuku. Me pusiste donde la luz pudiera alcanzarme y yo nunca pudiera escapar.

Y de repente Maryalice apretó el gatillo.

Eddie gritó, un sonido horrible y estridente que rebotó en los mosaicos blancos y negros. Eso tuvo que ahogar el clic del encendedor, que no había producido ni siquiera una llama.

Maryalice no se asustó.

Siguió apuntando y apretó de nuevo el gatillo, muy tranquila.

Esta vez brotó una luz, pero Eddie, con un alarido de rabia, apartó el encendedor de un manotazo, tomó a Maryalice por el cuello y empezó a golpearle la cara con los puños, mientras el alarido se transformaba en un «¡Puta!, ¡puta!, ¡puta!» en sincronía con cada puñetazo.

Y fue entonces cuando Chia, sin pensarlo realmente, se puso de pie. Había estado sentada demasiado tiempo y tenía las piernas dormidas, y no le funcionaban. Tuvo que frotárselas un momento antes de que pudiera poner las puntas cromadas del aturdidor contra el tobillo de Eddie y apretar el rectángulo rojo.

No estaba segura de que fuera a funcionar en un tobillo, o a través de un calcetín. Pero funcionó. Tal vez fue porque Eddie usaba esos calcetines tan finos.

Pero también afectó a Maryalice, de modo que los dos empezaron a sacudirse juntos, cayendo uno en brazos del otro.

Y la mancha oscura que pasó entonces por delante de Chia era Masahiko, que cerró la puerta con el ruso dentro, agarró el pomo con las dos manos, dio un salto y quedó colgado allí, con un pie contra la puerta y el otro contra la pared. -¡Corre! -dijo, estirando brazos y piernas. De pronto, las manos le resbalaron y cayó sentado.

Chia vio que el pomo de la puerta empezaba a girar.

Puso los dientes del aturdidor contra el pomo y apretó. Y siguió apretando.

37. Experiencia laboral

Laney estaba de nuevo en la furgoneta, en el asiento del pasajero; tenía los fonoculares encima de las rodillas y esperaba que Arleigh conectara con el módulo gris de Kuwayama. A través del parabrisas miró el muro de hormigón. Ahora el costado no le dolía demasiado, pero el encuentro con Kuwayama y la idoru y luego la reunión en la furgoneta con Yamazaki lo habían dejado más desconcertado que nunca. Si Rez y Rei Toei tomaban las decisiones en tándem y Yamazaki había decidido seguir con ellos, ¿dónde quedaba él? No podía saber que Blackwell se iba a despertar para declarar que la idea de que Rez y Rei se unieran era algo maravilloso. Según Blackwell, Rez seguía queriendo casarse con una agente de software, al margen de lo que esto pudiera significar.

Pero Laney sabía ahora que la idoru era más compleja, más poderosa que cualquier producto sintético de Hollywood. Sobre todo si Kuwayama decía la verdad acerca de los vídeos que eran los «sueños» de la idoru. Lo poco que sabía sobre inteligencia artificial lo había aprendido mientras trabajaba en Slitscan, cuando documentó la desdichada vida privada de uno de los más destacados investigadores del campo, pero sabía lo que se decía en todas partes: la verdadera LA aún no se había conseguido, y que los intentos en curso para conseguirla y la creación de cierto software, idóneo para actuar como mujeres jóvenes y hermosas, seguían direcciones opuestas.

En el caso de que se llegara a producir una auténtica IA, lo más probable era que nadie pretendiera que pareciera humana. Laney recordaba haber monitorizado una conferencia en la que el sujeto del episodio de Slitscan declaraba que era posible que la inteligencia artificial se creara accidentalmente y que los seres humanos no la reconocieran al principio como lo que era.

Arleigh abrió la puerta del lado del conductor y entró.

-Lo siento, esto está durando demasiado -dijo.

-¿No te lo esperabas? -preguntó Laney.

-No es el software, es una válvula óptica. Una conexión. Ellos utilizan otro calibre, el mismo que los franceses. -Arleigh puso las manos sobre el volante y apoyó en ellas la barbilla.- De modo que estamos manejando grandes volúmenes de información, no hay ningún problema, pero no tenemos el cable adecuado.

-¿Puedes conseguirlo?

-Shannon tiene uno en su habitación. Me parece que en un programa porno, pero no quiere admitirlo. -Arleigh lo miró de reojo.- Tiene un amigo en el equipo de seguridad, y ese amigo dice que Blackwell «cuestionó» a uno de los hombres que trataron de grabar a Rez anoche.

-¿Es el que buscaban? ¿Rez?

-Así parece. Son del Kombinat, y dicen que Rez se llevó algo que era de ellos.

-¿Qué se llevó?

-Él no lo sabía. -Arleigh cerró los ojos.

-¿Qué piensas que le ocurrió al hombre cuestionado por Blackwell?

-No sé. -Ella abrió los ojos, se estiró.- Pero en cierto modo no creo que vayamos a averiguarlo.

-¿Puede hacer eso? ¿Torturar a la gente? ¿Matarla?

Arleigh miró a Laney.

-Bien -dijo ella finalmente-, él tiene esa ventaja, hacernos pensar que podría. No hay ninguna duda de que lo hizo en un trabajo anterior. ¿Sabes lo que más miedo me da de Blackwell?

-¿Qué?

-A veces pienso que me he acostumbrado a él.

Shannon golpeó en la puerta del lado de Arleigh. Sostenía un trozo de cable.

-Está listo -dijo ella a Laney, abriendo la puerta y deslizándose desde detrás del volante.

Laney miró a través del parabrisas la pared de hormigón y recordó cuando patrullaban las escalinatas del Tribunal Municipal de Gainesville con Shaquille y Kenny, otros dos del orfanato. Shaquille había participado en un programa de experimentación de drogas con Laney; después a Kenny lo habían transferido a otro centro, cerca de Denver. Laney no sabía qué había sido de ellos, pero fue Shaquille quien le dijo que cuando la inyección era real uno sentía en la boca un sabor como de metal corroído, aluminio o algo similar. El placebo, había dicho Shaquille, no tiene sabor. Y era verdad. Se comprobaba en seguida.

Allí los tres habían tenido «experiencia laboral» cinco o seis veces, recogiendo las ofrendas que la gente dejaba antes de comparecer ante el tribunal. Se consideraba que estas ofrendas eran peligrosas para la salud, y como norma general se las ocultaba, y a menudo uno las descubría por el olor, o por el zumbido de las moscas. Comúnmente eran trozos de pollo atados con hilo de color. Una vez, según Shaquilie, la cabeza de una cabra. Decía que quienes dejaban esas cosas eran traficantes de drogas, y lo hacían porque era un rito religioso. Laney y los otros llevaban guantes de látex, de color verde claro, con dedales Kevlar, anaranjados en las puntas, que calentaban enseguida las manos. Las ofrendas las ponían en un cubo blanco con tapadera y cintas protectoras. Shaquille afirmaba conocer los nombres de algunos de los dioses a quienes se presentaban las ofrendas, pero Laney no lo creía. Los nombres que Shaquille ideó, como O'Gunn y Sam Eddy, eran sólo eso, nombres, y el mismo Shaquille había comentado, mientras echaba en el cubo una bola blanca de plumas de pollo, que contratar uno o dos abogados extra era probablemente una inversión más rentable.

Pero lo hacían mientras esperaban. Y no le sorprendería que apostasen.

Realmente Laney había preferido eso a las experiencias laborales en tiendas de comida rápida, aunque esto implicaba que cuando estaban de vuelta les registrasen el cuerpo en busca de drogas.

Les había dicho a Yamazaki y Blackwell que sabía que Alison Shires intentaría suicidarse, y ahora ellos quizá pensaran que él podía ver el futuro. Pero él sabía que no. Eso sería como aquellos trozos de pollo que los traficantes dejaban en las escalinatas del palacio para alterar el curso de lo que iba a ocurrir. Lo que ocurriese en el futuro saldría de lo que estaba ocurriendo ahora. Laney sabía que no podía predecirlo, y algo relacionado con la experiencia de los puntos nodales le hacía sospechar que nadie podía. Los puntos nodales parecían formarse cuando algo estaba a punto de cambiar. Entonces Laney descubrió un sitio donde un cambio era más probable si algo lo provocaba. Algo tan trivial como el hecho de

que Alison Shires comprara unas cuchillas. Pero si hubiera habido un terremoto aquella noche y el apartamento de ella hubiera ido a parar a la Avenida de la Fuente... O ella hubiera perdido el paquete de cuchillas... Pero si hubiera utilizado la tarjeta de crédito para comprar el Especial del Miércoles Noche, lo que no debía hacer porque era ilegal y requería dinero contante y sonante, entonces lo que ella estaba a punto de hacer habría sido obvio para cualquiera.

Arleigh abrió la puerta del pasajero.

-¿Estás bien?

-Seguro -dijo Laney, echando mano a los fonoculares.

-¿Seguro?

-Adelante. -Laney miró los fonoculares.

-Ahora te toca a ti. -Arleigh le puso la mano en el hombro.- Después te traeremos un médico, ¿de acuerdo?

-Gracias -dijo Laney, y se puso los fonoculares, mientras un sabor conocido le afluía a la boca.

Los datos de Lo/Rez, translúcidos e interpenetrados por los archivos de la base de datos de los fans empezaron a aflorar con nuevas texturas, mapas que cuando los enfocaba se resolvían en...

Shaquille, vestido de uniforme, mostró a Laney la cabeza de cabra. La habían despellejado, y le habían puesto clavos dentro, Shaquille había abierto la boca para mostrar que en lugar de lengua tenía un trozo de papel escrito, empapado en sangre. Allí estaba el nombre del disecador, había explicado.

Laney cerró los ojos, pero la imagen persistió.

Los abrió y enfocó a la idoru. Tenía la cabeza envuelta en una piel. Ahora lo estaba mirando. Lucía una especie de sombrero de piel bordado, con orejeras, y la nieve se arremolinaba alrededor; pero al fin la figura se aplanó y se redujo hasta que entró en los mapas-textura que pasaban por el ovillo de datos, y Laney se dejó llevar, arrastrado por todo aquello, y al fin sintió que atravesaba el núcleo, el mismísimo centro, y llegaba al otro lado.

-Espere -dijo Laney, y le pareció que había una pausa antes de su propia voz.

-Perspectiva -dijo la idoru-. Paralaje de Yamazaki.

Laney tuvo la impresión de que algo había hecho que volviera la cabeza, pues ahora veía directamente los datos, aunque desde otro ángulo, y desde muy lejos. Yalrededor... no había nada.

Pero a través de los datos se movían dos conjuntos vagamente paralelos, como una versión infinitamente más compleja del Árbol Real de Arleigh. Rez y la idoru. Los dos estaban esculpidos para durar, mientras que los comienzos de la carrera de Rez eran en realidad algo muy secundario. Y luego iba creciendo a medida que avanzaba, hasta convertirse en algo trenzado, multiestratificado... Pero Laney vio que enseguida empezaba a reducirse otra vez y que los hilos se aflojaban... Y ése sería el momento, pensó, cuando el cantante empezaba a convertirse en la criatura que Kathy odiaba, la que ocupaba espacio de celebridad simplemente porque era una celebridad, porque tenía un cierto orden de magnitud...

Después de eso, empezaron a aparecer en algún sitio los datos de la idoru, como una forma nítida, deliberada, aunque nada compleja. No obstante, en los puntos en que más se acercaba a los datos de Rez, Laney vio que ella había comenzado a tener una cierta complejidad. O aleatoriedad, pensó. La cosa humana. Así es como ella aprende.

Y los dos conjuntos, las dos esculturas ubicadas en

el tiempo, eran nodales, y cuanto más intrincadas eran las interconexiones más se acercaban al punto, al presente...

Estaba ahora junto a la idoru, en la playa que había visto registrada en los prismáticos del dormitorio del hostal irlandés. Mar verde pardusco con penachos blancos, viento persistente apresado en las orejeras del sombrero de la idoru. Él no podía sentir aquel viento, pero podía oírlo, ahora con tanta fuerza que apenas la oía a ella.

-¿Puedes verlos? -gritó la idoru.

-¿Ver qué?

-¡Las caras en las nubes! ¡Los puntos nodales! ¡No veo nada! ¡Tienes que mostrármelos!

Y la idoru desapareció, y el mar con ella. Laney volvió a mirar los datos, donde se mezclaban las historias digitalizadas de Rez y Rei, a punto de convertirse en algo diferente. Si lo hubiera intentado en Los Ángeles, ¿habría emergido la cuchilla en el punto nodal de Alison Shires?

Lo intentó.

Estaba mirando a través de una llanura difusa, imprecisa. No había nieve. Vio de pronto un par de enormes botas occidentales, muy decoradas, marrón sobre marrón; se movían frente a un acantilado que parecía un telón, de violento color rosa. Pero la imagen desapareció, sustituida por la forma giratoria de un objeto tridimensional, aunque Laney no tenía idea de qué podría ser. Le recordaba vagamente un autobús de Los Ángeles sin ruedas.

-Suite 17 -dijo la idoru-. Hotel Di.

-¿Chip? -El autobús desapareció, al parecer llevándose las botas.

-¿Qué es un «hotel de amor»?

-¿Qué?

-Hotel. Amor.

-Un sitio al que la gente va a hacer el amor, creo...

-¿Qué es el módulo C-7A de programación biomolecular primaria Rodel van Erp?

-No sé -dijo Laney.

-¡Pero me lo acabas de mostrar! ¡Es sencillamente nuestra unión, nuestra intersección, donde tiene que desplegarse el resto!

-*Espera* -dijo Laney-, espera, aquí tienes otro; están como superpuestos... -El esfuerzo hizo que Laney sintiera un dolor en el costado, pero en la lejanía había colinas, árboles retorcidos, una casa de madera con tejado bajo...

La idoru había desaparecido, y la casa, el material corroído por dentro, brillaba levemente, plegándose. Y luego un retazo de algo que se alzaba, ventanas desproporcionadas y un cielo arremolinado de colores cambiantes.

Arleigh se quitó los fonoculares. -Deja de gritar -dijo. Yamazaki estaba junto a ellos-. Páralo, Laney.

Laney tomó aliento, estremeciéndose, puso las palmas de las manos sobre la superficie almohadillada del tablero y cerró los ojos. Sintió la mano de Arleigh en el cuello.

-Tenemos que ir allí -dijo él.

-¿Ir adonde?

-A la suite 17... Llegaremos tarde a la boda...

38. Estrella

Cuando el aturdidor dejó de hacer aquel ruido de zapping, Chia lo dejó caer. El pomo de la puerta no giraba. En el cuarto de baño no había ningún ruido salvo los chillidos débilmente grabados de las aves tropicales. Miró alrededor. Masahiko intentaba meter su ordenador en una bolsa cuadriculada. Chia hurgó en busca del Sandbenders, lo levantó, todavía con los anteojos puestos, y volvió a la cama rosa. Tenía la bolsa a un lado, en el suelo, y mostraba el plástico azul y amarillo de SeaTec. Lo arrancó y lo tiró sobre la cama. Se inclinó para meter el Sandbenders en la bolsa, pero cuando creyó oír algo volvió los ojos al cuarto de baño.

El pomo volvía a girar.

El ruso abrió la puerta. Cuando soltó el pomo, Chia observó que tenía la mano dentro de algo que parecía un títere rosado y fosforescente. Uno de los juguetes sexuales de la vitrina negra. Estaba usándolo como aislante. Se sacó el muñeco de los dedos y lo arrojó hacia atrás, por encima del hombro. Salió del cuarto de baño y el canto de los pájaros se apagó.

Masahiko, que había estado tratando de calzarse un zapato negro, también miró al ruso. En el otro pie aún tenía una zapatilla de papel.

-¿Se van? -dijo el ruso.

-Está encima de la cama -dijo Chia-. Nosotros no tenemos nada que ver.

El ruso vio el aturdidor eléctrico en el suelo, junto a la afilada punta de su bota. Levantó la bota y la bajó. Chia oyó el crujido de la carcasa de plástico.

-Artemi, mi amigo de Novokuznetskaya, se está lastimando mucho con todo esto. -Removió con la bota los fragmentos del aturdidor.- Lleva téjanos muy ajustados, Artemi, de cuero, es la moda. Puesto en el bolsillo de delante puede dispararse por accidente. -El ruso mostró unos dientes grandes y desiguales.- Aún nos estamos riendo, ¿verdad?

-*Por favor -rogó* Chia-. Queremos irnos.

El ruso pasó por delante de Eddie y Maryalice, que yacían en un ovillo sobre la alfombra. -Lo vuestro es un accidente como el de la virilidad de Artemi, ¿no es así? Tú estás aquí por el propietario del elegante club nocturno. -Señaló a Eddie.- Hay quien es contrabandista y otras cosas, muy complicadas, pero *tú*, tú eres sólo un accidente.

-Eso es -dijo Chia.

-Tú eres de Lo/Rez. -Sonó como *Loress.* Se acercó a Chia y miró dentro de la bolsa.- ¿Sabes qué es eso?

-No. -Chia mintió.- No lo sé.

El ruso la miró. -A nosotros no nos gustan los accidentes, nunca. No los *permitimos.* -Entonces acercó las manos, y Chia vio que en el reverso de la tercera articulación de cada uno de los dedos había una mancha rosada, como la punta de un borrador de lápiz. Ella las había visto en su último colegio y sabía que eran las marcas que un láser dejaba durante un tiempo, cuando se lo utilizaba para quitar un tatuaje.

Chia lo miró a la cara. Parecía alguien que estaba a punto de hacer algo que tal vez no quería, pero que sabía que tenía que hacerlo.

Pero entonces Chia advirtió que el ruso apartaba los ojos, entornándolos; Chia se volvió y alcanzó a ver que la puerta del pasillo se abría hacia dentro. Un hombre más ancho que el vano de la puerta pareció precipitarse en la habitación. En un lado de la cara llevaba una gran X de cinta encarnada, y vestía una chaqueta de un color metálico mate. Chia vio que metía una mano enorme, cubierta de cicatrices, dentro del chaquetón; la otra sostenía algo que terminaba en un tabulador de cinta magnética.

-*Yob tvoyu mat-dijo* el ruso; blandas sílabas de sorpresa.

En la mano del forastero apareció algo que a Chia le parecieron unas grandes tijeras cromadas, pero que enseguida se abrió con una serie de clics secos, y al parecer espontáneos, hasta convertirse en una resplandeciente hacha esquelética, de corte afilado y letal; detrás la cabeza se alzaba como un picahielos.

-Mi *madre* -dijo el forastero, que pareció en cierto modo complacido-. ¿Dijiste mi *madre?* - Las cicatrices, brillaban. Otras se le estructuraban en el cráneo rasurado.

-Ah, no -dijo el ruso, levantando las manos para mostrar las palmas-. Es sólo una forma de hablar.

Entró otro hombre y se acercó al que sostenía el hacha; tenía pelo oscuro y vestía un traje negro y amplio. Una cinta le cruzaba la frente y terminaba en un monóculo que le cubría el ojo derecho. El ojo que Chia pudo ver era grande y brillante y verde, pero tuvo que pasar un segundo antes de que ella lo reconociera.

De repente, Chia tuvo que sentarse en la cama rosada.

-¿Dónde está? -preguntó el hombre que le recordaba a Rez, pero que parecía más gordo, sobre todo en las mejillas.

Ni el ruso ni el hombre del hacha contestaron. El hombre del hacha cerró la puerta con el pie.

El ojo verde y el monóculo de vídeo miraron a Chia. -¿Sabes dónde está?

-¿Qué?

-El módulo biomecánico, o como lo llamen... -Se detuvo, se ajustó el teléfono al oído derecho, y escuchó.- Perdona: módulo C-7A de programación biomolecular primaria Rodel van Erp. *Te quiero.*

Chia se quedó mirándolo.

-Rei Toei -explicó el del monóculo, ajustándose la cinta de la frente, y Chia supo que tenía que ser él.

-Está ahí. En la bolsa.

El del monóculo metió la mano en el plástico azul y amarillo, sacó la cosa y empezó a darle vueltas en las manos.

-¿Esto? ¿Está aquí nuestro futuro, la clave de nuestro matrimonio?

-Por favor, disculpe -dijo el ruso-, pero usted tiene que saber que eso es mío. -El tono parecía lleno de auténtica preocupación.

Rez lo miró mientras sostenía la unidad nanotecno en las manos. -¿Es suyo? -Rez inclinó la cabeza con curiosidad, como un pájaro.- ¿Donde lo consiguió?

El ruso tosió. -Un intercambio. Ese caballero que está en el suelo.

Rez vio a Eddie y a Maryalice. -¿Están muertos?

-Electrificados, ¿no? La mayor parte de las veces no es letal. La chica de usted está en la

cama.

Rez miró a Chia. -¿Quién eres?

-Chia Pet McKenzie -dijo ella automáticamente-. Soy de Seattle. Yo soy... soy de tu club de fans. -Sintió que la cara le quemaba.

La ceja de encima del ojo verde se arqueó. Rez parecía estar escuchando. -Oh -dijo, y se detuvo-. ¿De

verdad que fue ella? Estupendo. -Sonrió a Chia.- Rei dice que has sido una figura imprescindible en todo, y que debemos estar muy agradecidos.

Chia tragó saliva. -¿Eso dice?

Pero Rez se había vuelto hacia el ruso. -Esto tiene que ser para nosotros. -Levantó la unidad nanotecno.- Negociaremos ahora. Pon un precio.

-Rez -dijo el hombre de la puerta-, no puedes hacer eso. Este bastardo es del Kombinat.

Chia vio que el ojo verde se cerraba como si Rez estuviera tratando de calmarse. Cuando lo abrió de nuevo, Rez dijo: -Pero ellos son el *gobierno*, ¿no es así, Blackwell? Nosotros ya hemos negociado con gobiernos.

-La negociación es para los *legales* -dijo el hombre de las cicatrices, pero ahora parecía preocupado.

El ruso también lo oyó. Bajó lentamente las manos.

-¿Qué piensa hacer con esto? -le preguntó Rez.

El ruso miró el objeto que Rez tenía en las manos, como si pensara; luego levantó los ojos. Un músculo se le movió en la mejilla. Pareció que tomaba una decisión. -Estamos desarrollando un ambicioso proyecto de obras públicas -dijo.

-Oh, Jesús -dijo Maryalice desde la alfombra con una voz tan ronca que en un primer momento Chia no pudo identificarla-. Han tenido que poner algo dentro. Lo hicieron. Juro por Dios que lo hicieron. -Y entonces vomitó.

39. Trans

Yamazaki perdió el equilibrio cuando la furgoneta salió del hotel subiendo por una rampa estrecha. Laney, que sujetaba el teléfono de Arleigh junto al panel de mando y marcaba el número del Hotel Di, oyó que el aparato golpeaba el soporte de la consola. La imagen se aclaró cuando Laney completó el número; por la pantalla desfilaban segmentos reticulares.

-¿Está bien, Yamazaki?

-Sí -dijo Yamazaki-, gracias. -Se puso otra vez de pie y se apoyó en el respaldo del asiento de Laney.- ¿Ha localizado el hotel?

-Autopista -contestó Arleigh, mirando el monitor, mientras la furgoneta doblaba a la derecha y subía por una rampa de entrada-. Esfera tres, a toda velocidad. Gracias. Dame eso. -Arleigh tomó el teléfono.- McCrae. Sí. ¿Prioridad? Que te jodan, Alex. Ponme con él. -Escuchó.- ¿Di? ¿Como D y luego I? Mierda. Gracias. -Colgó.

-¿Qué es eso? -preguntó Laney cuando entraron en la autopista. La mole gigantesca de un enorme vehículo articulado apareció de pronto y enseguida los dejó atrás; en la visión periférica de Laney fue como una ráfaga de acero inoxidable. La furgoneta se bamboleó.

-Intenté conectar con Rez. Alex dice que salió del

hotel junto con Blackwell. Iban al mismo sitio al que vamos nosotros.

-¿Cuándo?

-En el momento en que tú gritabas, cuando tenías los fonoculares puestos -dijo Arleigh. Parecía contrariada-. Lo siento -añadió.

Laney había tenido que discutir con ella quince minutos antes de convencerla. Arleigh había insistido en que lo viera un médico. Había dicho que ella era una especialista, no una investigadora, no un agente de seguridad, y que su primera responsabilidad era trabajar con los datos, los módulos, pues si alguien los conseguía tendría casi todo el plan comercial de la sociedad de Lo/Rez, así como los libros, y todo lo que Kuwayama había introducido en el módulo gris. Sólo había cedido cuando Yamazaki juró hacerse responsable, y cuando Shannon y el hombre con cola de caballo prometieron no dejar los módulos. Ni siquiera, dijo Arleigh, para mear. -Ponte ahí, en esa pared, maldita sea -había dicho-, y tráete media docena de muchachos de Blackwell para que te hagan compañía.

-Él lo sabe -dijo Laney-. Ella le dijo que está ahí. -¿Qué está ahí, Laney? -preguntó Yamazaki desde atrás.

-No sé. Sea lo que sea, ellos creen que facilitará el matrimonio.

-¿Lo crees tú? -preguntó Arleigh, dejando atrás una hilera de coches pequeños y brillantes.

-Pienso que sí -dijo Laney, y en el mismo momento algo empezó a sonar con fuerza e insistencia debajo del asiento de Arleigh-. Pero no creo que eso signifique que tenga que ser así. ¿Qué demonios es *eso?*

-Estoy sobrepasando la velocidad límite -dijo Arleigh-. En Japón todo vehículo está obligado

a llevar uno de estos dispositivos. Si corres, suena.

Laney se volvió a a Yamazaki. -¿Es cierto eso?

-Por supuesto -dijo Yamazaki por encima del insistente zumbido.

-¿Y la gente no los desconecta, sencillamente?

-No -dijo Yamazaki con expresión de sorpresa-. ¿Por qué iban a hacerlo?

El teléfono de Arleigh sonó. -McCrae. ¿Willy? -Silencio mientras escuchaba. Laney sintió que la furgoneta empezaba a sacudirse y aminoraba poco a poco la velocidad hasta que de repente el sonido desapareció. Arleigh dejó el teléfono.

-¿Qué era eso? -preguntó Laney.

-Willy Jude -dijo ella-. Estaba... mirando uno de los canales. Dicen que Rez está muerto, que ha muerto. En un hotel de amor.

40. Negocios

Cuando nadie hacía nada para ayudar a Maryalice, Chia se levantó de la cama, pasó por delante del ruso y entró en el cuarto de baño, activando la música de pájaros. La vitrina negra estaba abierta, con la luz encendida, y en el suelo de mosaicos blancos y negros había unos tubos-penes alargados. Chia tomó una toalla negra y un paño negro del estante de cromo, mojó el paño en el lavabo negro y cromo y volvió junto a Maryalice. Dobló la toalla, la puso en la alfombra blanca cubriendo el vómito, y entregó el paño a Maryalice.

Nadie dijo nada, ni trató de detenerla. Masahiko se había vuelto a sentar en la alfombra, con el ordenador entre los pies. El hombre de las cicatrices, que parecía ocupar más espacio que cualquier mueble de la habitación, había bajado el hacha. La tenía sobre un muslo, más ancho que las caderas de Chia.

Maryalice, que ahora había conseguido sentarse, se frotó la boca con el paño, quitándose la mayor parte del carmín. Cuando Chia se puso de pie le llegó una ráfaga de colonia rusa que casi le revolvió el estómago.

-¿Dices que te dedicas al desarrollo? -Rez seguía con la unidad nanotecno en las manos.

-Haces muchas preguntas -dijo el ruso. Eddie gimió entonces, y el ruso le arreó un puntapié-. *Bases* -dijo el ruso.

-¿Un proyecto de obras públicas? -Rez levantó las cejas.- ¿Una planta potabilizadora, o algo así?

El ruso mantenía los ojos fijos en el hacha del hombre corpulento. -En Tallin -dijo- vamos a construir un gran paseo, barrios cerrados de gente rica y fábricas de productos farmacéuticos de primera clase. Nos niegan injustamente los más avanzados medios de producción, pero queremos llevar a cabo una operación ciento por ciento moderna.

-Rez -dijo el individuo del hacha-, dáselo. Lo necesitan. Quieren levantar una fábrica de medicamentos en Estonia. Creen que yo te llevé de vuelta al hotel.

-Pero ¿no están más interesados en... terrenos de Tokio?

Los ojos del hombre corpulento se agrandaron, las cicatrices de la frente se le enrojecieron. El microporo del brazo se le desprendió dejando al descubierto una grieta profunda.

-¿Qué mierda es ésa? ¡Tú no tienes ningún terreno aquí!

-Famous Aspect -dijo Rez-. La compañía de gestión de Rei. Invierte en nombre de ella.

-¿Quieres intercambiar nanotec por terrenos en Tokio? -El ruso miró a Rez.

-Exactamente -dijo Rez.

-¿Qué clase de terrenos?

-Terrenos no urbanizados de la bahía. Una isla. Una de las dos. No lejos de donde estaba el antiguo «Anillo tóxico»; pero después del terremoto limpiaron todo.

-Espera un minuto -interrumpió Maryalice desde el suelo-. Yo te conozco. Tú estabas en

aquel grupo

del chino flaco, el guitarrista. Te conozco. Eras muy bueno.

Rez la miró fijamente.

-Creo que no conviene que sigamos hablando aquí de negocios -dijo el ruso, rascándose la marca de nacimiento-. Pero yo soy Starkov, Yevgeni. -Alargó la mano, y Chia vio de nuevo las cicatrices. Rez se la estrechó.

Chía pensó que había oído gruñir al hombre corpulento.

-Yo solía verlo en *Dayton* -dijo Maryalice, como si eso probara algo.

El hombre corpulento metió la mano libre en un bolsillo y sacó un pequeño teléfono. Miró el monitor de llamadas y alzó el aparato; Chia vio entonces que le faltaba la oreja izquierda. Escuchó. -Ta -dijo, y bajó el teléfono. Fue hasta la ventana, la que Chia había descubierto detrás de la pantalla mural, y miró fuera-. Será mejor que eches una mirada, Rez.

Rez se acercó. Chia vio que Rez se llevaba la mano al monóculo. -¿Qué están haciendo, Keithy? ¿Qué es?

-Es tu funeral -respondió el hombre corpulento.

41. Velas y lágrimas

Las ventanas de las oficinas pasaban centelleando, muy cerca, detrás de los pilares de la autopista dañados por el terremoto. Los altos edificios iban dejando sitio a construcciones más bajas, hasta que a media distancia apareció una luz: HOTEL REY MIDAS. El mapa del panel de mando empezó a sonar.

-Tercera salida a la derecha -dijo Laney, mirando el cursor. Sintió que ella aceleraba y oyó la alarma de la velocidad límite. Otro anuncio luminoso: DUCHA DE LIBERTAD BANFF.

-Laney -dijo Yamazaki-, ¿captó alguna insinuación de la muerte de Rez o alguna otra desgracia?

-No, pero no podía, a menos que un cierto grado de intencionalidad emergiera de los datos. Accidentes, actividades de alguien que no esté representado... -El sonido desapareció cuando Arleigh redujo la velocidad, al acercarse a la salida indicada en el mapa.-Pero yo vi esos datos como corrientes que se mezclaban y todas parecían apuntar a donde nos dirigimos ahora.

Arleigh salió de la autopista. Ahora estaban en la rampa, balanceándose en una curva, y Laney vio tres chicas jóvenes, con los zapatos embarrados, que bajaban por una empinada pendiente de hierba descolorida. Una de ellas llevaba lo que era quizá un uniforme escolar: medias hasta las rodillas y falda escocesa corta. Las tres parecían irreales en la cruda luz de sodio de la intersección, pero entonces Arleigh detuvo la furgoneta y Laney se volvió y vio la carretera delante de ellos completamente bloqueada por una multitud silenciosa, inmóvil.

-Jesús -dijo Arleigh-. Las fans. Si había chicos, Laney no alcanzó a verlos. La multitud era un mar uniforme de cabello negro y lustroso; todas las chicas miraban el edificio blanco que se alzaba allí, con un letrero blanco, brillantemente iluminado, enmarcado por algo que pretendía representar una corona: HOTEL DI. Arleigh bajó el cristal de la ventanilla y Laney oyó el gemido lejano de una sirena.

-No conseguiremos pasar -dijo Laney. Muchas de las chicas llevaban una vela, y el resplandor combinado bailaba entre las caras lacrimosas. Las chicas eran muy jóvenes, niñas. Eso era algo que Kathy Torrance había detestado de manera especial en Lo/Rez: los fans habían rejuvenecido a lo largo de los años con una afluencia constante de reclutas pubescentes, niñas que se enamoraban de Rez en el presente eterno de la red, donde *él* podía seguir siendo el chico de veinte años de sus primeros éxitos.

-Pásame esa caja negra -dijo Arleigh, y Laney oyó que Yamazaki hurgaba entre el material de relleno. Entre los asientos apareció una caja plana y rectangular-. Ábrela -dijo Arleigh. Laney descorrió la cremallera y dejó al descubierto una cosa plana y gris. El logo de Lo/Rez en un prendedor oblongo. Arleigh lo sacó de la caja, lo puso sobre el panel de mando y pasó un dedo por el borde buscando un interruptor. En el parabrisas aparecieron unas grandes letras luminosas de color verde: LO/REZ. **VEHÍCULO DE APOYO DE LA GIRA**. Los asteriscos empezaron a parpadear.

Arleigh dejó que la furgoneta avanzara unos centímetros. Las chicas que estaban directamente delante se volvieron, vieron el parabrisas y se hicieron a un lado. En silencio, de manera gradual, unos metros cada vez, la multitud fue apartándose para que pasara la furgoneta.

Laney miró por encima de las cabezas de las afligidas fans y vio al ruso, el de Western World, todavía con la chaqueta blanca de piel, que se abría paso entre la multitud. Las cabezas de las chicas le llegaban apenas a la cintura, y parecía como si estuviera en un campo poblado de cabellos negros y velas encendidas. Tenía en la cara una expresión de confusión, casi de terror, pero cuando vio a Laney en la ventana de la furgoneta verde hizo una mueca y cambió de rumbo, yendo directamente hacia ellos.

42. Control

Chia miró fuera y vio que ya no llovía. Detrás de la valla, en el parque de estacionamiento había una multitud de pequeñas figuras inmóviles con velas en las manos. Algunas estaban de pie encima de camiones, y parecía haber otras en el tejado del edificio de detrás. Chicas. Chicas japonesas. Todas parecían mirar el Hotel Di.

El hombre corpulento le decía a Rez que alguien había anunciado que él había muerto, que lo habían encontrado muerto en ese hotel, y la noticia estaba en la red y la estaban tratando como si fuera efectivamente cierta.

El ruso sacó su teléfono y ahora hablaba con alguien en ruso. -Mister Loress -dijo, bajando el teléfono-, oímos que viene la policía. Esta nanotécnica está severamente prohibida, es un problema serio.

-Estupendo -dijo Rez-. Tenemos un coche en el garaje.

Alguien dio un golpecito a Chia en el codo. Era Masahiko, que le devolvía la bolsa. Masahiko puso dentro el Sandbenders y cerró la cremallera. El ordenador de él estaba en la bolsa de cuadros.

-Ponte los zapatos -le dijo a Chia. Él ya se había calzado.

Eddie era un nudo retorcido sobre la alfombra; estaba así desde que el ruso le había arreado el puntapié. Ahora el ruso volvió a acercársele, y Chia vio que Maryalice, sentada en la alfombra junto a Eddie, se encogía acobardada.

-Eres un hombre con suerte -dijo el ruso a Eddie-. Respetaremos nuestro acuerdo. El isótopo será entregado. Pero no queremos más tratos contigo.

Sonó un clic, y otro, y Chia vio que el hombre corpulento sin oreja izquierda plegaba lentamente el hacha mirando a Rez. -Tener eso que tú tienes es un delito grave, Rez. La concentración de tus fans ha hecho que acuda la policía. Será mejor que lo tenga yo.

Rez miró al hombre corpulento. -Yo lo llevaré, Keithy.

Chia creyó ver una súbita tristeza en los ojos del hombre corpulento. -Está bien -dijo-. Ya es hora de irse. -Guardó el arma en la chaqueta.- Vosotros dos, venid. -Y señaló la puerta a Chia y a Masahiko. Rez siguió a Masahiko, el ruso detrás de él, pero Chia vio que la llave de la habitación estaba encima de la pequeña nevera. Se abalanzó sobre ella, se la guardó y se quedó mirando a Maryalice.

La boca de Maryalice, ahora sin pintura, parecía vieja y triste. Era con toda seguridad una boca que había sido lastimada muchas veces, pensó Chia.

-Ven con nosotros -dijo Chia.

Maryalice la miró.

-Ven -insistió Chia-. Está llegando la policía.

-No puedo -dijo Maryalice-. Tengo que cuidar de Eddie.

-Explica a tu Eddie -dijo Blackwell acercándose a Chia en dos pasos- que si le habla a alguien de esto lo buscaremos y le achicaremos los zapatos.

Pero Maryalice no parecía oír, o si oyó, no levantó los ojos, y el hombre corpulento sacó a Chia de la habitación y cerró la puerta. Chia siguió al ruso del traje color canela por el estrecho pasillo; los tubos de neón le iluminaban desde abajo las elegantes botas de vaquero.

Rez se disponía a entrar en un ascensor con Masahiko y el ruso cuando el hombre corpulento lo tocó en el hombro. -Tú te quedas conmigo -dijo, y le indicó a Chia que entrara en el ascensor.

Masahiko apretó el botón. -¿Tenéis vehículo? -preguntó el ruso a Masahiko.

-No -dijo Masahiko.

El ruso gruñó. El olor de la colonia mareaba a Chia. La puerta se abrió a un pequeño vestíbulo. El ruso se precipitó fuera por delante de Chia, mirando a todas partes. Chia y Masahiko lo siguieron. La puerta del ascensor se cerró.

-Hay que buscar un vehículo -dijo el ruso-. Adelante. -Lo siguieron a través de la puerta de cristal, hasta el sitio donde el Graceland de Eddie parecía ocupar al menos la mitad del parque. Junto a él había un Sedan japonés, gris plateado, y Chia se preguntó si no sería de Rez. Alguien había cubierto con unos rectángulos de plástico negro las matrículas de los dos coches.

Chia oyó que la puerta de cristal se abría de nuevo y al volverse vio que Rez salía con la unidad nanotec debajo del brazo como una pelota de rugby. Detrás de él estaba el hombre corpulento.

De repente, un individuo realmente furioso, de esmoquin blanco y brillante, apareció corriendo sobre las cintas de plástico color rosa que cerraban la entrada. Con las manos sujetaba por el cuello de la chaqueta a otro más pequeño, que trataba de desasirse. De repente, el hombre más pequeño los vio y gritó ¡Blackwell!, y en ese momento consiguió librarse,

pero el hombre del esmoquin blanco alargó una mano y lo sujetó por el cinturón.

Ahora el ruso gritaba en ruso y el hombre del esmoquin blanco pareció verlo por primera vez. Soltó el cinturón.

-Tenemos la furgoneta -dijo el otro.

El hombre corpulento sin una oreja se acercó al del esmoquin blanco, lo miró fijamente.

-Está bien -dijo el hombre corpulento volviéndose a Rez-. Tú conoces la norma. Todos la conocen. Lo mismo que al salir de aquella casa de St. Kilda con el bastardo de Melbourne, ¿de acuerdo? -Puso la chaqueta sobre la cabeza y los hombros de Rez y le dio una fuerte palmada en el brazo. Se alejó sobre las cintas de color rosa, apartó una y levantó los ojos.- ¡Demonios! -dijo-. De prisa, todos vosotros juntos, con Rez en el centro, a la furgoneta. Antes de que cuente tres.

43. El desayuno del amputador

-No comes -dijo Blackwell, después de haber dado cuenta de un segundo plato de huevos y tostadas. Se había apropiado de ese comedor, en las plantas reservadas a los ejecutivos en el Sombrero del Elfo, y ahora pedía a Laney con insistencia que se uniera a él. La vista era similar a la de la habitación de Laney, seis plantas más abajo, y la luz del sol centelleaba en los distantes parapetos de los edificios nuevos.

-¿Quién lanzó lo de que Rez había muerto, Blackwell? ¿La idoru?

-¿Ella? ¿Por qué motivo? -Blackwell utilizaba ahora el borde de una tostada triangular para limpiar el plato.

-No lo sé -dijo Laney-, pero yo diría que a ella le gusta hacer cosas. Y que no son necesariamente fáciles de entender.

-No fue ella -dijo Blackwell-. Lo estamos comprobando. Todo parece indicar que alguna fan de México se volvió loca; en la dirección central del club de Tokio utilizó un arma decididamente drástica. Tomó material de una página web de Estados Unidos y editó el boletín. Llamó a cada uno de los locales de fans de Tokio diciéndoles que se pusieran en camino inmediatamente y acudieran al hotel de amor. -Blackwell se metió la tostada en la boca, masticó y se limpió los labios con una gruesa servilleta blanca.

-Pero Rez estaba *allí -dijo* Laney.

Blackwell se encogió de hombros. -No lo hemos olvidado. Lo que ahora tenemos es más que suficiente. Cómo disociar a Lo/Rez de ese infundio, cómo tranquilizar a la audiencia. Representantes legales vuelan ahora desde Londres y Nueva York para hablar con Starkov y su gente. También con la gente de ella -añadió-. Vamos a estar muy ocupados.

-¿Quiénes eran aquellos chicos? -preguntó Laney-. ¿La pequeña pelirroja y el hippie japonés?

-Rez dice que son buena gente. Los tiene aquí, en el hotel. Arleigh lo está indagando.

-¿Adonde ha ido a parar la unidad nanotec?

-Olvida lo que acabas de decir -contestó Blackwell-. Y no lo repitas. La verdad oficial de lo que ocurrió aquella noche no incluirá nada de eso, ¿me comprendes?

Laney asintió. Miró nuevamente fuera, los edificios nuevos. O había cambiado el ángulo de luz o el parapeto se había desplazado ligeramente. Miró a Blackwell.

-¿Es imaginación mía o tu actitud en todo esto ha cambiado? Yo creía que te oponías radicalmente a la unión de Rez y la idoru.

Blackwell suspiró. -Lo estaba. Pero ahora todo parece indicar que es un hecho consumado, ¿no es así? Una relación de facto, realmente. Supongo que estoy chapado a la antigua, pero había esperado que él volviera eventualmente al camino normal. Que ordenara su vida, arreglara sus cosas y tuviera un hijo o dos. Pero no va a ser así, ¿no te parece?

-Creo que no.

-En cuyo caso -dijo Blackwell-, tengo dos opciones. O abandono a su suerte a ese estúpido

bastardo, o continúo y hago mi trabajo y trato de hacer frente

a lo que venga, pase lo que pase. Y al final de esta estúpida escena, Laney, tendré que recordar dónde estaría ahora si él no hubiera cruzado los muros de Pentridge para dar aquel recital. ¿No te vas a comer eso? -Echó una mirada a los huevos revueltos, que estaban enfriándose en el plato de Laney.

-Mi trabajo ya está hecho -dijo Laney-. No lo hice como tú querías, pero lo hice, ¿no es así?

-Sin duda.

-Entonces es mejor que me vaya. Que me paguen lo que me deben y hoy mismo salgo de aquí.

Blackwell le miró con nuevo interés. -¿Tan rápido? ¿Y por qué tienes tanta prisa? ¿No te agrada nuestra compañía?

-No es eso -dijo Laney-. Es sencillamente que así me parece mejor.

-No es lo que Yama dice. Y tampoco Rez. Sin mencionar a su media naranja, que sin duda tendrá también una opinión. Yo diría que estabas llamado a ser el pronosticador oficial, Laney. Por supuesto, a menos que se descubra que todo el negocio con el Kombinat ha sido un absoluto disparate y que tú sólo hiciste ese trabajo absurdo de los puntos nodales, cosa que en cierto modo me parecería realmente divertida. Pero no, tus servicios son ahora muy deseados, puedes decir incluso solicitados, y ninguno de nosotros se sentiría feliz en estos momentos si te marcharas.

-Tengo que hacerlo -dijo Laney-. Me están chantajeando.

Al oír esto, Blackwell entornó los párpados y se inclinó levemente hacia adelante. El gusano rosado de la cicatriz se le retorció en una ceja.

-¿Que te están chantajeando? -dijo en voz baja, como si Laney se hubiera atrevido a confesar una aberración sexual-. ¿Y puedo preguntarte quién?

-Slitscan. Kathy Torrance. Es como una cuestión personal, para ella.

-Cuéntamelo. Cuéntame todo. Adelante.

Y Laney lo hizo, incluidas las pruebas con 5-SB y el informe que propiciaba la conversión de los participantes en asesinos de celebridades.

-Al principio no quise airear el asunto -dijo Laney-. Temía que pensaras que yo corría algún riesgo.

-No es que yo no haya tenido experiencias de ese tipo -dijo Blackwell-. Ahora mismo en Tokio tenemos un muchacho que es el autor de todas las canciones que han escrito Lo y Rez, sin mencionar la producción completa de Blue Ahmed para Chrome Koran. Es un experto en explosivos. Había que vigilarlo de cerca. Y nosotros tenemos esa capacidad. Por lo tanto, el lugar más seguro para *ti*, Laney, en el supuesto de que te convirtieras en un lobo para nosotros, estaría justamente *aquí*, en el vigilante centro de nuestro aparato de seguridad.

Laney pensó en lo que Blackwell acababa de decir. Casi tenía sentido. -Pero tú no querrás que yo esté aquí si vienen los de Slitscan. Y yo tampoco quiero. No tengo familia, ni nadie más a quien puedan hacer daño, pero aún así tendré que cuidarme.

-¿Y cómo piensas hacerlo?

-Me iré a algún sitio donde la gente no se preocupe por esa mierda.

-Está bien -dijo Blackwell-, cuando encuentres ese hermoso país, me iré contigo. Viviremos de fruta y nueces, en comunión con los dones de la naturaleza. Pero antes, Laney, tendré una conversación con tu Kathy Torrance. Y le explicaré algunas cosas. Nada complicado. Todo simple, *simples* principios de causa y efecto. Yella *nunca* dejará que Slitscan vea esas escenas de tu doppelgánger.

-Blackwell -dijo Laney-, Kathy me *detesta*, y tiene motivos para vengarse, pero además quiere, necesita destruir a Rez. Es una mujer muy poderosa en una organización global muy poderosa. Una simple amenaza de *violencia* de tu parte no la va a detener. Lo único que hará será ponerla más furiosa, y recurrir al personal de seguridad.

-No -dijo Blackwell-, no lo hará, pues eso sería una violación de los términos, muy personales, que yo estableceré en nuestra charla. Aquí, la palabra clave es «personal». Y también «de inmediato». No nos reuniremos, no desenterraremos ese profundo y significativo e inolvidable episodio de nuestras relaciones como representantes de nuestras corporaciones respectivas. En absoluto. Es un asunto entre esa Kathy y yo, y es muy posible que el encuentro sea más íntimo, y espero que también más esclarecedor, que cualquier otro que ella haya tenido. Yserá así porque voy a llevar una nueva certeza a su vida, y todos necesitamos certezas. Ayudan a tener carácter. Ydejaré a tu Kathy con la convicción más profunda de que morirá si se interpone en mi camino; pero sólo después de haberle hecho desear esa muerte. -La sonrisa de Blackwell, regalando a Laney toda una exhibición de su prótesis dental, fue bastante horrible.- Y ahora, ¿has de contactar con ella? ¿Para decirle lo que has decidido?

Laney sacó su cartera y entregó a Blackwell una tarjeta con un número escrito a mano.

-Ta. -Blackwell se puso de pie.- Una vergüenza, desperdiciar así un desayuno tan bueno. Llama al médico del hotel y cuídate. Duerme. Yo me ocuparé. -Guardó la tarjeta en un bolsillo de la chaqueta de aluminio y salió de la habitación.

Y cuando Blackwell salió de la habitación, Laney observó, en el centro de la placa del guardaespaldas,

un clavo galvanizado de cabeza ancha y plana, de unos cuatro centímetros de alto.

Las costillas de Laney, con retazos de color amarillo, negro y azul, fueron rociadas con varios líquidos refrescantes y vendadas fuertemente con microporo. Tomó el hipnótico que el médico le había ofrecido, se dio una larga ducha, se metió en la cama y estaba pensando que tal vez la luz se apagaría automáticamente cuando llegó un fax. Iba dirigido a c. **LANEY,** HUÉSPED:

EL JEFE DE DÍA ME DIO LA CARTA DE DESPIDO. «FRATERNIZACIÓN.» EN CUALQUIER CASO, SOY AGENTE DE SEGURIDAD EN EL LUCKY DRAGÓN, A PARTIR DE MEDIANOCHE PUEDES CONECTAR CONMIGO SÓLO POR FAX CORREO ELECTRÓNICO Y TELÉFONO, PERO LA GENTE NO MOLESTA. ESPERO QUE ESTÉS BIEN. SÉ RESPONSABLE. CONFÍO QUE ESTÉS DISFRUTANDO DE JAPÓN, COMO SEA. RYDELL.

-Buenas noches -dijo Laney, poniendo el fax en el módulo de la cabecera, y casi enseguida se quedó profundamente dormido.

Y así permaneció hasta que Arleigh telefoneó desde el vestíbulo proponiéndole un trago. Las nueve de la noche, según el reloj del rincón, junto a la pantalla del módulo. Laney se puso ropa interior limpia y planchada, y la camisa malasia azul abotonada de arriba abajo. De pronto descubrió que el hombre del esmoquin blanco le había desgarrado la chaqueta, pero luego el jefe ruso, Starkov, no le había permitido subir a la furgoneta junto con los otros, de modo que Laney pensó que estaban empatados.

Al cruzar el vestíbulo, encontró a Rice Daniels, que parecía fuera de sí. Estaba muy tenso, como si aun llevara las grapas que le apretaban la cabeza cuando trabajaba con Fuera de Control.

-¡Laney! ¡Jesús! ¿Has visto a Kathy?

-No. He estado durmiendo.

Daniels dio un extraño paso de baile, inquieto, irguiéndose sobre las puntas de unos zapatos marrones de piel de ternera.

-Mira, esto es jodidamente raro, pero te lo juro, pienso que ha sido *abducida.*

-¿Has llamado a la policía?

-Sí, sí, pero todo es jodidamente *marciano*, todos esos formularios que ellos revisan, y qué *tipo de sangre* tenía... Tú no sabes qué tipo de sangre tiene ella, ¿verdad, Laney?

-Tenue -dijo Laney-. Color paja.

Pero Daniels no escuchaba. Agarró a Laney por el hombro y le mostró los dientes, una mueca que en cierto modo pretendía indicar amistad. -Yo siento verdadero respeto por ti, chico. Que no tengas problemas.

Laney vio que Arleigh le hacía señas desde la entrada del salón. Vestía algo corto y negro.

-Ten cuidado, Rice -dijo Laney estrechándole la mano fría-. Ella aparecerá. Estoy seguro.

Y luego Laney fue hacia Arleigh, sonriendo, y vio que ella le devolvía la sonrisa.

44. Purísima

Chía estaba en la cama, mirando la televisión. Hacía que se sintiera más normal. Era como una droga, algo parecido. Recordó que su madre había visto mucha televisión cuando se quedó sola en la casa.

Pero ésta era televisión japonesa, donde chicas que podían ser Mitsuko, sólo que un poco más jóvenes, en trajes de marinero, hilaban en grandes husos de madera sobre una mesa alargada. Realmente sabían hilar; parecía que no se detendrían nunca. Era un concurso. La consola podía traducir, pero era más relajante no saber lo que se decía. Las partes más relajantes de todo el espectáculo eran los primeros planos de las chicas hilando.

Chia había utilizado la traducción para chequear la cobertura de la falsa muerte en la NHK y la concentración nocturna con velas junto al Hotel Di.

Había visto a una Hiromi Ogama oronda y satisfecha. Aseguraba que no sabía quién había destruido el entorno del club y luego pedía a todos que lloraran lamentándolo. No había sido ningún miembro del club, subrayó Hiromi, ni a escala local ni internacional. Chia sabía que Hiromi estaba mintiendo, porque había tenido que ser Zona, pero la gente de Lo/Rez la había instruido sobre lo que debía decir. Arleigh había explicado a Chia que todo el asunto había salido de una página de web en desuso que pertenecía a una compañía aeroespacial de Arizona. Eso significaba que Zona había hecho saltar por los aires su propio país y ahora no podría volver a él. (Chia no había dicho nada a Arleigh acerca de Zona.)

Y ella había visto las ráfagas de los helicópteros aquella noche, y de los escuadrones tácticos que se enfrentaron a una concentración de unas dos mil quinientas chicas lacrimosas. El balance de heridos fue muy bajo, todos leves, excepto una chica que cayó por un terraplén de la autopista y se rompió los tobillos. El verdadero problema había sido sacar de allí a la gente, pues muchas chicas habían acudido en taxi, cinco o seis juntas, y no tenían quien las llevara de vuelta. Algunas habían utilizado el coche de la familia y luego lo habían abandonado. Bajaron de prisa y corrieron para llegar a la concentración nocturna, y esto había provocado otro tipo de desorden. Sólo había habido unas docenas de arrestos, casi todos por infracciones.

Y Chia había visto el mensaje que Rez había grabado, asegurando que estaba vivo y bien, y que lamentaba todo aquello, que naturalmente no le concernía. No llevaba el monóculo, pero en cambio vestía el mismo traje negro y la t-shirt. Aun así, parecía más delgado; alguien había manipulado la imagen. Al principio ésta era clara, y él, con expresión afable, decía que nunca había estado en el Hotel Di, y de hecho nunca había estado en un hotel de amor, pero ahora probablemente tendría que ir a alguno. Luego se había puesto serio y había dicho que lamentaba profundamente que alguien hubiera molestado e incluso lastimado al público con una broma irresponsable. Y había terminado diciendo, sonriente, que todo aquello había sido singularmente conmovedor

para él, pues ¿cuántas veces consigues contemplar tu propio funeral?

Y había visto cómo se lamentaban los propietarios y gerentes del Hotel Di. Decían que no sabían cómo había ocurrido. Chia tenía la sensación de que mostrarse pesaroso era una gran cosa allí, pero los propietarios del Di también se las arreglaron para explicar que en el hotel no había

mucho personal, lo que aseguraba una mayor intimidad a los huéspedes. Arleigh había dicho entonces que todo era cuestión de dinero, y que estaba segura de que en los próximos meses todas las habitaciones estarían ocupadas. Ahora el hotel era famoso.

En conjunto, el reportaje parecía tratar el tema como un motivo ocasional que habría tenido repercusiones graves si la policía no hubiera actuado con tanta calma y habilidad, enviando autobuses de los suburbios para recoger a las chicas.

Arleigh era de San Francisco y trabajaba para Lo/ Rez; conocía personalmente a Rez y era la que había conducido la furgoneta atravesando la multitud. Y había dejado atrás a un helicóptero con una maniobra completamente disparatada en la autopista, una especie de giro en forma de U exactamente por encima del parapeto de hormigón del carril central.

Arleigh había llevado a Chia y Masahiko a ese hotel, y los había alojado en habitaciones contiguas, extrañamente angulares, donde cada uno tenía su propio baño. A los dos les había pedido que por favor se quedaran allí y no conectaran o utilizaran el teléfono sin avisarle, excepto para llamar al servicio de habitaciones, y luego se había ido.

Chia había tomado una ducha inmediatamente después. Nunca se había sentido tan bien duchándose, y se dijo que mientras viviera nunca más volvería a

llevar aquellas ropas. Ni siquiera quería verlas. Encontró una bolsa de plástico de la lavandería, metió las ropas dentro y dejó la bolsa en la papelera. Después se puso ropa limpia, un poco arrugada pero muy cómoda, y se secó el pelo con la máquina en la pared del cuarto de baño. El inodoro no hablaba y sólo tenía tres botones.

Luego se tendió en la cama y se quedó dormida, pero no por mucho tiempo.

Arleigh siguió intentando conectar para cerciorarse de que Chia estaba bien, y comunicarle algunas noticias. Quería que se sintiera parte del grupo, o lo que fuese. Arleigh dijo que ahora Rez estaba de vuelta en su hotel, pero que vendría un poco más tarde para pasar un rato con ella y darle las gracias por todo lo que había hecho.

Chia se sintió incómoda. Ahora lo había visto en la vida real, y la experiencia se había impuesto a todas las experiencias anteriores y a todas las maneras en que lo había conocido, y tenía una sensación extraña. Estaba confundida, como si todo aquello hubiese ocurrido en tiempo real. De pronto se encontró pensando en su madre cuando se lamentaba de que Lo y Rez fueran casi tan viejos como ella.

Y aún había algo más: lo que había visto en la furgoneta, entre el pequeño japonés con la manga de la chaqueta colgando y Masahiko: al mirar a través de la ventana, había visto las caras de las chicas, mientras la furgoneta se alejaba lentamente. Ninguna de ellas sabía que aquél era Rez, que estaba encorvado allí, debajo de una chaqueta, aunque tal vez se daban cuenta de algún modo. Y algo en Chia le hizo saber que nunca más volvería a ser la de antes. Nunca más volvería a tener una cara tan sosegada en medio de aquella multitud. Pues ahora sabía que había habitaciones que la gente nunca veía, ni siquiera en sueños, donde ocurrían cosas disparatadas, incluso cosas aburridas, y de ese sitio salían las estrellas. Y algo así la preocupaba ahora cuando pensaba que Rez vendría a visitarla. Eso y cómo era posible que él tuviera realmente la edad de su madre.

Y todo eso la llevó a preguntarse qué les diría a los otros, cuando regresara a Seattle. ¿Cómo podrían entenderlo? Pensó que Zona quizá lo entendería. Tenía realmente ganas de hablar con Zona, pero Arleigh había dicho que por el momento era mejor no contactar con ella.

En la pantalla, el huso que llevaba más tiempo en movimiento empezó a cabecear. Cortaron la imagen, dejando fuera los ojos de la chica que manejaba el huso.

Masahiko abrió la puerta que comunicaba las dos habitaciones.

El huso se tambaleó por última vez y cayó. La chica se llevó las manos a la boca, con el dolor de la derrota en los ojos.

-Ahora tienes que acompañarme a la Ciudad Amurallada -dijo Masahiko.

Chia recogió el mando y apagó la televisión.

-Arleigh nos pidió que no conectáramos.

-Ella lo sabe -dijo Masahiko-. He estado allí todo el día. -Llevaba la misma ropa pero limpia y planchada, y las perneras de los anchos pantalones negros tenían unos pliegues extraños.- Hablando por teléfono con mi padre.

-¿Y si vinieran los gumi y él te dejara en la estacada?

-Arleigh McCrae pidió a Starkov que alguien hablara con nuestro representante de los gumi. Se han disculpado ante mi padre. Pero Mitsuko fue arrestada

cerca del Hotel Di. Eso le ha traído molestias y dificultades.

-¿Arrestada?

-Por transgredir el orden. Tomó parte en la concentración nocturna. Saltó una valla y activó una alarma. La policía la detuvo antes de que pudiera bajar.

-¿Está bien?

-Mi padre ha conseguido que la suelten. Pero no está satisfecho.

-Quizá yo tenga la culpa -comentó Chia.

Masahiko permaneció un rato en silencio y luego salió por la puerta.

Chia se puso de pie. El Sandbenders estaba junto a la bolsa en el estante de los equipajes, con los anteojos y los pulsadores encima. Lo llevó a la otra habitación.

Estaba toda revuelta. En cierto modo Masahiko la había convertido en algo parecido a la que tenía en casa de su padre. Las sábanas estaban amontonadas encima de la cama. A través de la puerta abierta del cuarto de baño Chia vio toallas amontonadas en el suelo de baldosas y una botella de champú volcada en la repisa junto al sumidero. El ordenador estaba en el pupitre, con la visera de estudiante al lado. En todas partes había latas diminutas de café exprés, y al menos tres bandejas del servicio de habitaciones con envases semivacíos de ramen.

-¿Ha visto alguien a Zona? -preguntó Chia, apartando una almohada y una revista abierta a los pies de la cama. Se sentó con el Sandbenders en el regazo y empezó a ponerse los pulsadores.

Chia pensó que Masahiko la miraba de una manera extraña. -No creo -dijo él.

-Enfócame como la primera vez -dijo Chia-. Quiero verlo de nuevo.

*

Hak Nam. Calle Tai Chang. Las paredes cubiertas de mensajes móviles, en caracteres de todas las lenguas. Puertas que se abrían al pasar, cada una de ellas insinuando algún mundo secreto. Esta vez ella era más consciente de los innumerables fantasmas que acechaban. Ésa tenía que ser la manera en que la gente se presentaba allí cuando no estabas en comunicación directa con ellos. Una ciudad de sombras fantasmales. Pero esta vez Masahiko siguió otra ruta, y no subieron por el laberinto de escaleras sino que recorrieron lo que parecía ser el suelo de la ciudad original, y Chia recordó el agujero negro, el hueco rectangular que él había señalado en el pañuelo estampado, en la habitación del restaurante.

-Tengo que dejarte -dijo él, cuando corrían desde el laberinto hacia aquel espacio libre-. Quieren privacidad.

Masahiko desapareció, y en un primer momento Chia pensó que allí no había absolutamente nada, sólo la débil luz grisácea que se filtraba desde un foco alto. Cuando lo miró, la luz se resolvió en un espacio vasto y distante, muy por encima de ella, pero cubierto por un cúmulo de formas extrañas y heterogéneas. Chia recordó los tejados de la ciudad y las cosas que la gente abandonaba

en ellos.

-Es extraño, ¿no te parece? -La idoru estaba delante de ella con una túnica bordada; los diminutos y brillantes motivos parecían iluminados desde dentro. Se movía.- Vacío y oscuro. Pero él insistió en reunirse contigo aquí.

-¿Quién insistió? ¿Sabes dónde está Zona?

Delante de la idoru había una mesa pequeña o un soporte con cuatro patas; era muy vieja, y en las patas talladas, cubiertas con una gruesa capa de pintura verde, desconchada en parte, asomaban figuras de

dragones. En el centro había un vaso cubierto de polvo, con algo enrollado dentro. Alguien tosió.

-Esto es el núcleo de Hak Nam -dijo el etrusco, la misma voz chillona compuesta con un millón de sonidos secos.- Tradicionalmente, un lugar para una conversación seria.

-Tu amigo se ha ido -dijo la idoru-. Te lo quiero decir yo misma. Esto -señaló el vaso- es un detalle que no entiendo.

-Pero ellos se limitaron a cerrar la página de web -dijo Chia-. Ella está en la ciudad de México justo con el resto de la pandilla.

-Ella no está en ningún sitio -dijo el etrusco.

-Cuando te sacaron de allí -dijo la idoru-, de la habitación de Venecia, tu amiga acudió al software de tu sistema y activó las unidades de vídeo de tus anteojos. Lo que vio en ellos le indicó que estabas en grave peligro. Yo también lo creí. Entonces ella tuvo que urdir un plan. Volviendo a su país secreto, conectó su entorno con el del club de Tokio, un grupo adicto a Lo/Rez. Ella ordenó a Ogawa, presidenta del grupo, que publicara el mensaje de que Rez había muerto en el Hotel Di. La amenazó con un arma que destrozaría el entorno del club...

-La navaja -dijo Chia- ¿era *real?*

-Y *muy* ilegal -respondió el etrusco.

-Cuando Ogawa se negó -dijo la idoru-, tu amiga utilizó el arma.

-Un delito grave -dijo el etrusco-, de acuerdo con las leyes de los países implicados.

-Entonces ella transmitió el mensaje a través de lo que quedaba de la página de web *de* Ogawa -dijo la idoru-. Parecía oficial, y tuvo el efecto de cubrir rápidamente la inmediaciones del Hotel Di con un aluvión de testigos potenciales.

-Cualquiera que fuera la fase siguiente de ese plan -dijo el etrusco-, ella se había expuesto en la página de la red. Los propietarios originales la detectaron enseguida. Tuvo que abandonar ese entorno. Ellos la persiguieron, y no le quedó otro remedio que desprenderse de su persona.

-¿Qué «persona»? -Chia se sintió desfallecer.

-Zona Rosa -dijo el etrusco- era la persona de Mercedes Purísima Vargas Gutiérrez. Tiene veintiséis años y es víctima de un síndrome ambiental común sobre todo en el Distrito Federal de México. -Ahora la voz sonaba como la lluvia que cae sobre un techo de metal delgado.- Su padre es un abogado criminalista de gran prestigio.

-Entonces puedo encontrarla -dijo Chia.

-Pero a ella no le gustaría -dijo la idoru-. El síndrome deformó a Mercedes Purísima, y durante los últimos cinco años ha vivido negándose a reconocer en ella una entidad corporal.

Chia estaba sentada, llorando. Masahiko se quitó de los ojos las tazas negras y se acercó a la cama.

-Zona se ha ido -dijo ella.

-Lo sé -respondió él. Y se sentó junto a Chia-. Nunca terminaste de explicarme la historia del Sandbenders -añadió-. Era una historia interesante.

Y Chia empezó a contársela.

45. Afortunado

-Laney -dijo ella con la voz velada por el sueño-, ¿qué haces?

La cara iluminada del teléfono de cedro. -Estoy llamando al Lucky Dragón de Sunset.

-¿Qué?

-La tienda de oportunidades. Está abierta las veinticuatro horas del día.

-Laney, son las tres de la mañana...

-Tengo que dar las gracias a Rydell, decirle que el trabajo fue bien...

Ella suspiró y se volvió, cubriéndose la cabeza con la almohada.

A través de la ventana Laney pudo ver el ámbar translúcido, los riscos seriados de los nuevos edificios, que reflejaban las luces de la ciudad.

46. Fábulas de la reconstrucción

Chia soñó con una playa cubierta de fragmentos aplastados de electrónica: criaturas como cangrejos que se escabullían, con las patas rayadas como resistores viejos. Bahía de Tokio, envuelta en la niebla de una vieja película, un manto gris pálido concebido para ocultar brevemente los horrores del primer acto: monstruos marinos o armadas de alienígenas.

Mientras ella vadeaba el agua, avanzando, Hak Nam apareció delante, pero, con lógica de sueño, siempre a la misma distancia. Mar en reflujo, lamiéndole los tobillos. La Ciudad Amurallada crece. Ha crecido. En la franja de la playa, despojos y escombros del mundo antes de que las cosas cambiasen. Tonelajes inverosímiles, vertidos con barcazas y palas mecánicas en el curso de la gran reconstrucción. Allí bullen los minúsculos seres de Rodel van Erp, levantando balcones con estructura de hierro que son dormitorios, ventanas imprevistas devuelven a la niebla rectángulos plateados. Allí se está reconstruyendo un exponente de acrecentamiento humano, aleatorio, monstruoso y soberbio, transferido desde una anterior materialización a un reino de fantasía consensual.

El infrarrojo de la alarma barbotea. Una radiante luz halógena ilumina el pañuelo estampado; un rectángulo en el centro representa un vacío, apunta hacia una dirección desconocida: al archivo de muerte de una leyenda. Activando la Espressomatic con el mando a distancia, Chia regresa a la oscuridad del edredón, a la espera de que suene el silbido del vapor. Ahora, casi todas las mañanas Chia accede a la City y oye las habladurías en una conocida peluquería de Sai Shing Road. A veces, el etrusco está allí, con Klaus y el Gallo y los demás fantasmas a los que quiere, y que la toleran. Chia se siente orgullosa, pues se congregan alrededor de Masahiko. ¿Son viejos, increíblemente viejos, o simplemente actúan así? En cualquier caso, casi siempre son los primeros en saber las cosas, y ella ha aprendido a valorarlo. Y el etrusco ha estado aludiendo a un espacio vacío, algo realmente pequeño pero con una ventana. Desde ella se ve lo que había sido Lung Chun Road.

Chia le gusta al etrusco. Es extraño. Todos dicen que él no simpatiza con nadie, realmente, pero localizó el crédito del padre de Chia, aunque ella había olvidado dejar la llave. (Chia guarda la llave de la suite 17 en una caja de cosméticos tapizada de seda, un regalo de la compañía JAL en un vuelo de regreso a casa; está hecha de plástico blanco, moldeada para que parezca una vieja llave mecánica, con una franja magnética que recorre el astil, y la parte plana como una corona de princesa. A veces, Chia la saca y la mira, pero en realidad parece una pieza de barato plástico blanco.)

El etrusco y los otros espían el proyecto todo el tiempo. Así es como lo llaman. Chia sabe por ellos que aún no han terminado la isla de la idoru. Está allí pero no es estable; tienen que hacer algo antes de construir, incluso con nanotécnica, por si ocurre otro terremoto. Chia se pregunta qué van a hacer los rusos con los suyos, y a veces también se pregunta qué habrá sido de Maryalice y Eddie y Calvin, el tipo de Whiskey Clone que la sacó de allí sólo porque pensaba que tenía que hacerlo. Pero parece como si hubiera ocurrido mucho tiempo atrás, entre el colegio y la Ciudad Amurallada.

Imagina que su madre sabe que nunca estuvo con Hester, pero ella no le dijo nada sobre eso, aunque en dos ocasiones le habló de contraceptivos y sexo sin problemas. Y, en realidad, ella no estuvo allí mucho más de cuarenta y ocho horas, sin contar el tiempo del viaje; Rez no había

encargado a nadie que le dieran las gracias, y Arleigh había dicho que, después de todo, era mejor que volviera a casa antes de que alguien empezara a hacer preguntas, pero la habían enviado en primera clase con Japan Air Lines. Así, aquella noche Arleigh la había llevado a Narita, aunque no en la furgoneta verde, porque según ella estaba fuera de servicio. Yaún seguía muy preocupada por Zona, y le parecía una estupidez, pues sentía a veces como si su amiga hubiera muerto, cuando en realidad nunca había existido, y allí estaba la otra chica de la ciudad de México, con sus terribles problemas, de modo que al fin se lo contó todo a Arleigh llorando.

Y Arleigh dijo que esperase, porque la chica de la ciudad de México necesitaba más que ninguna otra cosa ser alguien diferente. Yno importaba que no hubiera *sido* Zona, porque ella había inventado a Zona, y era igualmente real. Espera, dijo Arleigh, pues va a aparecer alguien más, alguien nuevo, y será como si ya se conocieran. Y Chia se sentó junto a Arleigh en el pequeño y veloz automóvil, y lo pensó un rato.

-Pero ¿le podré decir alguna vez que lo sabía?

-Eso lo estropearía todo.

Cuando llegaron al aeropuerto, Arleigh pidió un pasaje en JAL, encontró a alguien que la acompañó

hasta el salón (cafetería y a la vez elegante oficina comercial) y le entregó una bolsa con una chaqueta de Lo/Rez dentro. Las mangas eran de rayón transparente, y el forro parecía mercurio líquido. Arleigh dijo que era realmente ordinaria, pero tal vez ella podía regalársela a algún amigo. La chaqueta era de la gira con el Kombinat, y en la parte de atrás aparecían todas las fechas de la gira bordadas en tres idiomas.

Arleigh no se la había puesto nunca, y ni siquiera la había mostrado. Había estado colgada en el armario, en una bolsa de plástico de la tintorería. Últimamente Chia no había estado muy activa en el club. (Kelsey se había dado de baja.) Chia tenía la impresión de que nadie le creería si trataba de contarles lo que había ocurrido, y muchas otras cosas que en cualquier caso no podía explicar.

La City había sido, por encima de todo, lo que la había ocupado durante más tiempo, pues Rez y Rei estaban allí, sombras entre las demás sombras. Y había trabajado en el proyecto.

Había muchos a los que no les gustaba la idea, pero a otros muchos sí. Al etrusco le gustaba. Decía que era la cosa más disparatada desde que trastornaron el primer archivo de muerte.

A veces Chia se preguntaba si todos ellos no estarían simplemente jugando, porque parecía imposible que alguien pudiera hacer algo así. Construir eso, en una isla de la bahía de Tokio.

Pero la idoru decía que allí era donde ellos querían vivir, ahora que estaban casados. Por lo tanto lo iban a hacer.

Y si ellos lo hacen, pensó Chia oyendo el silbido de la expressomatíc, yo iré allí.